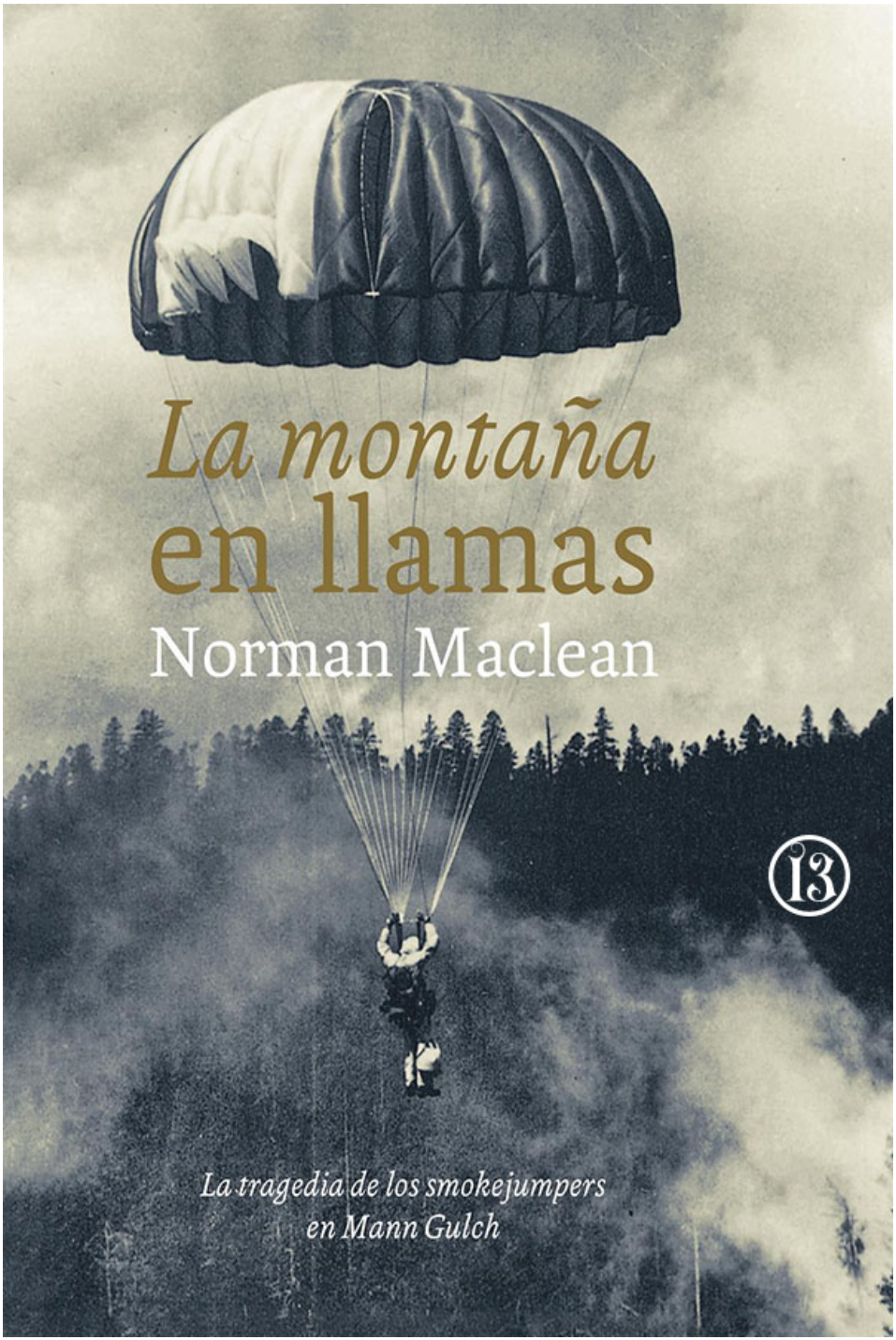

La montaña en llamas
Norman Maclean
13
La tragedia de los smokejumpers en Mann Gulch

El 5 de agosto de 1949, una cuadrilla de quince bomberos paracaidistas de élite del Servicio Forestal de los Estados Unidos, los smokejumpers, se lanzó sobre un incendio forestal en un punto remoto de Montana. Dos horas después del salto, todos menos tres habían muerto o sufrido quemaduras mortales debido a un blowup que arrasó todo lo que encontró a su paso. Torturado por estas muertes durante cuarenta años, el leñador, maestro y contador de historias Norman Maclean completa el puzle del trágico incendio de Mann Gulch en La montaña en llamas, un libro emocionante y profundo que ganó el National Book Critics Circle Award en 1992. Esta sobrecogedora narración del peor desastre en la historia del Servicio Forestal de los Estados Unidos está considerada hoy en día como un clásico de la no ficción norteamericana y hace honor al legado literario de un hombre que dio voz a un rincón esencial del alma estadounidense.

Norman Maclean

La montaña en llamas

La tragedia de los smokejumpers en Mann Gulch

INSURGENTES

Título original: *Young Men and Fire*
Norman Maclean, 1992
Traducción: Salvador Cobo, 2021

Revisada por el equipo CARIF (cuadrilla helitransportada contra incendios forestales de La Rioja), manteniendo el protocolo OACEL

Cubierta: Un smokejumper desciende hacia un incendio de bosque en la zona noroeste de Montana, 1969. Fotografia de J.M. Greany, cortesia del Servicio Forestal del departamento de Agricultura de los Estados Unidos

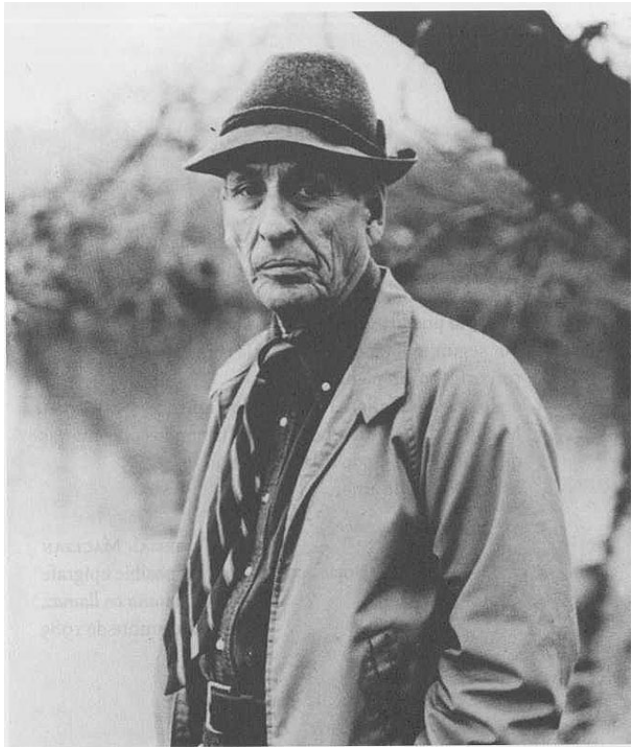
-

Revisión: 1.0

28/12/2022

A medida que sobrepaso considerablemente
la asignación bíblica de setenta años, siento
con una intensidad que cada vez va a más
que solo puedo expresar mi gratitud
por seguir todavía en el lado de la corteza terrestre
con oxígeno sin plantarme
en lo que hasta ahora he conocido y amado.
Mientras dure el oxígeno, seguirá habiendo cosas nuevas
que amar, sobre todo si la compasión
es una forma de amor.

NORMAN MACLEAN
Notas escritas para un posible epígrafe
a *La montaña en llamas*,
4 de diciembre de 1985



Norman Mclean
Iowa, 1902-1990

NOTA A LA EDICIÓN

ESTA ES LA HISTORIA del incendio de Mann Gulch. Pero también es la historia de la investigación del incendio por parte del propio Norman Maclean, ejemplar en el análisis de accidentes: muestra un respeto absoluto por las víctimas, es concienzudo y muy crítico. Y también es la historia de los smokejumpers y del comienzo del estudio del comportamiento del fuego, de las diez normas básicas, de los modelos de combustible…

Como este libro se escribió en los inicios de esta ciencia, y el combate de los incendios forestales evolucionó paralelamente a la investigación, hay algunos aspectos ya obsoletos, tanto en lo referente a técnicas como a conocimientos, y otras cuestiones que en España no son de aplicación, principalmente por escala. Debe tenerse en cuenta que hablamos de bosques con dimensiones infinitamente mayores que las de los nuestros (por ejemplo, el Helena National Forest —parque nacional donde se ubica el incendio— tiene una extensión de unas 400.000 hectáreas, comparadas con las 67.000 hectáreas del Parque Nacional de Picos de Europa, uno de los más grandes de España) y árboles, como el abeto Douglas —habitual en Montana—, que pueden alcanzar los 100 metros de altura (frente a los 60 metros de los de nuestros bosques). Y así con todo: la capa de materia orgánica en los suelos, la red de pistas forestales o la distancia a carretera y núcleos de población.

Aun así, nos ha parecido que la mejor carta de presentación para esta nueva colección que es Biblioteca 451 era la publicación de este

clásico estadounidense. Biblioteca 451: libros sobre el fuego, libros de fuego es el proyecto editorial de un grupo de personas relacionadas con el mundo de los incendios forestales. Nace con la idea de publicar vivencias de trabajadores forestales y reflexiones relacionadas con este sector, y pretende rescatar textos clásicos al tiempo que prestar atención a la actualidad.

NOTA DEL EDITOR NORTEAMERICANO

AUNQUE, DURANTE MUCHOS AÑOS, Norman Maclean había albergado la esperanza de escribir un libro acerca del incendio de Mann Gulch, no empezó a trabajar en este libro hasta los setenta y cuatro años, tras haber publicado *El río de la vida*. Comenzó *La montaña en llamas* movido en parte por el espíritu de una filosofía sobre la vejez, que él no concebía pasándose jugando a la petanca, pero debido asimismo a un impulso más profundo. Tras la muerte de Maclean, se hallaron entre sus papeles unas notas para un prefacio, escritas en 1984. «El problema de la identidad —escribía Maclean— no es un problema exclusivo de la juventud. Es un problema para toda la vida; tal vez sea *el* problema. Es algo que debe perseguirte hasta tus últimos días y, cuando deje de hacerlo, significará que ya estás muerto». Fue en *La montaña en llamas* donde vinieron a converger, ya cerca del final, todas las vidas vividas por el autor: las de guardabosques, bombero, erudito, profesor y narrador[1].

Cuando murió en 1990 a la edad de ochenta y siete años, *La montaña en llamas* aún no estaba acabado. El libro no se había dejado concluir porque los hechos de la catástrofe resultaron ser sumamente mudables y porque al final las fuerzas de Maclean empezaron a menguar. Pero lo más importante es que *La montaña en llamas* se había convertido en una historia que se buscaba a sí misma como historia, siguiendo el camino marcado por la

compasión de Maclean. Mientras el manuscrito se mantuviera a sí mismo y a su autor en este proceso de descubrimiento, debía permanecer en cierto modo inacabado.

Tras la muerte de Maclean, la editorial asumió la labor de preparar la publicación de *La montaña en llamas*. Nuestra revisión no ha alterado la estructura del libro, y hemos reducido al mínimo los añadidos de peso. Hemos hecho el tipo de corrección de estilo que creemos que habría hecho el propio Maclean de haber tenido tiempo, y hemos suprimido ciertas repeticiones. Hemos comprobado que los hechos son coherentes y exactos, y en ocasiones hemos realizado alguna corrección, pero no hemos actualizado nada más allá de 1987, año en que el estado de Maclean empeoró hasta el punto de no poder seguir trabajando en el manuscrito. Hemos creado la actual división por capítulos, aunque las interrupciones que hay son de Maclean, al igual que la división del libro en tres partes. «El fantasma negro», el relato inicial de esta obra, fue hallado entre los papeles del autor tras su muerte, sin que se sepa claramente qué quería hacer con él. Hemos considerado idóneo incluirlo aquí como preludio.

Norman Maclean hablaba mucho acerca de la soledad de la escritura, pero también disfrutaba con su aspecto social, como solía decir, y tenía pensado agradecer la ayuda recibida para escribir este libro. Sus mayores deudas se hacen constar a lo largo de sus páginas: a Laird Robinson, Bud Moore, Ed Hellman, Richard Rothermel, Frank Albini y otros hombres del Servicio Forestal de Estados Unidos; a las mujeres del Servicio Forestal, entre ellas Susan Yonts, Beverly Ayers y Joyce Haley; y a los supervivientes del incendio de Mann Gulch, Walter Rumsey y Robert Sallee. Maclean habría querido dar las gracias a muchas más personas.

Al corregir el manuscrito, la editorial ha disfrutado de la ayuda, en varias etapas, de Wayne C. Booth, Jean Maclean Snyder y John N. Maclean. Laird Robinson fue el compañero de Maclean en su búsqueda de los fragmentos desaparecidos de la historia de Mann Gulch, y le damos las gracias por haber ayudado a la editorial con el mismo espíritu. También estamos en deuda con Joel Snyder,

Dorothy Pesch, William Kittredge, Wayne Williams y Richard Rothermel por la ayuda que nos han prestado. Agradecemos especialmente a Jean Maclean Snyder y John N. Maclean por haber confiado *La montaña en llamas* a la University of Chicago Press y por haber colaborado con nosotros para hacer realidad su publicación.

La montaña en llamas

PREFACIO

El fantasma negro

FUE UNOS DÍAS DESPUÉS DEL DIEZ de agosto de 1949 cuando vi por primera vez el incendio de Mann Gulch y empecé a convertirme, ya entonces de forma medio consciente, en una pequeña parte de su historia. Acababa de llegar del este para pasar varias semanas en mi cabaña de Seeley Lake, Montana. La directora de la oficina de Correos del pequeño pueblo en el extremo inferior del lago me habló del incendio y de cómo trece smokejumpers[2] del Servicio Forestal habían muerto calcinados el cinco de agosto, cuando trataban de alcanzar la cumbre de un cerro antes de que se desatara ahí el fuego por las hierbas altas y secas. En el pequeño pueblo de Seeley Lake y en la vasta comarca que lo rodea solo hay leñadores y turistas de veraneo, y como los únicos residentes fijos son los leñadores, acaparan los buzones de la oficina de Correos; su directora los conoce a todos, y por ello sabe mucho sobre bosques e incendios forestales, aunque sea de oídas. Como nos conocemos desde hace tiempo, yo también dispongo de buzón, y todos los días, cuando pasaba a recoger mi correo, me contaba lo último que había oído sobre los smokejumpers muertos, la mayoría de ellos estudiantes universitarios, hasta que al cabo de una semana comprendí que tenía que ir a ver en persona el incendio de Mann Gulch mientras aún estuviera activo.

Sabía, por supuesto, que un incendio de semejantes dimensiones seguiría activo mucho después de haber sido controlado. Había estado trabajando para el Servicio Forestal durante la Primera Guerra Mundial, cuando había escasez de hombres y yo solo tenía quince años, cuatro menos que Thol, el más joven de quienes murieron en Mann Gulch, así que a su edad yo ya había estado en

varios incendios nada desdeñables. Sabía, por ejemplo, que pasaría mucho tiempo antes de que el incendio de Mann Gulch se extinguiese por completo, porque un mes de noviembre había vuelto con mi padre de cazar ciervos en una zona cercana a un gran incendio que yo había presenciado ese verano, y para mi sorpresa había visto tocones y árboles caídos que seguían ardiendo, con humo saliendo de agujeros ennegrecidos abiertos en la nieve.

Sin embargo, pese a saber que el humo seguiría ascendiendo de Mann Gulch hasta noviembre, llegó un día a principios de agosto en el que no pude soportar escuchar más rumores sobre el incendio en la oficina de Correos. Ya entonces intuía por qué debía ir en persona a ver el incendio. En una ocasión había visto un fantasma, y el fantasma había vuelto a poseerme.

El gran incendio que aún no se había extinguido del todo a finales de aquella temporada de caza se había producido en Fish Creek, el Fish Creek que, según recuerdo, se encuentra a unos catorce kilómetros[3] de Lolo Hot Springs. Fish Creek era un excelente territorio de ciervos, y los pocos granjeros que se habían refugiado allí se ganaban la vida complementando los magros productos de sus huertos pedregosos con el dinero que cobraban a los cazadores de ciervos en otoño por convertir sus cabañas en pabellones de caza donde pasar la noche. El venado constituía, por tanto, una parte necesaria de su dieta y de su economía. Disfrutaban de su carne doce meses al año, y los guardas de caza nunca los molestaban por cazar fuera de temporada, siempre y cuando no fueran por ahí alardeando de burlar la ley y salirse con la suya.

Los bomberos que habíamos sido enviados desde el puesto forestal de Lolo Hot Springs estábamos convencidos de que el fuego había sido provocado por uno de estos granjeros. El Servicio Forestal había dado permiso a un grupo de pastores para que sus rebaños, de unas mil cabezas, pastaran junto a un importante afluente de Fish Creek y, como se sabe —o al menos como todo cazador sabe—, las ovejas arrancan la hierba tan a ras de suelo que, una vez han acabado, los ciervos no tienen nada que comer. Los cazadores suelen decir que ni los saltamontes pueden vivir de la

hierba que dejan las ovejas. El fuego se había iniciado cerca de la desembocadura del afluente, de lo que cabía deducir, o eso asumimos, que iría ardiendo corriente arriba: el arroyo era un cañón encajonado, todo barrancos, sin que hubiera escapatoria alguna para las ovejas. Desde el punto de vista de un cazador de ciervos, era el sitio ideal para que murieran las ovejas. El incendio, sin embargo, no solo ascendió quemándolo todo a lo largo del afluente, sino que descendió hasta donde penetraba en Fish Creek, con la posibilidad de que causara estragos en la zona. Primero probamos a utilizar Fish Creek como «cortafuegos», con la esperanza de detener el incendio en la orilla, pero cuando alcanzó la tupida maleza de una de las orillas del arroyo ni siquiera esperó a retroceder y tomar impulso antes de saltar a la maleza del otro lado. Entonces fuimos nosotros los que tuvimos que retroceder a toda prisa. En ese punto, Fish Creek pasa por un cañón tan estrecho y retorcido que el sendero principal desciende por la ladera, de modo que retrocedimos subiendo por el sendero de la ladera, que habría de convertirse en nuestra segunda línea de defensa.

Yo estaba situado justo donde el fuego había saltado el sendero. Al principio no era mayor que una pequeña hoguera india, semejando más bien un pequeño fuego al que poder acercarte y calentar las manos, y no tanto algo que en cuestión de minutos podía devorarte hasta no dejar de ti más que tu figura de rodillas rezando y sin más ropa que un cinturón. Durante unos momentos podría haberlo cruzado andando y atacarlo desde el lado aguas arriba, y cuando empezó a crecer aún habría estado a tiempo de rodearlo. En lugar de eso, lo ataqué desde donde me encontraba, sin más motivo que el hecho de que a todos nos enseñaron a ser el chico que permanece en pie sobre la cubierta en llamas[4]. Nunca se me ocurrió que tuviera más alternativas. Ni siquiera me di cuenta —hasta que no regresé al día siguiente— de que si hubiera cruzado el fuego, me habría encontrado en la orilla donde muy pronto el incendio alcanzaría un bosquecillo de enebros cuyas acículas, al caer, habían creado un mantillo espeso y húmedo por el que fuego habría avanzado con lentitud, ardiendo sin llama.

El incendio ascendía hacia mí desde el arroyo entre la hierba y los arbustos, y se detuvo un instante cuando alcanzó el sendero que esperábamos poder usar como cortafuegos. La hierba a ambos lados del sendero no estaba tan en contacto como los arbustos a orillas del arroyo. Aquí el fuego se balanceó de un lado a otro como un saltador de longitud antes de arrancar hacia la raya. Entonces saltó. Uno a uno fueron llegando otros fuegos similares, balanceándose hacia delante y hacia atrás hasta lograrlo.

Retrocedí y empecé a subir por la ladera. A diferencia de los chicos del incendio de Mann Gulch, que no echaron a correr hasta estar casi en la cima, yo empecé a correr cerca de la base. Según el testimonio de los supervivientes, no sintieron miedo hasta los últimos cien metros. Yo puedo decir que tuve miedo hasta que llegué cerca de la cima, cuando todas las sensaciones —temor, sed, el deseo de detenerme un momento para rezar— se volvieron indistinguibles del agotamiento. No obstante, a diferencia del incendio de Mann Gulch, el fuego que me perseguía no se parecía en nada a un *blowup*[5]*;* nunca hubo llamas que ascendieran sesenta metros en el cielo. Y, sin embargo, estaba delante y detrás de mí, sin ningún lugar adonde ir sino hacia arriba. Por encima había pequeños focos secundarios[6] provocados por un cielo de ramas ardiendo. Me hicieron volver sobre mis pasos, porque empezaron a unirse y a formar un alud de llamas que avanzaba monte arriba y monte abajo. Seguí buscando rutas de escape señaladas por huecos en el humo que a veces iba de arriba abajo. Detrás de mí, donde no me atrevía a mirar, el fuego principal era puro estruendo y calor, un ruido que nacía de la tierra, como un tren de mercancías. Allí donde había focos débiles en la hierba, sonaba como si el tren hubiera aminorado la marcha para cruzar un puente o entrar en un túnel. Podría haber estado haciendo cualquiera de las dos cosas, porque al cabo de un momento volvía a rugir y empezaba a alcanzarme. Se acercaba tanto que sonaba como si estuvieran crujiendo huesos, y los míos eran los únicos que había por allí. Luego volvía a entrar en un túnel y yo volvía a tener esperanzas. Tanto si retumbaba como si crepitaba, me sentía en todo momento presa del terror. Siempre

sediento. Siempre exhausto.

A mitad de camino hacia la cima, o algo más arriba, cuando el rugido del fuego principal se redujo por un momento al traqueteo de los vagones vacíos, oí una voz junto a mí. Se fue desplazando por la ladera hasta llegar a mi altura. «¿Cómo te va, hijito?», me dijo. La voz podía haber salido de una rama ardiendo, o tal vez procediera de algún miembro de la brigada de voluntarios al que no hubiera visto antes. Al principio lo único que noté fue que no se resbalaba, ya que llevaba un buen par de botas de alpinismo con clavos.

A su pregunta sobre cómo le iba al «hijito», contesté señalando hacia atrás, aunque sin mirar: «Me resbalo todo el tiempo». También me señalé los zapatos.

Era mi segundo verano en el Servicio Forestal, por lo que sabía lo que eran unas buenas botas de alpinismo, y cómo los clavos no bastan para sujetarse a las laderas, sobre todo en aquellas laderas resbaladizas y cubiertas de hierba, pero yo era joven y aún seguía tratando de escapar de la dura realidad, como crecer y emplear la mitad del sueldo de un mes en un buen par de botas. De modo que había ido a una tienda de excedentes del ejército y me había comprado unas botas que databan de la Primera Guerra Mundial. Eran baratas y no aguantarían clavos largos, así que remaché los bordes con tachuelas, tachuelas que no tardaron en desgastarse como patines. El fantasma con clavos ascendía en línea recta y no se resbalaba en ningún momento, mientras que yo tenía que zigzaguear hacia delante y hacia detrás, de un lado a otro, clavando los bordes de las suelas.

La autocompasión me hacia sentir que no podía avanzar más; el miedo que me atenazaba me hacia sentir exhausto; esperar que el fantasma con botas de clavos me ayudara me hacía sentir exhausto; tener tanta sed como para no poder articular palabras con que pedir ayuda me hacía sentir exhausto. A medida que el fuego que asciende por la ladera se va acercando, todo se convierte en agotamiento: el miedo, la sed, el terror, una contracción de la carne que sigue mostrando preferencia por la vida, todo se convierte en puro agotamiento. De manera que, examinándolo más de cerca, morir

calcinado en la ladera de una montaña es morir al menos tres veces, y no dos, como se ha dicho en alguna ocasión; en primer lugar, y a mucha distancia del fuego, llegan al borde de la muerte tus botas y tus piernas; después, y cuando ya no puedes más, te sumes de nuevo en la región de los gases extraños y los dardos rojos y azules, donde no hay oxígeno, y ahí mueren tus pulmones; luego te hundes rezando en el fuego principal, y si eres católico, lo único que sobrevive es tu crucifijo.

El fantasma negro que podía caminar en línea recta se acercó a mí y se me quedó mirando. Yo le devolví la mirada, pero por miedo. El fantasma negro tenía la cara roja. En tiempos más relajados podría haber sido un alcohólico, pero era evidente que gran parte de esa rojez se debía ahora al reflejo de las llamas. «¿Puedo ayudarte?», me preguntó la cara roja, que volvía a ser una voz.

Yo creía encontrarme ya más allá de toda ayuda, pero me tragué la sed para dar con alguna palabra y dije: «Sí». Y en cuanto pude, añadí: «Sí, gracias».

El fantasma negro se acercó más, y el rojo de su rostro ardía ahora de manera uniforme. Entonces, de repente, se produjo una explosión en su cara, reflejo de algo que tenía dentro, y me dio una bofetada.

«¡Dios mío!», exclamé tambaleándome de un lado a otro por la ladera. Lo único que sabía mientras mis pasos vacilaban era que, si me caía, tal vez no podría volver a levantarme. Rompí a llorar mientras me tambaleaba, pero me calmé al recuperar el equilibrio. Cuando pude recobrar el aliento y retener el aire caliente en mis pulmones, grité fuerte, sobre todo cuando fui consciente de que lo único que podía salvarme eran mis botas de la tienda de excedentes del ejército. Todavía llorando, procedí a subir por el monte casi en línea recta, sin resbalar apenas, hasta llegar a la altura donde había sido humillado. Ahí me detuve y busqué al responsable, pero él ya estaba lejos, en lo alto del cerro, contemplándome desde la boca de una cueva que de vez en cuando se abría en un risco rojo en llamas.

Esto es todo lo que sé sobre la violenta aparición que precedía al fuego. Debía de ser algún miembro de la brigada de bomberos

reclutados en los bares de Butte. No lo había visto nunca, y no lo he vuelto a ver desde entonces. Tal vez fuera un borracho de Butte enloquecido por la sed. O tal vez un minero con tuberculosis, con los pulmones completamente colapsados por el calor del aire que trataban de respirar. Incluso es posible que hubiera algo en él que le estuviera afectando, aparte del fuego cuando trataba de precederlo, algo horrible que le hubiera sido infligido y por lo que tuviera que desquitarse antes de ser pasto de las llamas. En cualquier caso, en ese preciso instante yo podía aparecer de entre el humo, inexperto, paralizado e incapaz de reaccionar hiciera él lo que hiciera, así que hizo lo que quiso.

Arriba, la grieta del risco rojo se abría de vez en cuando. Desde su entrada una figura se retiraba y ascendía hacia el cielo hasta pender como un murciélago del techo de la cueva. No dejaba de observarme, pero no sé qué esperaba ver. Finalmente, quedó colgado cabeza abajo de sus garras.

No guardo recuerdos claros de haber subido el resto del cerro, salvo que cuando llegué a la cima tuve que apagar el fuego que ardía en los cordones de mis botas. No pensé en la brigada ni en dónde podría encontrarla. No pensé en el fantasma. Tras alcanzar la cima del cerro, durante un rato no pude pensar en nada que tuviese detrás. Pensaba en las cosas que tenía delante, la más próxima de las cuales era un pabellón de caza en la bifurcación principal de Fish Creek, donde nos habíamos quedado mi padre y yo en las dos últimas temporadas de caza. Lo regentaba una mujer, la señora Brown, que se parecía en cierto modo a mi madre, pero más a una india con oscuras patas de gallo en las comisuras de los ojos. Además, era buena disparando, de modo que si uno de sus huéspedes no conseguía ningún ciervo, la última mañana ella salía escopetada y permanecía fuera una o dos horas y cazaba uno para él. Pensé: «Si sigo el cerro río arriba y luego me dejo caer al fondo del río donde está su cabaña, la señora Brown podrá ayudarme, aunque esté hecho un despojo». Pensé que podría incluso cazar un ciervo para mí, y luego pensé: «No, eso no está bien, no necesitas ningún ciervo, pero ve igualmente. Necesitas algo».

Ahora que había empezado a pensar de nuevo, volví a sentirme exhausto. «La señora Brown puede ayudar a los hombres que no pueden ayudarse a sí mismos —pensé—, y yo estoy agotado más allá de toda comprensión». Hasta bien entrada la tarde no conseguí llegar a medio kilómetro de la cabaña. Entonces me quité de la cabeza el agotamiento y corrí ese medio kilómetro para llegar a tiempo, aunque en esos momentos el tiempo era solo un vestigio del pasado sin significado alguno en el presente. No me desplomé, pero me balanceé sobre los pies por la succión del aire que provocó la señora Brown al abrir la puerta de la cabaña.

No me hizo ninguna pregunta. Dijo en voz baja: «Entra y acuéstate. Se te ve muy pálido». Me quedé desconcertado. Estaba seguro de estar negro. «No —me dijo—, estás muy pálido».

Probó el agua del cubo, pero estaba sin duda tibia, así que bajó al río y sacó un cubo de agua fría. «Te he dicho que te acuestes», dijo entonces. Aún no me había preguntado nada. Quienes pasan la vida en una cabaña saben que hay momentos en los que tienes que hacer las cosas antes de tratar de averiguar de qué va la cosa.

Me lavó con agua fría una y otra vez, tomándome el pulso cada vez que lo hacía. Luego, por último, volvió a tomarme el pulso, asintió con la cabeza y me echó un cazo entero de agua para indicar que mi periodo de convalecencia había terminado. Me abotonó la camisa y me dijo:

—Cuando vayas a cazar ciervos este otoño, darás de ti todo lo que tengas. —Fue entonces cuando trató de averiguar qué me había pasado y cómo había llegado hasta allí—. ¿Has intentado detener el incendio?

—Señora Brown… Señora Brown, ¿ha empezado usted el fuego? —pregunté por fin.

—En la próxima temporada del ciervo, no tendrás problema alguno en dar lo mejor de ti.

Supe que no iba a añadir nada y que era mejor no hacer más preguntas.

—Para ser sacerdote, tu padre tiene muy buena mano con el rifle.

—Y también se le da bien la escopeta —dije yo.

—Le escribiré mañana y le contaré lo que ha pasado —dijo entonces.

—No hace falta —repliqué—. Él ya sabe que puedo cuidarme solo.

No estaba seguro de haber hecho bien en acudir a ella en busca de ayuda, ahora que ya no la necesitaba. Hasta a las mujeres duras buenas con el rifle les sale un instinto maternal cuando ya ha pasado lo peor.

—Quédate aquí y estate tranquilo hasta mañana —me aconsejó —. Luego vuelves a Lolo Hot Springs e informas al puesto forestal.

Después de un cubo y medio de agua fría, ya no necesitaba una madre india, y quería dejarlo claro. Pese a ser una gran tiradora, le dije:

—Gracias, pasaré aquí la noche, pero mañana volveré al incendio y trataré de encontrar a mi cuadrilla.

No añadí que, sobre todo, quería ver en qué punto había saltado el fuego el sendero y yo había empezado a subir monte arriba por delante, ya que el miedo es algo que no solo nos hace salir huyendo; a veces, al menos, también nos hace volver y contemplar lo que nos ha hecho salir huyendo.

Aunque a la mañana siguiente estaba muy cansado, me apresuré para ir al lugar donde el incendio había cruzado el sendero. Solo cuando contemplé el lugar comprendí que, de haber atravesado un pequeño fuego, me habría situado del lado donde estaba el mantillo de enebro, ahorrándome subir a la carrera un cerro gigantesco para salvarme y que me detuviera un fantasma en el camino.

He vuelto varias veces a ese punto del camino. El otoño del mismo año del incendio le dije a mi padre: «Vamos a cazar otra temporada a casa de la señora Brown en Fish Creek». Fue mientras cazábamos en Fish Creek aquel noviembre cuando vi salir humo de unos agujeros negros que había en la nieve.

MIENTRAS ESCUCHABA a la encargada de la oficina postal, aquel

día de principios de agosto de 1949, recordé el humo saliendo de la nieve, formando volutas. Cuando, por la noche, el humo empezó a mezclarse con mis sueños, cerré con llave mi cabaña y conduje los casi doscientos cincuenta kilómetros que me separaban de Wolf Creek y recogí a mi cuñado, que había estado varios días luchando contra el incendio de Mann Gulch como voluntario. En Oxbow Ranch tomamos prestada una furgoneta Dodge, porque sabíamos que sería difícil seguir adelante. Después subimos por el camino de tierra que sigue la orilla oriental del Missouri hasta llegar a Gates of the Mountains y a Willow Creek, el riachuelo que está al norte de Mann Gulch donde finalmente se había detenido el incendio, en la parte baja del río. El camino ascendía por el riachuelo durante un tramo y luego no tenía salida, y los bomberos habían utilizado tanto esa vía muerta como el arroyo —cabría decir que con cierto éxito— como cortafuegos. Solo de tanto en tanto había saltado el fuego ambos, y cuando lo hacía, los bomberos volvían a controlarlo enseguida. Para cuando llegamos al incendio, ya lo habían extinguido a lo largo de varios centros de metros de la carretera y del riachuelo, talando los árboles que aún ardían y enterrándolos o echando agua sobre ellos cuando estaban cerca del río. Como allí no había peligro de que el incendio volviera a saltar los cortafuegos, habían seguido adelante, dejando que se consumiera por sí mismo sin causar daños.

Era un mundo de cenizas aún calientes incubadas por los troncos poco antes en llamas; estos, ahora ennegrecidos, parecían haber nacido de las cenizas grises como resultado de un vasto esfuerzo sexual en los límites del más allá. Cuando aquel enorme esfuerzo hubo concluido, se descubrió que los troncos habían nacido muertos y que las cenizas mismas vivían solo en la medida en que los vientos las movían. Era el anfiteatro del más allá, donde la pasión había destruido la vida, pero donde la pasión desprovista de vida podía renacer. De vez en cuando, un poco más hacia el interior del incendio, un tronco ennegrecido estallaba, reproduciendo una progenie de llamas. Un despeñadero se deshacía de un árbol que había estado ardiendo en una hendija secreta, arrojando el sacrificio

a las rocas del fondo, donde la víctima estallaba para convertirse en llamas y en pasión sin vida. En los cortafuegos del infierno, las relaciones sexuales parecen haber desaparecido para siempre y luego explotan de un modo brutal, y después de un gran incendio forestal hay cenizas templadas y troncos antes en llamas, y pasión en la muerte.

Mi cuñado detuvo la furgoneta no mucho más arriba del riachuelo. Más adelante, el curso del arroyo se acercaba al camino, y en el agua había un ciervo con terribles quemaduras. Estaba bebiendo, y probablemente llevara un buen rato haciéndolo. Es probable que fuera como los dos smokejumpers, Hellman y Sylvia, que no murieron de inmediato y que nunca pudieron saciar su sed, bebiendo sin parar hasta llegar a sentir náuseas.

El ciervo no tenía pelo y estaba púrpura. Donde se le había rajado la piel, la carne se veía cuarteada. Durante un rato, no levantó la vista. Debía de pasarle lo que a Joe Sylvia, que había sufrido tantas quemaduras que estaba en un estado de euforia. Sin embargo, cuando un árbol estalló y salió volando[7], como otra víctima más, hasta los pies del despeñadero cercano, el ciervo alzó al fin la cabeza y empezó a vemos. Sus ojos eran unas bombillas rojas que iluminaban las largas pestañas que rodeaban sus párpados.

Como era agosto, no habíamos pensado en llevar un rifle, así que no pudimos tratarlo como a un ser vivo y acabar con él.

Mientras completaba el proceso de reconocemos, agachó la cabeza y continuó bebiendo. Entonces, o bien nos reconoció por fin, o bien volvió a sentir náuseas.

Se tambaleó hasta la orilla, recuperó el equilibrio y entonces se alejó dando saltos eufóricos. De haber podido, es probable que hubiera dicho, al igual que Joe Sylvia: «Me encuentro perfectamente». Probablemente su sistema sensorial, como el de Joe Sylvia, se había disuelto en el torrente sanguíneo y estaba empezando a obstruirle los riñones.

Entonces, en lugar de saltar, echó a correr directamente contra el primer tronco caído que tenía delante.

—He olvidado echar un rifle en la furgoneta —dijo mi cuñado,

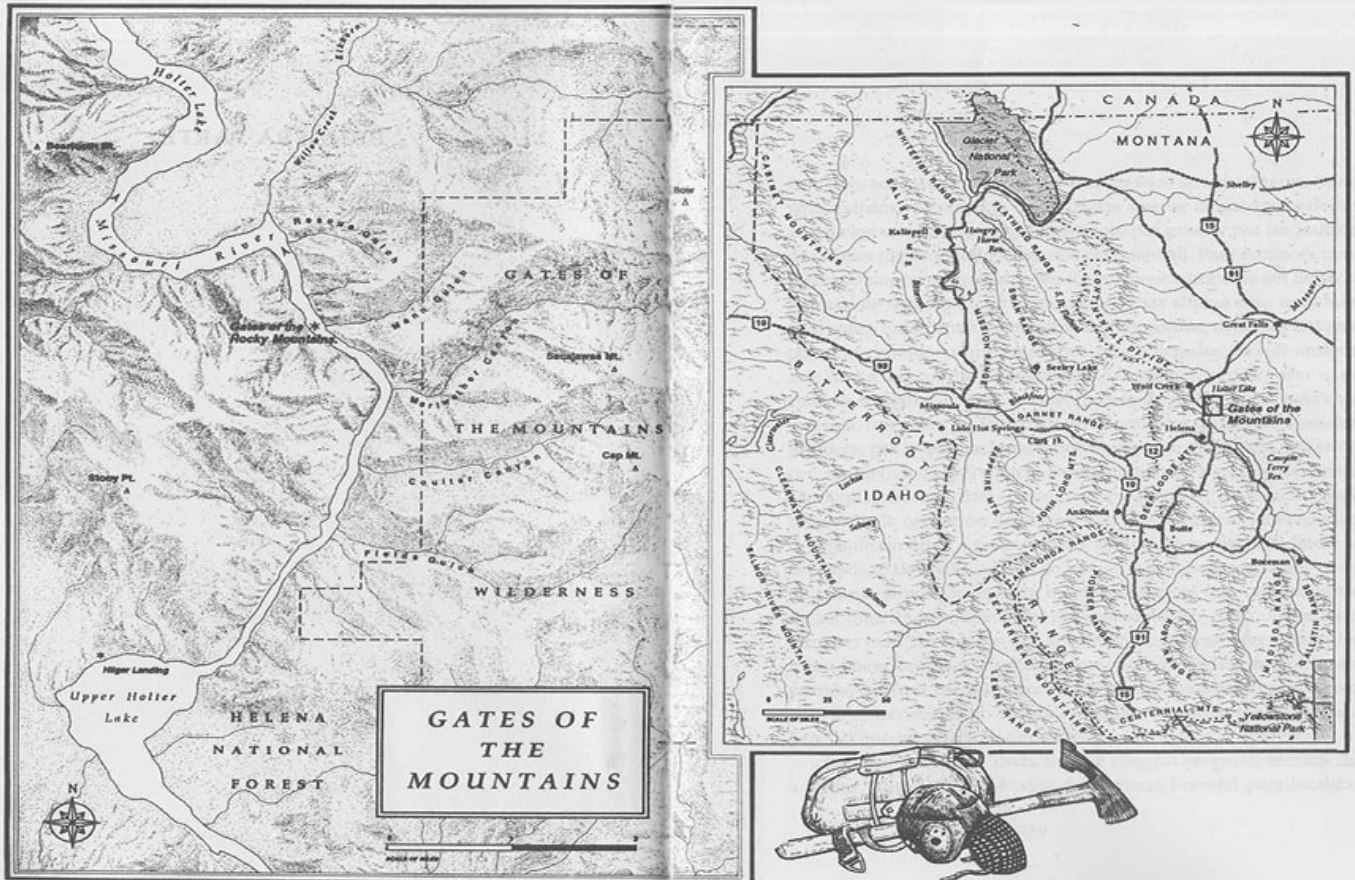
odiándose a sí mismo.

El ciervo yacía en el suelo y miró hacia atrás buscándonos, pero, conmocionado por el impacto del choque, probablemente no nos viera; movía la cabeza de un lado a otro, como si tratara de recordar desde qué ángulo nos había visto por última vez. De repente, los ojos se le pusieron como bombillas eléctricas en el momento de fundirse: con un destello, el exceso de luz fundió los filamentos, y a continuación el rojo fue desvaneciéndose poco a poco hasta fundirse en negro. Al disiparse, llegó un punto en que las largas pestañas de sus párpados dejaron de estar iluminadas. Entonces, el ciervo dejó caer la cabeza sobre el tronco que no había visto ni podido saltar.

En mi relato del incendio de Mann Gulch, la manera en que llegué allí por primera vez forma parte de la historia.

La montaña en llamas

PRIMERA PARTE


GATES OF THE MOUNTAINS
Holter Lake
Missouri River
Willow Creek
Beartrap Mt.
Rogers Gulch
Gates of the Rocky Mountains
Mann Gulch
Meriwether Canyon
Sacajawea Mt.
THE MOUNTAINS
Cap Mt.
Coulter Canyon
Stony Pt.
Pirates Gulch
WILDERNESS
Hilger Landing
Upper Holter Lake
HELENA NATIONAL FOREST
N
CANADA
MONTANA
Glacier National Park
Whitefish Range
Cabinet Mountains
Kalispell
Flathead Range
Swan Range
Mission Range
Continental Divide
Shelby
Great Falls
Missouri
Seeley Lake
Bitterroot
Missoula
Garnet Range
Lake Hot Springs
Clark Fk.
Gates of the Mountains
Helena
Canyon Ferry Res.
IDAHO
Clearwater Mountains
Salmon
John Long Mts
Anaconda Range
Pioneer Range
Deer Lodge Mts
Anaconda
Butte
Bozeman
Big Belt Mts
Bridger Range
Madison Range
Gallatin Range
Centennial Mts.
Yellowstone National Park
Lemhi Range
SCALE OF MILES
TOM WILLCOCKSON

I

En 1949, LOS SMOKEJUMPERS no estaban lejos de sus orígenes como paracaidistas convertidos en acróbatas que se lanzaban desde las alas de los aviones en ferias locales solo por gusto y por un puñado de dólares (descontando los gastos del hospital). Para entonces también estaban convencidos de ser los mejores bomberos del Servicio Forestal de Estados Unidos, y aunque a esas alturas eran muy buenos, sobre todo contra ciertos tipos de incendios, deberían haberse parado a considerar que eran unos recién llegados en este antiguo arte de luchar contra los incendios forestales. Corría el año 1940 cuando se realizó el primer lanzamiento de paracaidistas sobre un incendio forestal, y un año más tarde fueron organizados los smokejumpers, por lo que hacía solo nueve años que existía una profesión con el objetivo de enfrentarse al mismo tiempo a tres de los cuatro elementos del universo —aire, tierra y fuego—, repitiendo continuamente la operación de dejarse caer desde el cielo y aterrizar en la copa de un árbol o en la fachada vertical de un despeñadero con el propósito de hacer aquello de lo que se jactaban: conseguir cavar una zanja alrededor de cada incendio sobre el que cayeran antes de las diez de la mañana del día siguiente. En 1949, los smokejumpers eran tan jóvenes que se referían cariñosamente a todos los incendios sobre los que saltaban como los «incendios de las diez en punto», como si ya los tuvieran controlados antes de saltar. Todavía eran tan jóvenes que no habían aprendido a calcular los riesgos ni a percibir que tal vez pudieran deberle una tragedia al

universo.

Con todo, no cabe duda de que ningún progreso técnico iba a influir tanto en los métodos del Servicio Forestal para localizar y combatir los incendios forestales como el avión, que apareció a principios de siglo, más o menos por la misma época que el Servicio Forestal (1905). Dos guerras mundiales aceleraron la unión entre los aviones y la lucha contra los incendios. En 1917, el jefe del Servido Forestal, Henry S. Graves, consultó con el jefe del Cuerpo Aéreo del Ejército la posibilidad de que aviones militares realizaran misiones de patrulla sobre los bosques del oeste de Estados Unidos. En 1925, el propio Servido Forestal comenzó a utilizar aviones desde los que se podían detectar los incendios con mayor rapidez y exactitud que desde puestos de vigilancia diseminados por el territorio. Para 1929, los aviones ya lanzaban pertrechos a los bomberos, y parecía que muy pronto lanzarían desde ellos a los propios bomberos, pero dificultades psicológicas y de equipamiento frenaron la intervención de paracaidistas en los incendios forestales. Solo después de varios años de experimentación y entrenamiento tuvo lugar el primer salto de paracaidistas sobre un incendio forestal. Uno de ellos era Earl Cooley, que sería el observador del C-47 que llevaría a los smokejumpers al incendio de Mann Gulch y que, como tal, daría un golpecito en la pantorrilla izquierda a cada paracaidista como señal para saltar sobre Mann Gulch.

La principal barrera psicológica que impedía que el Gobierno y la opinión pública en general aceptaran el uso de paracaidistas se fundaba en la creencia de que la mayoría de ellos estaban como mínimo un poco chalados, y algunos probablemente lo estuvieran del todo. En 1935, Evan Kelley, del Servicio Forestal de la Región Uno (con sede en Missoula, Montana, donde pocos años después se establecería una de las mayores bases de smokejumpers), se opuso a la posibilidad de lanzar hombres en paracaídas sobre los incendios, afirmando: «Por lo que he podido saber gracias a pilotos con experiencia, todos los paracaidistas están más o menos locos, o en todo caso un poco desequilibrados, porque de lo contrario no se dedicarían a una actividad tan peligrosa». No cabe duda de que entre

los más visiblemente afectados por el complejo de Ícaro se encontraban los que saltaban desde las alas de los aviones en ferias locales o los especialistas que hacían el mismo tipo de trabajo para las películas. Solo un año antes de que Kelley realizara su análisis psicológico de los paracaidistas, Frank Derry, un especialista de California que andaba escaso de dinero, tuvo la idea de lanzarse desde un avión en paracaídas vestido de Papá Noel. Hizo un aterrizaje perfecto, complació a los comerciantes locales de Los Ángeles, dejó de trabajar como obrero definitivamente, se unió a un circo aéreo que hacía giras por el oeste y se convirtió en uno de los nueve primeros smokejumpers del Servicio Forestal, uno de sus mejores instructores de paracaidismo y uno de sus mejores mecánicos, realizando importantes mejoras tanto en el paracaídas como en el traje de los paracaidistas.

La mayoría de la gente padece hasta cierto punto de complejo de Ícaro y, al igual que los smokejumpers, desea aparecer sobre la tierra desde el cielo. En mi ciudad natal de Missoula, Montana, todos los hermanos mayores entrenaban a sus hermanos pequeños para que saltaran desde los tejados de los garajes, utilizando sacos de arpillera como paracaídas. Los hermanos mayores sostenían que los saltos debían realizarlos los menores porque, al ser más pequeños, tardaban más en llegar al suelo y así daba más tiempo a que los sacos de arpillera se abrieran y suavizaran el aterrizaje. Desde el principio, los smokejumpers debían tener mucho de aquello que nosotros tenemos poco, y si en algo somos iguales todos los hombres es en haber nacido como mínimo un poquito locos, aunque algunos son un poco más iguales que otros. Hicieron falta unos cuantos de estos para poner en marcha los smokejumpers, y siempre han hecho falta unos cuantos más para que el cuerpo siga en activo.

Afortunadamente, muchos de quienes se ven movidos por el complejo de Ícaro están dotados, a diferencia de este, de un talento mecánico extraordinario y han trabajado durante mucho tiempo en problemas relacionados con la seguridad de los aterrizajes. Hasta el más sublime de los bichos raros, Leonardo da Vinci, había estudiado los modos más seguros en que los hombres podían posarse sobre la

tierra al caer desde el cielo. Pero no fue hasta 1783 cuando el físico francés Louis-Sébastien Lenormand realizó el primer salto en paracaídas desde una torre, y todavía en 1930 el paracaídas presentaba muchas deficiencias como medio de transporte aéreo, algunas de las cuales fueron eliminadas o reducidas nada menos que por Frank Derry, el Papá Noel paracaidista que, además, también tenía talento para la mecánica. Uno de los mayores inconvenientes del paracaídas como transporte aéreo había sido que, al tratarse de un objeto parabólico, caía haciendo un movimiento de campana. El paracaídas carece de aberturas por las que pueda salir el aire que entra en él al descender, por lo que se balancea hacia un lado hasta que el aire sobrante se libera por el otro, y a continuación se balancea hacia el lado contrario hasta liberar el exceso de aire acumulado en el movimiento anterior. En consecuencia, antes de que el paracaídas pudiera ser un medio razonablemente seguro para descender a la tierra desde el cielo, era necesario suprimir el balanceo que se producía durante la caída e inventar alguna forma de gobernarlo para que los smokejumpers y sus suministros aterrizaran en un punto concreto cerca del incendio, en lugar de desparramarse por las montañas de los alrededores.

El paracaídas desarrollado por Frank Derry se convirtió en el reglamentario de los smokejumpers durante muchos años, y fue el utilizado por el equipo que se lanzó sobre el incendio de Mann Gulch. El balanceo se había reducido gradas a tres aberturas por las que se podía liberar el aire: una abertura en la parte superior y dos en los laterales. En la parte exterior del paracaídas y sujetas a las aberturas laterales había unas «colas» de nailon que hacían las veces de timones para controlar el flujo de aire que entraba por ellas, guiados con cordones a fin de que la dirección del vuelo la decidiese, en último término, el paracaidista. No se trataba de un mecanismo muy seguro ni muy sensible, pero en todo caso era mejor que el de Ícaro. La velocidad era de siete u ocho nudos y, en cuanto podía, el paracaidista se ponía de cara al viento y miraba por encima del hombro para, entre otras cosas, no estrellarse contra un peñasco.

Frank Derry, sus dos hermanos y otros de los primeros

smokejumpers no solo hicieron grandes mejoras en el paracaídas, sino que pronto desarrollaron un traje de salto más seguro, diseñado especialmente para terrenos montañosos con alta densidad de árboles: casco de fútbol americano con una pesada máscara facial de tela metálica, traje forrado de fieltro y «amortiguadores de golpes» como tobilleras, suspensorios para atletas, refuerzos en la espalda y el vientre, y pesadas botas de leñador (las White, fabricadas en Spokane, Washington, eran las mejores). Los dos hermanos de Frank Derry fueron de mucha ayuda, pero la constancia no formaba parte de su vocación y no estuvieron mucho tiempo en los smokejumpers. Frarik, sin embargo, sí; con el tiempo adquirió un bar cercano y se convirtió en su mejor cliente.

Por el momento todo había consistido en lanzamientos; nada de humo ni fuego. En 1949, un buen número de veteranos del Servicio Forestal seguían creyendo que para Dios solo hay una manera honrada de llegar a un incendio forestal, esto es, caminar hasta echar las tripas por la boca. Para estos veteranos, los smokejumpers constituían una atracción circense, aunque en realidad ya iban camino de convertirse en el mejor cuerpo de bomberos del Servicio Forestal.

Los principales avatares en la historia del Servicio Forestal habían contribuido a que en 1945 los smokejumpers estuvieran en camino de ser los mejores. El Servicio Forestal de Estados Unidos había sido creado oficialmente en 1905 por el presidente Theodore Roosevelt y el gobernador de Pensilvania, Gifford Pinchot, hombres del este que conocían y amaban la tierra y sus maravillas cuando se la deja en paz y se le da una oportunidad. La política de adquirir y proteger algunas de las partes más bellas que aún quedaban en la tierra se convirtió en el objetivo principal del Servicio Forestal. Entonces llegó 1910, el año más desastroso que se recuerde en lo que a incendios se refiere. En el oeste de Montana y en Idaho, más de un millón de hectáreas habían quedado reducidas a árboles carbonizados y cenizas que se levantaban al pasar por allí y luego eran dispersadas por el viento. La mayor parte de esta transformación se produjo en gran medida en dos días, el 20 y el 21

de agosto, cuando miles de personas creyeron que el mundo estaba llegando a su fin, y para ochenta y siete personas efectivamente fue así.

Recuerdo perfectamente esos dos días. En las vacaciones de aquel verano mi familia había acampado en una isla situada entre las bifurcaciones del río Bitterroot. Los ancianos de la iglesia de mi padre se alarmaron y fueron a rescatamos en una carreta. Un grupo vadeó hasta llegar a nuestra isla, y llevaron a mi madre en volandas hasta la carreta. Mi padre y yo fuimos detrás, él dándome la mano y sosteniendo con la otra su caña de pescar, como también yo sostenía la mía con mi otra mano. Aquello resultaba aterrador, pues lo que parecían ser grandes copos de nieve blanca se arremolinaban por el suelo en medio del calor y la oscuridad en pleno mediodía. Yo tenía entonces siete años, y me habría echado a llorar por nuestra tienda de campaña, que tuvimos que abandonar a nuestras espaldas, de no haber sido porque pensé que mi madre y nuestras dos cañas de pescar estaban ya a salvo en la carreta.

Desde 1910, gran parte de la historia del Servicio Forestal puede reducirse a una sucesión de esfuerzos por conseguir que los bomberos acudan al emplazamiento de un incendio lo antes posible: cuanto antes lleguen, menor será el incendio. Si se ataca con prontitud el fuego de una hoguera de campamento que se ha dejado encendida, un hombre armado con una pala basta para enterrarlo. Si se trata de un incendio provocado por un rayo que ha caído sobre un árbol seco, el hombre necesitará un hacha para derribar el árbol en llamas y seguirá necesitando la pala para cavar la zanja poco profunda en la que meterlo y enterrarlo. Si dos smokejumpers hubieran llegado al incendio de Mann Gulch la tarde en que se inició, al menos habrían podido mantenerlo bajo control hasta que llegara una dotación mayor. Antes de que al cabo de cinco días, el incendio de Mann Gulch fuera por fin controlado, habían participado cuatrocientos cincuenta hombres, que no tuvieron tanto que ver para detenerlo como los despeñaderos y los desprendimientos de rocas.

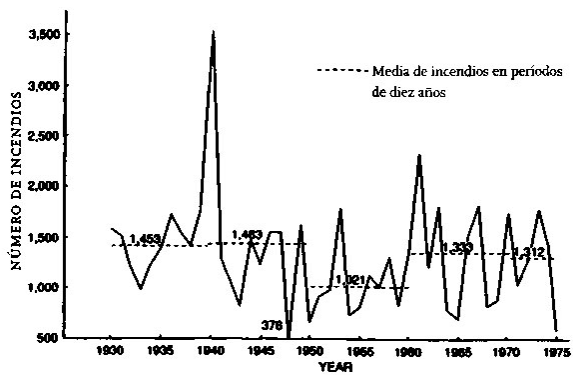
Así que se pasó de los senderos, las caminatas y las mulas de

carga a las carreteras y los camiones que suben por todos los barrancos, los 4x4 allí donde no hay carreteras, los aviones y, ahora, los helicópteros, que pueden ir a cualquier sitio y hacer cualquier cosa una vez llegan y durante el trayecto. Los smokejumpers constituyen buena parte de esta historia. Los gráficos lo demuestran.

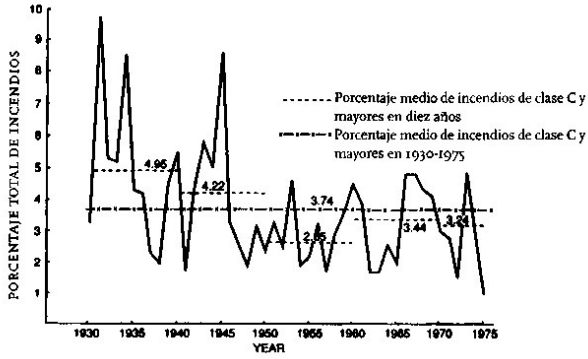
Los dos gráficos reproducidos en este capítulo forman parte de estudios estadísticos realizados por Charles P. Kem, coordinador de incendios de la Región Uno del Servicio Forestal, y Ronald Hendrickson, coordinador adjunto, sobre las variaciones en el número y tamaño de los incendios forestales en la Región Uno desde 1930 hasta 1975. El primer gráfico, «Número total de incendios por año», muestra exactamente lo que esperaría un guardabosques experimentado que lleva mucho tiempo luchando contra los incendios: no hubo ninguna tendencia significativa ni al alza ni a la baja en el número de incendios forestales durante esos cuarenta y cinco años. De vez en cuando hubo un mal año de incendios, como a finales de los años treinta y principios de los sesenta, y probablemente siempre lo habrá de vez en cuando, esperemos que nunca tan grave como el de 1910, pero según la curva estadística, los rayos parecen ser un rasgo bastante fijo del universo, al igual que el número de personas que se muestran descuidadas con las fogatas en campamentos. El resultado es que no se aprecia una tendencia a la baja en el número de incendios forestales.

El gráfico titulado «Número de incendios clasificados como de clase C y mayores» nos cuenta algo muy distinto y muestra claramente la llegada y la continua presencia de los smokejumpers. El número de incendios clasificados como de clase C (de cuatro a cuarenta hectáreas) y mayores en la Región Uno, calculado como porcentaje del total de incendios por año, disminuye bruscamente desde el momento en que se organizan los smokejumpers, a principios de la década de 1940. Luego experimenta una marcada y última subida hasta casi el 9 % con la llegada de la Segunda Guerra Mundial, cuando los smokejumpers redujeron su actividad, pero se hunde de manera igualmente abrupta al terminar la guerra y llenarse sus filas de veteranos, que vuelven a detener los incendios antes de

que se expandan mucho. Desde 1945 no ha habido ningún año en el que el 5 % de los incendios alcanzara los grados de clase C o mayores. Treinta años supone sin duda una tendencia que no cabe atribuir en exclusiva a los smokejumpers, pero que sirve para reconocer lo mucho que se les debe[8].Aunque esta tendencia cabe atribuirla, en parte, a la asentada teoría de que debe hacerse todo cuanto sea posible y remover cielo y tierra para llevar cuanto antes a los bomberos al lugar del incendio, la clase de hombres que llegan primero también tiene una importancia enorme. Los requisitos utilizados para seleccionar los primeros equipos de smokejumpers ofrecen un perfil aproximado del tipo de individuos que el Servicio Forestal consideraba necesarios para unir el cielo con el fuego, y estos mismos requisitos debían de dar a los paracaidistas una idea de su esperanza de vida. Tenían que tener entre veintiuno y veinticinco años, gozar de un perfecto estado de salud, no estar casados y no ocupar ningún cargo en el Servicio Forestal igual o superior al de guardabosques. Así que, básicamente, tenían que ser jóvenes, rudos y, de una forma u otra, del interior del país. Y el Servido Forestal no les cubría con ninguna póliza de seguros.



Número total de incendios por año, 1930-1975, en la Región Uno del Servicio Forestal de Estados Unidos.



Número de incendios clasificados como de clase C y mayores, expresados en porcentaje del total de incendios por año, durante 1930-1975, en la Región Uno del Servicio Forestal de Estados Unidos.

No cuesta mucho imaginar por qué los smokejumpers han tenido desde el principio varios linajes visibles. Dadas sus dos actividades principales —saltar desde los cielos y luchar contra el fuego una vez en tierra—, siempre han atraído a los aventureros profesionales. Los tres hermanos Derry constituyen un buen ejemplo de ello. Fueron importantes a la hora de dar forma y sustancia a la historia temprana de los smokejumpers y, debido a la naturaleza de las cosas, es probable que este cuerpo siempre atraiga a una buena cuota de aventureros. Es probable que los fines de semana, muchos de ellos alquilen una avioneta monomotor y se vayan a saltar en paracaídas por puro placer; tratarán de ganar mucho dinero en verano y después algunos se irán a Honolulu a pasar el invierno juntos, haciéndose pasar por nativos ante las turistas extranjeras o incluso ante las propias nativas. Otros pasarán los inviernos como instructores de esquí en Utah, Montana o Colorado, un trabajo que puede ser frío por el día, pero probablemente no tanto por las noches.

Cabría suponer que la mayoría de los smokejumpers proceden de los bosques y que una vez que dejan de ser paracaidistas ingresan definitivamente en el Servicio Forestal de Estados Unidos o en

algún organismo estatal que supervise las tierras públicas o en alguna explotación maderera privada; la base de smokejumpers en Missoula es un imán para los jóvenes duros que aspiran a vivir en el bosque. Además de ser la sede de la Región Uno del Servicio Forestal, Missoula es también la sede de la Universidad de Montana, que cuenta con una importante escuela de silvicultura. Todos los veranos, un número muy selecto de estudiantes de esta carrera pasan a formar parte de los smokejumpers: de los trece bomberos que murieron en Mann Gulch, cinco eran estudiantes de silvicultura de la Universidad de Montana y dos de la Universidad de Minnesota. Dos de los tres supervivientes acababan de terminar el instituto y también estudiaban en la Universidad de Montana. Unos estudiantes excelentes, muy buenos, formados en los bosques.

No obstante, las posibilidades de tener un largo futuro en el cuerpo son, en el mejor de los casos, escasas. Para empezar, con cuarenta años se sale del cuerpo, y para quienes piensan llegar en él a esa edad las salidas son muy pocas: labores administrativas o de mantenimiento. Pero no importa adonde vaya a parar un smokejumper, siempre lo acompañará la sensación de ser un «primera clase» y de pertenecer durante el resto de sus días a un cuerpo de «primera clase», algo parecido a lo que ocurre con los marines, que saben de lo que hablan cuando invocan su lema de «pocos y orgullosos». Aunque muchos smokejumpers no vuelven a verse después de haber abandonado el cuerpo, siguen perteneciendo a una especie de organización fraternal que al parecer mantiene algunos débiles vínculos con la religión. El mero hecho de ser un trabajador forestal de «primera clase» hará que allí donde vaya sea admitido en esa suerte de fraternidad internacional, y aunque solo encuentre a unos pocos miembros de esa comunidad mundial, le bastará con ver a cualquiera de ellos blandiendo un hacha para reconocerlo. Ser admitido en el Servicio Forestal significa ascender un poco en la escala fraternal, dado que es como pertenecer a la masonería o a los Caballeros de Colón. Dar el siguiente paso es ingresar en los smokejumpers, y eso es ya como ser miembro de la cofradía del Altar Místico[9] o un caballero templario. Tal vez

estemos yendo demasiado lejos al expresarlo en estos términos, pero no vamos del todo desencaminados. Para muchas personas es muy importante dejar claro de forma inequívoca, ante sí mismas y ante el universo, que aman el universo pero no se sienten intimidadas ni se dejarán zarandear por él, con independencia de lo que les depare. Además, desde el principio de sus vidas se exigen a sí mismas algo que siempre pueda tomarse como una demostración de este sentimiento permanente.

Por lo tanto, no debería sorprender que muchos smokejumpers no intenten permanecer en el cuerpo ni trabajar en los bosques durante el resto de su vida. Un buen número de ellos son estudiantes de licenciatura o doctorado; muchos más proseguirán sus estudios hasta convertirse en médicos o abogados, o incluso dentistas. Estos jóvenes son de «primera clase», tanto como estudiantes como paracaidistas. Suelen pasar mucho tiempo juntos, pero no hablan demasiado de la vida universitaria, al menos no en presencia de otros integrantes del cuerpo. Sin embargo, más tarde, cuando hayan llegado muy lejos y ascendido en la escala profesional, su mirada adquirirá tonos nostálgicos al rememorar el golpecito recibido en la pantorrilla izquierda que les dice que están a apenas un salto del vacío.

Para muchos antiguos smokejumpers, por lo tanto, su actividad como bomberos paracaidistas no está estrechamente ligada a su forma de vida, sino que se trata de algo por lo que necesitan pasar, que no deben esquivar, pero una vez que lo han hecho, no tienen por qué volverlo a hacer. Ese «algo» está en nuestro interior, y consiste en la necesidad de arreglar algunos asuntos con el universo y con nosotros mismos antes de ocupamos de «cuestiones mundanas», que no son nada especiales ni difíciles, pero llevan su tiempo. Este «algo» es ese elemento especial que hay dentro de nosotros y que nos exige que hagamos algo especial, y es un «algo» que muchos de nosotros podemos llevar dentro.

En definitiva, esta es la historia de un «cuerpo», como los hombres se llaman a sí mismos cuando se dedican a una misma y ardua tarea, tienen que considerar que están un poco locos para

emplearse en ella, tienen que mantenerse unidos y compartir el mismo entrenamiento para poder llevarla a cabo, y poco después tienen que ir juntos a la ciudad y mantenerse unidos si alguno de ellos empieza a perder una pelea en un bar. Se apoyan los unos a los otros y se imitan los unos a los otros. Debe quedar claro que esta tragedia no es la tragedia clásica de un individuo colosal que choca la espada de su voluntad con la espada del destino. Es la tragedia de un equipo, cuyos defectos y grandezas son, en gran medida, los de los smokejumpers en los comienzos más remotos de su historia. Su carácter colectivo cuenta, y el ser jóvenes cuenta, cuenta de una manera especial, pero solo ciertos individuos sobresalen de entre el humo y el fragor que todo lo domina. Es el caso de Eldon Diettert; era un excelente alumno universitario que, el día de su cumpleaños, fue convocado para participar en esta misión y que, según contó a algún miembro de su equipo, casi dice que no. Solo en fechas recientes se le ha dado su nombre a una beca de la escuela de silvicultura de la Universidad de Montana. David Navon ya era una especie de aventurero de cuatro dimensiones: había sido teniente primero de la 101ª. División Aerotransportada y había saltado en paracaídas sobre Bastoña[10], y en aproximadamente una hora estaría haciendo fotos de su propio camino a la muerte. William Hellman, jefe de pelotón y segundo al mando, era un tipo atractivo e importante, y solo un mes antes se había lanzado en paracaídas sobre el parque de la Elipse, entre la Casa Blanca y el Monumento a Washington. Al final deseó haber sido mejor católico, y los hombres lloraron cuando lo vieron todavía con vida. Luego estaban los tres supervivientes. R. Wagner *Wag* Dodge, jefe de la cuadrilla, habilidoso con las manos, silencioso por principio y quisquilloso, que inventó un fuego y se tendió sobre las cenizas, solo vivió unos pocos años más. Walter Rumsey y Robert Sallee, los otros dos que sobrevivieron, pasaron años tratando de olvidar el incendio. Una parte de nuestra historia consistirá en encontrarlos y devolverlos a Mann Gulch, para que nos acompañen a fin de descubrir qué recuerdan y qué han olvidado. En esta parte de la historia los personajes son fantasmas vivientes, y la historia nunca resulta como

esperan tanto los fantasmas como los no fantasmas.

Pero incluso en los recuerdos de quienes los conocieron, los smokejumpers muertos tienen una personalidad colectiva. Cuando se le pregunta a alguno de ellos qué sabe acerca de cualquiera de los fallecidos, siempre se obtiene la misma respuesta, que sin duda es cierta: «Era un gran tipo». Y cuando los padres sacan fuerzas para hablar de su hijo, siempre dicen: «Era un chico maravilloso». De los quince smokejumpers que saltaron sobre el incendio, trece tenían entre diecisiete y veintitrés años, y eran todavía tan jóvenes que no les gustaba el sabor de los licores fuertes, así que bebían cerveza, litros y litros de cerveza. Al ser tan jóvenes, eran en buena medida lo que su formación había hecho de ellos, y es probable que con sus chicas —tal vez sobre todo con sus chicas— actuaran como smokejumpers. Para llegar a ser uno de ellos, es importante aprender a comportarse como tal.

Los smokejumpers de primer año creían que las mujeres eran en buena medida lo que los más veteranos del cuerpo les contaban que eran, y al tener pocas ocasiones de tratar con mujeres de mundo, disponían de muy pocos datos para corregir lo que les decían. Probablemente, las «mujeres de mundo» que mejor conocían estaban en el bar más cercano, a unos siete kilómetros a pie por la carretera que bajaba desde la base de entrenamiento en Nine Mile, y, a veces, sobre todo al regresar de un salto, no llegaban al bar hasta casi la una y media de la madrugada, que era la hora de cierre, pero hacían que el dueño mantuviera el local abierto hasta el amanecer. No importaba la hora, siempre estaba la misma dama alta en un taburete esperando a avenirse con las cervezas de los muchachos. Era alta y callada, pero al cabo de un par de horas empezaba a tambalearse y, cuando al final caía del taburete como un árbol, todos los smokejumpers se ponían de pie y gritaban: «¡Árbol va!». Luego caminaban siete kilómetros de regreso a la base, listos para saltar otra vez.

Las escasas ocasiones en que veían a mujeres, unidas a las imágenes verbales oídas en boca de sus compañeros más experimentados, debían de crear en los smokejumpers de primer año

la idea de que las «mujeres de mundo» eran en parte árbol, probablemente en parte oveja, y desde luego en parte ciervo, porque casi no cabía dudar de que tuvieran astas y cornamentas.

Lo que la mayoría de smokejumpers novatos conocía realmente sobre las mujeres era una única mujer, la chica que habían dejado en el pueblo. Ella cursaba el primer año en el instituto mientras que él estaba en el último. Él se reservaba parte de las vacaciones de verano para pasar con ella las fiestas de su pueblo, y se tomaba al menos otro fin de semana libre únicamente para estar juntos. Entonces hacían una buena excursión a pie. Ella siempre llevaba no menos de veinte kilos en su mochila, y pasaban la noche juntos. Como él y otros grandes caminantes, ella andaba con los hombros ligeramente encorvados. Por la noche, tras regresar a su puesto de bombero, se deslizaba flotando en los sueños de la chica buscando incendios desde el cielo, y mientras flotaba, siempre se detenía un momento para contemplarla. Si tenía que avanzar sin haberla encontrado, ella se despertaba profundamente turbada pero, aunque parezca mentira, jamás veía en él a un tipo duro.

No es fácil asumir que estos jóvenes estarían muertos dos horas después de haber saltado en paracaídas, que ya no estaba hechos de seda sino de nailon, para que no se los comieran los saltamontes.

ERA, POR lo tanto, un equipo joven, constituido por individuos necesariamente jóvenes y que daba sus primeros pasos como organización. Como individuos, pronto seguirían el camino de los boxeadores profesionales: todos ellos acabados cuando sus reflejos empezaran a fallarles por fracciones de segundo y cuando ya no fueran capaces de encajar una paliza y volver a ganar. Pocos han logrado llegar a la edad límite de cuarenta años. Como organización, el cuerpo también era joven, solo tenía nueve años de antigüedad en 1949, y algunos de esos años habían sido años de guerra, durante la cual el desarrollo de los smokejumpers se vio retrasado. Por ejemplo, de los quince que saltaron sobre el incendio de Mann Gulch, doce habían servido en diversos cuerpos del ejército y a los tres restantes

la guerra los pilló demasiado jóvenes para alistarse.

En 1949, pues, se trataba de un cuerpo de gran fortaleza y para nosotros, aunque no para ellos, también con alguna debilidad aparente. Aunque los gráficos modernos demuestran la eficacia de los smokejumpers para cumplir su propósito principal, esto es, sofocar los incendios lo más rápido posible con el fin de evitar que se descontrolaran, en un principio —al menos no antes del incendio de Mann Gulch— nada dejaba entrever que existieran puntos débiles por el hecho de ceñirse con tanto celo a este propósito, aún cuando hubiera tenido sentido ampliarlo.

Uno de los peligros de especializarse casi exclusivamente en intervenir sobre los incendios lo antes posible es que la práctica mayoría de dichos incendios serán pequeños, y un trágico corolario es que no se puede aprender mucho sobre cómo combatir grandes incendios mientras se combate fuegos pequeños. Recuérdese que lo habitual es que los incendios pequeños se apaguen con una pala y un hacha, a los que si acaso cabe añadir un pulaski, un hacha de doble filo con una de las puntas convertida en una pequeña azada. En cuanto a los grandes incendios, en los primeros años del Servicio Forestal un joven guardabosques se hizo famoso al responder la pregunta principal de un examen, «¿Qué haría usted para controlar un incendio que se propaga por las copas de los árboles?», con un comentario de lo más ingenioso: «Quitarme de en medio y rezar como un loco para que llueva». Otro punto débil que podría destacarse en el hecho de especializarse en lanzarse en paracaídas para extinguir pequeños incendios en lugares de otro modo inaccesibles es que en años normales no se producen suficientes incendios de esta clase como para convertirlo en una profesión. En 1949, cuando tuvieron lugar varios incendios de gravedad a los que podía accederse por tierra, el Servido Forestal mantuvo su práctica original, como habría de hacer en el incendio de Mann Gulch, de dirigirse a grandes núcleos urbanos —Spokane, Butte, Missoula o Helena— y enrolar a todos los que estuvieran en los bares o haciendo cola en las agendas de empleo, y que a lo sumo podían reunir entre todos un solo par de zapatos decentes, que cada

borracho pasaba al siguiente cuando le llegaba su turno de ser entrevistado. En aquellos primeros tiempos, cuando los smokejumpers aún no acudían a los incendios, que en su mayor parte eran pequeños, solían quedarse en la base, arrancando dientes de león de los jardines mientras esperaban a que aparecieran sus nombres en la lista de los próximos saltadores, o bien salían al monte a hacer lo que se denominaba «proyectos», como construcción de caminos, tendido de líneas telefónicas o limpieza de bosques demasiado frondosos, sin aprender mucho acerca de qué hacer cuando un incendio se vuelve lo bastante grande como para saltar de una vertiente de un cañón a otra.

Los smokejumpers son ahora los mejores bomberos del Servicio Forestal, las tropas de choque. Siempre que los incendios son críticos, lo que en la práctica suele implicar que son grandes, allí están ellos, yendo desde Missoula, Montana, hasta Minnesota, Nuevo México, o hasta Alaska, sin importar cómo llegan hasta ahí: en avión, en autobús, a caballo o a pie, con tal de que sea el medio más rápido. Son bomberos profesionales que se ganan la vida combatiendo incendios de todos los tamaños y formas.

Un incendio de clase C (de cuatro a cuarenta hectáreas) ocupa un lugar especial en esta historia, aunque en lo que respecta a los incendios forestales no sea un gran incendio. Pero muchos de los miembros de este equipo nunca habían combatido un incendio tan grande como los de clase C. Wag Dodge, jefe del equipo y uno de los jefes de los smokejumpers desde 1945, había dirigido un equipo en un incendio de clase C en 1948 y otro en uno de clase D (entre cuarenta y dentó veinte hectáreas) el año anterior, pero nunca en ningún incendio de mayores dimensiones.

Cuando el equipo se lanzó sobre el incendio de Mann Gulch, se trataba de un incendio de clase C. Entonces, de repente, explotó, y es probable que ninguno de los que estaban allí hubiera presenciado antes un *blowup*. Cabría decir que un *blowup* es a un incendio forestal lo que un huracán a una tormenta marina. Cuando finalmente cuatrocientos cincuenta hombres lograron controlar el incendio de Mann Gulch, habían ardido unas mil ochocientas

hectáreas, entre dieciocho y veinte kilómetros cuadrados.

EL PROPÓSITO inicial de los primeros smokejumpers, por lo tanto, seguía siendo el fundamental para los smokejumpers de 1949: lanzarse sobre incendios forestales en terrenos de difícil o imposible acceso, antes de que el universo tuviera ocasión de reducirse de repente a cenizas y urogallos carbonizados. Cuando el incendio de Mann Gulch fue divisado por primera vez desde el avión, el piloto, el jefe del equipo y el observador lo consideraron un incendio de tamaño bastante normal[11]: informaron de que no era más que un «incendio de suelo» y que había «antorchado las copas[12]» en un lugar donde ya se había extinguido. Ninguno vio «nuevos focos» en sus bordes, lo que significaba que el incendio avanzaba lentamente por el suelo y no producía paveseos[13] ni provocaba pequeños focos delante del frente principal del incendio.

Las expresiones entrecomilladas en el párrafo precedente, así como, sin duda, algunas que no lo están, son de las que utilizan los bomberos, y lo mejor que podemos hacer es aseguramos de que conocemos el significado de estos términos clave en el vocabulario elemental de los bomberos, para que cuando comience la trágica carrera entre estos y el fuego no haya que interrumpirla para buscar definiciones. No basta con conocer la palabra para tal o cual tipo de incendio; conocer un incendio consiste en ver cómo lo que al final de una tarde dejaba caer cenizas desde un árbol carbonizado, a la tarde siguiente se había convertido en una clase de incendio tras otra, hasta transformarse en un monstruo en llamas del que no había escapatoria.

De las dos clases principales de incendios que se distinguen por sus causas, naturales y humanas, el incendio de Mann Gulch fue un incendio provocado por un rayo, como lo son el 75 % de los incendios forestales en el oeste. Los incendios provocados por un rayo suelen comenzar en los lugares con mayor probabilidad de impactar, en lugares próximos a las cumbres de los reheves, pero un poco más abajo, donde se encuentran los primeros tocones de

árboles muertos; el inicio del incendio de Mann Gulch corresponde a esta descripción. El fuego que prende en un tocón muerto puede dejar caer cenizas encendidas durante varios días antes de desatar un incendio en el suelo, ya que el suelo de las proximidades de una cumbre montañosa es probable que consista más que nada en rocas y, en el mejor de los casos, tenga una ligera cubierta de hojas muertas, acículas de pino o hierba. Sin embargo, la tormenta eléctrica que desencadenó el incendio de Mann Gulch pasó sobre el barranco el 4 de agosto, y al concluir la tarde siguiente, el día más caluroso del que se tenga constancia en la zona de Helena, trece smokejumpers habían perdido la vida.

Una vez hubo prendido en el suelo, el incendio provocado por el rayo se convirtió simplemente en un «incendio de suelo», término que abarca la mayoría de los incendios, de modo que los incendios de suelo son de muchos tamaños, formas e intensidades, y prácticamente todos los fuegos provocados por el hombre, como las fogatas de campamento y los incendios para quemar matorrales o terrenos talados, cuando se van de las manos se convierten, como mínimo, en incendios de suelo. Este tipo de incendios puede llegar a ser peligroso, incluso mortífero, pero en la mayoría de los casos lo más frecuente es que baste con hacer un gran esfuerzo para tenerlo bajo control. Hasta una hora antes del final, eso era lo que los smokejumpers esperaban que fuera el incendio de Mann Gulch: trabajar sin descanso durante toda la noche y relajar el ritmo por la mañana.

El trabajo para controlar la mayoría de los incendios de suelo comienza por abrir una línea de defensa a su alrededor o en los flancos del mismo, para de ese modo guiarlo hacia las rocas o hacia los prados abiertos. Una línea de defensa tiene entre setenta centímetros y un metro de ancho, se hace con un pulaski y una pala, y no es más que la tierra superficial cavada hasta llegar al suelo mineral. No debe tener encima nada inflamable, como árboles caídos o ramas colgantes, por ejemplo.

El principal peligro de los incendios de suelo es que se conviertan en un «incendio de copas», es decir, que el fuego prenda

en las ramas o copas de los árboles, sobre todo allí donde están muy cerca los unos de los otros y sus ramas se entrelazan. Por ese motivo, los equipos deben procurar que los incendios de suelo no prendan en los bosquecillos de pinos de Labrador, donde las ramas están cerca del suelo y pueden ser alcanzadas por llamas bajas. Pero existe asimismo una forma muy distinta de que un incendio de aspecto normal se descontrole. Un incendio no siempre necesita llamas para avanzar. Puede parecer bajo control, ardiendo inofensivamente bajo árboles altos con ramas a suficiente altura como para que las alcancen las llamas del suelo, pero el fuego arde con tal intensidad que consume la mayor parte del oxígeno del aire de las inmediaciones, que se calienta por encima del punto de ignición. Si el viento cambia repentinamente y llega aire fresco cargado de oxígeno, entonces en las ramas más bajas se hallan de pronto los tres elementos para un incendio: material inflamable, temperatura por encima del punto de ignición y oxígeno. Un veterano sabe que cuando un incendio de suelo se desencadena también entre las copas de los árboles sin que se pueda apreciar el motivo que lo ha causado, lo que ha presenciado no ha sido una combustión espontánea, sino la materialización de la presión invisible de un «triángulo de fuego[14]» que de repente alcanza las proporciones adecuadas para esa propagación.

El incendio de copas es el que resuena como si se acercara un tren demasiado rápido por una curva, y puede llegar a ser tan agudo que los hombres del equipo no logren entender lo que esté tratando de hacer su líder para salvarlos. En ocasiones, cuando el bosque se aclara, suena como si el tren estuviera dando chasquidos al cruzar un puente; a veces entra en un calvero y se apaga como si atravesara un túnel, pero cuando las piñas encendidas se arremolinan por el viento y caen al otro lado del claro, iniciando nuevos focos secundarios, el nuevo incendio atruena como si el tren saliera del túnel, lanzando humo negro sin acabar de quemar. El humo que no termina de arder asciende hasta alcanzar el oxígeno y entonces estalla en llamas gigantescas por encima de la nube de humo, dispersándose por el cielo. El bombero novato, que ve humo negro elevándose del suelo

para convertirse en llamas más arriba, piensa que las leyes de la naturaleza se han invertido, pues primero debería haber llamas de las que saliese humo. El bombero novato ignora cómo ha llegado el fuego allí arriba. Está asustado, y no le faltan motivos para estarlo.

Las líneas de defensa no sirven de mucho cuando se ha desencadenado un incendio de copas, a menos que se utilice como cortafuegos un río o un trecho bien ancho de sendero. Por lo general se necesita de un «contrafuego[15]» para detener un gran incendio de copas, y pocas veces se dan las condiciones para que el jefe del equipo pueda encenderlo. Tendría que disponer de montones de ramitas de combustión rápida, virutas o manojos de hierba seca delante del fuego principal, y el contrafuego no debe ser iniciado hasta que el viento sople hacia el incendio, lo que a menudo no ocurre nunca. Cuando se juega con contrafuegos, realmente se está jugando con fuego; uno cuenta con que el viento siga soplando de modo tal que empuje el contrafuego hacia el incendio principal. Pero si el viento cambia nuevamente de dirección y sopla hacia uno, el contrafuego solo habrá servido para proporcionar al incendio principal un salto fatal hacia donde nos encontramos.

Puede resultar incluso aún más impredecible si no hay mucho viento en el momento inicial, porque un gran incendio de copas puede generar su propio viento. El aire más caliente y ligero asciende, el frío y más pesado se apresura a bajar para reemplazar al otro, según lo que se llama «efecto de convección», creándose acto seguido un gran «torbellino de fuego» que llena el aire de ramas y piñas encendidas que caen adelantándose al incendio principal, como fuegos artificiales, creando nuevos focos. Estos pronto arden juntos y la vida queda atrapada entre el incendio principal que viene por detrás y el nuevo frente de fuego que ahora arde retrocediendo hacia tu posición.

Entonces puede ocurrir algo terrible. El espacio situado entre los focos secundarios que convergen, conforme arden acercándose al incendio principal, puede adquirir una temperatura superior al punto de ignición. Si el efecto de convección o un cambio de viento hacen que entre oxígeno fresco entre los dos incendios, reponiendo

de repente el aire consumido, puede producirse un *blowup*, aunque este también puede originarse de otras formas. No son muchas las personas que han visto un *blowup*, menos las que lo han presenciado y han sobrevivido, y menos todavía las que luego han intentado recuperarse y hurgar en sus recuerdos cauterizados para registrar con exactitud lo sucedido. Más adelante trataremos de recrear en Mann Gulch un *blowup*, algo que casi nadie que lo haya visto ha sobrevivido para contarlo; y tal vez pueda sernos útil como introducción detenemos brevemente en el gran pionero de la ciencia del comportamiento de los incendios forestales, Harry T. Gisborne, que fue uno de los primeros en observar y describir con exactitud un *blowup*.

En 1929, Gisborne presenció lo que hasta ese momento era el mayor incendio provocado por el hombre en el estado de Montana, el incendio de treinta y seis mil hectáreas ocurrido en Half Moon, en el Parque Nacional de Glacier. Según Gisborne, las mediciones muestran que incluso un incendio de copas de grandes dimensiones avanza a una velocidad no muy superior a 1,5 o 2,5 kilómetros. El *blowup* que presenció Gisborne destruyó más de cinco kilómetros cuadrados en, tal vez, dos minutos, aunque probablemente solo llevara un minuto.

Al regresar dos días más tarde, encontró el cadáver de una perdiz joven en perfecto equilibrio, con el cuello y la cabeza «aún erguidos en actitud de alarma, con miedo y asombro», con el pico, las plumas y las patas chamuscadas. A escasos metros había una ardilla, estirada cuan larga era. «Los restos calcinados de sus manitas estaban completamente extendidos, las patas traseras completamente estiradas en un último y esperanzado impulso, tratando, como haría todo ser humano, de arrastrarse aunque fuera un solo centímetro más para escapar de esa muerte innecesaria».

Aunque en Mann Gulch los jóvenes murieron como ardillas, el incendio no terminaría allí, pues el viento se llevó el humo y dejó un terror inconsolable e inexplicable, así como una controversia que aún no se ha resuelto. Es probable que la mayoría de las catástrofes terminen así, sin un final, sin que los muertos sepan siquiera cómo

han muerto, sino «aún erguidos en actitud de alarma, con miedo y asombro», dejando a quienes los amaban preguntándose eternamente por «esta muerte innecesaria», y al resto de nosotros hartos de esta inconsolable catástrofe y encaminados hacia la siguiente. Esta es una catástrofe que esperamos que no termine donde empezó; podría continuar y convertirse en una historia. No habrá que inventársela —esto es de suma importancia para nosotros —, pero tenemos que saber en qué extraños lugares buscar las partes que faltan de una historia sobre un incendio forestal, y, por supuesto, tenemos que saber reconocer una historia y un incendio forestal cuando los vemos. Así pues, esta historia es una prueba de sus propios presupuestos: que en este mundo absurdo hay formas y diseños, con tal de que tengamos curiosidad, entrenamiento y compasión, y nos cuidemos muy bien de mentir y ser sentimentales. Podría constituir el principio de una historia si se descubriera que esta catástrofe ha estado dando vueltas, en algún lugar, hasta estar en condiciones de poder regresar por sí misma con explicaciones de sus propios misterios y con el pesar que dejó a su paso, todavía íntegro, porque el pesar dispone de un lugar propio al final o cerca del final de las cosas, aunque alterado en parte por la adición de algo parecido al asombro: asombro, por ejemplo, de que ahora podamos decir que el torbellino de fuego destructor fue causado por tres vientos sobre un río. Si pudiéramos decir algo así y habláramos al mismo tiempo con exactitud y con el temor con el que hablaba Shelley de las nubes y los vientos, entonces aquello de lo que estaríamos hablando empezaría a pasar de catástrofe sin historia propia a lo que podría denominarse la historia de una tragedia, si bien la tragedia sería únicamente una parte de la historia, como solo es una parte de la vida.

II

EL C-47 VOLÓ VARIAS VECES en círculo sobre el incendio antes de dejar caer al equipo. El observador, Earl Cooley, estaba tendido en el suelo a la izquierda de la puerta abierta, con los auriculares puestos para poder hablar con el piloto; el jefe del equipo, Wag Dodge, se hallaba tendido en el lado derecho de la puerta para que tanto él como el observador pudieran ver el terreno juntos y hablar sin que el resto de la cuadrilla oyera demasiado lo que decían. Los dos tenían experiencia, mucha experiencia. En una declaración posterior, Fred Stillings, administrador del Smokejumping Project, afirmó: «A mi juicio, eran lo mejor de que disponíamos para las tareas asignadas». Cabe recordar que Cooley fue uno de los dos primeros paracaidistas que se lanzaron sobre un incendio forestal; más tarde sería el sucesor de Stillings y administrador del Smokejumping Project. Cooley es el único smokejumper al que he oído decir: «No sé por qué, pero nunca me dio miedo saltar. Algunos no podían dormir por la noche». Es un tipo excelente, pero tiene algo de lo que nosotros carecemos: siempre fue enviado a acciones de rescate, y cuando algún piloto no acertaba a salvar un promontorio, allí iba Cooley a la cima de la montaña a separar los restos del fuselaje de los del piloto, meter estos últimos en un saco y traerlos consigo. Después de haber contado un par de historias de rescate, dice: «¡Qué leñes! Si trabajas para el Servicio Forestal, ¿qué esperas de la vida?». Hasta donde yo sé, nunca ha respondido a esa pregunta, salvo para sí mismo.

Incluso tendido en el suelo del avión, concentrado en lo que hacía, Wag Dodge mantenía intacto su atractivo, sin una sola arruga. Como muchos hombres capaces de hacer cualquier cosa con las manos, se mostraba muy remilgado en lo referido a su vestimenta. Su mujer contaba que al regresar de un incendio todos los miembros del equipo estaban negros hasta la médula, excepto él, que parecía un figurín descendiendo por la escalerilla del avión. Hasta cuando regresó del incendio de Mann Gulch, donde había tenido el fuego encima y se había quedado hasta recuperar todos los cadáveres, siguió mostrando los mismos remilgos de siempre, y solo cuando su esposa se acercó mucho a él, advirtió que tenía las comisuras de la boca manchadas de tabaco. Que ella supiera, fue la única vez en su vida que Dodge había masticado tabaco.

Su esposa y yo nos hemos visto y tratado de manera intermitente durante la mayor parte de nuestra vida, y los dos conocemos Blackfoot River, donde ella tiene su rancho, desde hace aún más tiempo. «Cuando nos casamos, Wag me dijo: "Si tú cumples tu papel y yo el mío, nos llevaremos bien"». Después, me dijo: «No puedo serte de mucha ayuda. No sé mucho sobre los smokejumpers y no conocí a ninguno. No hablábamos nunca de ellos, y no los invitaba a casa». Añadió: «Le quise muchísimo, pero no le conocía muy bien. Si me decía que nuestras cortinas rojas eran negras, yo decía, procurando zafarme: "Sí, Wag, nuestras cortinas rojas son negras"».

Los smokejumpers con los que trabajaba tampoco sabían mucho de Dodge, y él prácticamente no sabía nada de ellos. Sabían que Wag era uno de los paracaidistas con mayor experiencia del equipo y que estaba en los smokejumpers desde un año después de que fuera fundado el cuerpo. Es decir, que llevaba nueve años en el Servicio Forestal y desde 1945 era el jefe de los smokejumpers. De hecho, su gran pericia con las manos puede que fuera una de las causas indirectas de la tragedia que le aguardaba.

Los smokejumpers nunca han tenido una organización fija, como el Ejército, con los mismos pelotones y oficiales (en el caso de los smokejumpers, un jefe y un encargado de pelotón). El equipo

que estaba a punto de lanzarse sobre Mann Gulch nunca había actuado antes en un incendio a las órdenes de Dodge.

Dado que mantener a miembros inactivos durante la temporada de incendios tendría un precio muy alto, en el tablón de anuncios se pone una lista de todos los paracaidistas y de los «superiores» (jefes, encargados de pelotón y observadores), y cada vez que un hombre ha estado en un incendio, pasa al final de la lista, desde donde va ascendiendo poco a poco. Nadie sabe quiénes ni cuántos serán convocados en la siguiente misión, sobre todo porque el número de paracaidistas que se lanzan sobre un incendio puede oscilar entre dos hombres y varios aviones repletos de ellos. No hay que ser un genio de la administración para advertir en este esquema organizativo la posibilidad de que se produzca una calamidad en un momento de crisis.

El Servido Forestal, dándose cuenta del peligro que podría suponer que los hombres cuyas vidas dependían unas de otras no se conocieran, había organizado un curso de instrucción de tres semanas al principio de cada temporada de incendios, en el que participaban los miembros de los equipos y los superiores. Resulta fútil preguntarse si este curso creó la familiaridad suficiente entre el equipo y los superiores para el caso de Mann Gulch: Wag Dodge era tan habilidoso con las manos que, en la primavera de 1949, había sido nombrado «jefe de construcciones», esto es, encargado del mantenimiento de la base, con lo que no pudo participar en el curso.

Otra pregunta surgirá con toda seguridad antes de que el incendio de Mann Gulch se enfríe para siempre. ¿Resultaba adecuado el curso de instrucción para el tipo de emergencias a las que debían hacer frente los smokejumpers? Los smokejumpers eran un cuerpo aún joven, sin una imagen labrada de sí mismo, que tenía que bregar para que lo dotaran de financiación. Por poner un ejemplo, el cuerpo no contaba con dinero para retener en la base a muchos de sus miembros a menos que hubiera muchos incendios activos, de modo que cuando las cosas estaban tranquilas eran enviados a participar en proyectos, lo que significaba que un smokejumper podía formar parte de pronto de una cuadrilla que

construía un camino, y ese es el trabajo menos imaginativo que puede darse en los bosques o en cualquier otro sitio.

No obstante, algo que los smokejumpers aprenden desde el principio es el concepto de orgullo, pues sin él no es posible formar parte del cuerpo ni, desde luego, saltar desde un avión cuando te mareas cada vez que despegas, como le pasa a más de uno. Desde los primeros días, una de las grandes realidades de los smokejumpers es su romanticismo. El romanticismo no tiene nada de malo, salvo que en ocasiones no basta. Estaban lanzándose sobre uno de los territorios más escabrosos que Lewis y Clark[16] hubieran visto en su larguísimo viaje hacia el Pacífico, un territorio que no perdona muestras de debilidad en una tórrida tarde de un verano abrasador.

El jefe del equipo, tendido a la derecha de la puerta del C-47, reunía en muchos sentidos todo lo que debe tener un jefe de smokejumpers. Se supone que un jefe debe poder hacer todo lo que hacen sus hombres, y hacerlo antes y mejor. Dodge cumplía los requisitos de sobra: podía hacer con sus manos cosas que casi podrían calificarse de arte. Era impecable e inflexible. Pero no le contaba gran cosa a su mujer ni conocía a la mayoría de su equipo, ni siquiera por su nombre, y ellos no sabían nada de él, salvo su nombre.

Localizaron el incendio y trazaron primero un círculo alrededor del mismo. En sus declaraciones ante el Tribunal de Revisión del Servicio Forestal después del incendio, el piloto, el observador y el jefe coincidieron en que, al localizarlo, el fuego cubría entre veinte y veinticuatro hectáreas y ardía en el cerro que separa Mann Gulch del cañón de Meriwether, y en parte descendía por el lado de Mann Gulch amenazando con penetrar en el cañón, pero sin que este ardiera todavía. Aun desde el aire era posible leer la breve historia del incendio: había comenzado en el lado de Mann Gulch (según se supo, a consecuencia de un rayo caído la tarde anterior), había ascendido hacia la cumbre y ardido con el suficiente calor como para elevarse hasta las copas de los árboles durante su ascenso. Después, el fuego se había extinguido en las copas, sin llegar a arder con el calor suficiente como para crear nuevos focos.

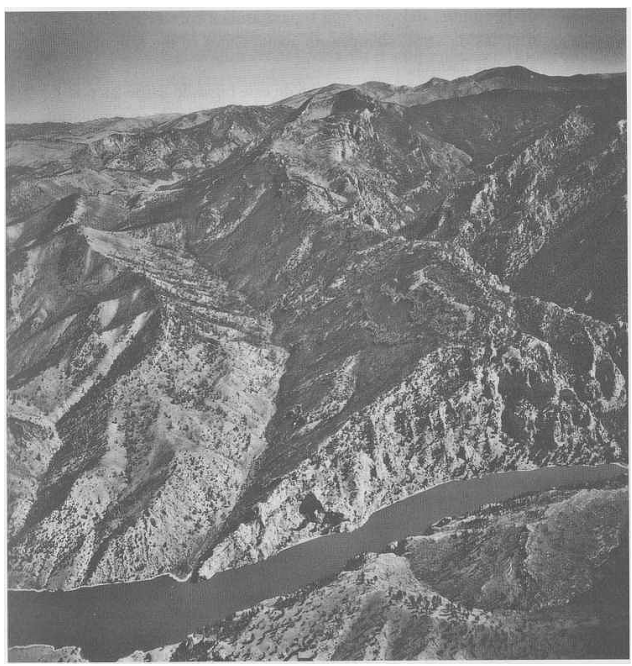
En el cerro, donde el fuego parecía estar más activo, iba ardiendo ladera abajo hacia un paso donde el combustible, principalmente hierba, era escaso. Además, los incendios arden más despacio ladera abajo que ladera arriba, por lo cual las brasas bajan más lentamente de lo qué suben las llamas por el monte. Eran las dos y treinta minutos de la tarde cuando el avión partió de la base de los smokejumpers en Missoula, y cerca de las tres y diez cuando se avistó el fuego desde el avión, lo bastante tarde como para que el viento y la temperatura hubieran empezado a disminuir; y a pesar de que el 5 de agosto de 1949 la región sufría los efectos de una ola de calor y la temperatura oficial en Helena, a unos cuarenta kilómetros de distancia, era de 37 ˚C, el día más caluroso del que se tuviera constancia, y de que el baremo del peligro de incendios había alcanzado la cifra de setenta y cuatro sobre una escala de den, los tres observadores consideraron que el incendio era rutinario. El observador siempre tiene el derecho, aunque no quiera ejercerlo, de regresar a la base sin hacer saltar a sus hombres si considera que el viento es demasiado fuerte (de 30 km/h o más) o que el terreno o el incendio son demasiado peligrosos. Cooley y Dodge echaron un buen vistazo al incendio, lo consideraron más o menos rutinario y calcularon que el equipo lo tendría controlado para las diez de la mañana del día siguiente. Describieron el humo que ascendía del cerro como «una coliflor», aunque muy poco después se parecía más bien a una vía de agua en el lóbulo cerebral del universo. En la segunda pasada procuraron buscar un terreno sobre el que pudieran lanzarse los paracaidistas. Trataban asimismo de hacerse una idea general del terreno, desconocido para ellos. Habían sido enviados desde la base de Missoula sin mapas, con la pobre excusa de que probablemente ya habría en el incendio alguna brigada de tierra provista de mapas. Sin embargo, de haberlos habido, no habría supuesto diferencia alguna.

> EL INCENDIO FUE LOCALIZADO en Gates of the Mountains, una zona salvaje (sin carreteras) al este del río Missouri, a unos treinta kilómetros al norte de Helena […] en un punto cercano a la cumbre del

cerro que separa los barrancos de Mann y de Meriwether. La zona es en general escarpada y accidentada por la parte del Meriwether, y se dice que es una de las zonas más complicadas al este de la Divisoria Continental[17]. Del *Informe del Tribunal de Revisión* sobre el incendio de Mann Gulch,

Servicio Forestal de Helena, 5 de agosto de 1949

Mann Gulch es un barranco seco de cuatro kilómetros de longitud que corre hacia el extremo inferior del espectacular tramo del río Missouri llamado Gates of the Mountains, «Puerta de las Montañas», por el primer hombre blanco que las atravesó, el capitán Meriwether Lewis, cuando el 19 de julio de 1805 acampó con su destacamento en la boca del barranco que ahora lleva su nombre. Inmediatamente a continuación del cañón de Meriwether, río abajo, se encuentra Mann Gulch, donde se inició el incendio cerca de la cumbre del cerro que separa ambos barrancos. Casi justo después de estos, siempre río abajo, Gates of the Mountains se abre a la llanura.



Mann Gulch y el río Missouri, 20 de agosto de 1949, dos semanas después del incendio.
Fotografía cortesía del Servicio Forestal del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

«Debido al singular aspecto de este lugar, lo llamé las puertas de las montañas rocosas», escribió el capitán Lewis en sus diarios. Su aspecto singular lo convierte en el telón de fondo ideal para el drama temprano y eterno en el que la naturaleza desempeña un papel estelar. Si se llega contracorriente desde la vasta llanura amarilla, como durante más de un año hicieron los capitanes Lewis y Clark, se aprecia, incluso a gran distancia, cómo las montañas poseen algo que las lleva a odiar ser llanura. Más adelante, muy a lo lejos, están las montañas, oscurecidas por la niebla que hace que, desde la llanura, semejen nubes de humo procedentes de algún vasto incendio forestal. A medida que uno se acerca a ellas, la niebla que las cubre se disipa y de mala gana permite que por fin aparezcan las llanuras amarillas. Así era, literalmente, Mann Gulch antes de que el fuego lo calcinara todo en cuestión de minutos. Era el lugar de Gates of the Mountains donde la lucha entre la llanura y las montañas se planteaba cara a cara: lo que queda debajo de Mann Gulch pertenece a las llanuras, lo de arriba a las montañas y al bosque. Mann Gulch, donde están señaladas las tumbas, era amarillo y estaba cubierto de hierba alta. Las diferencias no son únicamente paisajísticas: un incendio de hierba se comporta de manera muy distinta a uno de bosque, y las diferencias pueden ser trágicas si los bomberos no las conocen.

Los smokejumpers se dirigían hacia un *blowup*, una catastrófica colisión de fuego, nubes y viento. Con una oportunidad casi dramática, la colisión iba a ocurrir donde hacía millones y millones de años se había producido una vasta confrontación geológica; allí donde los lechos de los antiguos océanos, los lechos de los antiguos mares interiores, fueron elevados verticalmente por causas demasiado antiguas para identificarlas ahora, y luego fueron empujados por la gravedad hacia delante, dentro y por encima de

otros lechos oceánicos, resquebrajándolos, desmenuzándolos y arrugándolos en pliegues, creando una zona geológica denominada, en el sutil lenguaje de los científicos, Cinturón Trastornado, una zona que incluye en su historia geológica buena parte no solo del noroeste de Montana, sino de Alberta occidental y del este de la Columbia Británica.

El Cinturón Trastornado está, a su vez, unido de forma algo imprecisa a una formación geológica mucho mayor, que los científicos denominan Cinturón Superpuesto. Esta formación superpuesta no solo comprende el frente o la fachada de las Montañas Rocosas desde el oeste de Alberta y el este de la Columbia Británica, bajando por el Parque Nacional de Glacier y el noroeste de Montana (el «Cinturón Trastornado»), sino que se extiende en ambas direcciones hacia el norte de Canadá y Alaska y continúa hasta el centro de México. Antes de que esta gigantesca extrusión se formase hace unos ciento cincuenta millones de años, grandes porciones de la orilla occidental de nuestro continente, que entonces se encontraba varios cientos de kilómetros al este de nuestra actual costa del Pacífico, estaban cubiertas de profundas capas de rocas sedimentadas, caliza y arenisca, depositadas allí por los océanos interiores transitorios que debieron de ser algo así como una Bahía de Hudson. Conforme el continente occidental se fue elevando, a la vez que era estrujado y comprimido, grandes bloques de capas sedimentarias se deslizaron unos sobre otros tierra adentro, o hacia el este, a lo largo de trechos que oscilaron entre unos pocos kilómetros y varios cientos.

Los actuales despeñaderos de Gates of the Mountains son los encabritamientos, colisiones y rugidos de los bosques oceánicos que se levantaron como bestias marinas que lucharan para evitar que nada se abriera paso entre ellas. Los despeñaderos situados a ambos lados de cada cañón son las bases de arcos que en su día se apoyaban sobre los despeñaderos, como demuestra la correspondencia de los estratos de los despeñaderos enfrentados, perola clave del arco que una vez los unió ha desaparecido y ahora la sustituye la bóveda eterna del cielo de Montana.

En Gates of the Mountains ha habido muchos *blowups*. Ahora hay muchas serpientes de cascabel y nada tan frágil como las cabras montesas, más resistentes que las montañas que desdeñan, aunque a lo lejos parecen alas blancas de mariposas que flotan arriba y abajo y de lado a lado sobre las caras de los fragmentos de arcos y despeñaderos, rozándolos pero sin acabar de ser parte de ellos.

Cuando el Missouri escapa de las Gates, mediante un recodo o por debajo de una montaña, todavía es transparente, pero en cuanto penetra en la llanura se vuelve amarillo, como la propia llanura, y a partir de ahí hay llanuras, llanuras y más llanuras, llanuras amarillas interrumpidas únicamente por el río amarillo.

Sin embargo, no hay que dejarse engañar por la belleza escénica de Gates of the Mountains y creer que los enfrentamientos y los terrores de la naturaleza son hechos obsoletos congelados en la piedra, como las batallas de los sátiros en un bajorrelieve griego, restos mitológicos solo contemplados, si acaso, por los dinosaurios y en la actualidad nada más que por los sismógrafos. Resulta tentador dar por hecho que, gracias a la ciencia moderna, «hemos conquistado la naturaleza», que la naturaleza se limita a las playas para niños y a los parques nacionales donde se dispara con tranquilizantes a los pocos osos grizzly[18] que sobreviven, trasladados más arriba de la zona forestal, supuestamente por su bien y por el nuestro. Pero debemos estar preparados para la posibilidad, aunque solo sea para acompañar a nuestros bomberos modernos hasta Mann Gulch, de que el terror del universo aún no se haya fosilizado y el propio universo no haya acabado de explotar.

Pero debemos seguir preguntándonos si no hay alguna apariencia, forma o diseño de orden artístico en este universo al que estamos entrando que esté compuesto de catástrofes y fragmentos perdidos. Tanto si subimos como si bajamos por Gates of the Mountains, las catástrofes nos envuelven por todas partes como envuelven el río, y pueden parecer sencillamente los restos visibles de acontecimientos extintos hace millones de años, así como las Montañas Rocosas solo las explosiones desintegradas que oscurecieron los cielos hace también millones de años, dejando tras

de sí un mundo cubierto de silicona arenosa. Al menos he de reconocer que se trata de la misma materia que los pequeños trozos de cristal que, en 1980, el monte Saint Helen, en Washington, esparció sobre mi cabaña en Montana, a casi mil kilómetros de distancia, y todo aquel que descienda por Gates of the Mountains puede ver que las laminaciones de los lechos oceánicos, comprimidos en los riscos de uno de los lados del río, se corresponden con las laminaciones de los riscos opuestos, y quien alce la mirada podrá ver que un arco, actualmente desaparecido en el cielo, unió en su día ambos riscos. También faltan partes en la historia de las cruces solitarias que tenemos delante, casi invisibles entre la hierba alta de las proximidades de la cima de una montaña. ¿Qué pasaría si, al buscar la tierra e incluso el cielo de esas partes que faltan, encontráramos las suficientes para ver cómo la catástrofe se transforma y adopta la forma de la tragedia recordada? A menos que estemos dispuestos a abandonamos al sentimentalismo o la fantasía, a menudo lo mejor que podemos hacer con las catástrofes, incluso con las propias, es descubrir exactamente qué ocurrió y restaurar algunas de las partes que faltan; con suerte, incluso el arco del cielo.

YA DESDE la primera vez que sobrevolaron el incendio, todas las piezas pertinentes del avión y de su universo empezaron a encajar y a convertirse en una sola, con vistas al lanzamiento: el equipo, los superiores, el piloto, el avión, el barranco, el incendio que había allí y el vacío intermedio, todos preparándose para la representación. Saltar en paracaídas es uno de los pocos trabajos del mundo que conduce a un instante preciso en el que las piezas elegidas con esmero de uno mismo deben encajar exactamente con las piezas de tu entrenamiento; y las piezas de tu equipamiento se han realizado teniendo en mente las piezas de ti mismo y las de tu entrenamiento. Cada uno de los miembros del equipo está sentado entre las piernas de otro, y todo esto conduce a un único acto ejecutado por un solo ser entre la tierra y los cielos, en un momento en que todas las piezas

que nos componen deben operar como una única pieza. Si al final del acto sigues vivo, habrá transcurrido alrededor de un minuto; si no sobrevives, menos. El salto posee esa clase de belleza en la que todo ha de estar perfectamente sincronizado para que los hombres se vuelquen en algo que, una vez hecho, no admite revocación, y en el mejor de los casos, solo se puede modificar muy levemente. Se convierte en un empeño perfectamente coordinado cuando se oye desde el suelo el ruido que hace el paracaídas al abrirse antes de transcurridos cinco segundos desde que se ha saltado al vacío. Si tarda más de cinco segundos, debe tirarse de una anilla para abrir el paracaídas de reserva.

Ahora el piloto trazaba círculos para ver hasta dónde podía acercar el avión y los paracaidistas al incendio. Los círculos iban estrechándose cada vez más, conforme se achicaban y se aproximaban al suelo. En ocasiones, los pilotos de los smokejumpers se acercan tanto a tierra después de haberse lanzado los paracaidistas y antes de poder separar el avión de la faz de la montaña, que regresan a la base de Missoula con ramas de hoja perenne en el tren de aterrizaje. Esto también tiene su belleza, pero matemáticamente no puede ocurrir a menudo.

Había llegado el momento de reunir a los superiores y al piloto. El observador y el jefe estaban tendidos en el suelo, separados únicamente por la puerta abierta entre ellos; el primero estaba en contacto con el piloto mediante los auriculares. El piloto era Kenneth Huber, un buen piloto. Durante cuatro años había volado para el famoso Johnson Flying Service, y había transportado paracaidistas durante la guerra.

El Johnson Flying Service había sido contratado para realizar todos los vuelos de los smokejumpers de Montana, y era una leyenda en el oeste, tanto como los propios smokejumpers. En el noroeste, Bob Johnson, el propietario, era una especie de Paul Bunyan[19] del aire. Huber le dijo a Cooley por los auriculares que su altímetro indicaba que el avión había descendido trescientos metros en pocos minutos y que, debido a la succión del aire en el barranco, iba a lanzar a los hombres por encima del cerro, esto es,

desde seiscientos metros, en lugar de los trescientos sesenta y cinco preceptivos. Por tanto, Cooley supo que, en cuanto tocaran tierra, tanto la tripulación como la carga se desperdigarían más de lo acostumbrado, información que afectó a la elección de Cooley y Dodge de la zona sobre la que debían ser lanzados.

Si Bob Johnson hubiera pilotado su propio avión, probablemente lo habría llevado al barranco y habría regresado a Missoula físicamente exhausto por el esfuerzo de elevarse sobre los riscos, y el aparato habría llegado adornado con ramitas navideñas.

En la primera pasada sobre el incendio, el piloto, el observador y el jefe ya estaban buscando un posible lugar sobre el que efectuar el lanzamiento, pero ese trabajo recaía fundamentalmente en el observador. El trabajo del piloto, habida cuenta además de que generalmente utiliza instrumentos[20] cuando se lanzan sus hombres, es informar de lo que puede ver en dichos instrumentos, y ya había informado de que había en el barranco unas turbulencias considerables. Tanto Cooley como Dodge, que miraban a través de la puerta abierta, detectaron enseguida una posible zona para el lanzamiento, justo en la cima del cerro y justo enfrente del fuego que estaba en la parte alta del barranco. Pero casi de inmediato dijeron «no», negando asimismo con sus cabezas, por si acaso el hecho de tener la puerta abierta les había impedido oírse. Naturalmente, intentaban lanzar a sus hombres y sus pertrechos cerca del incendio, pero sin ponerlos en peligro, y un cambio en la dirección del viento, que soplaba barranco arriba desde el río, muy cerca del fuego, podía suponer el final de todos. Partían de la información, proporcionada por los instrumentos, de que el viento había hecho descender al avión trescientos metros en unos minutos, pero también sabían, fruto de la experiencia, que la cumbre de una montaña es un mundo especialmente desprovisto de equilibrio. Cooley, el más experimentado de entre los superiores, al explicar más tarde por qué rechazó ese emplazamiento como lugar para el aterrizaje, afirmó que, para empezar, si hay turbulencias en el aire, se debe saber por adelantado que serán mayores en la cumbre de la montaña, y que en una vertiente tendrán el viento a favor y en la

otra lo tendrán en contra. Quienes murieron más tarde lo hicieron cerca de la cumbre de un cerro, y con el viento en contra.

En la siguiente pasada, Cooley escogió una zona de lanzamiento cercana al inicio del barranco por la cara norte, «donde la ladera desciende poco a poco hacia el fondo y el paracaidista puede mantenerse más o menos en equilibrio». Cooley explicó más tarde ante el Tribunal de Revisión del Servicio Forestal que calculaba que la zona de lanzamiento estaba a «casi un kilómetro del foco más cercano», y a ciento cincuenta metros por debajo en altitud; y no solo por debajo del incendio, sino en un flanco, y, lo que también es importante, con pocos árboles y rocas. Finalmente Dodge aceptó el lugar, si bien en un primer momento se había negado argumentando que un helicóptero no podría llegar hasta allí en el caso de que alguien resultara herido y hubiera que evacuarlo.

De manera que todos procuraron pensar en todo, pero el piloto pensó antes que nada en sus instrumentos, y el jefe pensó principalmente en su equipo, y el observador pensó básicamente en todo y fue quien tomó la decisión.

Entonces comenzó a moverse el equipo. Estaban sentados en el suelo con las piernas abiertas, de espaldas a la cabina, cada uno encajado entre las piernas del hombre situado detrás de él, de tal manera que los dieciséis paracaidistas y sus pertrechos cupieran en el aeroplano. Eran casi literalmente un único cuerpo: los pertrechos de cada uno a su lado, donde habría estado el asiento, y cada hombre entre las piernas del que tenía detrás. Desde que comenzara el vuelo, Jack Nash, el ayudante del observador, había estado comprobando los equipos. Entonces cada uno de los smokejumpers se puso a examinar sus propios pertrechos, habida cuenta de que, puesto que eran ellos quienes iban a lanzarse, no había nadie mejor para hacerlo.

En la siguiente pasada sobre el incendio, el ayudante del observador se situó al lado de la puerta abierta y dejó caer los paracaídas de deriva de color naranja[21]; en la siguiente pasada, calculó la distancia y la dirección del viento para poder saber a qué distancia del objetivo debía dejar caer a los paracaidistas.

La primera «tanda» se puso en pie. Una tanda es el número de hombres, por lo general tres o cuatro, que se lanzan en cada pasada sobre la zona de aterrizaje. Se colocan en fila ante la puerta abierta, el primero de ellos con el pie izquierdo adelantado. Nunca llegan a estar tan cerca el uno del otro. El hombre situado detrás del primero tiene adelantado el pie derecho, de tal modo que cuando este salte, aquel ocupe su lugar con solo adelantar el pie izquierdo.

El trabajo del ayudante del observador es enganchar la tinta extractora de los paracaidistas a un cable estático que hay en el techo del avión. El otro extremo de la tinta extractora se engancha a su paracaídas. La cinta tiene tres metros y medio de longitud y, si todo va bien, abrirá automáticamente el paracaídas en cuanto el smokejumper haya descendido una distancia similar. Así, a medida que se aproxima el momento del salto, los hombres y el avión se acercan cada vez más. Algunos paracaidistas no permiten que el ayudante del observador les enganche la cinta extractora al avión: lo hacen ellos mismos. Al saltar, también deben cuidarse de no enredarse con sus propios cordones de suspensión. A uno le pasó. En la siguiente pasada comenzaron a saltar. El primero en hacerlo fue su jefe.

LA PRÁCTICA totalidad de los paracaidistas temen este momento. Si a uno le sigue quitando el sueño, no se lo dice a nadie, sino que abandona los smokejumpers y se une a las cuadrillas encargadas de construir caminos. Da igual la labor que acometa, será siempre cerca del suelo, y no volverá a saltar nunca más, porque le hace vomitar.

El miedo puede ser una de las razones por las que ese día solo saltaron quince hombres; uno se había puesto enfermo durante el vuelo. Aunque se trataba de un paracaidista experimentado, había sido presa de cierto sentimiento de aversión, se había sentido mal en cada uno de sus vuelos esa temporada y no había podido saltar. El viaje hasta Mann Gulch había sido accidentado, y tras vomitar y alejarse de la puerta abierta gateando y quitarse el traje de paracaidista, tuvo que tomar una decisión. Cuando el avión estuvo

de regreso en Missoula, abandonó el cuerpo de los smokejumpers.

En el exterior hacía una temperatura récord y había muchas turbulencias, hasta el punto de que Sallee me llegó a decir en una ocasión que todos estaban medio mareados y querían formar parte de la primera tanda, para saltar de una vez y tocar tierra cuanto antes. Pero, dejando aparte la meteorología, no resultaba fácil saber si tal o cual hombre había acumulado más nervios de los que era capaz de manejar, y minutos antes de acabar el día que nos ocupa, este equipo de quince smokejumpers saltaba en cuatro tandas de 4-4-4-3. Ya en tierra, sin embargo, habrían de reunirse con otro bombero que había estado combatiendo el fuego él solo, de modo que a la hora de la verdad el equipo volvería a constar de dieciséis miembros.

El miedo de los paracaidistas es un asunto complicado, porque en cierto sentido una parte de ellos no tiene miedo. La mayoría, por ejemplo, cree que Dios está ahí fuera, o que en el cielo hay un espíritu o algo similar que los sostiene. «Si ahí fuera no hubiera nada más que vacío, nadie se atrevería a saltar», dicen. Y también: «¿Por qué tener miedo? Saltamos en paracaídas, y el paracaídas lo ha fabricado el Gobierno, ¿no?». Esto guarda relación con la idea que se han formado de los tipos que se lanzan en ala delta desde la cima de las grandes montañas que rodean Missoula, a quienes consideran unos locos. «Están chalados», dicen los smokejumpers. «No tienen paracaídas del Gobierno». Así que, curiosamente, creen estar saltando sobre las alas de Dios y del Gobierno. Esto no impide que algunas noches —tal vez todas las noches—, antes de los lanzamientos, se sientan preocupados, como tampoco impide que algunos de ellos se pongan a vomitar cuando están a punto de saltar.

Resulta comprensible que los smokejumpers estén obsesionados con su equipamiento. Aunque vayan pasando de una fijación a otra, sus pertrechos ocupan casi siempre algún lugar en sus pensamientos y, cuando se acerca el momento de saltar, su equipamiento es prácticamente lo único que tienen en mente. Saben que están a punto de vivir o de morir sujetos a un sucedáneo artificial de alas fabricado por el hombre y suministrado por el Gobierno. Y

empiezan a decirse a sí mismos, como si nunca se les hubiese ocurrido antes: «¿Y qué coño sabe el Gobierno de la fabricación de paracaídas que se abren cinco segundos después de saltar? No sabe una mierda. Simplemente le encargan su fabricación a la empresa de poca monta que haga la oferta más baja». A medida que se aproxima el salto, sus temores generales se concentran en lo que parece ser la pieza menos sustancial y la más crítica de su equipamiento: la cinta extractara que se supone que debe abrir el paracaídas con un bufido tres metros y medio después de haberse lanzado desde el avión.

La atención que tiene que prestar el paracaidista al elaborado y estudiado ritual del salto ayuda a mantener el miedo bajo control. El paracaidista se coloca junto al observador que, tendido en el suelo a la izquierda de la puerta, le sujeta el pie izquierdo. Las siguientes señales se hacen por contacto, no a través de palabras: todo el vuelo se realiza con la puerta abierta, salvo que vaya a ser muy largo, de modo que resulta imposible confiar en escuchar las palabras con el estruendo que produce el viento. Utilizando el umbral de la puerta abierta como la mira de un arma, el observador espera a que aparezca la zona de aterrizaje al tiempo que calcula la deriva del viento. Luego dice «adelante» o algo parecido, pero el paracaidista no salta al vacío hasta sentir un golpecito en la pantorrilla de su pierna izquierda; en sus sueños recordará ese momento. Al sentir el golpe, adelanta el pie izquierdo hacia el vacío para que el arrastre del viento no lo lance hacia la izquierda, donde se encuentra la cola del avión. Sale hacia tierra encogido sobre sí mismo, en una postura similar a la que se tiene antes de nacer, de modo que esto de aparecer en la tierra procedente del cielo guarda similitudes con el nacimiento.

Los paracaidistas se ven obligados a pasar por este trance en una postura encogida y prenatal a consecuencia de la estructura de las cosas. A diferencia de quienes vuelan en ala delta, el paracaidista no está ahí arriba para brindar un espectáculo. Lo suyo está más cerca de la caída en picado que del acto de planear. Debe aterrizar lo más cerca posible del objetivo elegido por el observador, y se supone que todos los paracaidistas deben hacer lo mismo para no perder tiempo

en reunir el material antes de dirigirse hacia el fuego. A fin de caer lo más recto posible, en su día los paracaidistas se ponían de pie ante la puerta del avión y el observador preguntaba: «¿Ves ahí abajo el lugar del aterrizaje?». Pero si se trataba de un novato, el observador no miraba para ver si el saltador lo estaba viendo; sabía que el smokejumper estaría rígido con los ojos cerrados, como si estuviera contemplando el horizonte lejano. Pero el observador, que debía cerciorarse de que al menos le estuviera oyendo, volvía a preguntar: «¿Ves ahí abajo el lugar del aterrizaje?». Y el paracaidista novato, con la mirada congelada en el horizonte, respondía: «Sí, señor». Entonces recibía el golpecito en la pierna izquierda, pero antes de saltar tenía que agacharse, encogiéndose, porque el avión favorito de los primeros smokejumpers era el Ford TriMotor, que tenía por puerta una pequeña abertura. De modo que más o menos era la estructura de las cosas lo que obligaba a los smokejumpers a volver a nacer en el momento del lanzamiento.

Todo el vuelo hasta el suelo dura una media de solo un minuto. Este minuto es el único momento en que el smokejumper está solo, y es uno de los más solitarios de su vida. Un smokejumper nunca es enviado solo a un incendio; el número mínimo es de dos; en la base viven en dormitorios compartidos, y, si viven en Missoula, lo hacen con sus familias; por las noches están con sus chicas y muchas veces con otros compañeros que también están con sus chicas, y si acaban metidos en una pelea de bar, cuentan de inmediato con el apoyo de sus compañeros. Durante la eternidad que dura ese minuto, los smokejumpers están solos. No es que pierdan su fe en Dios durante esos momentos; simplemente, Él ya no está ahí, ni en ninguna otra parte. Allí no hay nada más que el paracaidista y su equipamiento, fabricado por el peor postor, y él mismo se ha reducido hasta el punto de no ser más que las decisiones que se han tomado previamente y que él no puede hacer nada por alterar.

El momento en que el paracaidista inicia la caída es umbilical; empieza a contar anteponiendo la palabra «mil» a cada número, para tardar un segundo en decirlo. Si llega a «mil cinco» comprende que está en peligro y tira de la anilla que abre el paracaídas de reserva

que lleva sujeto al pecho. Si, por el contrario, su relación umbilical con el avión se corta debidamente mediante el cable estático, el paracaídas reglamentario se abre, el bufido vibra en las piedras de abajo y los pies se despegan de la cabeza. Así es como se nace en el cielo: en medio de un estrépito enorme y con los pies donde debería estar la cabeza. Así es como se nace en el cielo en medio de un estrépito enorme: en el momento en que se corta el vínculo umbilical, uno se convierte en semilla arrastrada por el viento. Para un joven resulta muy solitario ser una semilla en el viento. Aunque seas semilla, el cielo sigue pareciendo el vientre materno y tú, como semilla, eres llevado por el viento de un lado a otro del cielo hasta posarte sobre la copa de un árbol o sobre las duras piedras o sobre la hierba, hierba que muy a menudo no es más que la cubierta de duras piedras. Si aterrizas en la copa de un árbol, probablemente hayas tenido suerte, sobre todo si llevas encima una larga cuerda con la que descender hasta las piedras; pero solo un pequeño porcentaje acaba en las copas de los árboles al tocar tierra. Por mucho que uno intente evitar aterrizar sobre las piedras, pasa a menudo. Aterrizar suavemente desde el cielo no es algo natural para el hombre.

Como en la vida en general, lo más habitual es aterrizar en la hierba que cubre levemente piedras muy duras. Aterrizar sobre suelo llano equivale a saltar del techo de un coche que va a cincuenta kilómetros por hora, y en 1949 el salto se acababa dando la «voltereta de Allen», esto es, aterrizando de costado y recibiendo el golpe en el lado derecho, desde la cadera para abajo, dejando que la parte superior del cuerpo siguiera rotando hacia la derecha hasta caer de espaldas y luego rodar sobre las rodillas. Como dijo en una ocasión un instructor de paracaidismo, la voltereta consiste en repartir el dolor por todo el cuerpo.

Así es como se aparece en la tierra procedente de los cielos. No resulta sorprendente, habida cuenta del castigo que recibe el paracaidista en los dos extremos del salto, que ningún hombre corpulento pueda formar parte de los smokejumpers, y de vez en cuando conviene recordar que, aunque sigamos diciendo «hombres», en su mayoría siguen estando más cerca de ser jovencitos, y

jovencitos no muy corpulentos. Muchos de los diecisiete o dieciocho mil visitantes que pasan cada año por la base de los smokejumpers en Missoula, que habrán oído —probablemente por boca de los propios smokejumpers— que se trata del mejor cuerpo del Servido Forestal, piensan que van a ver a un equipo de fútbol americano entrenando frente a sus dormitorios, pero en lugar de ello se encuentran con chicos de aspecto sumamente normal y corriente jugando al voleibol, con tallas que oscilan entre 1,65 y 1,85 metros de estatura, y un peso máximo, en 1949, de 85 kilos. A los smokejumpers no les importa cómo se llama el juego. Les importa la competición. Los smokejumpers no reclutan a perdedores ni a hombres corpulentos, que no parecen estar hechos para lanzarse al vacío.

Fue un aterrizaje bastante brusco. Sallee cayó sobre un *Pinus contorta*, de modo que sus pies casi no tocaron el suelo, pero el resto no tuvo tanta suerte y nada interrumpió su caída. Rodaron entre rocas, aunque solo Dodge resultó herido. Hellman y Rumsey acudieron en su ayuda y lo encontraron con un corte en el codo que dejaba el hueso al descubierto, corte que taponaron como pudieron a fin de detener la hemorragia. Le vendaron el codo y Dodge solo dijo que le apretaba mucho, y al día siguiente que le apretaba todavía más.

Se quitaron sus trajes de paracaidistas, que les daban aspecto en parte de astronautas y en parte de jugadores de fútbol americano. En 1949 llevaban incluso cascos reglamentarios con una malla metálica que les cubría el rostro, un traje de lona acolchado (muy poco acolchado) y botas de leñador. Les ponían una identificación y los amontonaban. Las ropas de faena, a diferencia de las de paracaidista, eran suyas y consistían básicamente en prendas ordinarias de trabajo: pantalones vaqueros y camisas azules, pero con cascos. Ninguno de nuestros smokejumpers llevaba camisa blanca y zapatos, aunque ha habido casos en que, ante una llamada de emergencia, los recogían en bares y se presentaban con la ropa que llevaban puesta, y un paracaidista con camisa blanca y zapatos es todo un espectáculo si se ha pasado tres o cuatro días en un

incendio, y encima con resaca.

El avión se puso entonces a dar vueltas y dejó caer la carga. La soltaba desde muy alto, esparciéndola por toda la cabecera del barranco. Dado que la carga había sido lanzada desde seiscientos metros de altura en lugar de los trescientos sesenta y cinco habituales a fin de que el piloto no tuviera que acercar el avión a la cumbre de los riscos en medio de fuertes vientos, los hombres se vieron obligados a recoger la carga en un área de por lo menos doscientos cincuenta metros cuadrados. En aquella época, los sacos de dormir se lanzaban enrollados sin paracaídas y algunos rebotaban hasta la mitad de la altura de los árboles. Los paracaídas se hacían de nailon porque a los saltamontes les gusta el sabor de la seda. En una tragedia moderna hay que estar atento a los pequeños detalles más que a los grandes errores. Al final todos los minutos cuentan, y el equipo necesitó varios minutos adicionales para recoger la carga, debido a lo diseminada que estaba. De repente se escuchó un terrible estruendo como a medio kilómetro de la zona de aterrizaje. Resultó ser la radio, cuyo paracaídas no se había abierto del todo porque su cinta extractara se había roto en el punto donde estaba enganchada al avión. Un detalle más. La radio pulverizada, que había caído en línea recta, indicó al equipo a qué distancia, barranco abajo, se encontraban de la zona prevista para el aterrizaje, de manera que el observador debía de haber calculado que el viento los arrastraría casi medio kilómetro. También les dijo algo más: que el mundo exterior había desaparecido. Mann Gulch y su incendio se habían convertido en el único mundo, y ambas cosas se convertirían muy pronto en una sola, y ya no volverían a separarse, al menos en esta historia.

Terminaron de recoger y amontonaron los pertrechos. Dodge calculaba que la patrulla y la carga habían sido lanzadas a las cuatro y diez minutos, pero que debían de ser cerca de las cinco en punto cuando acabaron de recoger todo el equipamiento.

Dodge hizo la señal de la doble L en la zona de aterrizaje con unos manguitos de color naranja, para informar al avión de que estaban todos. El avión dio dos pasadas para cerciorarse y luego

puso rumbo al mundo exterior, cruzando por encima de Mann Gulch y del luminoso reflejo del Missouri. Parecía alejarse a una velocidad endiablada, y así era. Había partido de la base como un tren de mercancías, bien cargado. Ahora era ligero y rápido y se había ido. Su marcha hizo que el mundo pareciese más pequeño.

No había ya nada en el universo salvo el resplandor final del Missouri, un anfiteatro de piedra erigido por la geología y un incendio de más de veinte hectáreas con futuro. Cualquiera que fuese el futuro, todo iba a tener lugar allí, y pronto. De los tres elementos de los smokejumpers, el cielo ya se había convertido en tierra. Al cabo de una hora, la tierra e incluso el cielo se convertirían en fuego.

Podían distinguir el incendio desde el área de carga, al menos el flanco que daba a la ladera de Mann Gulch, y a las cinco de la tarde no les impresionó mucho. Rumsey no creía que ninguno de ellos lo considerara peligroso, aunque él sí pensó que sería difícil de apagar, porque ardía en un terreno escarpado y rocoso.

Entonces oyeron un grito procedente del incendio, pero era imposible distinguir las palabras. Antes de partir de Missoula, se había asegurado a los smokejumpers que habría otro equipo sobre el terreno (de ahí que no llevasen mapas), de modo que Dodge le dijo a Bill Hellman, el encargado del pelotón, que se hiciese cargo de los hombres y procurara que comieran algo y llenaran las cantimploras mientras él se acercaba al incendio para averiguar quién andaba por allí.

Estuvieron apenas diez minutos en el área de carga antes de ponerse en marcha con los pertrechos. Sallee y Navon llevaban las sierras; los demás, un par de herramientas. Creían que iban a trabajar. En realidad, estaban abandonando una de las primeras estaciones del viacrucis, en el que unos minutos en cualquier lugar del camino los habrían salvado.

III

DADO QUE SUS HERRAMIENTAS nos serían muy útiles de tener que dirigimos a un incendio, deberíamos examinarlas aquí y ver cómo las habrían usado de haber llegado al incendio cuando aún abarcaba poco más de veinte hectáreas. Con esas dimensiones es de dudar que el equipo hubiera tratado de atacarlo de frente, ya que es muy peligroso combatir directamente un incendio de ciertas dimensiones.

En lugar de eso, debieron de rodearlo sin alejarse del frente, procurando dirigirlo hacia algún terreno abierto, en dirección a algún trecho de esquisto o de hierba rala, donde el fuego pudiera extinguirse solo o ardiera tan poco como para poder ser atacado de frente sin correr grandes riesgos. Como hemos sugerido antes, un incendio de dichas dimensiones se controla cavando una línea de defensa a su alrededor, una zanja de medio metro o un metro de profundidad, lo bastante profunda como para llegar al suelo mineral. Todas las hojas muertas, acículas de pinos e incluso raíces deben retirarse para que al otro lado de la línea no haya nada que pueda arder. Si algún árbol muerto cae encima también debe ser retirado, al igual que cualquier árbol aún en pie cuyas ramas bajas pueden facilitar que el fuego cruce la línea. «Controlar» un incendio no es otra cosa que crear esa línea alrededor y luego mantenerla, especialmente en aquellos puntos donde es más fácil que pueda avanzar. Lo que sigue se denomina «liquidación», y consiste en retroceder desde la línea de fuego hacia el interior del incendio,

cavando fosas poco profundas y arrojando en ellas los árboles que sigan ardiendo y, por supuesto, todo lo que haya en el suelo que aún eche humo.

Las herramientas que realizan estas dos operaciones son, con una única excepción, las mismas que han hecho la mayor parte del trabajo duro del mundo: hachas, sierras y palas.

Sallee afirma que él solo llevaba una herramienta, una sierra, y Navon tenía otra sierra, que luego entregó a Rumsey, que cargaba con el pesado bidón de agua. Las motosierras, por supuesto, ya se habían inventado, pero las primeras eran verdaderos monstruos mecánicos; se necesitaba todo un equipo solo para hacerla funcionar, de modo que no fueron de ninguna utilidad para los smokejumpers hasta bien entrada la década de 1950. Las dos sierras con que contaba el equipo debieron de ser manuales y, en caso de haber tenido que hacer la línea de defensa, habrían servido para cortar los árboles caídos sobre la línea o aquellos que aún seguían en pie en las inmediaciones. En las labores de liquidación, también habrían sido utilizadas para derribar los troncos que aún ardieran.

Las referencias no siempre claras a las herramientas de los dos miembros supervivientes del equipo indican que, además de estas dos sierras manuales, contaban con dos o tres palas y once o doce pulaskis. Laird Robinson, que cuando lo conocí era el funcionario responsable de información de la base de los smokejumpers de Missoula, sostiene que ese número de herramientas parece el correcto para un equipo de dieciséis hombres en aquella época.

Está claro que la herramienta fundamental de los smokejumpers era el pulaski. Este artilugio primitivo pero eficaz fue el único invento de los bomberos forestales, quienes lo idearon estrictamente para apagar incendios. Recibió el nombre de uno de los más famosos efectivos del Servicio Forestal, Edward Pulaski[22], quien en 1910, cuando muchos creyeron que el mundo iba a ser consumido por las llamas, se puso un saco de arpillera alrededor de la cabeza y condujo a cuarenta y dos hombres medio paralizados a través del humo en dirección a un túnel minero abandonado de cuya existencia se había acordado. El aire frío salió disparado del túnel y

fue sustituido por un calor tan intenso que las vigas de la mina comenzaron a arder. Pulaski mantuvo el fuego bajo control dentro del túnel echándole con el sombrero agua procedente de un pequeño arroyo que pasaba por la boca del pozo, al tiempo que logró que sus hombres se tendieran bocabajo en el suelo. Sufrió graves quemaduras y acabó perdiendo el conocimiento, igual que los demás. Finalmente todos se recuperaron, a excepción de cinco hombres y dos caballos.

El pulaski es un híbrido de hacha y azada. Recuerdo el primero que utilicé, uno de los primeros, fabricado a mano, que no era más que un hacha de doble hoja, una de las cuales había sido reemplazada por una pequeña azada. A pesar haber transcurrido muchos años, el pulaski continúa siendo la herramienta principal con que cavar las líneas de defensa. Una azada pequeña alcanza la profundidad suficiente, ya que su tarea consiste en arrancar de la superficie todo aquello que sea susceptible de arder. De modo que la azada crea la línea, mientras que la hoja del hacha corta los árboles pequeños y los matorrales que, al estar cerca de la línea, pueden favorecer que el fuego la salte, además de tener otros usos, como el de cortar raíces. En la instrucción, cuando el jefe termina la primera lección acerca de cómo utilizar el pulaski, dice a los reclutas: «En las próximas horas, lo único que quiero ver son vuestros culos y vuestros codos».

Detrás del equipo que maneja los rápidos pulaskis, van dos hombres provistos de palas que despejan y ensanchan la línea de defensa; amén de que, por supuesto, en las labores de liquidación las palas son de vital importancia para cavar zanjas no muy profundas donde enterrar todo lo que siga despidiendo humo.

El equipo se fue extendiendo por el sendero. Los que llevaban las sierras sin protección iban detrás, porque los largos dientes de las mismas hacen que sean difíciles de transportar y peligrosas si uno se acerca demasiado a ellas. La mayoría de los hombres provistos de dos herramientas llevaban un pulaski y cualquiera de estos objetos: una pala, una cantimplora con agua, un botiquín de primeros auxilios o uno contra las serpientes de cascabel. El flanco del

incendio quedaba completamente a la vista a tan solo un kilómetro, al otro lado del barranco. Aunque desde la zona de carga el frente más adelantado sobre la cima del cerro no era visible, lo habían visto desde el aire y recordaban que el fuego descendía lentamente por la ladera hacia la garganta. No les costó adivinar lo que harían diez o quince minutos después, cuando alcanzaran el fuego y a su jefe. Este los desplegaría por los dos flancos, el de Mann Gulch y el de Meriwether, para cavar sendas líneas de defensa que impidieran que el fuego se extendiese por cualquiera de los cañones, limitando de ese modo su avance hacia la cima del cerro donde, obligado a dirigirse a la garganta y a la hierba rala, sería mucho más fácil de manejar. Dodge separaría a los hombres con pulaskis a unos tres o cuatro metros de distancia, dependiendo de la cubierta del suelo; no levantarían la cabeza hasta que hubieran alcanzado al hombre que tuvieran delante. Entonces le darían un golpecito en la pierna con el pulaski y dirían: «Choque». Si los dos hombres que venían detrás también habían terminado su trecho, dirían: «Choque de tres». Para un smokejumper, la palabra «choque» suena de maravilla, siempre que sea él quien la pronuncie.

Cuando los smokejumpers trabajan cerca de una cuadrilla normal de bomberos del Servicio Forestal, les gusta dejarlos magullados a base de «choques».

Al dirigirse hacia el lado meridional del barranco, los miembros del equipo ya sabían qué debían hacer sin necesidad de recibir ninguna orden. Trabajarían toda la noche creando una línea de defensa alrededor del incendio. A partir de ahí, ya se vería. A los smokejumpers no les gana nadie a la hora de llevar a cabo esta tarea, pero por regla general tampoco es que obtengan medallas por ello. Todos estaban ahí por dinero: los estudiantes de la escuela de silvicultura, los elegantes estudiantes de doctorado, y en especial los chiflados que esperaban ganar lo bastante durante el verano para poder pasarse el invierno en Honolulu. De modo que no servía de nada darse prisa en rematar un incendio pequeño cuando te iban a pagar las horas extraordinarias.

EL EQUIPO empezó a subir por la ladera del barranco en dirección al incendio. Eran alrededor de las cinco. Al día siguiente se encontró el reloj de uno de los muchachos cerca de su cadáver. Las manecillas se habían fundido para siempre cuando faltaban cuatro minutos para las seis. Esto nos indica la hora aproximada en que les llegó también el fin a casi todos los demás. De manera que tenían por delante cincuenta y seis minutos, tiempo apenas suficiente para pensar un poco, y no cabe duda de que fue muy poco lo que pensaron.

No es difícil imaginar qué tenían en la cabeza. Sabían que eran los mejores y probablemente pensaban, al menos indirectamente, que precisamente por ello el incendio que les esperaba era pan comido. Aquello era un juego, ellos eran los campeones y el incendio no tenía aspecto de que fuera a presentar demasiada resistencia. Ya habían desarrollado uno de los mejores métodos para enfrentarse al peligro en el bosque: imaginar que estás siendo observado. Te imaginas las faldas de las montañas como las gradas de un estadio repleto de admiradores, entre quienes siempre se encuentra tu padre, que en sus tiempos también combatió contra el fuego, y tu chica; pero con mayor claridad si cabe te ves como el campeón que se abre paso por entre las cuerdas del cuadrilátero. Bastará con propinar un buen par de golpes a ese incendio de poca monta y luego volveremos a casa para tomar una cerveza. Hacía más de 38 °C en aquella ladera despejada, y todos pensaban sin duda en la cerveza. Si algo les preocupaba, era el tipo ese con el que se habían peleado en un bar de Missoula, y con quien esperaban volver a toparse la noche siguiente. Y cada uno de los muchachos de pueblos pequeños, como Darby, Montana, o Sandpoint, Idaho, pensaba sin duda en su chica, que estaba a punto de acabar el instituto, un año después que él, y tenía las piernas largas y unos pechos pequeños que no estorbaban mucho. Era fuerte, como él, y también le gustaba dar grandes caminatas, podía cargar con veinte kilos todo el día. Se imaginaba que su chica estaba ahí, caminando junto a él, mostrándole tímidamente su amor, ofreciéndose a cargar con una de sus dos herramientas. Y él pensaba en corresponder su amor mostrando una tímida negativa a dejar que ella la llevara.

De modo que la respuesta a qué tenían en la cabeza cuando echaron a andar hacia el fuego debe de ser: «No mucho».

AL IGUAL que la caballería de frontera, los smokejumpers no se esforzaron demasiado al iniciar la marcha. Durante el primer kilómetro barranco abajo se relajaron, y luego empezaron a trepar en dirección al incendio, pero no habían avanzado ni cien metros cuando oyeron que desde arriba Dodge les gritaba que se quedasen donde estaban. Poco después se presentó ahí Jim Harrison, el guarda turístico y vigilante de incendios destinado en el *camping* situado en la boca del cañón de Meriwether. Harrison había avistado el incendio a última hora de la mañana, en el transcurso de una patrulla rutinaria, tras lo cual regresó al puesto de Meriwether e intentó, sin éxito, hablar por radio con Missoula y con el puesto de guardabosques de Canyon Ferry, a las afueras de Helena. Eso fue a las doce y cuarto, diez minutos antes de que el vigía de Colorado Mountain, a cincuenta kilómetros de distancia, notificase oficialmente el incendio. Tras haber pegado en la puerta un cartel que rezaba: «He ido al incendio. Jim», había trepado de nuevo el risco de cuatrocientos cincuenta metros que se alzaba entre el cañón de Meriwether y Mann Gulch, y había estado solo ante el fuego hasta que, a alrededor de las cinco, Dodge dio con él. Había intentado hacer lo que se suponía que tenía que hacer: impedir que el incendio descendiera al espectacular cañón de Meriwether, una chimenea entre precipicios y riscos de cuatrocientos cincuenta metros de altura. En cuestión de minutos, las llamas podían arder a lo largo de toda esta chimenea y el calor la habría reducido a meras rocas reventadas para siempre. Se trata de unos de los tesoros turísticos de Estados Unidos, y Harrison había luchado por salvarlo. Más tarde, dos trechos de líneas de defensa que había cavado con su pulaski aparecieron quemados en la cima del cerro que separa Meriwether de Mann Gulch. Sus huellas también estaban allí, quemadas.

Muchos miembros del equipo conocían a Harrison porque el

verano anterior había trabajado como smokejumper en Missoula y, por irónico que resulte, se había pasado a faenas de patrullaje y limpieza de senderos y terrenos para excursiones por complacer a su madre, quien consideraba que el trabajo de smokejumper era muy peligroso. Ahora estaba allí con Dodge y su equipo de smokejumpers en la misión del 5 de agosto de 1949, y lo mismo podría haberse topado con el general Custer y el Séptimo de Caballería el 25 de junio de 1876, cuando se dirigían hacia Little Big Horn.

Además, por el cargo que desempeñaba ahora, no podía estar en tan buena forma física como los smokejumpers; la descripción de su puesto de trabajo hecha por el supervisor forestal deja bien claro que fundamentalmente era un «guarda turístico», que se ocupaba de mantener limpios y ordenados los terrenos públicos y los servicios de embarcadero de Meriwether para los turistas, y que solo en casos especiales tenía que patrullar y participar en tareas de prevención de incendios. Como dijo el supervisor ante el Tribunal de Revisión, Harrison solo había hecho una patrulla antes del 5 de agosto. Harrison era consciente de que necesitaba hacer ejercicio, así que en sus días libres subía andando hasta su puesto de vigilancia, pero no habría estado lo bastante en forma como para mantenerse a la par de los smokejumpers si las cosas se hubieran puesto feas. Y, sin embargo, aquel día había subido dos veces por el sendero perpendicular a la cima del cerro que separa Meriwether de Mann Gulch, y estuvo luchando contra el fuego durante cuatro horas, mientras que los smokejumpers no habían hecho otra cosa que saltar del avión y caminar primero medio kilómetro y luego cien metros más[23]. Tanto Sallee como Rumsey refirieron brevemente el encuentro del equipo con Dodge y Harrison después de que estos hubieran abandonado el frente del incendio. Sallee cuenta que Dodge le dijo que «lo mejor que podían hacer era salir de aquella tupida maleza» porque era «una trampa mortal», y luego dio instrucciones a Hellman para que el equipo regresara al lado norte del barranco y los dirigiera por el cañón hacia el río. Rumsey y Sallee coinciden en que Dodge no parecía especialmente preocupado:

«Dodge tiene un rasgo muy característico —dijo Rumsey al tribunal —. Es difícil saber lo que está pensando». Y es probable que Dodge aún no se sintiera alarmado, ya que le dijo a Hellman que, mientras el equipo iba hacia el río, Harrison y él volverían a la zona de carga, en la cabecera del barranco, y antes de ponerse en camino comerían algo, como ya habían hecho los demás.

Con todo, está claro que a Dodge no le inquietó lo que vio cuando echó un vistazo al frente del incendio. Dijo que no era posible acercarse a menos de treinta metros de las llamas, y la «tupida maleza» que le preocupaba era un bosquecillo regenerado de pinos ponderosa y abetos de Douglas que habían surgido tras un incendio anterior[24]. Estaban estrechamente entrelazados y eran altamente inflamables, sobre todo si el viento soplaba barranco arriba. La retirada hacia el río se hizo, ante todo, por la seguridad del equipo, pero si el viento seguía soplando en la misma dirección los hombres podrían atacar el extremo inferior del incendio por la retaguardia o por los flancos, evitando de este modo que se extendiera, sobre todo hacia el cañón de Meriwether que, como buena chimenea, aspiraba el aire hacia arriba. Si las cosas empeoraban y el viento cambiaba y soplaba barranco abajo, el equipo siempre podría escapar hacia el río.

Dodge le dio a Hellman otra orden: que no llevara al equipo al fondo del barranco, sino que «siguiera el contorno» en la otra ladera, con lo que quería decir que el equipo debía permanecer en la ladera a una altura desde la que siempre se pudiera ver cómo se desarrollaba el incendio principal en la vertiente opuesta.

Hellman condujo al equipo a través del barranco y comenzó a buscar el río y, efectivamente, ocurrió lo que casi siempre ocurre cuando el segundo al mando se hace cargo de la situación. Los miembros del equipo se separaron y se sumieron en la confusión; habida cuenta del poco tiempo que estuvo fuera Dodge, cabría decir que la confusión fue enorme y que acabaron separados a gran distancia. Sallee afirma que terminaron en dos grupos, separados por unos ciento cincuenta metros, lo bastante lejos como para no poder verse los unos a los otros, y tan desorientados que el grupo de Sallee

pensó que estaban en la retaguardia, y a continuación realizaron una parada para esperar a que les diera alcance el grupo que venía detrás. Rumsey asegura que durante parte de este tiempo Navon, el que fuera paracaidista en Bastoña, iba en cabeza. Era el único paracaidista verdaderamente profesional —en realidad, un aventurero profesional— que había entre ellos, y evidentemente en todo momento actuaba más o menos como si él fuera su propio jefe, y en ocasiones también ejercía de líder si el resto del equipo lo miraba con cara de necesitar uno.

Esto es todo lo que ocurrió en los veinte minutos que Dodge estuvo fuera. Pero en lugar de ser solo una pausa para el almuerzo del jefe, fue también algo así como el preludio del final. Por lo menos puede servir para que nos preguntemos de antemano cuál debe ser la estructura de una pequeña unidad cuando su tarea es hacer frente a un peligro súbito e impedir una catástrofe.

En el cuerpo de los smokejumpers el jefe va casi siempre en cabeza y el segundo, al mando en la retaguardia. Durante la marcha, el primero se hace cargo de la situación, toma las decisiones, grita las órdenes, elige el camino e impone el ritmo. El segundo al mando repite las órdenes, se asegura de que se hayan comprendido y vigila que los subordinados se comporten como tal, es decir, que cumplan las órdenes del jefe. Cuando se encuentran con el incendio, el jefe sigue adelante, decidiendo por dónde debe hacerse la línea de defensa, y el segundo vuelve a ubicarse en la retaguardia. Repite las órdenes del jefe, da palmaditas a los hombres en la espalda o bien les grita, y solo cuando no consigue que hagan lo que deben, le grita al jefe: «Están haciendo una línea de defensa pésima».

Aunque incluso en el plano amistoso el jefe tiene poco contacto directo con sus hombres, su obligación primera es cuidar de la seguridad de todos ellos. Siempre se está preguntando: «¿Dónde hay una buena ruta de escape?».

Es fácil olvidarse del segundo al mando, cuyo trabajo es verdaderamente duro. Es él quien se encarga de exprimir a los hombres, por lo que tiene que saber cuándo procede darles un grito o una palmada en el hombro. Debe conocer a sus hombres y, hasta

cierto punto, ser uno de ellos, pero tiene que saber dónde se ubica ese punto. Ser el segundo en la cadena de mando no resulta fácil ni agradable, sobre todo al principio, cuando un poco de amistad tal vez sea demasiada. Los miembros del equipo aseguran que Hellman era un compañero estupendo; tal vez ese sea el motivo por el que, cuando asumió el mando, el equipo se separó y se confundió.

Quizá también pudo deberse, al menos en parte, a un fallo del equipo. Ahora que no iban a atacar el incendio de frente, parte de la emoción había desaparecido. Combatir un fuego por detrás no es inusual, pero tampoco permite realizar una demostración de fuerza. El equipo, no obstante, se mostraba feliz. Aun así, había perdido ese ánimo extasiado que los había embargado cuando esperaban tener controlado el incendio antes de la mañana del día siguiente, o estar incluso de regreso esa misma noche para poder contemplar a mujeres espigadas hasta arriba de cerveza tambaleándose en el taburete de un bar. Por otra parte, atacar el fuego desde la retaguardia haría que el trabajo durara más tiempo y eso significaba más dinero, y en la escala de la felicidad de un smokejumper, las mujeres ocupan el primer lugar, seguidas de las horas extraordinarias. En realidad, la prioridad podría muy bien invertirse. Para el equipo, el incendio no era algo preocupante.

Dodge opinaba algo distinto mientras Harrison y él comían en la zona de carga, cerca de la cabecera del cañón, desde donde casi podían ver el río. Según explicó al Tribunal de Revisión: «El incendio se estaba avivando y vi que era necesario reunir a mi equipo y tratar de sacarlo del cañón lo antes posible».

Agarró una lata de patatas blancas irlandesas y alcanzó a su equipo unos veinte minutos después de haberlo dejado. Eran «alrededor de las seis menos veinte», según su testimonio. Dodge le dijo a Hellman que reuniera al equipo, luego lo colocó al final de la línea para mantenerla unida ahora que él iba en cabeza, y se dirigió hacia el río. A partir de ese momento las cosas ocurrieron muy rápido, pero nunca lo suficiente como para que los hombres reaccionaran y se anticiparan al desastre.

Rod Norum, uno de los principales especialistas en incendios del

Servicio Forestal, que además goza de una excelente condición física, hizo un experimento desde el punto donde Dodge se reunió con su equipo; pese a correr todo lo que pudo, no llegó a las señales que marcan las tumbas de nuestros smokejumpers tan rápido como lo hicieron ellos. También es cierto que detrás de él no bramaba ningún incendio.

CUANDO EL equipo volvió a cruzar desde el lado sur hasta la cara norte de Mann Gulch, que era donde habían tomado tierra, cruzaron de una geografía a otra y del peligro de un fuego a otro peligro al que nunca se habían enfrentado. Mann Gulch es una reproducción en miniatura del espectacular cambio topográfico que, con su presión, fuerza Gates of the Mountains. De pronto desaparecen las Grandes Llanuras y comienzan las enormes Montañas Rocosas. Entre ellas solo hay un barranco o dos como Mann Gulch, que marcan la transición de un mundo a otro. Antes del incendio, las dos vertientes de Mann Gulch dividían casi por igual dos mundos topográficos, uno a cada lado del barranco, con distintos combustibles. El lado sur, donde se había iniciado el incendio, estaba profusamente arbolado. En la descripción formal del *Informe del Tribunal de Revisión* puede leerse: «En el punto de origen del incendio el tipo de combustible consistía en una densa masa de abetos de Douglas de entre quince y veinte centímetros de diámetro y algunos pinos ponderosa en las lomas laterales».

Sin embargo, en el lado septentrional, por donde iba ahora el equipo camino del río, el combustible era distinto. «En el lugar del desastre, la cubierta arbórea consistía en trechos de pinos ponderosa jóvenes y dispersos, con algunos más demasiado viejos. La cubierta del suelo o sotobosque predominante era matojo». El lado norte de Mann Gulch era fundamentalmente rocoso y escarpado, con mucha hierba y matorral y solo algunos árboles desperdigados. El lado sur estaba densamente arbolado.

Las diferencias entre ambas vertientes del barranco siguen siendo claramente visibles después de todos estos años. En el lado

sur, los árboles carbonizados se mantuvieron en pie hasta que sus raíces se pudrieron. Entonces, los vientos que soplaban desde el Missouri los tiraron al suelo, sin enterrarlos pero paralelos entre sí, como si pertenecieran a algún culto de la naturaleza, unidos en última instancia por la creencia de que la muerte apuntaba en la misma dirección. En ocasiones parece como si hubieran sido colocados allí: ataúdes envueltos en paños negros procedentes de alguna gran batalla que esperan ser enterrados en un cementerio nacional, en la ladera de una colina cerca de un gran río, si no el Potomac[25], pues el Missouri.

En el lado norte, por donde iba dejándose caer el equipo hacia el río, hay cruces blancas con placas de bronce y algunos objetos ennegrecidos. No hay mucho más. Los hombres murieron en la hierba muerta de la ladera norte.

Algunas generalizaciones nos ayudarán a abordar lo que nos espera, recordando en todo caso que son solo generalizaciones. Un incendio en un bosque frondoso genera un calor espantoso, pero no avanza a gran velocidad. Como ha dicho Harry Gisborne, un incendio de copas no llega a alcanzar ni el kilómetro por hora. Un incendio sobre la hierba, en comparación, suele ser de tan poca monta que no crea ninguna muralla de calor; va y viene, a veces tan rápido que apenas llega a chamuscar la parte superior de la hierba, y desde luego, ni siquiera se para a quemar las cabañas de madera de los granjeros. Se limita a arder por encima y alrededor, sin esperar a que prenda el fuego en el techo. Aun así, desde la gran catástrofe de 1910 hasta 1949, han muerto muchos más hombres como consecuencia de incendios de pasto, rápidos y escasos de combustible, ocurridos al este de la Divisoria Continental de Montana, que en los incendios potentes y lentos de los densos bosques situados en la parte oeste de Montana.

En 1949, Arthur D. Moir, Jr., supervisor del Servicio Forestal de Helena, generalizando en su testimonio sobre el incendio de Mann Gulch, explicaba que al este de la Divisoria Continental de Montana los incendios «son más pequeños y fáciles de controlar debido a la menor cantidad de combustible». Pero añadió que, hasta

donde él sabía, «solo dos hombres habían muerto en incendios forestales en Idaho y en la parte occidental de Montana desde 1910», mientras que los muertos como consecuencia de incendios de pasto al este de la Divisoria ascendían a treinta y cinco.

La hierba y la maleza de Mann Gulch no podían ser más rápidas de cuanto lo eran entonces. Un año antes del incendio, Gates of the Mountains había sido declarada «área de naturaleza salvaje»[26], de manera que ningún rebaño pastaba la hierba en Mann Gulch, que en algunos lugares llegaba hasta la cintura. Como era principios de agosto y hacia un calor abrasador, podía darse lo peor de los dos tipos de incendios: si se iniciaba un fuego en el bosque profundo del lado sur, donde se inician la mayoría de los incendios, y luego saltaba a la hierba y la maleza explosivas del lado septentrional, como podía ocurrir y ocurrió, ardería con la velocidad de uno de esos incendios catastróficos de los barrancos secos en los alrededores de Los Ángeles, pero llevando consigo el calor de los incendios forestales de 1910 en Idaho y Montana. Avanzaría tan rápido que nadie podría escapar de él, y el calor sería tal que antes de alcanzar a su víctima le quemaría los pulmones.

Las cosas fueron más rápidas y breves. Dodge dice que continuaron barranco abajo durante unos cinco minutos; Sallee asegura que entre doscientos y cuatrocientos metros, lo que más o menos viene a ser lo mismo. Dodge estaba preocupado, y obviamente nadie más lo estaba. El incendio estaba exactamente enfrente, al otro lado del barranco, como para que lo mirasen, y eso debían de estar haciendo. Ahora se hallaban lo bastante arriba en la ladera como para casi poder atisbar las entrañas del incendio. Cuando el humo se disipaba, distinguían las llamas agitándose ferozmente de un lado a otro, lo cual era una muy mala señal que, sin embargo, encontraron muy interesante.

Navon se encontraba a gusto en su papel de tipo independiente, alternando la actitud benevolente con la de jefe. Había aligerado la carga de Rumsey, cambiándole la sierra por el pesado bidón de agua, de modo que Rumsey era quien más se fijaba ahora en el paisaje conforme caminaba. Observó que el fuego ardía «con mucha mayor

ferocidad» que antes. «Un espectáculo muy interesante», le dijo al Tribunal de Revisión. «Era lo que pensábamos todos al respecto».

De las estaciones del viacrucis que debían pasar, esta fue la de mayor cariz estético. En los incendios forestales hay momentos en que prácticamente lo único que se aprecia es la belleza. Esos momentos no suelen durar mucho.

Los supervivientes Robert Sallee y Walter Rumsey tras el incendio de Mann Gulch.
Fotografía de Peter Stackpole / The LIFE Picture Collection / Getty Images.

ENTONCES, DODGE lo vio. Rumsey y Sallee no lo vieron, y probablemente tampoco lo vio el resto del equipo. Dodge tenía treinta y tres años, era el jefe y le correspondía verlo, por eso iba en cabeza. Además, no le había gustado lo que había visto al contemplar el fondo del cañón al regresar de la zona de carga

después de haber comido algo, de modo que estaba doblemente alerta. Rumsey y Sallee eran jóvenes, subordinados, cargaban con herramientas y observaban con curiosidad el fuego que ardía al otro lado del barranco. A Dodge le bastaron pocas palabras para decir lo que vio a continuación: «Seguimos bajando por el cañón durante aproximadamente cinco minutos antes de que pudiera ver que el fuego había cruzado Mann Gulch y subía hacia nosotros por la cresta».

Ni Rumsey ni Sallee pudieron ver el fuego que ahora estaba en el lado del barranco que ocupaban ellos, pero ambos distinguieron el humo que se les acercaba por encima de la escarpadura que tenían justo delante. En cuanto al incendio principal del otro lado del barranco, seguía pareciéndoles «reducido al tercio superior de la ladera».

Ante el Tribunal de Revisión, Dodge estimó que el incendio que avanzaba hacia ellos por el lado norte del barranco se había iniciado a unos ciento cincuenta o doscientos metros. Se volvieron de inmediato y retrocedieron cañón arriba desviándose por una pendiente hacia la cumbre del cerro. Cuando le preguntaron por qué no había ido directamente a la cima en ese momento, respondió que el terreno era demasiado pedregoso y empinado, y que el fuego se acercaba demasiado deprisa como para atreverse a ir en ángulo recto hacia él.

Cabe preguntarse cómo es posible que del equipo solo sobrevivieran Rumsey y Sallee. Si antes de la tragedia hubiéramos sabido que solo sobrevivirían dos de sus miembros, probablemente nunca los habríamos escogido a ellos; eran novatos de primer año, se trataba del primer incendio sobre el que se habían lanzado, Sallee aún no había cumplido ni dieciocho años, y en la base se sabía que compartían dormitorio y que se lo solían pasar en grande. Los dos llegaron a ser grandes profesionales en el mundo de los bosques y las praderas, y parte de esta historia consistirá en ir en su busca y preguntarles por qué creen que fueron los únicos supervivientes de su equipo. Y aunque en última instancia tanto nuestra respuesta como la que planteen ellos puedan resultar insuficientes, este parece

ser un buen momento para empezar a plantearse la pregunta. En sus declaraciones posteriores al incendio, ambos aseguran que, cuando Dodge invirtió la dirección del equipo, se alarmaron, ya que aunque no distinguían el fuego, las órdenes de Dodge eran huir. Reaccionaron en cuestión de segundos, o puede que incluso en menos tiempo. Iban al final de la fila porque transportaban las sierras sin protectores. Cuando la cabeza de la línea empezó a retroceder, Rumsey y Sallee abandonaron su posición y se dirigieron directamente hacia la cumbre, conectando con la cabeza de la fila, en la que se situaron a continuación de Dodge.

Todos se movían a gran velocidad, salvo Navon, que hacía paradas para tomar fotos.

EL MUNDO se iba acelerando, empequeñeciéndose y volviéndose más ruidoso; se aceleraba tanto que por primera vez surgen azarosas diferencias entre los supervivientes en lo relativo a las distancias entre las cosas. Dodge asegura que no dio orden de tirar las herramientas hasta trescientos o quinientos metros después de que el equipo hubiera cambiado de dirección. Sallee afirma que solo fue doscientos metros después, y Rumsey no lo recuerda. Tanto si se habían movido quinientos metros como si solo fueron doscientos, el nuevo incendio que subía por el barranco se acercaba más deprisa de lo que ellos se alejaban. Sallee dice que «cuando soltamos las mochilas y las herramientas, el fuego probablemente estuviese cien metros detrás de nosotros, y me pareció que nos estaba adelantando tanto por arriba como por abajo». Si el fuego estaba a solo cien metros, les había ganado mucho terreno desde que invirtieran el rumbo, y Rumsey insiste en que no recuerda haber corrido más rápido en su vida como durante aquellos últimos quinientos metros.

Dodge declara que esta fue la primera vez que trató de comunicarse con sus hombres desde que se había reunido con ellos en la cabecera del barranco, y se cuenta que dijo —por segunda vez — algo acerca de «salir de esta trampa mortal». Cuando el Tribunal de Revisión le preguntó si había explicado a sus hombres el peligro

que corrían, miró a los miembros del tribunal con asombro, como si nunca hubieran salido de los límites de la ciudad y fueran incapaces de reconocer el serrín ni aunque tuvieran un buen montón ante sus narices. De todos modos, ya era muy tarde para hablar. ¿Y qué iban a oír? El fuego bramaba a sus espaldas, abajo y enfrente, aislando al equipo de todo, salvo de un pequeño fragmento del mundo exterior.

Habían llegado a la estación del viacrucis en que quieres ver algo y no puedes, impidiéndote ver lo que de otra manera podrías ver. Rumsey dice una y otra vez qué era eso que no podía ver: «La cima de la cresta, la cima de la cresta».

«Me había dado cuenta de que el fuego se extinguiría en cuanto se aproximara a la cima de la cresta. Así que corrí con todas mis fuerzas, con la idea de que en aquella cumbre estaría a salvo. Seguía pensando en la cresta, en si conseguiría llegar hasta ahí. "En la cresta estaré a salvo". He olvidado decir que desde donde estábamos no podía distinguir la cresta con claridad. Tal vez estuviera a dos kilómetros y pico, o a uno, o a cien metros, no tenía ni idea».

Los supervivientes aseguran no haber sentido pánico, y es probable que sea cierto. Quienes entran en el cuerpo de los smokejumpers suelen ser tipos duros, pero los hombres de Dodge eran jóvenes y, como él mismo testificó, ninguno había presenciado antes un *blowup*, y empezaban a mostrar signos de agotamiento y confusión. El mundo bramaba sobre sus cabezas y en su interior no había ningún lugar seguro; y fuera, casi ninguno. A estas alturas les faltaba el aire por el esfuerzo del ascenso, y el calor les abrasaba los pulmones. Emergía un mundo en el que ningún órgano del cuerpo tenía conciencia, salvo los pulmones.

La orden de Dodge fue tirar las mochilas y las herramientas pesadas, pero para su sorpresa algunos de sus hombres ya se habían deshecho de todo el equipo. Otros, por su parte, no quisieron abandonar sus herramientas pesadas ni siquiera después de la orden de Dodge. Diettert, uno de los más inteligentes del grupo, siguió cargando con sus dos herramientas hasta que Rumsey le alcanzó, le quitó la pala y la apoyó contra un pino. Un poco más adelante, Rumsey y Sallee adelantaron al guarda turístico Jim Harrison, que

como llevaba en el incendio toda la tarde, se encontraba en ese momento exhausto. Estaba sentado, con la mochila aún a su espalda, y sin mostrar viso alguno de querer quitársela. Rumsey y Sallee le preguntaron, aturdidos, por qué no lo hacía, pero a ninguno se le ocurrió proponerle que se pusiera de pie ni tampoco echarle una mano para que se levantase. Era incluso demasiado tarde para rezar por él. Tiempo después, su guardabosques jefe escribió una carta a la madre de Harrison, y buscando poder consolarla de algún modo, le contó que su hijo iba a misa siempre que podía.

La temperatura debía de superar los 40 °C. Salvo algunos árboles dispersos, la mayor parte de la ladera consistía en desprendimientos de roca caliente y hierba seca.

Aquello se estaba convirtiendo en un mundo donde el pensamiento se alimentaba casi exclusivamente de fijaciones. Pensar consistía en repetir una y otra vez algo que se había oído en uno de los cursos de instrucción o que había dicho alguien mayor que tú.

Las distancias críticas se acortaban. Habían recorrido medio kilómetro desde el momento en que Dodge se había reunido con el equipo hasta que dio orden de cambiar de dirección. Desde entonces, apenas habían avanzado quinientos metros, como máximo, antes de que se dieran cuenta de que el fuego iba tras ellos a tal velocidad que los hombres debían deshacerse de todo elemento pesado.

La siguiente estación del viacrucis estaba a apenas setenta y cinco metros de distancia. Allí llegaron al borde de un bosque disperso con una pendiente de hierba por delante. Allí pudieron contemplar lo que en realidad no se puede contemplar: el corazón de un *blowup*. En verdad, no puede verse, porque el humo de un *blowup* se disipa muy de tanto en tanto, y cuando lo hace, solo puedes apreciar fragmentos, fragmentos de muerte que vuelan a tu alrededor, buscándote: piñas encendidas, ramas que se ciernen sobre tu cabeza como si tuvieran alas, un tronco que vuela sin necesidad de motor. Abajo, en el fondo del barranco, había un gran estruendo sin llamas visibles, pero desde donde soplaba un viento en llamas. Si en

ese momento hubieran mirado hacia allí, habrían visto por primera vez la cabecera del barranco y, a su izquierda, la cumbre del cerro, que cuando el humo se dispersaba parecía estar a no más de doscientos metros de distancia.

Navon había abandonado ya la fila y se dirigía por su cuenta hacia la cumbre. Como había estado en Bastoña, creía conocer el más profundo de los secretos —como evitar a la muerte—, y, como si lo supiera, había guardado su cámara. Pero si realmente hubiera sabido cómo evitar a la muerte, habría sabido responder estas dos cuestiones: ¿cómo puede un incendio arder en todas direcciones y al mismo tiempo estar ardiendo justo hacia ti? Y: ¿cómo pueden esas cosas invisibles y presentes únicamente por su bramido bramar todas contra ti?

EN LA ladera despejada que había más allá del bosque, Dodge estaba prendiendo fuego a un matojo con una cerilla. Más tarde explicaría al Tribunal que no creía que ni él ni su equipo pudieran salvar los doscientos metros que faltaban hasta la cumbre del cerro. También calculó que tenían unos treinta segundos antes de que el fuego los devorara.

El fuego que Dodge estaba encendiendo no consiguió distraer a Rumsey. Al referirse al hecho de que Dodge estuviera encendiendo su propio fuego, Rumsey dijo: «Recuerdo que pensé que era una muy buena idea, pero no consigo recordar en qué sentido era buena […]. Solo pensaba en la cresta y en si sería capaz de llegar hasta ella. "Allí estaré a salvo", me repetía».

Sallee y Rumsey iban juntos. Diettert, que antes de ser reclutado para combatir el incendio de Mann Gulch había estado trabajando con Rumsey en un proyecto, fue el tercero del grupo en dar alcance a Dodge. Un día del verano de 1978, veintinueve años más tarde, Sallee y yo estábamos en lo que creíamos que era el mismo lugar. Sallee dijo: «Lo vi agacharse y encender un fuego con una cerilla. Y pensé: "Con el incendio pisándonos los talones, ¿por qué leñes se pone el jefe a encender otro fuego delante de nosotros?"».

No resulta difícil imaginar qué es lo que debieron pensar la mayoría de los miembros del equipo cuando levantaron la vista por encima de la ladera despejada y vieron a su jefe jugando con lo que parecía ser una caja de cerillas sobre la hierba seca. Aunque el incendio de Mann Gulch tuvo lugar al principio de la historia de los smokejumpers, esta sigue siendo su tragedia particular, la única en la que uno de sus equipos fue exterminado casi en su totalidad, y la única en la que las bajas fueron consecuencia de un único siniestro. Es también el único incendio del que tenga noticia algún miembro del Servicio Forestal en el que el jefe de mi equipo se haya adelantado a sus hombres solo para provocar otro incendio delante del que su equipo y él trataban de huir. Por si no lo habían entendido bien la primera vez, Sallee repitió ante el tribunal: «Pensábamos que se había vuelto loco». Unos minutos más tarde, el fuego que había provocado se volvió aún más espectacular, y cuando Sallee, que había alcanzado la cima de la cresta, volvió la vista atrás, vio a su jefe meterse en su propio incendio y tumbarse sobre las cenizas calientes para dejar que el incendio principal le pasara por encima.

IV

CUANDO, APROXIMADAMENTE A LAS CUATRO de la tarde, el paracaídas del equipo de radio no se abrió, el mundo quedó reducido de inmediato a un barranco de cuatro kilómetros, y de este pequeño y escarpado mundo, veinticuatro hectáreas estaban ocupadas por el fuego. Ahora, poco menos de dos horas después, el mundo se había reducido drásticamente a los ciento cincuenta metros que separaban a los smokejumpers del incendio que en unos minutos los alcanzaría, al bramido que había debajo de ellos y que era todo cuanto quedaba del fondo del barranco, y a la cabecera de este, que en esos momentos consistía en humo a punto de estallar en un rugido.

Sin embargo, en algún lugar más allá de lo concebible, existía un mundo exterior en el que había algunos hombres buenos. Había un número mucho mayor de hombres en la barra de un bar, sin blanca para beber; tampoco estaban en forma y nunca habían visto un incendio antes de haberse encontrado en este. Hay también ocasiones, sobre todo cuando el mundo implosiona, en que incluso los hombres buenos llegan a la boca del barranco equivocado, se olvidan de llevar camillas pese a constituir un equipo de rescate y, después de haber retrocedido para recoger unas mantas, reaparecen solo con una para todos los que pasarán frío esa noche a consecuencia de las quemaduras y los padecimientos.

Un buen hombre del mundo exterior se había acercado al interior. Hacia las cinco, más o menos a la hora en que el equipo

había hecho los preparativos y partido desde la cabecera del barranco hacia el incendio, un buen hombre había subido por Mann Gulch desde el río, había visto cómo el fuego estallaba a su alrededor, luego se había quedado atrapado y, mientras corría hacia el lado norte del barranco en medio del torbellino que se había levantado, había perdido el conocimiento.

De manera que más o menos a la misma hora en que Dodge y su equipo corrían barranco abajo hacia el *blowup*, el guardabosques Robert Jansson se dirigía a él por el extremo inferior en dirección al río.

Jansson era guardabosques del distrito de Canyon Ferry del Servido Forestal de Helena, cuya sede estaba situada entonces en el río Missouri, a unos cuarenta kilómetros al noreste de Helena. Ahora que las carreteras llegan prácticamente a cualquier parte, que aviones y helicópteros pueden sobrevolar cualquier zona, y que la comunicación es casi instantánea gradas al teléfono y la radio, resulta mucho más rápido y sencillo enviar efectivos a los incendios, y como resultado, muchos distritos del Servido Forestal se han fusionado y desapareado. Hoy día, el distrito de Canyon Ferry y el de Helena son el mismo, pero en 1949 el primero abarcaba una extensión de entre cien mil y ciento veinte mil hectáreas, y descendía lo bastante por el río como para incluir Mann Gulch. En la época del incendio, Mann Gulch era responsabilidad de un guardabosques entregado a su difícil oficio, y al igual que otros que se acercaron a este incendio y sobrevivieron, nunca conseguiría escapar del todo. Como guardabosques siempre había mostrado un celo obsesivo; recorría las montañas tan a menudo como podía, vigilando, trabajando y contando con que sus hombres harían lo mismo. Cuando, por ejemplo, el 4 de julio solo se había quedado con un equipo reducido al mínimo indispensable y había dejado que el resto de sus hombres se fuera a la dudad, mantuvo a todos los que seguían de servido persiguiendo incendios que él había simulado; pertenecía además a la iglesia metodista, y no bebía ni fumaba. A diferencia de la mayoría de los guardabosques, era un escritor sensible y enérgico, y tanto su posición oficial como las cosas que veía y sentía le

obligaron a escribir un informe tras otro sobre el incendio de MannGulch, dos de los cuales deberían figurar en la bibliografía de los incendios forestales, si es que existe semejante bibliografía. Sus informes están redactados con una prosa oficial, y dependen de lo que cuentan, y no de su prosa, de manera que deben de estar hechos de forma excepcional para ser tan buenos.

Jansson empieza a encajar en la historia cuando comprendemos su amor por la región que tenía a su cargo, su sensación de que era su protectorado y su constante temor de que estuviera a punto de explotar o de que ya lo hubiera hecho sin que él supiese dónde. Estaba constantemente sobre el terreno, aunque su distrito habría salido mejor parado de haber estado destinado en la estación de guardabosques. Pero conocía aquel terreno palmo a palmo, y había elaborado un plan de incendios para cada barranco y cada posible *blowup*. Sus hombres trabajaban horas extraordinarias e incluso en días festivos para evitar los *blowups* o al menos localizarlos en el menor tiempo posible. Esto nos lleva a pensar en cómo responderíamos nosotros si fuéramos los responsables de más de den mil hectáreas de los territorios más abruptos en la zona del río Missouri y supiéramos que, cuando se desencadenara el fuego, nuestra ayuda consistiría básicamente en una panda de borrachos reclutados en bares y en estudiantes universitarios en sus vacaciones de verano. Procuraríamos hacerlo todo nosotros mismos, sin descanso y todo el tiempo, procuraríamos que todo el mundo se comportara igual que nosotros y estaríamos, como estaba él, crónicamente enfermos de algo que delante de sus amigos más cercanos tildaba de «hereditario», sin mencionar jamás qué era ese algo.

Tenía mucho en común con los guardabosques de los viejos tiempos que no podían quitarse de la cabeza la tragedia de 1910. Durante décadas, los guardabosques se mantuvieron alerta por temor a que aquello volviera a repetirse, y en su terreno. Algunos llegaron incluso a perder su trabajo por no haber podido controlar algún incendio. De modo que Jansson era en parte un guardabosques de antaño, en parte uno de nosotros y en parte John

Robert Jansson.

De hecho, él había sido uno de los primeros en detectar e informar sobre el incendio de Mann Gulch. Hada las cuatro de la tarde del día anterior, el 4 de agosto, una tormenta eléctrica había pasado sobre Helena y Gates of the Mountains mientras Jansson y otros guardabosques asistían en Helena a una reunión en la oficina del supervisor Moir. Los rayos eran abundantes y enseguida se supo de la existencia de ocho incendios, cuatro de ellos en el distrito de Canyon Ferry, el de Jansson. Los guardabosques se dirigieron a toda prisa a sus incendios. Jansson se pasó el resto de esa tarde y la noche «tomando medidas de contención en los tres incendios producidos por rayos y en un incendio provocado por excursionistas».

Además de los incendios que aparecen casi inmediatamente después de una tormenta eléctrica, suele haber unos cuantos «durmientes» que tardan uno o varios días en ser localizados, incendios causados por rayos que caen en árboles muertos rodeados únicamente de piedras y de pinocha seca, de modo que pasa algún tiempo antes de que produzcan suficientes brasas como para provocar algún incendio de suelo que se manifieste en forma de humo. En consecuencia, Jansson y su supervisor acordaron que el primero aguardaría hasta las once de la mañana del día siguiente para realizar una patrulla aérea, con el objetivo de dar tiempo a que el rocío se secara y los durmientes se despertaran.

El 4 de agosto, el día en que se desató la tormenta eléctrica, el peligro de incendios no era muy alto. El 5 de agosto, sí. En el puesto de guardabosques de Canyon Ferry, el peligro de incendios estimado era de dieciséis sobre cien el 4 de agosto, pero un día después el baremo había ascendido a setenta y cuatro sobre cien. Cuando se le preguntó cómo cabía interpretar dicha estimación, Jansson respondió: «Como un momento explosivo».

Jansson había tratado de contactar por radio con Jim Harrison, el guarda del puesto de Meriwether, la noche del 4 de agosto, pero las condiciones atmosféricas eran malas y hasta la mañana siguiente no consiguió establecer contacto. Harrison le dijo que la tarde anterior habían caído muchos rayos hacia el norte (río abajo, en

dirección a Mann Gulch), pero Jansson le dijo que primero debía limpiar las zonas de acampada y no empezar a patrullar hasta a las once de la mañana, para no pasar por alto ningún incendio durmiente poco madrugador.

A las once en punto de la mañana siguiente, Jansson partió en avión desde Helena y siguió el curso del Missouri hasta llegar a un kilómetro de distancia de donde habría de aparecer el incendio de Mann Gulch. Pese a haber sobrevolado el paraje en su camino de regreso a Helena, no vio más que una pequeña humareda surgiendo de un incendio durmiente detectado esa mañana muy temprano. Incluso hizo un vuelo rasante sobre el puesto de Harrison con la esperanza de recibir alguna señal de este, pero para entonces el guarda probablemente había localizado el incendio y estaba regresando a su campamento de Meriwether, donde después de intentar sin éxito establecer contacto por radio con el puesto de guardabosques de Canyon Ferry, dejó clavado en la puerta su último mensaje. Ni él ni su madre lo sabían, pero pronto se reuniría con los smokejumpers, y todos juntos se dirigían al lugar que más temía la madre de Harrison.

Aunque desde el aire no se había divisado nada nuevo, en el instante en que el avión de Jansson aterrizaba en Helena, sobre el Missouri había humo, pero al parecer mucho más allá, río abajo. Cuando Jansson informó de este nuevo humo en la oficina del supervisor, se le dijo que el vigía de Colorado Mountain acababa de informar sobre un incendio en Mann Gulch, pero como Colorado Mountain estaba situado a cincuenta kilómetros de Mann Gulch, Jansson desconfió de que la localización fuese exacta. De modo que para saber si el incendio caía siquiera en los terrenos del Servicio Forestal, decidió sobrevolar Gates of the Mountains una vez más.

Ahora sí se podía distinguir el humo desde el río mientras su avión se aproximaba a Mann Gulch. El fuego ardía en la cresta entre Mann Gulch y Meriwether, pero en aquel momento estaba enteramente en el lado del primero, y en apariencia no se estaba extendiendo, salvo por el borde de la parte alta del barranco. Jansson calculó que el incendio debía de tener unas tres hectáreas de

extensión (dos y media, según una observación posterior). Cuando en el tribunal se le preguntó si resultaba «excepcional que un incendio tuviera tres hectáreas de extensión una hora después de que un guardabosques no hubiera podido distinguirlo», Jansson respondió: «A mi juicio, fue algo inusual».

Mientras todavía observaba el incendio de Mann Gulch desde el aire, Jansson avistó otro incendio más al sur, que sería llamado «el incendio de York». York se encuentra en Trout Creek, donde hay varias viviendas de veraneo e incluso residencias habituales, por lo que el daño que podía causar un incendio en aquel lugar era considerablemente mayor que el que podía causar en Mann Gulch. De hecho, hubo momentos durante el día y la noche siguientes en que parecía que los mejores hombres y equipos debían enviarse a Trout Creek. Además, el primer durmiente descubierto aquella mañana empezaba a echar humo. Tal vez habría que enviar allí hombres y equipamiento. No cabe duda de que aquel sería uno de esos días en los que uno de los mayores problemas a la hora de hacer frente a varias situaciones de peligro era resolver cuál de todas era la más grave, así como no cambiar demasiado de opinión, ni demasiado tarde, ni demasiado pronto.

Es difícil saber qué hacer con todos los detalles que surgen de un incendio; son tan densos como el humo y amenazan con borrarlo todo. Algunos son ciertos, pero no tienen importancia, otros simplemente son engañosos y otros ni siquiera existen, salvo en nuestras cabezas, tal y como descubrimos poco a poco mucho más tarde. Sin embargo, algunas cosas son ciertas, y marcan la diferencia. La mitad del arte de combatir incendios consiste en aprender a reconocer un verdadero incendio en cuanto lo ves, y no permitir que tus supervisores te disuadan. Algunos incendios son así, y constituyen una buena práctica para la vida real.

Mientras regresaba a Helena, Jansson observó formaciones de nubes que, en su opinión, significaban vientos fuertes y variables. Los incendios forestales necesitan esa clase de vientos y, una vez iniciados, pueden generar el suyo propio. Las nubes eran cúmulos blancos, irregulares y algodonados, producidos por las corrientes

ascendentes a partir de las distintas condiciones de calor del suelo. En esta historia sobre los smokejumpers, las nubes y los vientos deben estudiarse de cerca, a fondo e incluso si nadie puede saber con seguridad qué detalles tendrán importancia.

PARA CUANDO aterrizaron en Helena, Jansson ya había solicitado de forma provisional que le enviaran «hombres y equipamiento». Para el incendio de Mann Gulch pidió medio centenar de «hombres perfectamente equipados, dos bombas Pacific[27] con novecientos metros de manguera y cincuenta raciones de comida». Pronto agregó a su solicitud veinticinco smokejumpers, porque creía que el incendio estaba en una zona casi inaccesible y que la única posibilidad de dejarlo reducido a un incendio de pequeñas dimensiones sería poder contar en cuestión de horas con hombres sobre el terreno. El supervisor Moir estuvo de acuerdo y telefoneó al Departamento de Incendios de Missoula, pero le dijeron que pese a haber suficientes smokejumpers en la base, todos los aviones salvo uno estaban en misión, y ese único avión, un C-47, tenía capacidad para solo dieciséis paracaidistas y sus equipos. Jansson y Moir rechazaron la idea de enviar un segundo avión más avanzada la tarde. Probablemente no habría tiempo para llevar a los smokejumpers hasta el incendio antes del anochecer. Esto ocurría a las dos menos dieciséis minutos de la tarde. A las dos y media despegaba un único avión desde Missoula.

Entretanto, Jansson almorzó en la oficina mientras esperaba a que se reuniera el equipo de emergencias, compuesto de cincuenta personas. Como siempre que se trataba de una gran emergencia, se recurrió al sistema habitual del Servicio Forestal para reclutar a grandes equipos de bomberos voluntarios. En aquellos días, el Servicio Forestal Nacional de Helena creía tener un acuerdo con la Oficina de Recuperación de Tierras y con las constructoras que operaban en el cañón, en virtud del cual estas enviarían hombres cuando les fuera requerido. Pero resultó que la Oficina de Recuperación de Tierras entendía que el acuerdo solo se aplicaba

cuando sus hombres no estaban de tumo, y en el momento del incendio de Mann Gulch prácticamente ninguno de ellos lo estaba. De modo que, al no ser posible lanzar a suficientes smokejumpers sobre la amenaza que suponía este incendio, habiendo además otras amenazas de incendio en las que había que pensar, el Servicio Forestal comenzó a peinar los bares en busca de borrachínes, y estos, amén de no servir de mucho en los incendios, son reticentes a abandonar la barra. Como el resto de seres humanos, aunque tal vez en mayor medida si cabe, prefieren seguir vivos y coleando en la barra del bar, aun a riesgo de que el Ejército de Salvación los gane para su causa, que perder la vida en una línea de defensa con un pulaski ardiendo entre sus manos.

De modo que al cabo de un rato sin que se presentara nadie, Jansson y el guardabosques suplente Henry Hersey abandonaron la oficina y empezaron a recorrer los bares hasta reunir hasta a diez parroquianos, no cincuenta, que creían necesitar un poco de aire fresco. Los que aún estuvieran borrachos al llegar al incendio resultarían mucho más útiles que aquellos que hubieran recobrado la sobriedad y fueran conscientes de dónde se hallaban.

Jansson dio con un carro lirado por caballos perteneciente al Servicio Forestal, lo cargó con colchonetas, puso a los diez nuevos reclutas encima de los bultos y a las dos y veinte partió hacia el embarcadero de Hilger, a treinta kilómetros de Helena y a casi diez de Mann Gulch. El propietario del barco de recreo había llamado por teléfono para informar sobre el incendio y había dicho que mantendría su barco en el embarcadero de Hilger para que el Servicio Forestal pudiera utilizarlo. Dado que eran cerca de las dos y media cuando los smokejumpers salieron de Missoula hacia Mann Gulch, Jansson y su equipo partieron de Helena más o menos al mismo tiempo, pero pasarían varias horas antes de que se encontraran unos a otros.

A las tres de la tarde, Hersey había reunido a otros nueve borrachines y partía hacia el embarcadero de Hilger.

Cuando Jansson llegó allí, descubrió que el propietario del barco de recreo se había ido con un contingente de turistas que habían

pagado por ver de cerca el humo que salía de la boca de Mann Gulch. El guardabosques se enfadó muchísimo, pero como metodista interesado en trabajar con gente joven, lo único que dijo fue estar «profundamente irritado». Sin embargo, lo único que podía hacer era esperar. En 1949 no existía ningún camino que cruzara Gates of the Mountains, y como fue designada «área de naturaleza salvaje», sigue sin haberlos. Aun hoy, para cruzar sus despeñaderos sigue siendo necesario un barco; si se consigue, el trayecto es muy agradable, porque unos catorce kilómetros más abajo de la boca de Mann Gulch hay una gran presa que ha creado un pequeño lago en el río y lo mantiene despejado hasta el extremo superior de los despeñaderos de Gates of the Mountains, precisamente donde Jansson esperaba con su equipo, sin remos y la soga al cuello[28]. No es de extrañar que estuviera «irritado»; ya había elaborado un plan con Hersey y no podía hacer nada constructivo mientras esperaba. El plan consistía en desembarcar en Mann Gulch y luego, habida cuenta de lo avanzado del día y de la lamentable forma física de los miembros de su equipo, acampar allí y aguardar a la mañana siguiente para atacar el incendio. Hersey se haría cargo de la brigada de bomberos mientras que Jansson exploraría Mann Gulch, localizaría a los smokejumpers y los llevaría al campamento, desde donde emprenderían un ataque coordinado. Se trataba de un plan excelente, salvo por el hecho de que ninguno de los dos había tenido en cuenta el ingenio del universo y los lapsus mentales del ser humano.

Mientras Jansson esperaba en el embarcadero de Hilger, Jim Harrison, el guarda turístico, se encontraba solo ante el incendio de Mann Gulch. Jansson tuvo que esperar cincuenta minutos con sus diez voluntarios antes de que el propietario de una embarcación privada, Fred Padbury, farmacéutico de Helena, se acercara al embarcadero y recogiera al grupo, así como parte del equipamiento.

Poco después, el barco de recreo regresó a Hilger y comenzó su descenso del río con Hersey, sus nueve borrachos y el resto de pertrechos. De todos ellos, solo tres habían estado antes en un incendio. Dos serían nombrados muy pronto jefes provisionales, un

indicio de la clase de brigada antincendios en que se iban a convertir.

Bajando por el curso del Missouri, Jansson llegó a un recodo del río desde donde vio que el fuego se había «derramado» sobre la vertiente de la cresta que daba a Meriwether. El «derrame» ocupaba ya en tomo a tres hectáreas, lo que provocó que el guardabosques se sintiera alarmado. En el momento en que vio que el incendio empezaba a extenderse ladera abajo del Meriwether, tuvo que cambiar su plan; todos se dirigirían al Meriwether y Hersey subiría con la brigada por el sendero que discurría entre los dos barrancos hasta llegar a la cumbre de la cresta y contendría el fuego por el lado del Meriwether. Después, Jansson continuaría río abajo en el barco de Padbury y exploraría el incendio, como habían planeado desde un inicio. Como de costumbre, este plan dejaba a Jansson las funciones de delantero centro y de carrilero en busca de problemas, y por bueno que sea un hombre, es difícil que pueda jugar en dos posiciones al mismo tiempo.

El barco de recreo, al ser más rápido que el de Padbury, adelantó a Jansson y a su equipo antes de que estos llegasen al embarcadero de Meriwether, de modo que Jansson pudo informar a Hersey de su cambio de planes. Pero como el barco de Padbury debía aguardar a que el gran barco de recreo atracara y descargara los pertrechos, el guardabosques tuvo que esperar un poco más. En los bosques, como también en el ejército, a veces se trata de «correr y esperar», y entre las virtudes de Jansson no se encontraba la de esperar.

El guardabosques le dijo a Hersey que se llevara a los diecinueve voluntarios y alcanzara el incendio lo antes posible, deteniéndose únicamente en el puesto de guardia, a ciento cincuenta metros del cañón, para pedir refuerzos por radio a la oficina del supervisor. Hersey afirma que iba a decir que «no se trataba de un incendio de entrenamiento», que «se dieran prisa y que nos brindaran todo el apoyo posible». Concretamente, iba a solicitar dos nuevas brigadas de cincuenta hombres cada una con «gente experimentada», una para Meriwether y otra para Mann Gulch. También quería comunicar al puesto de guardabosques de Canyon Ferry que tratara

de establecer contacto por radio con los smokejumpers y, si seguían en Mann Gulch, les explicara que debían descender por la cresta entre ambos barrancos para unirse a los diecinueve hombres de Hersey que había allí. Luego, antes de emprender la subida por el sendero que salía del cañón de Meriwether como una escalera a punto de desplomarse hacia atrás, Hersey dio a su grupo de borrachines una serie de instrucciones. Les dijo que cuando llegaran al incendio procuraran mantenerse en los flancos: en el que ascendía por el barranco, para que los smokejumpers pudieran colarse por allí y unirse a ellos, y en el que se acercaba al sendero de Meriwether, para mantener abierta la propia ruta de escape y poner a salvo el tesoro turístico del cañón de Meriwether.

Probablemente no llegaron al incendio hasta casi las seis de la tarde. Jansson creía que deberían haber llegado antes. Había salido a eso de las cinco menos veinticinco en el barco de Padbury para llevar a cabo su plan de explorar el incendio, encontrar a los smokejumpers y devolverlos a Meriwether. Cuando la embarcación pasó por la boca de Mann Gulch, el incendio estaba aún en el tercio superior de la ladera norte, aunque lo atravesaba un humo espeso que se dirigía a la otra vertiente. El barco de Padbury continuó río abajo hasta acercarse a la desembocadura de Elkhom Creek, a casi dos kilómetros por debajo y al noroeste de Mann Gulch. Hasta Elkhom, el aire estaba lleno de cenizas. El barco de Padbury regresó entonces contracorriente hasta la desembocadura de Mann Gulch, que a estas alturas estaba tan llena de humo que era imposible ver hacia arriba. Si Jansson quería saber qué estaba ocurriendo allí, tendría que caminar. Como de costumbre, se mostró muy preciso con los números. Afirma que inició la subida del barranco a las cinco y dos minutos.

Más o menos sobre esa misma hora, los miembros del equipo de Dodge habían recogido los paracaídas, comido algo, reunido las herramientas y emprendido el camino hacia el incendio. Así que, aproximadamente al mismo tiempo, el incendio estaba siendo abordado desde ambos extremos, el superior y el inferior.

JANSSON FUE ascendiendo desde el fondo de Mann Gulch durante un kilómetro, y a medida que lo hacía observaba que el fuego estaba cobrando impulso y seguía lanzando humo, por encima de su cabeza, hacia el lado norte del barranco, donde algo más arriba Dodge se había reunido con su equipo y ahora lo dirigía hacia el río. Entonces, justo detrás de Jansson, en el fondo del barranco, se encendió un nuevo foco. Y luego brotaron otros más pequeños justo debajo del incendio principal. Y después unos cuantos de estos se lanzaron en forma de ramilletes al otro lado del barranco, las llamas se unieron rápidamente y todo se convirtió en un jardín incendiado salvajemente.

Lo que el guardabosques estaba a punto de presenciar era el principio de un *blowup*. Sin relación aparente con la realidad ni con la manera en que funciona la imaginación, las flores que habían crecido hasta transformarse en un jardín se hincharon hasta convertirse en una enorme bombilla y en una gran metáfora mixta. Parece que las flores y las bombillas no pueden mezclarse, pero la bombilla de la mente se encordó en su interior con filamentos de llamas y flores, se hinchó y se redondeó en su parte superior por efecto de los gases, luego subió el barranco formando un remolino para encontrarse con los smokejumpers, que trataban de escapar en la dirección opuesta. En pocos minutos se produjo el encuentro. Luego, apenas unos minutos después, el *blowup* salió del barranco, hizo saltar los fusibles y dejó un mundo que aún hoy continúa arrasado.

JANSSON FUE probablemente el primero en atravesar un *blowup* impulsado por un torbellino de fuego, caer inconsciente en su vértice, revivir a apenas unos metros de las llamas y vivir para contarlo. Más tarde volvería una y otra vez a Mann Gulch con una cinta y un cronómetro para comprobar sus registros originales de distancias y tiempos, y en una ocasión se hizo acompañar por observadores objetivos para que comprobaran la veracidad de sus datos. Se esforzó por determinar si lo que había sucedido era real y

si tenía unos límites mensurables en la tierra. Pero nosotros ya deberíamos saber lo suficiente sobre Jansson para contar con que vamos a observar un raro fenómeno natural a través de los ojos de un observador especialmente perspicaz. Que Jansson era buen observador lo demuestra el hecho de que Harry Gisborne lo eligiera, en la investigación que llevó a cabo sobre el comportamiento de los incendios, como uno de los miembros del selecto grupo de guardabosques que comprobarían sobre el terreno las primeras teorías del Centro Experimental de Priest River. Para Jansson, Gisborne era un ídolo, como lo fue para casi todos los que abordaron por primera vez el estudio de los incendios forestales de forma científica, y también para algunos de los que aún seguimos con vida.

Más adelante, en esta historia del incendio de Mann Gulch, no nos bastará con seguir como meros observadores las anotaciones de Jansson. Hay cosas que vemos ahora que él no había notado, y hay cosas que vio pero no pudo explicar y que nosotros podemos reconstruir. Ahora sabemos más o menos lo que ocurrió, porque en parte ocurrió en Mann Gulch, y este incendio contribuyó de modo elocuente al ya amplio inventario de conocimientos que tenemos actualmente sobre los incendios forestales y, por tanto, de muchas cosas relacionadas con los bosques. Esta contribución no fue inmediata, y este no fue ni mucho menos el único incendio forestal con víctimas que condujo a las asignaciones del Congreso para los tres grandes Laboratorios Nacionales de Incendios Forestales, uno con sus dos túneles de viento justo al lado de la base de smokejumpers en Missoula. Pero antes de la creación de estos laboratorios, hubo otros incendios con víctimas mortales, otros padres y otras comunidades que compartieron idéntico dolor, y otros periódicos que recogieron las manifestaciones públicas del mismo. También debía llegar el momento en que algunos de los miembros más importantes del Congreso procedieran de los estados madereros y fueran miembros de los correspondientes comités. De manera que finalmente llegó, no cuando Dios lo quiso, sino bastante después, cuando lo quiso la burocracia; pero llegó.

Incluso para mí. Ahora pienso de forma distinta a cuando estuve por primera vez en Mann Gulch. Ahora llevo dentro de mí parte de la purgación de su tragedia. Es esa parte de mí y de la tragedia lo que hace que sepa más acerca de los bosques y de los incendios forestales. Si ahora las víctimas de aquella tragedia despertasen y yo estuviese de pie ante una de sus cruces, ya no me pondría nervioso si me hicieran la primera y última pregunta de la vida: ¿cómo sucedió?

AUNQUE HASTA la década de 1950 los estudios acerca del comportamiento del fuego no estuvieron lo bastante avanzados como para explicar los *blowups*, será de gran ayuda recoger aquí, para su uso futuro, lo que un observador tan perspicaz como Jansson vio cuando se acercó a esta tragedia de vientos y fuego.

Mientras subía por el barranco, Jansson reparó en algunas cosas extrañas. En primer lugar, dado que no podía distinguir nada a más de doscientos metros debido a la densidad del humo, supo de inmediato que algo grande estaba a punto de pasar. Vio y oyó las rocas rodar, desplazadas por el calor. Vio y oyó cómo se rajaban los tocones muertos, sin hallar una explicación lógica para ello, y vio y oyó cómo «las llamas empezaban a arremolinarse y a bramar». Al principio, estas llamas se limitaban a flamear hacia delante y hacia detrás, signos de aire inestable. Pero este comenzó a girar en espiral y las llamas empezaron a arremolinarse como pequeños diablillos de polvo. Pronto, sin embargo, se unieron para convertirse en algo pareado a un tomado, provocado por el fuego y que a su vez causaba fuego, lo que se denomina, y con toda la razón, «torbellino de fuego». Lo que Jansson denomina «holocausto» es un desarrollo posterior, la evolución producida cuando estos torbellinos de fuego desencadenan otros torbellinos de fuego que desencadenan nuevos torbellinos de fuego. A su lado, a su alrededor y también frente a él, un intenso estruendo intentaba romper la barrera del sonido. A sus espaldas, los ruidos disminuían hasta tomarse silencio, transformándose en luces. El mundo que había detrás de él se estaba convirtiendo en un círculo de luces a punto de apagarse. Tal vez el

infierno tenga esa clase de iluminación en el instante previo que precede a la negrura.

Los torbellinos de fuego avivan el incendio existente y causan nuevos incendios. Su acción rotativa es la de un vórtice gigantesco y, como gigantes, pueden alcanzar 1000 °C de temperatura. Los incendios que alcanzan proporciones gigantescas son enormes anillos de humo en cuyo centro hay una corriente descendente repleta de gases letales y, lo que es aún más mortal, de un calor tan intenso que agota buena parte del oxígeno; el anillo exterior es tura corriente ascendente que a veces alcanza el borde de la atmósfera.

Algunos torbellinos de fuego, no todos, son lanzallamas. Otros elevan las piñas y las ramas que arden. Los hay tan grandes que levantan los troncos en llamas y los lanzan hacia delante, iniciando focos secundarios a veces a bastante distancia. Cuando estos focos se unen, los bomberos pueden quedar atrapados entre dos fuegos, como le ocurriría a Jansson enseguida.

Como sabemos, un incendio de copas puede avanzar, si lo hace, a un kilómetro y medio por hora. Un torbellino de fuego puede moverse prácticamente a la misma velocidad que el viento.

AUNQUE JANSSON creía haber alejado de su mente la posibilidad de que los smokejumpers o cualquier otro ser humano aparte de él, pudieran estar en Mann Gulch, empezó a oír ruidos metálicos, como si hubiera hombres trabajando. Es el ruido de las llamas, que quienes sobreviven oyen después de que hayan pasado las llamas. Es el pensamiento de los vivos, que creen oír a hombres muertos que siguen trabajando.

Pese a que las llamas lo cercaban, Jansson tuvo que seguir los ruidos que había dentro de su cabeza durante kilómetro y medio, barranco arriba, hasta que quedó descartada toda posibilidad de que hubiera hombres trabajando en Mann Gulch. Mientras recorría aquel kilómetro y medio, el incendio de copas de la ladera norte detrás de él había ardido hasta el fondo del barranco y los focos secundarios que habían saltado a la otra ladera habían convergido a

sus espaldas en un único incendio que trepaba por el barranco hacia él.

En pocos minutos, este frente del incendio de la ladera sur se convertiría en la llamarada a apenas setenta y cinco metros por detrás de los smokejumpers, cuando estos se desprendieron de sus herramientas pesadas para poder correr más rápido, y el incendio de copas que Jansson veía avanzar hacia el fondo del barranco produciría el bramido que los paracaidistas oyeron casi a la misma hora. Todo iba cerrándose alrededor de Jansson y de los smokejumpers prácticamente al mismo tiempo.

A las cinco y media, Jansson dio media vuelta y empezó a salir de allí deprisa, aunque todavía andando. Entonces, el fuego comenzó a arremolinarse ininterrumpidamente. Al cabo de un par de ráfagas, Jansson comprendió que el torbellino podía «cocerle los pulmones». Echó a correr. En ese momento, asegura, el torbellino «estaba prácticamente en posición vertical. Yo me hallaba en el vórtice, que se iba estrechando velozmente. Contuve la respiración mientras atravesaba la pared. No había llamas, solo aire y gases sobrecalentados y el enorme calor que generaba el incendio de copas. Me desmayé debido a la falta de oxígeno y caí sobre el codo izquierdo, lo que me provocó una bursitis que más tarde fue el motivo de que se me inflamara el brazo».

Cuando volvió en sí, «el hormigueo negro del fuego» estaba a escasos palmos detrás de él. Durante unos segundos había sido víctima de los dos enemigos principales que amenazan a quienes combaten grandes incendios: los gases tóxicos, sobre todo el monóxido de carbono, y la falta de oxígeno derivada del esfuerzo excesivo y del hecho de que el aire caliente consume el oxígeno.

Cuando, a las seis menos diecinueve minutos, por fin llegó el barco, se colocó en la proa junto a la señora Padbury y observó el torbellino durante unos minutos. Volvió a pensar en el ruido de hombres trabajando que había creído oír y volvió a apartarlo de su cabeza. Luego le llegó el olor de su propio vómito, pidió disculpas a la señora Padbury y se apartó a un lado.

En el Tribunal de Revisión, respondió con pocas palabras a la

siguiente pregunta:

GUSTAFSON: Cuando volvió la vista atrás hacia la parte alta de Mann Gulch, ¿qué aspecto tenía el incendio en aquel momento?

JANSSON: El de un *blowup*.

Antes de que el barco de Padbury llegara al embarcadero de Meriwether, el superintendente Moir se encontraba en medio del río a bordo de una lancha motora, dispuesto a dirigirse río abajo. Cuando ambas embarcaciones se encontraron, Jansson se trasladó a la lancha y desembarcaron donde pudieron trepar a un punto desde el que se dominara el conjunto de Mann Gulch. Según Jansson: «En ese momento, era evidente que había ardido todo Mann Gulch, pero parecía que el gran *blowup* había concluido».

No se puede calcular con precisión cuándo fue «ese momento», pero sería poco después de las seis de la tarde. A fin de cuentas, seguimos dando por buena la hora marcada en las manecillas del reloj de Jim Harrison, fundidas para siempre unos cuatro minutos de las seis, señalando aproximadamente el momento en que el fuego alcanzó al equipo.

Habían transcurrido unos veinte minutos entre el momento en que Jansson había salido de la boca de Mann Gulch y el instante en que regresó para ver el conjunto. Muy cerca, los árboles seguían estallando por el calor de su propia resina; a lo lejos, los estruendos se transformaban en luces silenciosas y las luces se iban apagando, y en ninguna parte se oían ya ruidos como si hubiera hombres trabajando.

POR UN tiempo, el incendio de Mann Gulch iba a quedar extinguido para quienes se encontraban en el mundo exterior a él. Jansson y Moir regresaron río arriba al campamento de Meriwether, donde planificaron la jornada siguiente. El recientemente

descubierto incendio de York había adquirido una importancia aún mayor después de que Jansson escuchara a alguien del lugar del siniestro pedir ayuda frenéticamente por la radio. Cuando se vio incapaz de comunicarse por radio para dilucidar los hechos, el supervisor adjunto, Favre Eaton, fue enviado desde Meriwether para hacerse cargo del incendio de York. Había demasiados incendios en demasiadas direcciones como para que alguien se acordara de los smokejumpers. Jansson asegura que «durante la conversación a tres bandas entre Moir, Eaton y yo en Meriwether, estoy convencido de que no se dijo nada acerca de los smokejumpers». Durante un rato, llegaron incluso a dejar de existir para la radio, sin que nadie cayera en la cuenta de que se desconocía su paradero, ya que todo el mundo daba por sentado que los smokejumpers eran bomberos infalibles y que sabrían cuidar de sí mismos allá donde se encontrasen. Durante un rato, una vez que Eaton partió hacia el incendio de York, y el superintendente con él, la principal preocupación de Jansson fue por qué su brigada de borrachos no había regresado de los riscos antes de que oscureciera y se perdiesen.

V

En esta historia del mundo exterior y del mundo interior con un incendio de por medio, el mundo exterior de las pequeñas meteduras de pata retrocede ahora durante unas horas para ser absorbido por el mundo interior de los *blowups*, en esta ocasión un *blowup* colosal pero alimentado por pequeñas meteduras de pata que encajan entre sí cada vez más hasta convertirse en una única y misma cosa: el fatídico *blowup*. En los tiempos modernos esto tiene mucho de tragedia, y probablemente siempre lo ha tenido, salvo que en las tragedias del pasado no se hablaba de los vínculos entre las meteduras de pata y los *blowups*.

Esta historia abandonó hace tiempo el mundo interior en su mismísimo centro: Dodge había salido del bosque por delante de sus hombres, con el fuego pisándoles los talones. Vio que ante sí se abría una extensión de hierba alta y seca que ardería muy rápido, vio por primera vez la cumbre del cerro, que calculó que debía de estar a unos doscientos metros, sumó dos y dos y decidió que ni él ni su equipo podrían recorrer esa distancia, y casi en el acto inventó lo que sería conocido como «quema de seguridad», encendiendo unos matojos con una cerilla. Al hacerlo, dio pie a una discusión cuyo calor sobreviviría mucho tiempo después del incendio.

En aquel momento, encender un fuego precisamente delante del incendio principal no tenía sentido para nadie excepto para Dodge. No podía servir de contrafuego; no había tiempo para extender una línea de defensa a lo largo del flanco que iba barranco arriba para

impedir siquiera que se convirtiera en la punta de lanza del incendio principal. Si se descontrolaba, en lugar de ser un contrafuego podría actuar como un nuevo foco en medio de su ascenso por el barranco, provocando que el fuego se acercara mucho más, y más rápido, a los hombres.

Dodge estaba empezando a encender un segundo fuego con una segunda cerilla cuando levantó la vista y vio que el primero ya había quemado unos nueve metros cuadrados de hierba de la ladera. «Por aquí —dijo a sus hombres que venían por detrás—. Por aquí». Al verlo, muchos de ellos debieron de preguntarse qué estaría haciendo aquel estúpido. El humo se disipó un poco un par de veces, así que todo el mundo tuvo oportunidad de plantearse la pregunta.

El equipo debió de extenderse hasta ocupar casi todo el espacio comprendido entre las lindes del bosque y el centro del calvero de hierba que había delante, donde Dodge estaba encendiendo el fuego. Rumsey y Sallee afirman que los hombres no daban señales de pánico, pero todos temían morir, y trataban de huir de la muerte. La fila ya había adoptado la forma irregular propia de una carrera donde todo está en juego. Cuando se trata de luchar contra la muerte, no todos los hombres están cortados por el mismo patrón.

En el borde del bosque el equipo vio, quizá por primera vez, la cabecera del barranco donde el incendio, tras haber ascendido por la ladera sur, estaba dando la vuelta. Desde el calvero distinguieron también, aunque solo en parte, el fondo del barranco, donde cabía suponer que se hallaban las rocas que explotaban entre columnas de humo. No les hizo falta mirar hacia atrás: podían sentir cómo el calor detrás de sus espaldas entraba en sus pulmones. Desde el borde del claro, también vieron por primera vez la cima del cerro. No estaba a dos kilómetros de distancia; a ellos les parecía que estaba a solo doscientos metros. ¿Por qué se paraba aquel hijo de perra para encender otro fuego?

Por primera vez vieron también una cresta de entre tres y seis metros de altura que corría paralela a la cumbre del cerro y a unos treinta metros por debajo. Este fragmento del antiguo lecho del océano impedía que el cerro se erosionara, al igual que la roca que

corona un montículo en la llanura evita que este sea allanado por la erosión. Pero nadie estaba pensando en geología ni, probablemente, en si sería complicado coronarlo, atravesarlo o rodearlo. En esos momentos, lo único importante es que parecía estar a doscientos metros.

Cuando la línea alcanzó su mayor extensión, Rumsey y Sallee estaban a la cabeza de la misma; fueron los primeros en llegar hasta Dodge y su fuego. Diettert estaba justo detrás de ellos, y tal vez Hellman, aunque estos dos se quedaron allí, separados para siempre, haciéndose una y otra vez la misma pregunta: «¿Qué hicieron bien Rumsey y Sallee que nosotros hicimos mal?». Para empezar, estos permanecieron juntos, mientras que Diettert y Hellman se fueron por caminos distintos.

El humo nunca se disipará del todo, para dejar una imagen clara de la cabeza de la fila de hombres que había llegado donde estaba Dodge y su extensión de hierba quemada. Más tarde, Dodge describiría cómo el equipo se había desplegado en un espacio de unos cuarenta y cinco metros, con al menos ocho hombres lo bastante juntos y lo bastante cerca de él como para poder explicarles —pero sin poder retenerlos— que no sobrevivirían a menos que se metieran en el pequeño incendio de pasto que había provocado. Ante el tribunal, dejó muy claro que creía que no les quedaba tiempo suficiente para llegar a la cima del cerro, y los acontecimientos posteriores le dieron la razón casi por completo. En medio del humo y del estruendo, continuó gritando a sus hombres; estaba convencido de que al menos los que se encontraban más cerca le oirían, y que los que estaban detrás le entenderían por sus actos. Entre el humo y el bramido del fuego se produjo una pausa, y entonces alguien dijo: «A la mierda, yo me largo», y una fila siguió a la voz.

Toda la fila se dirigió en la misma dirección, pero a través del humo Dodge no pudo distinguir si alguno de ellos volvía la vista. Calculó que el fuego principal los alcanzaría en treinta segundos.

Entre el humo y el estruendo, Rumsey y Sallee vieron una composición muy distinta de los personajes y los acontecimientos tal

y como los apreció Dodge. En realidad, incluso entre los dos compañeros existen diferencias. No obstante, ambos coinciden con Dodge en que la fila se había estirado, con un grupo en cabeza cerca de Dodge, luego un hueco y el resto disperso a una distancia que ninguno de los dos pudo estimar con exactitud, pero que debía de ser de unos cien metros. De hecho, cuando en el verano de 1978 Rumsey, Sallee, Laird Robinson y yo pasamos un día juntos en Mann Gulch, los dos supervivientes nos dijeron a Laird y a mí que ahora estaban seguros de que algunos de los miembros del equipo se habían quedado tan atrás que nunca estuvieron lo bastante cerca de Dodge como para oír lo que este decía. Lo que se colige del relato de Dodge es que todos pasaron de largo junto a él, pero Rumsey y Sallee creían que algunos no lo habían hecho. En cuanto a la cabeza de la columna, Sallee la limita a tres personas: él mismo y Rumsey, amén de Diettert, que también era amigo suyo y que había estado trabajando en el mismo proyecto con Rumsey antes de que a ambos los llamaran para combatir el incendio. A estos tres, Rumsey añade a Hellman, el segundo en la cadena de mando, y de hecho sugiere, algo en lo que coincidía Dodge, que fue Hellman quien dijo: «A la mierda, yo me largo», lo que sustenta la acusación a Hellman de haber incurrido en una doble insubordinación, por permanecer en cabeza después de que Dodge le hubiera ordenado dirigirse a la retaguardia, y por animar al equipo a ignorar la orden de Dodge de que permanecieran con él y entraran en su pequeño incendio. Sin embargo, el testimonio de Rumsey nunca podrá aclarar el lugar que ocupaba Hellman en la fila y, por lo tanto, su papel en la tragedia, ya que Sallee estaba seguro, y lo sigue estando, de que Hellman estaba en la cabeza cuando Dodge ordenó a los hombres que soltaran sus herramientas, pero que luego había regresado a la cola de la fila, repitiendo las órdenes de Dodge y permaneciendo allí para hacer que se cumplieran. Así que el testimonio directo nos deja con opiniones opuestas sobre el comportamiento último de Hellman como segundo al mando de los smokejumpers en su misión más trágica. O bien contravino las órdenes de su superior y contribuyó a la tragedia o bien, según Sallee, ejerció a la perfección su papel y

regresó a la retaguardia para asegurarse de que todo el equipo cumplía las órdenes del jefe y que la fila se mantuviera intacta.

Es probable que el esbozo de los acontecimientos que se produjeron inmediatamente después no coincida exactamente con el testimonio de ninguno de los supervivientes ni suponga una combinación de dichos testimonios, como cabría esperar, sino que sea más bien lo que sigue, y que incluso lo que sigue deje algunos de los acontecimientos más trágicos en el misterio y la contradicción.

Rumsey, Sallee y Diettert abandonaron al mismo tiempo a Dodge y tomaron la misma ruta hacia la cresta; dos de ellos sobrevivieron. Algunos de los miembros del equipo no llegaron a la altura de la ladera donde se encontraba Dodge. Hellman alcanzó la cumbre del cerro por otro camino y no sobrevivió. El resto se dispersó por la ladera, yendo barranco arriba por la ruta tomada por los tres primeros, y ninguno llegó a la cumbre. Como dijo Sallee el verano que estuvimos juntos en Mann Gulch: «Todos aquellos que dejaron a Dodge segundos después de nosotros no sobrevivieron».

En verdad, su testimonio deja claro que Diettert, Rumsey y Sallee apenas se pararon un momento para escuchar a Dodge. En palabras de Rumsey: «Yo solo pensaba en salvar mi pellejo». Diettert y él cambiaron de dirección y se dirigieron a la cumbre del cerro. Sallee solo se detuvo un momento, porque enseguida alcanzó a Diettert y a Rumsey, y de hecho fue el primero en llegar al claro en la cresta que había arriba. Cuando en el tribunal se le preguntó si tenía tras de sí a más miembros del equipo cuando se detuvo a ver cómo Dodge encendía su fuego, Sallee contestó: «No me di cuenta, pero creo que no. Rumsey y Diettert iban en cabeza —sin detenerse — y yo dudé unos momentos y también continué hacia adelante».

En el fragor del incendio principal, que ahora estaba a solo treinta segundos detrás de ellos, es posible que ni siquiera oyeran a Dodge y, de haberlo oído, tal vez ni siquiera pudieran descifrar el significado de sus palabras. Rumsey afirma: «Yo no le oí decir nada. El ruido del incendio principal era terrible. No se oía gran cosa».

Probablemente no fuera solo el ruido exterior lo que le impidiese oír. También la voz procedente del Monte Sinaí: «Seguía pensando

en la cresta, en si conseguiría llegar hasta allí. En la cresta estaría a salvo. Subí por el lado derecho del fuego de Dodge».

Aunque Sallee se detuvo un momento para aclararse, tampoco entendió lo que estaba haciendo Dodge. «Creía que lo que quería era que siguiéramos subiendo a lo largo del fuego que había provocado, y que este fuego tal vez retrasaría el avance del otro fuego». Al igual que Rumsey, Sallee interpretó que el fuego provocado por Dodge era una especie de fuego de contención, preparado para que llegase ardiendo hasta la cumbre y pusiera una barrera entre ellos y el incendio que se acercaba ascendiendo por el barranco.

La pregunta de cómo alcanzó Hellman la cumbre del cerro después de haber dejado a Dodge junto a su fuego no puede responderse con certeza. Lo que se sabe es que hizo él solo el recorrido desde el lugar donde Dodge había provocado el fuego, que sufrió graves quemaduras, que se reunió con Rumsey y Sallee después de que el incendio principal hubiera pasado, que le dijo a Rumsey que había sido en la cima donde había sufrido las quemaduras, y que murió al día siguiente en un hospital de Helena. La hipótesis más convincente acerca de cómo alcanzó la cumbre del cerro es la de Sallee. Cuando, durante el verano de 1978, visitamos el cerro, le pregunté cuál era la ruta que había seguido Hellman para llegar a su cumbre. Me contestó que, evidentemente, había pensado en el asunto muchas veces, y que estaba convencido de que solo había una explicación posible: mientras que Rumsey, Sallee y Diettert siguieron la ladera por encima (a la derecha) del fuego de Dodge, gracias a lo cual durante varios segundos vitales pudieron al menos usarlo como fuego de contención que los mantuvo al abrigo del incendio principal que subía por el barranco, Hellman debió de continuar por el lado opuesto del fuego de Dodge, barranco abajo, desprotegido ante el incendio principal, que lo alcanzó en el preciso instante en que llegaba a la cumbre del cerro.

Sallee habla tan a menudo de todo lo que ocurrió en los escasos segundos transcurridos después de que Rumsey y él se alejaran del fuego de Dodge, que al principio parece que habla por hablar. Pero

si uno combina los hechos conocidos con la imaginación propia, si tiene experiencia en alpinismo y acompaña a Rumsey y a Sallee hasta la cumbre, se da cuenta de que para sobrevivir había que ser joven, rudo y tener mucha suerte.

Y lo cierto es que eran jóvenes y rudos. Lloviera o tronase, Sallee siempre había recorrido a pie los más de seis kilómetros que había hasta su escuela, tanto a la ida como a la vuelta, y gran parte de esos doce kilómetros los hacía corriendo. Rumsey y él habían pasado todo el verano trabajando en proyectos duros. Dieron todo de sí, y esto, según dijeron, significaba más de lo que habían dado nunca, antes y después.

A medida que se acercaban a la cresta, comprendieron que su importancia cambiaba para peor. Vieron que la cumbre del cerro estaba más allá de la cresta, y que, a menos que encontraran una abertura en ella, suponía una barrera en su camino hacia la cumbre. Podían morir entre sus detritos. El humo solo se disipó dos veces, pero advirtieron la presencia de una grieta y se dirigieron hacia ella, incluso después de perderla de vista. «Había entre las rocas una abertura, clavé los ojos en ella y no desvié la mirada en ningún momento», dice Sallee.

A mitad del ascenso, Rumsey sintió un calor tan intenso a su espalda que se olvidó del fuego de contención de Dodge —si es que se trataba de eso— y, tras divisar la abertura, se dirigió directamente hacia ella. No solo estaba ladera arriba, sino ligeramente barranco arriba y hacia la derecha. En medio del humo, aquella grieta, que era una especie de norte magnético que les servía de guía aun cuando no pudieran verlo, era lo único que importaba. Rumsey iba en el centro, Sallee estaba a su altura, a la izquierda, y Diettert se encontraba unos pocos pasos por detrás, a la derecha de Sallee.

El mundo había quedado reducido a una hendidura entre las piedras. Rumsey y Sallee no veían ni a derecha ni a izquierda. Cuando en la vista del tribunal les preguntaron si repararon en las tenazas de fuego que se cerraban a su alrededor por ambos lados, respondieron que no: solo miraban hacia adelante. Por delante veían; por detrás sentían. A los lados no había nada.

Para ellos, la cresta era otra de las cosas —tal vez la última— que aún sobresalía entre el humo sin dejar lugar alguno adonde huir de la muerte. Recuerdan haber sentido pena por ser tan jóvenes. También trataron de no pensar en nada que hubieran hecho mal, por miedo a que pudiera aparecer entre las llamas. Pensaron que tal vez Dios había creado esa abertura y también que podía hacerla desaparecer. Además, la abertura podía ser una trampa por donde se aventuraran los pecados de juventud.

Detrás de la abertura, y entre esta y la cumbre del cerro, no se atisbaban llamas, pero el humo era muy denso. Más allá de la abertura era posible que hubiese otro fuego; detrás podía haber otras crestas, sin aberturas. Era incluso posible que más allá de la abertura se encontrara el final de Dios y el final de la juventud. Tal vez fuera eso lo que pensó Diettert.

Rumsey y Sallee sintieron que estaban a punto de saltar por la puerta de un avión y por eso tuvieron que serenarse y creer que había algo ahí fuera que los sostendría. Era como recibir un golpecito en la pantorrilla. Sallee iba delante y fue el primero en pasar por la grieta. Hacía más fresco y creyó que su fe se había confirmado. Se quedó quieto para bajar así la temperatura de su espalda y de sus pulmones. A continuación entró Rumsey. Como metodista, creía profundamente en lo primero que se le había enseñado: que en tiempos de crisis la cima de una colina es el lugar más seguro.

Todavía quedaba un trecho para llegar a la cima, y no se detuvo hasta llegar allí.

Diettert se detuvo a poca distancia de la abertura. El día de su cumpleaños, poco después de la comida para festejarlo y muy cerca de la cumbre del cerro, rechazó silenciosamente la abertura, se volvió y siguió barranco arriba en paralelo a la base de la cresta, en la que durante un tramo no hay ninguna otra abertura. Nadie, salvo él, vio lo que hacía, ni Rumsey ni Sallee; lo sabemos por el lugar donde fue hallado su cuerpo. Diettert, el alumno aplicado, había visto en la abertura algo que no le había gustado, la había rechazado y había ido en busca de algo que no encontró. A veces es difícil comprender a los mejores estudiantes. No obstante, él debía de tener su propia

teoría, como suele suceder con los buenos estudiantes.

Mientras Sallee se refrescaba los pulmones, miró hacia abajo y vio a Dodge y al equipo, y por primera vez se dio cuenta de por qué Dodge había encendido un fuego.

> Vi a Dodge saltar sobre el borde en llamas del fuego que él mismo había encendido y lo vi agitar los brazos y hacer señas a los otros muchachos para que lo siguieran. En ese momento pude ver lo que creo que era el resto del equipo. Estaban a unos seis o diez metros de Dodge, justo fuera del borde del fuego que Dodge había provocado. Lo último que recuerdo haber visto del grupo es cómo los chicos se desviaban barranco arriba por la hierba sin quemar, muy cerca del borde en llamas del fuego que Dodge había encendido, estaban subiendo la pendiente por la hierba no quemada y bastante cerca del borde en llamas del fuego que Dodge había provocado […].
>
> Cuando Dodge prendió fuego a aquellos matojos, al principio no entendí que quería que nosotros esperáramos unos segundos y luego nos metiéramos con él en la zona de hierba quemada para protegemos del incendio principal.

La descripción que hizo Dodge de su fuego está hecha sobre todo desde el interior del mismo.

> Después de caminar hacia el lado septentrional del incendio que provoqué como ruta de escape, escuché a alguien decir las siguientes palabras: «A la mierda, yo me largo», y pese a mis gritos no conseguí que ninguno entrara en la zona quemada. Entonces avancé por entre las llamas hacia el interior del fuego, y seguí gritando a todo el que pasaba, pero nadie siguió mis instrucciones. Al cabo de pocos segundos de haber pasado el último hombre, el fuego principal alcanzó la zona donde yo me encontraba.

Cuando se le preguntó en la vista del tribunal si algún miembro del equipo había mirado hacia él al pasar, Dodge respondió: «No parecieron prestarme mucha atención. Esa es la parte que no entendí. Parecían tener algo en la cabeza: todos iban en la misma dirección».

Humedeció el pañuelo con agua de su cantimplora[29], se lo

puso en la boca y se tumbó bocabajo en el suelo. Lo supiera o no, suele haber algo de oxígeno a pocos centímetros del suelo, pero incluso si lo sabía, se necesitaba, además de oxígeno, mucha suerte para sobrevivir, por mucho que Rumsey y Sallee dijeran más tarde que todo el equipo probablemente habría sobrevivido si hubieran entendido y seguido las instrucciones de Dodge.

Sin embargo, parece poco probable que estos hombres tuvieran la formación y la compostura necesarias para entender las instrucciones de Dodge, aun en el caso de que algunas de sus palabras les hubiesen llegado por encima del estruendo. El minucioso interrogatorio al que más tarde fueron sometidos Rumsey y Sallee ante el tribunal reveló que la preparación para hacer frente a emergencias en incendios consistía en un puñado de instrucciones, cuatro para ser exactos, y solo una de ellas guardaba relación con la emergencia que les concernía. La primera consistía en hacer un contrafuego si tenían tiempo y las circunstancias eran las adecuadas, pero no se dieron ni lo uno ni lo otro. La segunda consistía en ir a la cumbre de un cerro, donde el combustible suele ser más escaso, suele haber franjas rocosas y de esquistos, y los vientos suelen encontrarse y fluctuar. Esta es la opción que intentaron, y funcionó apenas por segundos. La tercera instrucción estaba diseñada para solventar una emergencia en la que ni el tiempo ni las circunstancias permitieran hacer un contrafuego ni alcanzar una cumbre despejada. Cuando la situación es tan adversa, lo mejor que puede hacerse es dirigirse hacia el fuego y tratar de atravesarlo, con la esperanza de poder pasar por trechos quemados en los que el fuego ya se haya extinguido. La cuarta y última advertencia consistía en recordar que, hiciera lo que uno hiciese, no hay que permitir que el fuego elija el lugar donde golpearte. Lo más probable es que te golpee donde arde con más fuerza y rapidez. Según el testimonio posterior de Dodge, el fuego que estaba a punto de golpearlos tenía un frente compacto de entre setenta y cinco y noventa metros de profundidad; nadie puede atravesar un frente de esa profundidad y sobrevivir.

Aun cuando la formación del equipo hubiera incluido una sección sobre la quema de seguridad de Dodge, no es seguro que los

hombres lo hubieran escuchado, hubieran entrado en el fuego con él y enterrado sus caras en las cenizas. Cuando en el tribunal se le preguntó a Rumsey si se habría metido en el fuego de Dodge de haber recibido instrucciones previas sobre el particular, respondió: «Creo que si lo hubiera visto en una pizarra y hubiera visto cómo se hace y me lo hubieran explicado para que lo entendiera, creo que sí me habría metido; pero evidentemente nunca se puede estar seguro».

Dodge sobrevivió, y Rumsey y Sallee sobrevivieron, aunque por medios distintos. Rumsey y Sallee fueron hacia la cumbre y se encomendaron a su espíritu y a su obsesión por el entrenamiento físico. En una situación como aquella, el espíritu consiste más que nada en ser joven, en estar en sintonía con los tiempos y en tener buenas piernas, un destino claro y ninguna pregunta que te paralice sobre qué puede haber más allá de la abertura. Cuando se le preguntó si había «recibido instrucciones acerca de cómo hacer una quema de seguridad», Dodge contestó: «No que yo sepa. Simplemente me pareció lo más lógico». Actuar en base a la lógica quiere decir encender un fuego delante de otro, tumbarse sobre sus cenizas y respirar cerca del suelo en una ligera elevación. Dodge confió en una clase de lógica y los demás en un tiempo reducido a segundos. Pero no importa en qué se deposite la confianza; en un momento así, hay que tener suerte.

Los relatos que nos llegan de la huida del equipo por la ladera concluyen casi todos en este punto, y solo recrean con detalle los avatares de los que sobrevivieron, aunque fuera solo un día, como en el caso de Hellman, o de quienes al menos alcanzaron la cumbre, como Diettert. Contando a estos dos últimos, solo cinco de ellos suelen estar presentes en el relato que sigue a la cumbre del cerro. Solo se dedica una o dos frases a quienes, cuando fueron vistos por Dodge por última vez, se dirigían en la misma dirección, y momentos antes de que Sallee los perdiera de vista se estaban desviando por los claros entre el humo que había abajo mientras él miraba desde lo alto del cerro. Estas personas no solo desaparecen de nuestra historia, sino que también son sus trágicas víctimas. Hay

un mero aspecto de la historiografía, claro está, que explica por qué, después de haber sido vistos por última vez por los vivos, desaparecen en silencio de la historia y de su propia tragedia hasta que su tragedia se consume y son hallados en forma de cadáveres; ningún superviviente fue testigo de sus padecimientos. El historiador, por muy diversas razones, puede limitar su relato a los testigos de primera mano, aunque la escasez de esta clase de testigos probablemente no acabe de explicar por qué los relatos contemporáneos del incendio de Mann Gulch apartan la mirada de esta tragedia. Si el narrador aprecia lo bastante el arte de narrar como para considerarlo una vocación, no puede dar la espalda —a diferencia del historiador— al sufrimiento de sus personajes. El narrador, a diferencia del historiador, debe dejarse llevar por la compasión, adondequiera que esta le conduzca. Debe ser capaz de acompañar a sus personajes, incluso al interior del humo y del fuego, y dar testimonio de lo que sienten y piensan, aún cuando ni ellos mismos lo sepan. Esta historia del incendio de Mann Gulch no terminará hasta que yo sea capaz de recorrer la distancia última hasta las cruces con quienes de momento han quedado borrados por el humo. Eran jóvenes, no dejaron demasiado tras de sí, y necesitan que alguien que los recuerde.

DODGE, JEFE del equipo de los smokejumpers, también debe ser recordado, así como todos su hombres, y una vez más es obligación del narrador procurar que así sea. La historia determinará la dirección o direcciones en las que este debe buscar sus recuerdos más duraderos, y la historia dice que Dodge debe vivir o morir en su quema de seguridad. La historia al uso dice que sobrevivió gracias a que se tumbó sobre las cenizas de su fuego hasta que el incendio principal hubo pasado por completo por encima y se enfrió lo suficiente como para poder levantarse y sacudirse la ropa. La controvertida historia que sobrevino enseguida, y que perdura desde entonces, dice que el fuego provocado por Dodge, situado delante del incendio principal, es el fuego que en realidad quemó a algunos

miembros del equipo e impidió que otros escaparan. Son preguntas históricas a las que el historiador debe enfrentarse, aunque desde el lugar que él elija. Pero cuando se enfrenta al nuevo material, la pregunta más inmediata es siempre esta: ¿ocurrirá aquí algo extraño o maravilloso? Los aciertos y los errores vendrán luego, al igual que el conocimiento científico.

La cosa más extraña y maravillosa de la ladera mientras la quema de seguridad la barría, borrándola de la vista entre el humo y el calor, es que hubo un punto que se mantuvo frío. Este punto frío estaba dentro de Dodge. Era ese «rasgo tan característico» al que se había referido Rumsey cuando Dodge había regresado de la vanguardia del incendio y había farfullado algo acerca de una trampa mortal. Era su «rasgo» mejor conocido, la parte de su ser que siempre se mantenía tranquila, fría y distante, y que era partidaria, por principios, de pensar para sí mismo y guardarse sus pensamientos, porque pensar en voz alta solo le creaba problemas. Y fue ese rasgo el que lo llevó a guiar a su equipo barranco abajo, hasta un lugar seguro, pero luego no le gustó lo que vio delante y volvió a dirigirlos barranco arriba, tratando de dejar atrás el incendio sin compartir en momento alguno con sus hombres lo que se le pasaba por la cabeza. Su trayectoria, que no su pensamiento, se detuvo cuando divisó la cumbre del cerro, pues enseguida se dio cuenta de que sus hombres no podrían llegar hasta ella, y por ello acto seguido encendió su quema de seguridad. Cuando quiso explicarlo ya era demasiado tarde: nadie lo entendía salvo él, y no prestaron atención. Excepto para Dodge, a quien salvó la vida, la quema de seguridad solo poseía una clase de valor: el valor de la idea del líder de una cuadrilla de bomberos en un momento de emergencia considerada únicamente como una idea. La respuesta inmediata a la pregunta del narrador sobre la quema de seguridad es: sí, resultó extraño y maravilloso que, en ese preciso instante en que solo quedaba un instante, la cabeza de Dodge funcionara.

Para comprender de qué forma la vida de Dodge como hombre de los bosques había moldeado sus pensamientos en una emergencia, así como para seguirlos muy de cerca, hay que añadir

otro elemento a su forma de ser: en una emergencia, pensaba con las manos. Tenía unas habilidades mecánicas fuera de lo común que le ayudaban a pensar, que al menos estructuraban sus pensamientos. Era la pericia mecánica de un hombre de los bosques: le gustaba manejar rifles, reparar el equipo, construir cobertizos o cabañas de madera. No era elegante, era mañoso. De hecho, esa primavera había sido eximido del entrenamiento con los smokejumpers y pasó a ser el encargado de mantenimiento de toda la base del cuerpo, lo que sin duda contribuyó a la tragedia a la que estaba a punto de enfrentarse con un equipo del que solo conocía a tres miembros. El jefe de los smokejumpers, por lo tanto, se estaba enfrentando a esta trágica emergencia a solas, sumido como de costumbre en sus propios pensamientos, que son los pensamientos que tienen los hombres y las mujeres que están conectados de tal manera que sus cerebros no pueden ponerse a funcionar si las manos no lo hacen al mismo tiempo.

La pregunta que nos atañe ahora, por lo tanto, planteada en toda su pureza, es: ¿cuánta cabeza, cuántos reaños, se precisaban en esos pocos segundos tempestuosos para concebir la idea de provocar otro fuego y arrojarse sobre las cenizas? En su forma más elevada, la pregunta sería: ¿estaba Dodge inventando algo en el preciso instante en el que estaba a punto de alcanzarlo un frente de entre setenta y cinco y noventa metros de llamas compactas?

Dos de los mayores expertos en incendios del Servicio Forestal, W. R. «Bud» Moore y Edward G. Hellman, sucesor de Moore en la dirección del control de incendios y la organización de la aviación de la Región Uno del Servicio Forestal, me han dicho que nunca habían oído hablar de este tipo de quema de seguridad antes de que Dodge la utilizara, y su experiencia se corresponde con la mía, que, aunque limitada a los veranos de mi juventud, se remonta a 1918. Rumsey y Sallee afirmaron bajo juramento que en 1949 no se había mencionado nada parecido en su curso de instrucción y, como añade Rumsey, aunque se lo hubieran explicado y lo hubiera visto funcionar, le habría parecido hasta tal punto una locura que dudaba de si se hubiera metido dentro de haberse visto en la tesitura.

Hay una gran cantidad de preguntas acerca de los bosques que no pueden contestarse por el mero hecho de pasarse toda la vida en ellos. Pero eso también es cierto a la inversa: hay una gran cantidad de preguntas profundas que no pueden contestarse a menos que uno se dé un paseo por el bosque. Mi colega en la Universidad de Chicago, Robert Ferguson, me señaló que el escritor James Fenimore Cooper mencionaba algo parecido al fuego de Dodge en la que el autor consideraba su novela favorita, *La pradera*, publicada por primera vez en 1827. Los lectores se mantienen expectantes durante la mayor parte del capítulo trece del libro ante la aproximación de un gran incendio por la pradera. El viejo trampero rescata en el último momento a su grupo encendiendo otro fuego antes de que llegue el verdadero incendio, a fin de que las personas se metan dentro en el preciso instante en que llegue el reguero de llamas. Conduce a su grupo a la zona de hierba quemada y lo mueve de un lado a otro mientras pasa el fuego principal.

Es evidente que se contaba con que los lectores de Cooper no conocerían esta artimaña, porque de lo contrario el prolongado suspense que se espera que produzca el capítulo no tendría razón de ser, pero la quema de seguridad no es una creación literaria.

Mavis Loscheider, del Departamento de Antropología de la Universidad de Missouri, una destacada autoridad en la vida de los indios de las praderas, me envió documentos que demuestran que los indios de las praderas se valían a menudo de este ardid para escapar de los incendios de pasto, y que los pioneros copiaron de los indios esta técnica.

En su segundo volumen de *The American Fur Trade of the Far West* [El comercio de pieles en el Lejano Oeste americano], Hiram M. Chittenden describe cómo funcionaba la quema de seguridad en las praderas a principios del siglo XIX:

> El método habitual para evitar el peligro de esta clase de incendios [de las praderas] era iniciar uno en las inmediaciones de la persona o grupo en peligro. Este fuego, al principio pequeño e inofensivo, pronto ardería en un área lo suficientemente grande como para formar un refugio seguro, y cuando cohortes de llamas se abalanzaran sobre el

grupo aparentemente condenado, la poderosa formación se abriría como si hubiera un acuerdo tácito y pasaría inofensivamente por ambos lados.

Sin embargo, sigue habiendo buenas razones para pensar que Dodge «inventó» su quema de seguridad. ¿Por qué dudar de sus palabras ante el Tribunal de Revisión de que nunca había oído hablar de tal cosa? Aun en el caso de que fuera un método conocido por montañeses, podría no haber sido utilizado nunca en zonas de bosque, más que nada porque rara vez podría resultar útil en terrenos así. En un bosque, el calor que genera un incendio es demasiado intenso, y el fuego es demasiado lento y prolongado y consume demasiado oxígeno como para poder caminar cerca. Lo más probable es que el fuego encendido por Dodge no hubiera funcionado (de hecho, ni siquiera se le habría pasado por la cabeza provocarlo) de haber quedado atrapado en el otro lado de Mann Gulch, profusamente poblado de árboles, donde se había iniciado el incendio. Además, la quema de seguridad de Dodge difiere en varios aspectos importantes de la utilizada por indios y pioneros. El fuego de Dodge prendió tan cerca del incendio principal que no tuvo posibilidad de quemar un «refugio» grande en que los hombres pudieran agacharse y evitar el incendio principal. Al no poder hacerlo, Dodge se tendió sobre las cenizas, donde el calor era menos intenso y estaba lo bastante cerca del suelo como para poder hallar algo de oxígeno.

Por supuesto, en tanto que smokejumper, Dodge sabía que si no es posible alcanzar la cumbre de una colina se debe dar media vuelta e intentar retroceder por las zonas previamente quemadas por el frente del incendio. Pero como las llamas de este incendio eran compactas y tenían un centenar de metros de profundidad, tuvo que inventarse la idea de que podía abrir un agujero en el incendio encendiendo a su vez un fuego. Sin embargo, quizá su mayor invención no fuese la de crear así un agujero en medio del incendio, sino la de tumbarse en él. Tal vez lo único susceptible de ser patentado en su invento era el valor de tumbarse en el fuego. Como muchos inventos, podía ser una locura y acabar con el inventor. Su

creación, que necesitaba tantas agallas como lógica, sufrió el destino primero de tantos inventos: quienes primero lo vieron lo consideraron una locura. Alguien dijo: «Y una mierda», y todos los hombres echaron a correr, la mayoría de ellos hacia la muerte.

Dodge contaría más tarde a Earl Cooley que, cuando el fuego le pasó por encima, se despegó del suelo dos o tres veces. «La cosa duró aproximadamente cinco minutos —concluye su testimonio—, y a usted y a mí nos corresponde imaginar cómo fue esa "cosa"». Cuando se puso en pie, su reloj marcaba las seis y diez. Para entonces, la muerte ya había llegado a Mann Gulch.

El propio Dodge tuvo la suerte de sobrevivir algo más de cinco años, lo que por aquel entonces era considerado más o menos el tiempo máximo que podía sobrevivir alguien con la enfermedad de Hodgkin. No obstante, nunca volvió a saltar en paracaídas. Cuando entró en el hospital por última vez, su mujer supo que él sabía que ya no saldría de ahí. Al igual que muchos hombres de los bosques, siempre llevaba consigo una navaja en el bolsillo del pantalón. Ella me contó que cuando Dodge acudió al hospital por última vez, dejó la navaja en casa, en la mesita de noche, para que tanto él como ella lo supieran.

CUANDO RUMSEY y Sallee llegaron a la grieta, el incendio principal ya había llegado a la parte baja de la quema de seguridad de Dodge. Ellos iban por delante de las llamas, o al menos eso creían, pero no podían estar seguros, dado que el humo era impenetrable. Rumsey tropezó, cree que con un arbusto de enebro, y cayó al suelo, y no se habría molestado en volver a ponerse de pie si Sallee no se hubiera detenido a su lado y se hubiera quedado mirándolo. En el verano de 1978, cuando Rumsey y yo estuvimos donde él suponía que debía de estar el arbusto de enebro, me dijo: «Imagino que si Sallee no se hubiera detenido, habría muerto. Lo curioso es que no dijo ni una palabra. Se quedó donde estaba hasta que me lo dije yo a mí mismo, pero no creo que él dijera nada. Hizo que me lo dijera yo mismo». Corrieron barranco arriba hasta la cumbre de la ladera del otro lado

del cerro. Allí dieron con un desprendimiento de rocas de «cientos de metros de largo y tal vez veinte de ancho». Las dimensiones no parecen lo bastante grandes, pero no había otros desprendimientos de rocas alrededor. Antes de que hubieran pasado cinco minutos, el fuego, que descendía desde la cumbre del cerro, les había alcanzado.

Aunque Rumsey asegura que ambos estaban «medio histéricos», fueron lo bastante objetivos como para ver que el incendio que se acercaba a ellos seguía las pautas de un incendio que llega a un cerro y luego se propaga bajando por el otro lado. En la cumbre ardía lentamente, virando de un lado a otro como lo hacen los incendios cuando chocan los vientos procedentes de vertientes opuestas. Se agitaba, a veces se dirigía colina abajo hacia ellos y, en una ocasión, se volvió hacia los lados y saltó una torrentera provocando un nuevo foco; en cuanto prendió allí, retrocedió. Una vez superadas las fluctuaciones en la cumbre del cerro, se asentó y comenzó a avanzar directamente hacia ellos. Ardía con tal intensidad que generaba una corriente ascendente, succionando hacia el centro, de manera que ahora era un frente con dos pinzas. Llegó al deslizamiento de rocas por dos lados. Rumsey y Sallee, al igual que los primeros pioneros de las praderas, trataron de agacharse y buscar refugio, puesto que había poco espacio para correr. Rumsey afirma que en la cumbre el combustible era escaso. «Las llamas solo tenían entre dos y tres metros de altura».

Una forma que parecía una solidificación de humo salió tambaleándose del humo y murió en las rocas. Se trataba de un ciervo al que se le había quemado todo el pelaje salvo las pestañas.

Un ciervo de cuatro puntas que murió con los smokejumpers yace en una colina carbonizada tras el incendio.
Fotografía de Peter Stackpole, Life, © 1949 Time Warner Inc.

Cuando el incendio hubo superado el desprendimiento de rocas, «verdaderamente se echó a rodar» colina abajo, convirtiendo los árboles en antorchas.

Pronto oyeron a alguien que los llamaba desde lejos, pero resultó estar «a solo treinta metros». Era Bill Hellman. Tenía los zapatos y los pantalones quemados, y la piel le colgaba a tiras. Cuando el tribunal le preguntó a Sallee: «¿Parecía estar Hellman sufriendo mucho en aquellos momentos?», respondió: «Sí». Y a la pregunta: «¿Dijo algo?», la respuesta fue: «Solo nos pidió que le dijéramos algo a su mujer, pero no recuerdo el qué».

Lo recostaron sobe una roca larga y plana para que las cenizas no tocaran las quemaduras. Como dice Rumsey: «No podíamos hacer mucho más», ya que habían tirado el botiquín de primeros auxilios cuando huían del incendio.

De repente, se oyó un grito y del humo surgió una figura. Era

Dodge, respondiendo a las voces que se habían cruzado entre ellos y Hellman. «No parecía nervioso», sino que «parecía estar, bueno, no sé, como medio aturdido o conmocionado». Tenía los ojos rojos a causa del humo y las ropas cubiertas de cenizas. Obviamente ya no parecía un tipo quisquilloso, sino que mostraba ese rasgo suyo tan característico.

No hablaron mucho sobre tema alguno, y menos aún sobre si los desaparecidos estarían vivos. Dodge, mientras ascendía la colina, había visto que uno sí seguía vivo, y no recordaba su nombre, salvo que empezaba por ese (Joe Sylvia). Cuando Dodge se puso de pie dentro de su propio fuego, oyó a alguien «gritar» débilmente desde el este y, mucho después, lo encontró a cincuenta o sesenta metros barranco arriba; curiosamente, a unos cien metros por debajo. Había sufrido quemaduras gravísimas, y se mostraba feliz, como eufórico. Dodge lo puso al abrigo de una gran roca y le cortó los cordones de los zapatos, ya que tenía los pies muy hinchados, pero de nada habría servido que le hubiera cedido su único bien material, la lata de patatas blancas irlandesas, pues aquel no podía utilizar las manos: las tenía carbonizadas. Las horas siguientes las pasaría sin agua, ya que no podía siquiera levantar la cantimplora.

Era evidente que Dodge no había visto a nadie más mientras ascendía por la colina o cruzaba al otro lado, y, como dijo ante el tribunal, para cuando llegó adonde estaban Rumsey, Sallee y Hellman, «no creía que ninguno [de los demás] siguiera con vida».

Rumsey y Sallee habían llegado a conclusiones más esperanzadoras una vez que el incendio les adelantó mientras estaban en el desprendimiento de rocas; después de todo, ellos lo habían conseguido y, además, en cuanto comprendieron las intenciones de Dodge al encender el fuego pensaron que funcionaría y dieron por hecho que al menos algunos de los compañeros que iban a la zaga habrían entendido la finalidad del fuego y se habrían lanzado en tropel a su interior. Pero la llegada de Dodge canceló esa posibilidad, por lo que apenas se atrevieron a hablar. Al cabo de un rato, Dodge y Sallee dejaron a Hellman al cuidado de Rumsey y emprendieron el camino de regreso, colina arriba y entre las cenizas,

sin decir exactamente por qué. Puesto que nadie se había salvado con Dodge, suponían que, de haber supervivientes, tendrían que haber superado la colina, como habían hecho Rumsey y Sallee, así que la búsqueda fue breve. Además, el calor era aún tan intenso que los obligó a retroceder. Cuando regresaron, no tuvieron que explicar por qué no tenían nada que decir.

Estaba oscureciendo. Hellman ya se había bebido casi toda el agua, aunque le daba náuseas. Podía ver el resplandor del río Missouri, unos dos kilómetros más abajo, y eso avivaba su sed, pero no le permitieron pensar siquiera en moverse. Revivió lo suficiente como para ponerse a hablar. Fue en ese momento cuando le dijo a Rumsey que había sufrido las quemaduras en la cima del cerro, y fue en parte sobre la base de este comentario como Sallee se formó la ida de que Hellman había alcanzado la cumbre siguiendo hacia abajo el fuego de Dodge, con lo cual no había habido ningún parapeto entre él y el incendio principal, que subía bramando por el barranco. Pero, al igual que el ciervo herido, una vez quemado había descendido por la ladera en busca de agua, para desmoronarse pocos metros después. Le dijeron que se estuviera quieto sobre la roca y continuara hablando para, de ese modo, olvidar el dolor. Rumsey permaneció a su lado con la cantimplora y la lata de patatas blancas irlandesas que les había dejado Dodge y, al anochecer, este y Sallee partieron hacia el río. Lo pasaron mal en su descenso. Tuvieron que recorrer casi un kilómetro para encontrar por donde poder atravesar el incendio. No tenían brújula ni mapa, y cuando llegaron al río se equivocaron de dirección.

VI

DURANTE LAS HORAS QUE SIGUIERON, los smokejumpers que habían aterrizado en Mann Gulch desaparecieron de la memoria humana, tal vez más que nunca. Solo se sabía que en esos momentos cinco de ellos seguían con vida, dos de los cuales morirían pronto, y que el apellido de uno empezaba por ese.

Aunque Hellman había logrado llegar a la cumbre del cerro, estaba desesperado, olía a carne quemada y rezaba con Rumsey, que se había quedado a cuidarle. Ninguno iba desde hacía tiempo a la iglesia, y no recordaban las oraciones, así que, avergonzados, rezaron en silencio. Desde su posición cercana a la cumbre podían ver, cuando se disipaba el humo, los reflejos del Missouri más abajo, y una y otra vez hubo que decirle a Hellman que no podía correr río abajo y sumergirse en él.

Dodge le había dejado su lata de patatas blancas a Hellman para que Rumsey le diera alguna, pero en lugar de comerse las patatas, se bebió el agua salada de la lata, lo que acrecentó aún más su sed.

Para Dodge y Sallee, que se encaminaban hacia el río, aquello se había convertido en un mundo irreal en medio del humo y la noche, sin brújula ni mapa. Cuando llegaron al río, ambos se encontraban al límite de sus fuerzas, y dirigirse río abajo, que era lo más fácil para el agua, parecía ser también lo más fácil para ellos. Pasó un barco que no los vio, luego dio media vuelta y regresó a contracorriente; basándose en ese pequeño dato ellos también dieron la vuelta. No sabían mucho más del mundo, ni siquiera si estaba arriba o abajo.

Entre otras cosas, había once miembros de su equipo de los que no sabían nada. Los que seguían desaparecidos probablemente se hallaran en un arco de entre cien y trescientos metros, el mundo que había entre el chico con una cantimplora de agua y sin manos para levantarla, y Hellman, en la otra pendiente de la cresta, que trataba de recordar oraciones olvidadas.

LOS DOS hombres de mayor rango del Servicio Forestal de Helena, el supervisor Moir y el supervisor adjunto Eaton, habían salido a toda prisa de Meriwether hacia el incendio de York porque tanto Jansson como ellos habían coincidido en que probablemente fuera más importante que el incendio de Mann Gulch. Habían partido con especial premura porque no podían restablecer el contacto por radio con la cuadrilla del incendio de York, para determinar su extensión y el estado psicológico del equipo que lo combatía. Las cosas no se arreglaron después de su partida, porque Jansson descubrió que un voluntario histérico que pedía ayuda entre sollozos había tirado al suelo y roto el receptor de radio de York. Tanto los hombres como el equipamiento se estaban rompiendo.

Dodge y Sallee habían ido río abajo hacia ninguna parte. Al mismo tiempo, desde la dirección opuesta, llegaban hordas de excursionistas pertrechados de cervezas y deseosos de que los confundieran con bomberos; desembarcaban en los terrenos del *camping* de Meriwether y se amontonaban junto al puesto del guarda para oír todo lo que pudieran. A Jansson pronto le resultó imposible distinguir a los excursionistas de la patrulla de borrachos que había reclutado en los bares, por lo que trató de detener toda circulación por el río salvo la de los barcos oficiales, pero el operador de radio de Canyon Ferry no estaba en su puesto.

Jansson siempre se sintió culpable por no haberse preocupado en ese momento por los smokejumpers, aunque es difícil ver la justicia de esa constante autocrítica. Al igual que todos los que no se acordaron de ellos, supuso que los smokejumpers eran demasiado buenos como para que el fuego los hubiera atrapado: o bien se

habían reunido con el equipo de Hersey en la cresta de Meriwether, o bien habían escapado por la cabecera del barranco hacia Willow Creek, o tal vez desde un principio no les había gustado cómo pintaba la cosa y no habían llegado a saltar.

Jansson hizo un intento de llamar por radio a Missoula e informarse sobre el estado de los smokejumpers, pero otra frecuencia interrumpió la comunicación. Entonces reemprendió la tarea de intentar poner un poco de orden en su campamento. Sabía muy bien que no hay mejor manera de hacerlo que improvisar una escuela de entrenamiento. Intentó convertir en jefe de un pelotón de bomberos a uno de los tres hombres que ya habían estado en algún incendio, y en operador de radio a otro voluntario, pero tuvo más suerte con dos excursionistas que se las daban de bomberos, y a quienes formó para que hicieran las veces de cocineros del campamento para un equipo que ahora contaba con treinta y cinco hombres. Es todo un misterio cómo se las arregló para sobrevivir con la ayuda de tantos voluntarios.

JANSSON TAMBIÉN tenía un ojo puesto en el incendio que había cerca de la cumbre del cerro de Meriwether, adonde había enviado al guardabosques suplente Hersey y a su brigada de diecinueve hombres con dos misiones que cumplir a rajatabla: i) mantener despejado el sendero procedente del este, para que los smokejumpers pudieran bajar del cerro y unirse a ellos; y, por encima de todo, 2) mantener despejado el sendero perpendicular que tenían detrás, de manera que, en caso de necesidad, pudieran escapar retrocediendo hacia el campamento y, en último término, desde allí al río. En ese momento el fuego descendía por la ladera de Meriwether.

Conforme oscurecía, Jansson empezó a ver llamas que se proyectaban sobre las caras de los riscos situados a cuatrocientos cincuenta metros de altura por encima de él.

Hersey dice que cuando algunos miembros de la brigada vieron cómo los riscos reflejaban el fuego, quisieron huir de allí.

En todo el mundo, Hersey era probablemente el único hombre que tenía constantemente presentes a los smokejumpers. Su ausencia quedaba resaltada por el hecho de que Hersey había seguido las huellas de Harrison por el sendero que iba a la cumbre y hacia el frente del incendio. El rastro era perfectamente visible porque había utilizado el pulaski como bastón y, al ascender por aquel camino, que semejaba una escalera, se había fijado en que se había servido del pulaski como se sirve un cojo de su muleta. Lo que más preocupaba a Hersey era que en la cima del cerro las huellas de Harrison se dirigían hacia otro terreno cubierto de vegetación que el incendio ya estaba quemando. Hersey dedicó la mayor parte del tiempo a organizar la brigada para cavar una línea de defensa y a darles otro discurso a sus hombres sobre cómo afrontar el peligro; hacía esto último cada vez que se daba una vuelta por la cabeza del incendio y cada vez que el fuego se reflejaba sobre el risco. Sería muy interesante saber qué les dijo, porque al parecer aquello dio muy buenos frutos. En todo caso, su equipo permaneció en la línea incluso después de que el sendero que asciende por el cerro hacia el este hubiera desapareado bajo las llamas. Pero su brigada bebió muchos más litros de agua de lo que lo habrían hecho bomberos más experimentados, por lo que tuvo que enviar a algunos de ellos hacia el puesto de Meriwether con un saco de lona para recoger otra carga.

Cuando Jansson vio llegar al aguador al campamento, se sintió alarmado. Como los smokejumpers habían desaparecido de su mente, pensó que quienes corrían peligro eran sus hombres, situados a más de cuatrocientos metros por encima de su cabeza. El hecho de que el aguador hubiera regresado era señal inequívoca de que Hersey tenía intención de quedarse en el cerro y luchar, y Jansson no quería que tuviera que luchar contra el fuego tras anochecer en el borde de un precipicio de cuatrocientos cincuenta metros de altitud con un grupo de borrachos. Ahora, por primera vez, se preocupó también por los smokejumpers, que, según le decía el aguador, no habían aparecido por el cerro de Meriwether. Si no estaban con el equipo de Hersey, había pocos lugares en el mundo a los que hubieran

podido llegar para ponerse a salvo.

Jansson ordenó de inmediato a la radio de Canyon Ferry que contactara con la de Missoula y que utilizaran todas las frecuencias para averiguar el paradero de los smokejumpers. Cuando desde Missoula le avisaron de que era imposible establecer contacto con ellos en ninguna frecuencia, preguntó por la zona exacta sobre la que habían saltado. «Mientras me informaban del lugar exacto —explica —, el jefe de los smokejumpers, Dodge, llegó con uno de ellos a la cabaña del guarda de Meriwether y el primero informó de que había dos hombres heridos. Esto ocurría hacia las nueve menos diez de la noche».

Voluntarios, excursionistas y borrachos se agolparon a las puertas de la cabaña. Jansson tuvo que llevarse fuera a Dodge para sacarle alguna información coherente, pero, ¿qué sabía Dodge que pudiera considerarse coherente? Sabía que en lo que hasta hacía poco había sido Mann Gulch, había dos hombres con graves quemaduras, uno con un apellido que Dodge no recordaba, y otro llamado Hellman del que cuidaba uno de sus hombres que había resultado ileso, Rumsey. Lo que sin duda estaba presente eran el miedo y el olor a carne chamuscada.

De inmediato, Jansson pidió por radio a Canyon Ferry un médico, dos camillas, mantas y plasma sanguíneo. A las diez llegó Hersey con sus hombres aterrorizados, ya no borrachos, a quienes había mantenido en el incendio hasta que se vieron atrapados por él en varias ocasiones. Hersey le habló a Jansson de las huellas de Harrison y, lo que resultaba aún más alarmante, le dijo que no había visto rastro alguno de los smokejumpers.

«Decidimos —explica Jansson— considerar que las tareas de rescate eran lo primero y el incendio, lo segundo. Le pedí a Hersey que se ocupara del incendio mientras yo iba en busca de los smokejumpers».

OCURRE EN los bosques e incluso en el mundo en general: el rescate de hombres y mujeres, vivos o muertos, es lo primero. Hay, por

supuesto, quien pisa el acelerador y los deja tirados en la calzada donde yacen tirados, y los hay que se escabullen mirando hacia un lado, como si de bajorrelieves egipcios se trataran, mientras el cuerpo va hacia otro. Pero la mayoría de la gente cree que puede ser de ayuda, e incluso hay quienes parecen haber nacido para rescatar a otros, como creen que hacen los poetas. Los mejores de ellos no dan pie con bola, sobre todo al principio, porque muy pocos tienen ocasión de practicar estas labores a menudo. Luego, a medida que van cogiéndole el tranquillo, y si uno tiene oportunidad de dar un paso atrás para contemplarlos, comprobará que llevan a cabo su cometido de modo ejemplar. De modo tan ejemplar como cuando, habiendo completado su trabajo de deponer la muerte, se desvanecen en el más absoluto anonimato. Resulta muy difícil, por ejemplo, rescatar los nombres de aquellos a quienes Jansson escogió para su equipo de rescate. Aunque debió de elegirlos por ser lo mejor de lo que disponía, todos cometieron errores, sobre todo al principio. Pero también respaldaron la afirmación de que una de las cosas más hermosas que hacen los hombres y las mujeres es rescatar a hombres y mujeres, incluso si saben que lo que están rescatando son cadáveres. Esta afirmación tiene en cuenta el bajorrelieve egipcio, los sollozos de la radio y a los voluntarios borrachines.

A LAS DIEZ y media, mientras el equipo de rescate seguía esperando en Meriwether a que llegaran el médico y los suministros sanitarios, por el campamento se extendían rumores e incertezas. Lo hacían a oleadas que, como las olas, desaparecían en la orilla; pero una de ellas surgía una y otra vez: el rumor de que río abajo había heridos a la espera de ser rescatados. Jansson partió en una lancha motora con la esperanza de traer de regreso a los once desaparecidos, pero resultó que la noticia se refería a Dodge y a Sallee, que habían sido vistos caminando río arriba por varios barcos de excursionistas. Una forma muy habitual de emprender una operación de rescate: correr tras un rumor que resulta ser una interpretación errónea de algo que ya se sabe.

Durante un rato, Jansson patrulló la parte baja del río, haciendo señales con una linterna y, de vez en cuando, apagando el motor y llamando a los hombres a gritos. Finalmente llegó una lancha con dos médicos, T. L. Hawkins, de Helena, y un amigo suyo que estaba de visita, R. E. Haines, de Phoenix, Arizona, y Jansson se trasladó a su barco y desembarcó en la boca de Mann Gulch. Pronto llegó la embarcación de recreo con el grupo de rescate, solo para descubrir que todos estaban en la boca del barranco equivocado: Dodge y Sallee habían descendido a un barranco situado más abajo de Mann Gulch. Cuando llegaron a aquel, que pasaría a llamarse Rescue Gulch («el barranco del rescate»), se percataron de que se habían dejado las camillas a más de nueve kilómetros, en el embarcadero de Hilger. Casi tan pronto como la lancha se puso en marcha para recuperarlas, en el seno del grupo aumentaron la tensión y los rumores. Una de las peores cosas que puede hacer una brigada de rescate es esperar: querían dirigirse monte arriba de inmediato, para dar con los heridos, y que el grupo que había ido en busca de las camillas los siguiese cuando estuviera de regreso. Jansson sabía que solo contaba con un hombre capaz de guiarlos a través de la noche, el fuego, las piedras rodantes y los árboles que estallaban: Sallee, de quien solo sabía que tenía diecisiete años. Actuando de nuevo bajo el supuesto de que la mejor manera de tranquilizar a una brigada es ponerla a hacer algo, Jansson ordenó formar a los hombres y pasó lista, con lo que descubrió que había seis o siete de más. Eran excursionistas que se habían colado en la embarcación de recreo con la esperanza de poder participar en el rescate. Tuvo que sacarlos del grupo y decirles que se fueran. Eso le dejó con un equipo de doce personas, incluyéndose a sí mismo, a los médicos y a Sallee, todos tipos duros que llevaban trabajando todo el día y que ahora trabajarían toda la noche, y probablemente también todo el día siguiente en aquel valle agonizante.

Recuperación de cadáveres en Mann Gulch, 6 de agosto de 1949. Fotografía de Dick Wilson, cortesía del fotógrafo.

No eran aún las once y media de la noche cuando Jansson y su equipo comenzaron el ascenso por el futuro Rescue Gulch. Tenían dos camillas pero una sola manta que, según se supo, era todo lo que les habían dado cuando habían ido a por mantas. A estas alturas la locura del incendio ya había pasado, pero yacía retorciéndose en sus bordes, como algo muerto provisto de terminaciones nerviosas. Las heridas autoinfligidas eran grandes y se habían necrosado. El fuego yacía en la hierba calcinada y en las rocas rajadas, ahora que la pasión se había apagado. La brigada de rescate penetró por el debilitado frente del incendio en un mundo que tal vez ya estuviese muerto.

A unos dos tercios del camino hacia la cumbre, oyeron que alguien gritaba; resultó ser Rumsey, que bajaba para llenar la cantimplora de Hellman, pues este había bebido agua y se le había revuelto el estómago, y luego había seguido bebiendo hasta acabársela. Rumsey le explicó a Jansson que pensaba que su guarda, Harrison, debía de estar muerto, porque la última vez que lo había visto estaba sentado con la mochila a la espalda, sin poder quitársela. Rumsey ignoraba si el resto había sobrevivido.

Más tarde, ante el tribunal, cuando le preguntaron a Jansson si

Rumsey le había hecho algún comentario sobre lo que había vivido, Jansson respondió: «Hizo el siguiente comentario: "El Señor ha sido bueno conmigo: me ha puesto alas en los pies y he echado a correr como el demonio"». Era lo que cabía esperar de una conversación entre adeptos de la Iglesia metodista.

A un kilómetro de distancia, la brigada de rescate oyó a Hellman pedir agua a gritos. En ese valle de cenizas se oía otro ruido: los estallidos esporádicos de árboles muertos que saltaban en pedazos cuando la resina se calentaba hasta superar la temperatura de ignición. Poco quedaba con vida que pudiera temer aquellos estallidos. Las serpientes de cascabel habían muerto o nadaban por el Missouri. Los ciervos también estaban muertos o sumidos en la euforia. Las ratas y los topos salían de sus agujeros y, olvidando dónde se encontraban, corrían directos al fuego. Tras una explosión que lanzaba por los aires a los topos y las cenizas, un árbol estallaba en llamas que morían casi en el acto. Entonces, las cenizas volvían a asentarse hasta que la brigada de rescate, a su paso, las levantaba en polvaredas.

Jansson, Rumsey y Sallee se adelantaron al grupo principal para llevar agua a Hellman. Jansson era el líder del equipo de rescate, y dijo: «Hellman mostraba graves quemaduras en la cara, los brazos, las piernas y la espalda, con tiras de piel colgando. Se quejaba del frío y tenía mucha sed. Le dejamos que se mojase los labios y bebiera un poco. Al principio el agua le revolvió el estómago».

Al cabo de diez o quince minutos llegaron los dos médicos. Le dieron una inyección, le suministraron un litro de plasma, le aplicaron una pomada, lo trasladaron a la camilla y luego lo cubrieron con la única manta de que disponían. Según Jansson, «la carne quemada de Bill despedía un olor terrible. Sufría fuertes dolores, pero se tomó la experiencia con entereza. El coraje de Bill hizo llorar a los hombres».

JANSSON HABÍA visto a hombres llorar y él mismo había llorado, pero en cuanto vio que el problema era médico y que los médicos

estaban allí, se puso de nuevo en marcha. Escogió a dos de los miembros del equipo de rescate para que lo acompañaran a través de la cresta y hacia el interior de Mann Gulch para anticiparse a los médicos y poder señalarles dónde yacían los vivos y los muertos. Debió de escoger a los dos hombres que más confianza le merecían: uno era Don Roos, guardabosques adjunto del distrito de Lincoln, y el otro un chico de diecisiete años que había conocido apenas unas horas antes y que ahora podría demostrar su secreta convicción de que era el mejor hombre del equipo.

Era la una y veinte de la madrugada cuando cruzaron el cerro y empezaron a bajar por el otro lado, donde enseguida toparon con lo que Jansson describe como «un reborde de piedra de unos tres metros y medio que sobresalía por Mann Gulch». Jansson asegura que tuvieron dificultades para encontrar un paso; a otros antes que a él también les había ocurrido lo mismo.

No sería exacto decir que los tres que bajaron en medio de la noche hacia los restos de Mann Gulch estuvieran descendiendo al valle de las sombras de la muerte, porque prácticamente no quedaba nada en pie que pudiera hacer sombra. Dado que en ocasiones estallaban árboles muertos para quedar luego reducidos a unas pocas llamas mortecinas, tal vez sería más exacto decir que descendieron al valle de las velas de la muerte. Rumsey se refirió a esa noche como un cúmulo de «alfileres de fuego».

Hacia las dos menos diez oyeron un grito abajo y a la derecha. Mientras descendían, «las corrientes ascendentes traían un olor muy sospechoso», pero Jansson afirma que, dado que el viento soplaba de forma muy caprichosa, era difícil determinar «si lo que teníamos delante eran unos cuantos cadáveres o si simplemente se trataba del olor de Joe Sylvia».

Tardaron otros diez minutos en localizar a Sylvia, probablemente porque durante ese tiempo había estado recuperando y perdiendo la consciencia.

Cuando Jansson, Roos y Sallee llegaron hasta él, Joe Sylvia estaba de pie sobre una roca muy inclinada, ladera abajo. Doblado hacia adelante y tambaleándose para mantener el equilibrio, no

podía dejar de hablar. «Por favor, no os acerquéis a mí, no me miréis la cara, es horrible». Luego dijo: «Vaya, tíos, no os ha costado mucho llegar hasta aquí». Se pensaba que eran las cinco de la mañana. Jansson sacó su reloj y dijo: «Son las dos de la mañana justas». Luego, en el informe, explica: «Tenía las manos tan calcinadas que habían quedado reducidas a muñones carbonizados; pelé una naranja y se la di gajo a gajo».

Sylvia comentó: «Sabéis qué, tíos, no creo que pueda salir de aquí por mi propio pie». Jansson le dijo que por el momento sus días de caminar se habían acabado, pero que lo iban a «llevar gratis en coche». Intentaba hacer una broma, pero es difícil hacer bromas de noche en una ladera que huele a carne quemada.

Sylvia estaba preocupado por sus zapatos, que Dodge le había quitado y colocado detrás de una piedra, así que Jansson peinó la ladera con una linterna hasta encontrarlos. Saber que habían encontrado sus zapatos tranquilizó a Sylvia, probablemente porque no podía retener nada y volvía a creer que tendría que caminar hasta el río.

Alrededor de las dos y veinte llegaron los médicos y la mayoría de la brigada de rescate, y Sylvia recibió el mismo tratamiento que Hellman. El doctor Hawkins estuvo de acuerdo con Jansson en que sería peligroso tratar de trasladar a los heridos antes del amanecer, aunque el equipo estaba dispuesto a ir dando tumbos en la oscuridad, entre las rocas y los peñascos, hasta el río.

Sylvia se quejaba del frío, al igual que Hellman, pero este estaba envuelto en la única manta que había traído el equipo en su viaje de regreso desde el embarcadero de Hilger. Como la mayoría de los hombres no llevaban chaquetas, «algunos se despojaron de sus camisas y camisetas interiores para envolver a Joe y protegerlo del frío». Como seguía titiritando, se acurrucaron semidesnudos junto a él.

Cuando entró en calor, volvió a ponerse contento. Hace varios años, el doctor Hawkins, que trató tanto a Hellman como a Sylvia en el cerro y luego en el hospital, me dijo que si un día sufría quemaduras y quería estar tan contento como Joe Sylvia, las

quemaduras tenían que ser tan graves como las suyas. «El aparato sensorial se deshace en el torrente sanguíneo —me explicó, y agregó —: Por regla general, no obtura los riñones hasta un día después. Entretanto, es posible tener ratos en que se está contento».

Como solo podían acurrucarse junto a Sylvia dos personas a la vez, los demás miembros del equipo de rescate se repartieron por la ladera buscando a once hombres desaparecidos a la luz de las linternas y las velas. Fue como una misa mayor hasta el amanecer, con luces deambulando en la oscuridad durante toda la noche.

Sylvia trataba de animar a quienes se quedaron con él diciéndoles que, antes de que llegaran, había oído voces de hombres llamando desde lo alto. Eran voces de hombres que trabajaban, y él les había contestado a gritos. Tal vez, por tanto, sería más exacto referirse a Mann Gulch aquella noche como el valle de las velas y las voces de los muertos trabajando.

EL AMANECER llegó poco después de las cuatro, y Jansson solo tuvo que andar unos metros para tropezar con el cadáver de Harrison. Pudo identificarlo por la medalla católica que colgaba de su cuello, así como por el botiquín con el suero antiofídico que le había regalado cuando Harrison había sido contratado como guarda turístico en Meriwether. Su cuerpo yacía bocabajo, apuntando hacia lo alto del cerro, y más que un católico parecía un musulmán en postura de rezo. Jansson describe el aspecto de la tierra a la luz del alba.

> La tierra tenía todo el aspecto de haber sido barrida a gran velocidad por una terrible corriente de aire recalentado, haciendo estallar todos los materiales inflamables, creando una muralla de llamas (que yo había contemplado desde abajo a las cinco y media de la tarde del día anterior) de doscientos metros de altura que recorrió el cerro, descendió por la otra vertiente, y siguió por colinas y barrancos hasta que el combustible fue tan escaso que la muralla de llamas no tuvo el calor suficiente para continuar. Este muro cubrió mil doscientas hectáreas en diez minutos o menos. Todo lo que quedó atrapado en la trayectoria directa de esta

explosión de calor pereció.

Mil doscientas hectáreas equivalen a unos doce kilómetros cuadrados.

Alrededor de las cinco menos veinte de la mañana comenzaron a bajar a Sylvia por Mann Gulch en dirección al río. El grupo que partió con él solo estaba compuesto de seis hombres y los médicos, así que Sallee tuvo que llevar la camilla por tumos. También le tocó la tarea de identificar los cadáveres: pusieron la correspondiente etiqueta a tres cuerpos mientras bajaban a Sylvia por la ladera. Jansson, que se caracterizaba por mostrarse muy duro tanto con sus hombres como consigo mismo, se compadeció de Sallee. Todo un elogio para un muchacho de diecisiete años.

Mientras continuaban descendiendo por la ladera, a Jansson seguía intrigándole por qué el cuerpo de Harrison había sido encontrado tan cerca de Sylvia. Tanto Sallee como Rumsey le habían dicho que Harrison se había desmayado de puro agotamiento, así que Jansson esperaba encontrar su cuerpo mucho más abajo y atrás en la ladera que los de todos los demás. El hecho de que se hubiera vuelto a poner de pie y hubiera subido hasta donde lo hizo es un monumento a su valor, como la cruz que más tarde pusieron allí.

Jansson es la única persona que ha dejado un informe que incluye el descubrimiento, identificación y el traslado de los cuerpos. Cerca de cada cadáver dejó bajo un montón de rocas una nota en la que explicaba cómo lo había identificado, y resumía las pruebas en las que se había basado. Es posible que tuviera intención de ampliar estas notas para elaborar un relato más completo, pero nunca lo hizo. Decir más habría sido demasiado, para él y para nosotros.

Más abajo en la ladera, donde no esperaban encontrar a más miembros de los smokejumpers, dieron con el cuerpo de Stanley J. Reba; cuando lo examinaron, descubrieron que se había roto una pierna y luego, sin duda, había rodado ladera abajo hacia el fuego. Había muerto abrasado. La mayoría, con toda probabilidad, habían perecido asfixiados, y sus cuerpos habían sido presa de las llamas

después.

Jansson y su equipo llevaron a Sylvia a la boca de Mann Gulch, llegando allí poco tiempo antes de que Rumsey y otros miembros del equipo de rescate alcanzaran el río por Rescue Gulch con Hellman. Ni Sylvia ni Hellman estaban sufriendo, porque, como añade el doctor Hawkins, «sus quemaduras eran tan graves y profundas que sus terminaciones nerviosas estaban destruidas».

Ambos fueron recogidos en sendas lanchas motoras, y recobraron un poco el ánimo. Sylvia llegó al hospital de Helena sobre las diez de la mañana y Hellman, una media hora más tarde. El doctor Hawkins me dijo que hacia esa hora los riñones empezarían a fallar. Pidió de inmediato un reconocimiento, y el informe fue como se esperaba: «No se ha encontrado orina». Pronto llegaría el final de la euforia; tanto Sylvia como Hellman morirían antes del mediodía.

A la una, Jansson, que se había encargado de trasladar a Sylvia al hospital de Helena, estaba de vuelta en Mann Gulch para reanudar la búsqueda con un nuevo equipo, incluido Dodge, y un helicóptero para trasladar a Helena los cadáveres por aire. Según sus planes, debería haber llegado al menos tres horas antes, pero el helicóptero que había solicitado a Missoula lo recogió a las doce y media en lugar de a las nueve. Es difícil que los bosques y las máquinas operen con el mismo horario, y por lo general no son los bosques los que se retrasan.

Jansson había sido el primero en ser trasladado en el helicóptero, e inmediatamente empezó a subir colina arriba para identificar los cuerpos. Empezó en el lugar donde habían encontrado los tres primeros al amanecer y luego, como él dice, fueron subiendo por la cresta «por las curvas de nivel». Dice que no tuvo mucho tiempo para recoger los efectos personales esparcidos alrededor de los cuerpos: «La terrorífica ráfaga de calor había calcinado toda la ropa, e hizo que los efectos personales no inflamables que no habían quedado apresados bajo el cuerpo salieran disparados hasta una treintena de metros ladera arriba». Solo encontró relojes o restos de carteras al girar uno de los cadáveres.

A última hora de la tarde miró hacia abajo y vio «el muñón carbonizado de un hombre». Ya había encontrado el noveno cuerpo, «así que no lo conté y no me acerqué lo suficiente para determinar si se trataba realmente de restos humanos». Daba por concluida la jornada, una larga jornada que había comenzado muy temprano el día anterior. Hasta la mañana siguiente, la del día 7, no se encontraron todos los restos.

Dodge solo regresó a Missoula cuando todos los smokejumpers de su equipo fueron localizados. No cuesta trabajo visualizarlo, con los ojos enrojecidos y la ropa sucia, tal y como Sallee lo había encontrado cerca de la cima del cerro después de que el incendio hubiera pasado por encima de él, pero sí cuesta imaginarlo como lo vio su mujer cuando bajó por las escalerillas del avión en Missoula, remilgado como siempre, salvo por las manchas de tabaco en las comisuras de la boca. Todavía dispuso de cinco años más para construir una vida a partir de las cenizas de este incendio.

Jansson viviría más que Dodge, pero quienes lo conocían aseguran que también él tuvo enormes problemas para rescatarse a sí mismo. Cuando el Tribunal de Revisión le preguntó en qué momento había renunciado a seguir al frente del rescate, respondió que no era capaz de recordarlo. No lo recordaba porque nunca renunció al cargo. Por ejemplo, el año del incendio regresó dos veces a Mann Gulch para verificar sus primeras observaciones sobre el *blowup*. Después, escribió la *Declaración de Jansson sobre las comprobaciones en el terreno*. Tras haber recorrido y vuelto a recorrer dos veces la ruta con un cronómetro en mano, llegó a la conclusión de que su informe «no se desvía en más de dos minutos de lo que he expuesto en declaraciones anteriores».

Al final, tuvo que rescatarse a sí mismo de Mann Gulch pidiendo que lo trasladaran a otro distrito de guardabosques. Había llegado a tal punto que no podía dormir por las noches, recordando el olor, y su perro dejó de cobijarse en casa y se pasaba las noches al raso, aullando, sabiendo que a su amo le ocurría algo malo.

VII

TAL VEZ EL MAYOR RESCATE DE Jansson en Mann Gulch se produjera más tarde, el mismo año del incendio. Harry Gisborne, principal responsable de que el estudio de los incendios se haya convertido en una ciencia, estaba decidido a examinar Mann Gulch de primera mano antes de que el invierno llegase y destruyera pruebas decisivas. Ese miedo a la llegada del invierno probablemente estuviera acompañado del temor de que no le quedara mucho tiempo de vida, y Gisborne tenía algunas teorías sobre los torbellinos de fuego que quería contrastar con los hechos. En concreto, quería probar la teoría que se había formado sobre la causa del *blowup* en Mann Gulch. De modo que, a pesar de la grave enfermedad cardíaca que padecía, estaba decidido a hacer el viaje y, sin que lo supieran ni sus amigos cercanos ni su médico, convenció a Jansson, su discípulo, para que lo acompañara. Estaba dispuesto a morir, casi literalmente, con tal de probar su teoría sobre las causas del incendio de Mann Gulch.

El enorme interés que tenía Gisborne por el *blowup* de Mann Gulch y por el fenómeno de los *blowups* en general es un indicio más de que se trataba de un científico de vanguardia. Incluso en la época del incendio de Mann Gulch, aún no había consenso acerca de las causas de estas explosiones que tienen lugar en los incendios forestales. Un *blowup* es un fenómeno que rara vez ocurre y a menudo sobreviene de forma tan imprevisible como aquella tarde en Mann Gulch; para mayor discreción, tiene lugar lejos de los hábitats

conocidos de los meteorólogos y de los climatólogos experimentados. A lo largo de la historia, los *blowups* han sido presenciados casi siempre por supervivientes de grandes incendios forestales, que no habrían sobrevivido de haberse detenido a observar este fenómeno.

A pesar de que el testimonio de Jansson ante el tribunal describe el incendio de Mann Gulch como un «*blowup*», el *Informe del Tribunal de Revisión*, la investigación oficial, jamás emplea esta palabra, ni adjetivos como «explosivo». La discusión sobre el comportamiento del incendio se limita principalmente a su aspecto de incendio rutinario que tenía antes de que los smokejumpers saltaran en paracaídas, quizá porque el Servicio Forestal quería restar importancia a la naturaleza explosiva del incendio de Mann Gulch para protegerse de las acusaciones públicas de que la causa de la tragedia era su ignorancia acerca del comportamiento del fuego. Sin embargo, no fue hasta la década de 1950 cuando Clive M. Countryman y Howard E. Graham publicaron artículos en los que se analizaban los torbellinos de fuego en los incendios forestales, artículos que recibieron una buena acogida. Y solo después de que Laird Robinson y yo hiciéramos varios viajes a Mann Gulch a finales de la década de 1970, pudimos comprobar claramente cómo estas teorías explicaban la explosiva complejidad del incendio de Mann Gulch.

En el momento del incendio o poco después, varios de los principales científicos del Servicio Forestal destinados en Missoula, como Jack S. Barrows y Charles E. Hardy, avanzaron una teoría muy diferente en cuanto a la causa del *blowup*, una teoría que todavía tiene cierta vigencia y que por su naturaleza sería muy difícil de refutar. Esta teoría se basa en la suposición que aparece con más frecuencia cuando el entendimiento humano trata de explicar estos efectos extraordinarios: que dichos efectos extraordinarios deben de ser el producto de causas extraordinarias. Según esta teoría, por aquel entonces prevaleciente, la causa extraordinaria del incendio de Mann Gulch fueron los cumulonimbos[30]. Dicho en pocas palabras, esta teoría presupone que un cumulonimbo —cuyo aire

frío es más pesado que el aire caliente y ligero que asciende desde el suelo— se habría colocado encima del incendio pero sin llegar al suelo en forma de lluvia. Así, su peso repentino al posarse sobre la parte superior del incendio habría extendido las llamas por todas partes, formando nuevos focos secundarios; por otra parte, las ráfagas de viento que acompañan a las tormentas secas habrían ayudado a avivar tanto esos focos como el incendio principal hasta que, al cabo de pocos minutos, todo estaba sumido en llamas.

El principal argumento en favor de esta teoría es que aquel día se dieron condiciones de aire muy variables, que redundarían en un récord de temperatura máxima, y que esas condiciones y esos estallidos de fuego habrían salido del mismo saco. El vuelo desde Missoula hasta Mann Gulch había sido lo bastante accidentado como para que un smokejumper se mareara y renunciara definitivamente a su trabajo. Incluso Rumsey y Sallee habían empezado a sentirse mal y querían ser de los primeros en saltar. Además, el piloto informó de formaciones de cúmulos en la distancia cuando el avión estaba rodeando el incendio, y cada uno de esos cúmulos significaba una fuerte corriente ascendente de aire caliente. Cuando las columnas de aire caliente alcanzan unos siete mil metros de altura y se encuentran con la lluvia y los cristales de hielo, se enfrían y se convierten en cumulonimbos. Al ser ahora más pesadas que el aire caliente que las rodea, comienzan a descender pero pueden detenerse sin producir lluvia, aunque no sin provocar grandes ráfagas de viento.

El principal problema de esta teoría es que ninguno de los supervivientes menciona la presencia de una tormenta eléctrica, como tampoco lo hace Jansson, que estaba en el vórtice del *blowup* y fue víctima del mismo. Además, es el tipo de teoría universal que no se puede refutar y que alguien ofrece cada vez que se produce un incendio.

Evidentemente, en este mundo de locos no hay forma de descartar que los efectos extraordinarios tengan causas extraordinarias. A Mann Gulch se llega en barco a través de los riscos del río Missouri, donde unos extraordinarios fondos marinos

se elevaron y pugnaron entre sí, pero parece que cuanto más se sabe sobre los grandes absurdos, incluyendo desde las acciones de hombres y mujeres hasta la formación de los riscos, más parece que se reducen a un único y pequeño absurdo que encaja a la perfección con otro de la misma clase, y así sucesivamente, hasta conformar un absurdo enorme. Sin embargo, nunca resulta confuso, porque en última instancia todo acaba encajando; es simplemente absurdo, y encaja, y es fuego. Y, por supuesto, eso es extraordinario.

El monstruo extraordinario que precisa explicaciones es, al menos en su forma prenatal, un mecanismo pequeño y sencillo. Un *blowup* es una bola de polvo que se ha convertido en un monstruo furioso, pero su mecanismo básico es el de un remolino de polvo que en apariencia sale de la nada y que puede levantar un periódico del suelo y agitarlo en el aire. Sin embargo, cuando pensamos en él como un monstruo, es lógico pensar que algo procedente del cielo es lo que lo ha hecho girar, y cabe la posibilidad de que, en alguna parte, algún *blowup* se haya desencadenado por efecto de un cumulonimbo que produjera un fuerte viento que girara en círculos, así que es pertinente tener en cuenta la teoría de los cumulonimbos al buscar la causa de los *blowups*. Ahora bien, la otra teoría fundamental sobre el origen de los *blowups*, que es de la que nos ocuparemos ahora, podría llamarse «la teoría del obstáculo». Esta teoría propuesta por Countryman y Graham goza de una aceptación general. Y, lógicamente, es la teoría que sostenía Gisborne, aunque no la había desarrollado lo suficiente como para poder explicar correctamente el incendio de Mann Gulch. No fue hasta que Laird y yo regresamos a Mann Gulch en mañanas calurosas y continuamos dándole vueltas a lo que allí veíamos, cuando empezamos a notar cada vez la misma combinación de pequeñas cosas que podían encajar para dar inicio a un remolino de fuego si, como ocurrió aquel día, se desencadenaba un incendio cerca de la boca del barranco en su lado sur y cerca de la cumbre del cerro. Los hombres de los bosques prefieren las causas que están ahí en su sitio, esperándolo a uno cuando regresa, pero hay que reconocer que, en ocasiones, las causas caen del cielo.

En sus elementos fundamentales, la teoría del obstáculo no es difícil de entender. El viento choca contra un obstáculo, pongamos por caso un promontorio rocoso situado en un cerro, lo roza y comienza a girar y a trazar círculos completos detrás del promontorio. Todo incendio atrapado en dichos círculos arrojará chispas e incluso ramas ardiendo que, en determinadas circunstancias, producirán focos secundarios, los cuales, si las condiciones siguen siendo favorables, se convertirán en remolinos de fuego, y si uno se queda atrapado entre estos y el incendio principal, necesitará tanta suerte como la que tuvo Jansson para recobrar la consciencia a tiempo de vomitar. A quien le guste caminar por corrientes de agua esto le resultará fácil de visualizar si se fija en lo que pasa cuando esta choca contra una roca o unos pequeños troncos medio sumergidos. La corriente los roza, y la buena pesca se encuentra allí donde se forman los remolinos, esto es, en los flancos traseros del obstáculo y detrás del mismo. A los pescadores de río no les costará nada visualizarlo.

Muy pronto, la cuestión de cómo el rayo que cae en un tocón muerto situado cerca de una cumbre cercana a la boca de Mann Gulch se convierte en un monstruo de fuego que devora Mann Gulch, y a trece bomberos de élite, se transforma en la pregunta:

¿Dónde están los vientos de antaño[31]? Y la poética pregunta pronto se convierte en una respuesta igualmente poética: el viento se los llevó. Y si esa pregunta y esa respuesta poéticas se pasan a simple prosa, el resultado es que no se puede explicar la causa de un gran incendio acaecido hace mucho tiempo si no se pueden reconstruir los vientos que lo causaron, y también que no hay nada más cierto que el que cada viento concreto pasa y luego desaparece para siempre. Pero el leñador experimentado, que rara vez es poeta, parte del supuesto de que al menos algunos de los vientos de antaño no se han ido, siempre, claro está, que uno sepa distinguir su forma. El leñador experimentado piensa que puede ver muchas cosas en los bosques que le dicen mucho sobre lo que no puede verse. Por ejemplo, el lector ya habrá adivinado lo mucho que Laird y yo explicamos lo que vemos en el bosque basándonos en lo que hemos

observado mientras pescamos. No debería resultar sorprendente, entonces, que una parte importante de nuestra teoría sobre lo que provocó el *blowup* de Mann Gulch parta de una observación hecha desde un barco en el Missouri varios kilómetros antes de llegar a la boca de Mann Gulch.

Corría el año 1977 y era la primera vez que íbamos allí juntos. Yo me había quedado atrás, no de muy buen ánimo, en la boca del barranco, donde no hay mucho que hacer o ver en una calurosa tarde de agosto. Laird me había dejado atrás, sin ambages aunque haciendo gala de demasiada cortesía, porque tenía que comprobar una teoría que lo llevaría a la cabecera de Mann Gulch y me dio a entender que si lo acompañaba, lo retrasaría. Se marchó diciendo, supuestamente con intención alegre, que mientras él se mataba remontando bajo el sol una ladera pelada de árboles, yo podría holgazanear un rato por la boca del barranco, donde el río refrescaba, con tiempo de sobra para encontrar alguna pieza perdida del rompecabezas que constituía qué había causado el *blowup*. Y vaya que si la encontré, más o menos.

Casi treinta años después de que un incendio arrase un terreno de esquisto en Gates of the Mountains, no parece que haya mucho que ver, ya que casi no quedan árboles en pie; los árboles ennegrecidos caídos treinta años antes no parecen ofrecer muchas oportunidades de aportar algo a la ciencia. Pensé: «Quizá estás tratando de ver algo grande e importante demasiado pronto. Tal vez llegues a ese punto antes si intentas ir poco a poco». Así que retrocedí, observando un solo detalle levemente extraño acerca de la boca del barranco: había unos pocos árboles verdes que seguían en pie, un pequeño trecho de aproximadamente un centenar de metros de árboles situados entre el origen y el límite de nuestro incendio, y pensé: «Debía de haber un viento de mil demonios como para hacer que el fuego ascendiera por el barranco después de haber saltado el cañón. Lo más lógico habría sido que parte del fuego se hubiera escabullido un poco hacia atrás y hacia el río».

Empecé a subir el cañón despacio, muy despacio. Por encima de la boca del barranco no parecía haber nada que observar, salvo los

negros árboles caídos, y después de treinta años yaciendo en el suelo, todos se parecían bastante. Tras asumir que lo único que vería eran árboles negros caídos, por fin me dije: «Casi lo único que me queda por ver es cómo cayeron los árboles muertos», y para mi asombro solo entonces vi algo, o al menos algo que podía ser algo.

Recuérdese que, cuando miraba cómo habían caído los árboles, lo que en realidad estaba buscando eran los vientos que se habían ido, y casi de inmediato me fijé en que los cuerpos negros y muertos de los árboles que se encontraban en la cara meridional del barranco, donde se había iniciado el incendio, yacían curiosamente paralelos entre sí, pero formando un ángulo redo con la cima del cerro. Mi reacción inmediata fue la de cualquier mortal.

Me volví y miré hacia la cima de la cara opuesta del barranco, la septentrional, donde también había árboles muertos caídos —cantidad de ellos—, y siguiendo también un patrón, aunque en este caso bastante desconcertante. Yacían paralelos entre sí, pero, a diferencia de los árboles de la cara meridional, también estaban paralelos a la cima del cerro. A pesar de lo desconcertante de los patrones, tenían que representar lo que quedaba de los vientos.

Probablemente representaban los restos de los vientos dominantes, como también los vientos que todavía podía haber allí. Desde luego, tenían que haber soplado durante años después de que los árboles ardieran, al menos el tiempo suficiente como para ser abatidos después de que se les hubieran podrido las raíces. Podría haberlos derribado una gran tormenta, pero era improbable que los árboles se hubieran podrido de manera uniforme y se hubieran puesto de acuerdo para desmoronarse al mismo tiempo. El viento tuvo que haberlos trabajado con bastante regularidad a lo largo de los años. Los vientos dominantes debían de haberse presentado cuando les tocara, aunque su pauta podía haber cambiado con posterioridad. Pero lo que era seguro es que alguna vez y en el transcurso de varios años, había soplado un gran vendaval sobre la cumbre del cerro meridional y luego había descendido por la ladera (formando un ángulo recto con dicha cumbre) y que en la cara septentrional había soplado con la misma regularidad un fuerte

viento paralelo al cerro en las cercanías de la cumbre.

Esto fue todo lo que fui capaz de hacer hasta que Laird regresó de su misión en la cabecera del barranco, pero al principio no mostró mucho interés por mis observaciones, ya que las suyas lo habían dejado bastante agotado. Me dijo que necesitábamos una nueva teoría para explicar por qué la mayoría de los miembros del equipo, después de alejarse de la quema de seguridad, siguieron subiendo por la ladera del barranco en lugar de dirigirse hacia el cerro. Nos habíamos imaginado una larga franja de cresta inexpugnable que les habría bloqueado la huida. «En realidad —dijo Laird—, en la cresta había varias aberturas grandes que pasaron por alto, pero podrían haber cruzado por ellas fácilmente».

Ambos nos sentimos agotados por nuestras observaciones negativas. Para pasar un día en Mann Gulch, habíamos tenido que remolcar una lancha con el coche doscientos cuarenta kilómetros por la Divisoria Continental solo para llegar al río Missouri. El trayecto desde allí hasta donde nos encontrábamos a última hora de la tarde nos había llevado el resto del día, y ya era hora de recoger nuestras cosas y remontar el río para estar de vuelta en Missoula no mucho después de la medianoche. Lo único que habíamos podido demostrar durante un largo día en Mann Gulch era que una de nuestras teorías sobre la tragedia se había demostrado errónea con la más incuestionable de las evidencias: el terreno. De manera que mis noticias sobre el desorden de los árboles quemados y caídos en las caras opuestas del barranco no iban a quitamos la decepción por los resultados de aquella larga jornada. Pero eso venía a ser todo lo que teníamos que mostrar como resultado de nuestros esfuerzos, así que redacté un informe breve. Sin embargo, ninguno de los dos lo olvidó del todo. Hablamos de ello en varias ocasiones en nuestros almuerzos habituales en Missoula, y no pasó mucho tiempo antes de que esos desórdenes paralelos comenzaran a emerger como algo que acaso podía ser importante.

En cuanto hicimos uno o dos viajes más empezamos a pensar que el río Missouri podía tener algo que ver con el *blowup* del incendio de Mann Gulch. Hasta ese momento, el río Missouri no

había tenido para nosotros otro interés que el paisajístico, y ante todo, lo que habíamos experimentado al respecto habían sido problemas con el motor de nuestra lancha. Por regla general, en el río solíamos emplear el mismo tiempo en tratar de averiguar qué fallaba en nuestro motor como en tratar de averiguar qué partes faltaban en la historia del incendio. Ese día habíamos avanzado algo más de un kilómetro cuando el motor se detuvo, así que aún nos encontrábamos a unos ocho kilómetros de la boca de MannGulch. Mientras Laird tiraba de la cuerda para tratar de arrancar el motor, yo sopesaba aquel trecho del río en que flotábamos para imaginarme cómo sería pescar allí. Pero por mucho que pensara en otra cosa, incluso en pescar, enseguida me venían a la mente los vientos dominantes, sobre todo cuando llegaba a algún lugar cercano al barranco. Reparé en una ola de tamaño medio en las aguas tranquilas próximas a la orilla, y pensé: «Qué curioso».

Lo que quería decir con ese «qué curioso» es que la ola iba en la dirección contraria con respecto a cómo creía yo que debía ir, o dicho más claramente, que el viento que la empujaba iba en la dirección equivocada para tratarse de un viento dominante en un río de alta montaña a aquella hora del día. A aquella hora temprana de un caluroso día de verano, el viento dominante en un río de montaña debía soplar corriente arriba. Al salir, el sol da en primer lugar en las cimas de las montañas. El aire de estas se calienta, de manera que al ser más ligero que el aire frío del valle, ascenderá, en tanto que el aire del valle se precipitará río arriba, a contracorriente, para ocupar su lugar. Al caer la tarde o al anochecer se produce, por regla general, el fenómeno contrario: las cumbres de las montañas se enfrían, el aire frío es atraído hacia los valles más cálidos situados por debajo, y el viento dominante suele seguir la corriente del río. Desde ese momento, me dediqué a observar las olas del río para tratar de comprender su relación con Mann Gulch.

No pude establecer esa conexión de inmediato, pero sí acerté a encontrar una explicación razonable para el extraño viento que soplaba corriente abajo en Gates of the Mountains en las mañanas de calor. El aire de las profundidades de Gates of the Mountains es

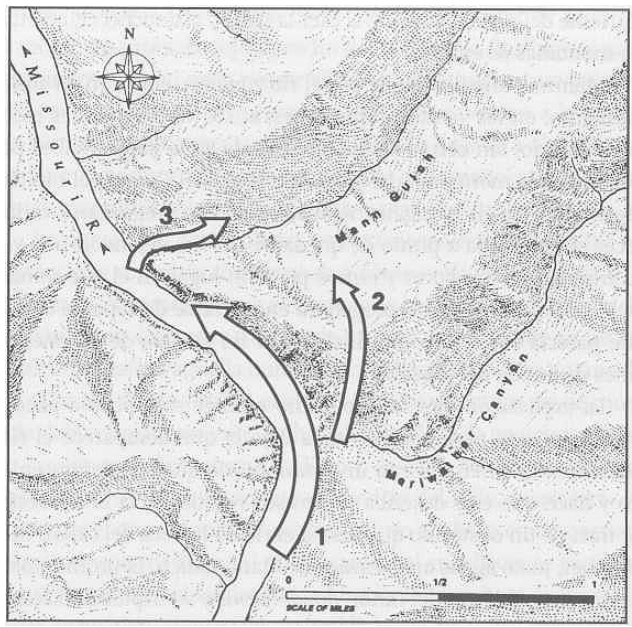
siempre mucho más frío que el de la llanura exterior. Conforme el río atraviesa el aire más frío del interior de los despeñaderos hacia las llanuras, el aire caliente de estas se eleva y el aire frío es atraído corriente abajo para reemplazarlo. En consecuencia, en los despeñaderos de Gates of the Mountains el viento dominante por la mañana y a primera hora de la tarde va en el sentido de la corriente del río, al igual que al caer la tarde y al anochecer, cuando las montañas se enfrían.

Mientras uno desciende por el río y piensa, como yo en aquel momento, en los vientos dominantes, atisba varios grandes recodos en el río, tan cerrados que el curso de agua parece haber penetrado en la montaña y desaparecido bajo ella. Cuando el capitán Meriwether Lewis navegaba río abajo, debió de preguntarse varias veces si no estaría a punto de quedarse sin río, dejándole a él y a su tripulación con botes y remos pero sin lugar en el que remar. Debió de una visión sobrecogedora encontrarse de repente con lo que parecía ser el abrupto final de un río cientos de kilómetros antes de donde debía acabar.

La explicación de este espejismo emerge solo poco a poco a medida que se perfila la montaña bajo la que desaparece el río. Lentamente, emerge como un promontorio que se adentra en el río y hace que este describa un brusco recodo hacia el noroeste. Se trata de un obstáculo que desvía el río en la boca del cañón Meriwether, justo aguas arriba antes de Mann Gulch. El promontorio comienza en la boca del cañón donde Lewis y su tripulación acamparon durante la noche, y se extiende un kilómetro antes de permitir que el río lo rodee. Cuando el río vuelve a doblar hacia el norte, las aguas se arremolinan con una fuerza considerable hacia la boca de Mann Gulch, justo debajo del promontorio. Después de eso, ya no nos importa adonde va el río, supuestamente al Mississippi.

Durante varios kilómetros habíamos ido siguiendo un viento descendente que avanzaba en la misma dirección que el río, preguntándonos si por casualidad podría guardar alguna relación con Mann Gulch. La montaña que hay delante se vuelve más interesante cuando se convierte en el promontorio que separa el

cañón de Meriwether y Mann Gulch que cuando era un espejismo bajo el que desaparecía un río. Como promontorio, proporciona la conexión entre el viento dominante que desciende por el Missouri y el *blowup* del incendio de Mann Gulch.



Mapa de direcciones del viento en Mann Gulch el 5 de agosto de 1949.

Cuando el viento dominante que baja por el río (llamémoslo viento número uno) chocó por primera vez contra el promontorio cerca de la boca del cañón de Meriwether, se dividió como si hubiera golpeado una gran roca en un río, y parte de él (viento número dos) siguió en línea recta sobre el promontorio y luego en línea recta hacia abajo, formando remolinos, por la ladera de Mann Gulch. Algunos de estos remolinos se convirtieron en torbellinos de fuego que lanzaban pavesas, y pronto algunas de estas saltaron a la ladera opuesta, cubierta de hierba. No se trató de un gran salto, porque el barranco era estrecho y la hierba de la cara norte ya estaba recalentada por los rayos del sol. El viento número uno, el viento

principal que va río abajo, siguió su camino rodeando el promontorio hasta encontrarse con la boca de Mann Gulch, por donde envió el viento número tres, que ascendía por la ladera. El viento número tres chocó con el viento número dos en ángulo recto, creando un gigantesco torbellino de fuego y desencadenando la fatídica carrera hacia Mann Gulch. Conforme el fuego se arremolinaba barranco arriba, el efecto de convección agregó fuerza al viento número tres; el aire frío procedente del río subió disparado por la estrecha chimenea que es la boca de la hondonada, para reemplazar el aire caliente que se elevaba desde el fuego.

A estas alturas debería estar claro que una parte importante de la historia del *blowup* de Mann Gulch es la «Historia de Tres Vientos». Estos tres vientos no solo ayudan a explicar la estructura básica del *blowup*, sino que también explican otros detalles. Por ejemplo, el poderoso viento que sube por el barranco (viento número tres) golpea los árboles quemados y caídos en la cara norte del barranco; están paralelos entre sí y también paralelos a la cumbre del cerro. Los árboles quemados y caídos de enfrente, en el lado sur del barranco, son obra del viento número dos. Este es el viento que cruzó el promontorio y se dirigió casi directamente hacia el fondo de Mann Gulch. Esto podría explicar por qué los árboles quemados cayeron unos paralelos a los otros, pero perpendiculares a la parte superior del cerro. Es probable que durante buena parte del verano el viento sople hacia arriba en Mann Gulch. Lo que nosotros hemos llamado viento número tres solo le habría agregado fuerza, pero una fuerza que resultó necesaria. Se trataba del mismo viento que echó una carrera contra los smokejumpers y ganó.

Sin embargo, hay que recordar que estos tres vientos forman parte de uno solo, observado por primera vez como una ola en el Missouri que iba en la dirección equivocada. Aunque el viento número uno no actuó directamente sobre el incendio, proporcionó la fuerza para los otros dos, que sí lo hicieron. Era, por así decirlo, el barco de aprovisionamiento; y los otros dos, los buques destructores. La «Historia de Tres Vientos» resuelve además otros enigmas que dejó el incendio. Cuando Jansson estaba con Gisborne el día de la

muerte de este en Mann Gulch, Gisborne vio que el rastro de la explosión apuntaba directamente hacia la parte de la cumbre del cerro donde Hellman se había quemado.

En ocasiones hay en la vida momentos que marcan el final de los rompecabezas. Como ya hemos dicho en este mismo capítulo, es todo un absurdo, y encaja a la perfección.

AUNQUE HASTA los años cincuenta los *blowups* no fueron analizados de manera satisfactoria por los estudiosos del comportamiento del fuego, existe casi la certeza de que Harry Gisborne llevaba mucho tiempo interesado en ellos. Tenía tanto una teoría general sobre qué los causaba como una teoría complementaria sobre las causas específicas del *blowup* de Mann Gulch. Precisamente allí descubriría, en el último día de su vida, que ambas teorías eran erróneas. Sin embargo, hay que reconocerle el mérito de haber sido el primero en señalar su propio error, y había decidido que al día siguiente se pondría a corregir sus teorías, lo que probablemente habría hecho muy pronto, puesto que en lo fundamental estaban bien encaminadas.

Harry Gisborne era el prototipo del científico chapado a la antigua, a veces era poético y a veces se equivocaba, pero solía acertar y casi siempre iba bien encaminado, casi siempre era teatral. Tendía a buscar la causa extraordinaria que explicase el efecto extraordinario, y, puesto que él mismo era un efecto extraordinario, había reunido a su alrededor a un grupo de jóvenes guardabosques que lo adoraban, Jansson entre ellos, dispuestos a comprobar sobre el terreno las teorías que había desarrollado en el Centro Experimental de Priest River, del que era director desde 1922 y que había convertido en un referente de las investigaciones que el Servicio Forestal había llevado a cabo en el noroeste del país.

Esto es mucho decir sobre un gran conocedor de los bosques, pero también debió de ser un hombre encantador, tanto que desarrolló la encantadora teoría de que era posible hacer ciertas observaciones en noviembre y, a partir de ellas, predecir con

exactitud cómo sería la temporada de incendios del verano siguiente. Casi perdió la admiración que le profesaban los guardabosques cuando intentó que estos pasaran los meses de noviembre buscando señales de los incendios del siguiente verano. Le dijeron que lo seguían queriendo mucho, a pesar de que estuviera volviéndose loco.

Pero se quedaron con él para comprobar la teoría de que los torbellinos de fuego siempre giran en el sentido de las agujas del reloj, teoría que resultó ser errónea: algunos también giran en el sentido contrario. Pero la suposición de fondo de la teoría era correcta. La mayoría de los torbellinos de fuego son producidos por vientos que rozan un lado del obstáculo con el que topan, lo cual hace que el fuego comience a rotar y se inicien los torbellinos.

Su teoría complementaria sobre la causa del torbellino de fuego y del *blowup* de Mann Gulch parte de esa suposición de fondo. En un memorando con fecha del 30 de agosto siguiente al incendio, insta a su amigo C. S. Crocker, jefe de la División de Control de Incendios, a dar instrucciones a sus localizadores y observadores de incendios para que en lo sucesivo no lancen a smokejumpers sobre incendios si «se hallan localizados de modo tal que puedan absorber aire alrededor de un promontorio situado a la izquierda». Cuando vean un incendio de este tipo, continúa, «hay que tener cuidado por el *blowup* que causaría un enorme torbellino que gira en el sentido de las agujas del reloj».

Los dos grandes *blowups* que había observado anteriormente se habían producido, según sus propias afirmaciones, de ese modo, y lo mismo había ocurrido con las demás observadas por personas a las que había interrogado. Esto es sin duda cierto; el problema es que disponía de muy pocos casos a partir de los cuales elaborar una teoría general.

Para que su teoría pudiera explicar el *blowup* de Mann Gulch, tendrían que haberse dado las siguientes circunstancias: haber un promontorio frente (barranco arriba) al incendio que avanzaba y a su izquierda según lo miras, y además haber un viento que soplara barranco abajo. Este viento descendiente habría rozado el promontorio y chocado contra el incendio principal por detrás, en el

flanco izquierdo, desencadenando un torbellino de fuego en el sentido de las agujas del reloj, que habría arrojado piñas y ramas ardiendo fuera del perímetro del incendio principal, algunas de las cuales habrían creado nuevos focos en el combustible aún sin quemar.

Todo esto suena muy elaborado y misterioso, como buena parte de los primeros pasos de la ciencia, pero Gisborne era un científico lo bastante riguroso como para saber, tras haber estudiado Mann Gulch a conciencia, que todo eso no podría haber tenido lugar allí, por dos muy buenas razones. La primera es que el único promontorio no estaba situado enfrente del incendio que avanzaba, sino detrás. En segundo lugar, todos los supervivientes hablan de un viento que subía por el barranco, no de un viento que bajara, el otro ingrediente imprescindible en la teoría de Gisborne. En Mann Gulch, el torbellino de fuego había comenzado de un modo que Gisborne nunca había visto: con un viento que ascendía por el barranco rozando un obstáculo situado detrás del incendio. Si acaso, Gisborne parecía eufórico por la perspectiva de tener que inventar otra teoría que sustituyera a la antigua.

El 9 de noviembre, cuando treparon por Rescue Gulch, Gisborne estaba medio convenciendo a Jansson de que, si descansaba cada cien metros, conseguiría llegar arriba. Jansson afirma que la media hora de trayecto llevó dos horas y ha dejado un informe raro y conmovedor (destinado a la compañía de seguros) sobre el día entero titulado *Declaración anexa al impreso CA2 en el caso de la muerte de Harry T. Gisborne*. El informe iba acompañado deun mapa (hoy desaparecido) con treinta y siete números que indicaban los puntos en que ambos se habían detenido a hablar. Sin embargo, lo que sí se conserva son cuatro páginas de notas que indican los principales temas de conversación en cada «parada para descansar», y contiene varias citas de las conversaciones. Aún no habían cubierto la mitad del camino por el área del incendio —era la parada número quince— cuando las notas rezan: «Todas sus teorías sobre el incendio, al garete».

En la parada número veintiocho, Gisborne le dijo a Jansson:

«No me creo lo de tu torbellino de fuego. Piensas eso por lo que te han dicho, y también por lo que te he dicho yo».

Gisborne debía de ser un compañero de viaje bastante complicado. Por mucho que se hubiera visto obligado a ir a Mann Gulch por su teoría sobre la causa del torbellino de fuego en el incendio de Mann Gulch, aquí estaba, antes de que terminara la tarde, medio bromeando y medio abroncando a Jansson por creer que había habido un *blowup* en Mann Gulch, aunque Jansson casi había muerto debido a él. Incluso se burlaba de Jansson por haberse dejado llevar por aquel supuesto error, por mostrarse demasiado sumiso a las propias teorías de Gisborne.

Para Gisborne, la ciencia empezaba y terminaba en la observación, y la teoría debía sentirse siempre amenazada por esta. Hacia el final de la tarde todo lo que había observado mostraba que el fuego había ardido sin torbellinos y que, por tanto, tanto él como Jansson estaban equivocados. Jansson, que ya apenas defendía su propia experiencia del torbellino de fuego cuando llegaron a la parada treinta y dos, dijo: «Ese es mi torbellino de fuego». Gisborne comprendió de inmediato que el torbellino de fuego se había dirigido en línea recta hacia la cumbre del cerro, cerca de donde Hellman había sufrido las quemaduras, lo cual era, probablemente, el motivo de que él hubiera sufrido las consecuencias del incendio allí y Diettert un poco más lejos. «Ya», dijo, y volvió a convertirse en un torbellino de fuego. Quería hacer fotos y, al final de la tarde,seguir su curso y trazar un mapa. Jansson temía que se les hiciera demasiado tarde para volver a la furgoneta antes de que oscureciera, y le aseguró a Gisborne que se encargaría de que alguien regresarara a Mann Gulch para trazar el mapa del torbellino. Cuando Gisborne advirtió que Jansson estaba preocupado, se excusó y le dijo: «Me alegra haber tenido la oportunidad de venir aquí. Mañana podremos reunir todos nuestros datos y trabajar sobre la hipótesis número uno. Tal vez nos lleve a alguna teoría». Esto ocurrió en la parada número treinta y cinco. A esas alturas, las paradas para descansar se estaban convirtiendo en estaciones del viacrucis.

Seguían un sendero de cazadores que discurría por los despeñaderos situados en lo alto del Missouri, en el extremo más bajo de Gates of the Mountains, y estaban a apenas un kilómetro de la furgoneta cuando hicieron la parada número treinta y siete. Gisborne se sentó en una roca y dijo: «Es un buen sitio para sentarse a contemplar el río. He hecho bien en venir. Aunque tal vez las piernas me duelan un poco mañana».

Jansson escribió en su informe: «Creo que la parada número treinta y siete del mapa se debía a que Gisborne estaba sufriendo una trombosis». Prosigue explicando entre paréntesis que quienes sufren una trombosis «suelen querer estar de pie o sentados muy rectos, debido a que les cuesta respirar». Gisborne murió antes de que hubiera transcurrido un minuto, y Jansson apiló piedras a su alrededor para que no cayera del sendero de cazadores al río Missouri, treinta metros más abajo.

Cuando Jansson comprendió que Gisborne había muerto, lo tendió en el suelo, elevó el murete de piedras que lo rodeaba, le cerró los ojos y volvió a ponerle las gafas, para que en caso de que despertase supiera dónde se encontraba. Luego corrió en busca de ayuda. El cielo se estaba cubriendo de estrellas. Nada se movía en el sendero de cazadores. El Missouri pasaba por debajo, repitiendo la misma sucesión de acordes que probablemente seguirá tocando durante millones de años. El otro único movimiento era el de la luna, que flotaba en los cristales de las gafas de Gisborne, cuyos ojos habían dejado de observar.

Esta es la muerte de un científico, un científico que hizo mucho por establecer una ciencia. En el día de su muerte tuvo el placer de descubrir que su teoría sobre el *blowup* de Mann Gulch era errónea. Habría sido revelador que al día siguiente hubiera reunido toda la información de que disponía y hubiera elaborado una nueva hipótesis número uno. Tal vez esto le habría conducido a otra teoría, probablemente la acertada.

En cualquier caso, gracias a él hemos podido formular la que con toda seguridad sea la teoría correcta. El retrato de Gisborne cuelga en la escalera del Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del

Norte, en Missoula, que linda con la base de los smokejumpers. El retrato te mira directamente a los ojos, pero se muestra medio divertido, como si te hubiera pillado demasiado apegado a una de tus teorías, o a una de las suyas. Este fue también el final de las labores de rescate de Jansson en Mann Gulch. Tuvo que ser trasladado del puesto de guardabosques de Canyon Ferry porque no podía dormir ni conseguía que su perro entrara en casa.

Para un científico, esta es una buena manera de vivir y de morir, tal vez la forma ideal para cualquiera de nosotros: descubrir con entusiasmo que estábamos equivocados y esperar con entusiasmo a que llegue el día de mañana para poder empezar de nuevo, cotejar la nueva información y volver a encontrar la hipótesis número uno. Y fundamentalmente encontrarnos en el camino correcto cuando estábamos equivocados.

Más tarde, al pensar que estaba siguiendo sus pasos, descubrí buena parte de lo que había echado en falta en Mann Gulch.

SEGUNDA PARTE

VIII

ENTRAMOS AHORA EN UN HUSO HORARIO diferente, incluso en otro mundo temporal. De repente aparece el mundo a cámara lenta que acompaña al dolor y al desconcierto moral que tratan de comprender la desaparición de aquellos cuyo amor y constante presencia nunca pusimos en duda. El único tiempo que contaba eran los cincuenta y seis fugaces minutos anteriores a que el fuego arrancara los relojes de los cuerpos muertos, los lanzase por los aires ladera arriba más allá de los cuerpos y congelara las manecillas del reloj. Ahora hay por delante un mundo sin explosiones, sin *blowups*, y que de no ser por el narrador tampoco contendría muchas explicaciones. Sabemos que inmediatamente después habrá un estallido de indignación pública y la luz de las velas vacilante del duelo privado. ¿Y después? Podría haber un lento fundido del tiempo hasta que lo único que quede de la memoria de Mann Gulch sean unas cuantas cruces de hormigón resquebrajadas en una colina casi inaccesible y una placa conmemorativa con los nombres que acompañan a las cruces junto a un *camping* en la boca del siguiente barranco, río arriba.

Después de que las lluvias otoñales convirtieran las cenizas en aludes de barro, parece que la historia fue enterrada cuando aún faltaban varias piezas para completarla. Como historia de misterio, dejaba sin explicar qué fuerzas dramáticas y devastadoras coincidieron para convertir a nuestros mejores jóvenes en cadáveres, cómo llegaron los cuerpos a sus cruces y en qué consistió ese

trayecto, y por qué se permitió que esta catástrofe pasara de largo sin buscar en ella las pizcas de consuelo cuidadosamente sopesadas que hacían falta para transformarla en tragedia. Si queremos buscar al menos una continuidad cronológica al relato, sería lógico escuchar las protestas de la opinión pública y, al mismo tiempo, tratar de compartir al menos en parte los sufrimientos íntimos de quienes amaban a los que murieron. Pero teniendo siempre presente la posibilidad, si se buscara un final en este sentido, de que podría tratarse de una labor interminable. Incluso hay que entender que la mayoría de las personas que se vieron profundamente afectadas por la catástrofe quisieran que todo aquello acabase enseguida; cuando a todo ello vinieron a sumarse las controversias y los procedimientos judiciales, sin duda todo se hizo tan grande que empezó a dar miedo. La gente quería que se acabase y que nunca volviera a empezar.

Aun así, es posible que en algún lugar haya un final para esta historia, aunque se necesitaría la fe de un narrador para proceder a la búsqueda del mismo y, en el camino, conservar la creencia de que el final puede ser verdadero y al mismo tiempo coherente desde el punto de vista dramático. Una historia que honre a los muertos con realismo expía en parte los sufrimientos que causa, de manera que en lugar de dejamos moralmente perplejos agrega dimensiones a nuestra lucidez al observar los cuatro elementos del universo en acción: el cielo, la tierra, el fuego y los jóvenes.

Sin embargo, la historia debe ser verdadera. En el fondo de los impulsos que inducen a buscar esta historia existe la convicción del narrador de que, a veces, la vida adopta la forma del arte y de que lo que recordamos de esos momentos es, en gran medida, lo que entendemos por vida. Las comedias breves semihumorísticas que vivimos y las ineludibles tragedias de siempre, junto con las canciones líricas y picaras de la juventud, constituyen la mayor parte de lo que somos. Se convierten en casi todo lo que recordamos de nosotros mismos, aunque resultaría algo artificial tomar estos momentos de nuestras vidas que en apariencia tienen forma y sentido como la demostración de que estamos habitados por un

impulso hacia el arte. Y, sin embargo, sentimos un impulso que va en dirección contraria al *ello* freudiano o comoquiera que se llame ahora lo desordenado, violento y catastrófico que habita tanto dentro como fuera de nosotros. En tanto que sensación, este impulso contrario al *ello* es una especie de anhelo de sensatez, de que las cosas se correspondan con las otras, y da lugar a una sensación reconfortante cuando uno ve que el universo se pone una prenda que ha encontrado en el perchero y que parece que le sienta bien. Evidentemente, nuestros dos impulsos han de estar presentes para explicar nuestra vida y nuestro arte, y probablemente expliquen en gran medida por qué la tragedia, inflamada por el desorden, suele ser considerada como la forma de arte más serena.

Debería ser evidente ya, tras casi cuarenta años, que el truculento universo parece preferir que el incendio de Mann Gulch constituya uno de sus secretos: abandonado a su suerte, va desvaneciéndose, como un incidente violento sin resolver por el que lloran las personas —cada vez menos— que aún viven y que son lo bastante viejas como para llorar las calamidades ocurridas en 1949. Si a estas alturas hay una historia en Mann Gulch, necesitará algo así como que un narrador la encuentre, y no es fácil imaginar qué impulsos le llevarán a buscarla. Lo más probable es que sea un narrador viejo, o al menos lo bastante viejo como para saber que el problema de la identidad no es solo un problema juvenil, sino que es un problema en sí; e incluso lo bastante viejo como para saber que lo más cerca que uno puede estar de encontrarse a sí mismo, a cualquier edad, es encontrando una historia que de alguna manera le hable de sí mismo.

En mis días de joven profesor, cuando todavía me veía a mí mismo como un buen jugador de billar, tuve el placer de ver jugar a Albert Abraham Michelson casi todos los días, al mediodía. En aquellos tiempos era uno de los ídolos de nuestro país, al haberse convertido en el primer científico estadounidense en ganar el premio Nobel de Ciencias (por haber medido la velocidad de la luz, entre otras cosas). Para mí, tenía el lustre añadido de ser el mejor jugador aficionado de billar que hubiera visto en mi vida. Uno de aquellos

mediodías, mientras no dejaba de mover la cabeza por haber fallado un tiro fácil tras haber tenido una racha de treinta y cinco o treinta y seis golpes, le dije: «Es usted un gran jugador de billar, señor Michelson». Él negó con la cabeza y me dijo: «No. Me estoy haciendo viejo. Las carambolas a tres bandas aún me salen, pero he perdido el toque suave de las cortas». Aplicó tiza a la punta del taco, pero, en lugar de seguir jugando, acabó lo que tenía que decir: «Aunque el billar es un gran juego, no es tan bueno como el ajedrez». Sin dejar de poner tiza al taco, añadió: «Aunque el ajedrez no es un juego tan bueno como la pintura». Y concluyó: «Pero la pintura no es un juego tan bueno como la física». Luego guardó el taco y se fue a su casa, para pasar la tarde pintando bajo el gran árbol que tenía en su jardín delantero.

Es en el mundo del tiempo lento donde la verdad y el arte se funden en uno solo.

LA COLINA en la que murieron se parece mucho a Custer Hill[32]. En la hierba seca de ambas colinas hay marcas blancas dispersas donde se encontraron los cuerpos, con un grupo especial de señales a muy poca distancia de la cumbre, donde el terror rojo los cercó por detrás, por encima y por los lados. Eran los cuerpos de quienes habían sido jóvenes y considerados invencibles, por los demás y por ellos mismos. Eran los más rápidos con que contaba la nación para llegar adonde hubiera peligro; llegaron allí por el mágico mundo que hay entre la tierra y los cielos, y cuando estuvieron allí casi hicieron de aquello un juego. Nadie ha estado más seguro de ser ajeno a la derrota que el Séptimo de Caballería y los smokejumpers.

La diferencia entre trece cruces y doscientas cuarenta y cinco o doscientas cuarenta y seis lápidas (cuesta contarlas) hace que la nuestra sea una Custer Hill a pequeña escala, con algunas ventajas. Hubo helicópteros, patrullas aéreas y demandas judiciales. Contó con una cobertura periodística inmediata que permitió agrandar los titulares y el suspense a medida que la lista de heridos cambiaba de tres supervivientes ilesos, dos hombres con grave quemaduras y el

resto del equipo desaparecido, a la lista final, en la que los únicos supervivientes eran los tres primeros. Los titulares se inflamaron al máximo al confirmarse la muerte de los dos heridos y de todos los desaparecidos.

El Servicio Forestal supo de inmediato que se encontraba en un enorme aprieto. El 7 de agosto, el jefe de los guardabosques en Washington, Lyle F. Watts, nombró un primer comité para que investigara la tragedia y le informara de inmediato. El 9 de agosto el comité sobrevoló la zona varias veces, regresó a Mann Gulch en barco y pasó allí tres horas. Como el propio general Custer, a quien le gustaba hacerse acompañar de periodistas, el comité de investigación llevó a un equipo de reporteros y fotógrafos de *Life*. El artículo principal de su número del 22 de agosto de 1949, titulado «Smokejumpers Suffer Ordeal by Fire» [Los smokejumpers sufren su prueba de fuego], estaba compuesto de cinco páginas, incluía un mapa y fotografías del incendio, del funeral y de un ciervo calcinado, probablemente el mismo que Rumsey y Sallee habían visto salir de las llamas y desmoronarse mientras esquivaban el fuego yendo de un lado a otro del desprendimiento de rocas.

El incendio de Mann Gulch visto desde el aire, agosto de 1949. Fotografía cortesía del Servicio Forestal del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

En el vuelo del 5 de agosto, había acompañado a los smokejumpers un fotógrafo del Servicio Forestal llamado Elmer Bloom, que había recibido el encargo de hacer una película didáctica para los paracaidistas novatos. Bloom tomó fotos del equipo colocándose el traje, en el momento de embarcar, del incendio de Mann Gulch tal y como se veía al principio desde el aire, así como de lo que habría de ser el último salto para la mayoría de los smokejumpers. Hay cinco fotogramas de esta serie documental reproducidas en *Life*, y a pesar de todos mis esfuerzos por encontrar la película, esto es lo único que he visto de ella. Encontré una carta de agosto de 1949 del guardabosques de Missoula al guardabosques jefe de Washington en la que se decía que, en efecto, la película era demasiado «candente» como para tenerla allí, de manera que se la enviaba. No he conseguido que nadie diera con ella en Washington. Siempre me dicen que debieron de «catalogarla mal», lo cual seguramente sea cierto, porque no hay mejor modo en este mundo de que algo se pierda para siempre que catalogarlo mal en una gran biblioteca.

Cuesta trabajo creer que la película sea algo más que un pequeño y extraño recuerdo, pero muy pronto llegaron ecos de amenazas de pleitos por parte de los padres, y el Servicio Forestal cambió su anterior política de proporcionar fotografías a *Life* por la de enterrar las imágenes que aún conservaba.

La cabeza visible de las protestas públicas contra el Servicio Forestal fue Henry Thol, el afligido padre de Henry Junior, cuya cruz es la que está más cerca de la cima del cerro de Mann Gulch. El dolor del padre no solo era casi irrefrenable, sino que él, más que cualquier otro pariente de los muertos, debía de saber de qué estaba hablando. Era un guarda forestal jubilado de la vieja escuela, y poco después del incendio estuvo en Mann Gulch estudiando y recorriendo el escenario de la tragedia. Harvey Jenson, responsable

de la embarcación de recreo que llevaba a los turistas río abajo desde el embarcadero de Hilger hasta la boca de Mann Gulch, se inquietó por la conducta de Thol y el efecto que estaba teniendo en su negocio turístico. Su declaración más suave fue: «Thol se ha mostrado muy poco razonable en sus declaraciones y ha expuesto sus ideas con gran contundencia a quienes se embarcaban para ir a Mann Gulch y volver mientras él hacía un viaje tras otro en el barco de pasajeros».

El Servicio Forestal actuó con rapidez, probablemente con demasiada rapidez, a la hora de redactar el informe oficial y dar su versión del incendio a la opinión pública. Nombró formalmente un Tribunal de Revisión, compuesto por miembros del Servicio Forestal, ninguno de los cuales tenía rango inferior al de ayudante de guardabosques regional; se reunieron en Missoula el 26 de septiembre, a la mañana siguiente sobrevolaron varias veces Mann Gulch y sus alrededores, por la tarde recorrieron el camino a pie y durante dos días oyeron a «todos los testigos clave» del incendio. El *Informe del Tribunal de Revisión* lleva fecha del 29 de septiembre de 1949, tres días después de que llegaran a Missoula los miembros del comité, y cuesta entender cómo en tan poco tiempo, con los acontecimientos tan recientes y en medio del enorme nerviosismo reinante, fue posible llevar a cabo un análisis convincente de lo acaecido en la pequeña Custer Hill. En cuatro días reunieron todos los datos relevantes, los revisaron, los sometieron a juicio y escribieron lo que esperaban que fuera un libro que zanjara la mayor tragedia en la historia de los smokejumpers.

En este relato se ha hecho referencia y se ha citado muchísimas veces el *Informe* y los testimonios, y un final para este relato implica examinar de cerca los principales hallazgos del *Informe*. Pero el efecto inmediato de esta versión oficial del Servicio Forestal sobre el incendio fue el de echar más leña al fuego.

El 14 de octubre, Michael «Mike» Mansfield, por aquel entonces miembro de la Cámara de Representantes y más tarde distinguido líder de los senadores demócratas, impulsó en el Congreso una enmienda a la Ley de Compensación de los

Empleados Federales que aumentaba el subsidio para inhumaciones de doscientos a cuatrocientos dólares, estableciendo que la enmienda fuera retroactiva y se aplicara a los fallecidos en Mann Gulch.

Los doscientos dólares adicionales por cadáver para los gastos del entierro no sirvieron de mucho para apaciguar la ira o el dolor personal. En 1951, los padres de los fallecidos en el incendio, o sus representantes legales, interpusieron ocho demandas por daños y perjuicios, «alegando negligencia por parte de los funcionarios del Servicio Forestal y pidiendo una indemnización por la "pérdida de bienestar, socorro y compañía" que significaba un hijo». No obstante, para poder apreciar su justa medida, hay que añadir que las ocho demandas fueron presentadas por los representantes de solo cuatro de los fallecidos, presentando cada demandante dos demandas, una en su propio nombre por la pérdida de la compañía y el apoyo del hijo, y la otra en nombre del hijo fallecido por el sufrimiento que este había padecido.

Henry Thol era el líder de este grupo y llevaría su propio caso ante el tribunal de apelación, por lo que una buena forma de obtener una visión de conjunto acerca de los argumentos y las pruebas sobre las que se fundamentaban esas demandas consiste en examinar el testimonio de Thol ante el Tribunal de Revisión, en el que fue el testigo final.

Thol se había convertido en la figura principal que había tras estas demandas no solo por ser el único, de entre todos los padres de los fallecidos, que había sido guardabosques toda su vida y podía enfrentarse al Servicio Forestal en su propio terreno. La geografía también contribuyó a ello: vivía en Kalispell, no muy lejos del cuartel general de la Región Uno en Missoula y de la base de los smokejumpers. Además, Kalispell era la ciudad natal de Hellman. Thol conocía a su esposa, y su pesar por ella, embarazada y en una precaria situación económica, no hacía sino incrementar su ira. También es probable que haya algo de verdad en lo que le dijera Jansson a Dodge en una compasiva carta escrita después del incendio: en su opinión, Thol, como muchos guardabosques de los viejos tiempos, tenía la sensación de haber sufrido un atropello por

parte de los licenciados universitarios que se habían apropiado del Servicio Forestal, por lo que estaba decidido a descubrir todo lo que este moderno Servicio Forestal había hecho mal y, en cierto sentido, planeado para hacerle sufrir. En su testimonio, cada una de las órdenes principales que el Servicio Forestal dio al equipo de smokejumpers es tachada de error imperdonable desde la perspectiva de las labores forestales, empezando por el hecho de que el equipo fuera lanzado sobre un incendio en un terreno sumamente escarpado y sin valor, y con un calor y un viento absolutamente fuera de lo normal, y terminando por la quema de seguridad de Dodge. El equipo no tendría que haber saltado, sino que tendría que haber regresado a Missoula. En cuanto a Dodge, al ver el incendio, debería haber llevado al grupo directamente a lo alto del cerro, fuera de Mann Gulch, en lugar de descender siguiendo un trayecto peligrosamente paralelo a ese fuego explosivo; no debería haber perdido tiempo en volver a la zona de carga para almorzar con Harrison; cuando advirtió que el fuego había saltado el barranco y que el equipo podía quedar atrapado enseguida, debería haberse dirigido en línea recta hacia la cumbre del cerro en lugar de hacerlo en diagonal; y así hasta llegar a la «quema de seguridad», que fue una trampa trágica, la trampa de la que ni su hijo ni ninguno de los otros doce hombres pudieron escapar.

La acusación con mayor peso desde el principio, tanto en opinión de Thol como del Servicio Forestal, era el fuego de Dodge que, en lugar de haberles permitido escapar, había cortado la huida al equipo.

El fuego del incendio de Mann Gulch aún no había dejado de arder, y el Servicio Forestal estaba preocupado ante la posibilidad de que los smokejumpers hubieran muerto calcinados por culpa de su propio jefe. El comité de investigación inicial designado por el guardabosques en jefe de Washington estaba presidido por C. A. Gustafson, jefe de control de incendios del Servicio Forestal, quien más tarde declararía que no había querido hablar con ninguno de los supervivientes antes de ver en persona el incendio, debido a ciertos temores al respecto que deseaba afrontar a solas. Según sus propias

palabras, eso fue lo que le llevó a Mann Gulch el 9 de agosto: «Lo que me preocupaba era el efecto de la quema de seguridad sobre la posible huida de los hombres».

Jenson, responsable de llevar a turistas río abajo hasta Mann Gulch, es quien probablemente recuerde con mayor exactitud las opiniones de Thol sobre el fuego de Dodge. Afirma que oyó decir al primero: «De eso no cabe duda: el fuego de Dodge calcinó a sus muchachos». Y el padre no fue menos preciso ante el Tribunal de Revisión: «Los indicios sobre el terreno muestran con bastante claridad que su fuego [el de Dodge] atrapó a algunos de los muchachos que estaban más arriba que él, e impidió que los que se hallaban más abajo alcanzaran la cumbre. Los pobres chicos quedaron atrapados, sin posibilidad alguna de escape».

La réplica del Servicio Forestal a esta y otras acusaciones se encuentra en las conclusiones del *Informe del Tribunal de Revisión*. La duodécima y última conclusión no es más que un resumen de las conclusiones que la preceden: «La conclusión general del tribunal es que no hay pruebas de que los responsables del equipo de paracaidistas no prestaran la debida atención a los factores de riesgo que debían tener en cuenta al lanzar a equipos de paracaidistas sobre los incendios».

El tribunal añadía asimismo un contraataque: todos los hombres habrían podido salvarse si hubieran «hecho caso a los intentos de Dodge para que se metieran con él en la zona de su quema de seguridad». Durante todo el interrogatorio, hay algo más que insinuaciones de que el Tribunal de Revisión intentaba establecer que se había producido una especie de insurrección ante el fuego de Dodge, insurrección liderada por alguien de quien se cree que habría exclamado: «A la mierda, yo me largo». Como hemos visto, incluso se sugería que el autor de esas palabras había sido Hellman, y que, por lo tanto, la carrera hacia el cerro la habría desencadenado el segundo al mando desafiando las órdenes de un superior.

Todavía circulan rumores entre los antiguos smokejumpers de que Dodge, el jefe del equipo, y Hellman, su segundo, tenían mala relación, aunque nunca he encontrado ninguna prueba directa que

respalde dichos rumores. Parece como si, en cierto sentido, asociáramos la aniquilación de nuestras mejores tropas en las proximidades de la cumbre de un cerro con la acusación de que el segundo al mando habría desobedecido a su jefe porque desde hacía tiempo «se tenían tirria». Los defensores del general Custer explican su debacle acusando a su segundo, el comandante Reno, de odiar al general y de no haberlo apoyado en la batalla. En el plano psicológico, es fácil entender que un esquema narrativo como este llegue a convertirse en una pieza fija de la historia. Sirve para eximir a «nuestro» líder y a todos «nuestros» hombres de la responsabilidad de haber provocado una catástrofe nacional, a todos menos a una de las cabezas de turco favoritas de la historia, «el segundo al mando».

En el mundo donde pueden determinarse —si no demostrarse— las cosas, la demanda de Henry Thol llegó al tribunal de apelación del noveno distrito, donde Warren E. Burger, futuro presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos, fue uno de los abogados que argumentó en contra de la acusación del guardabosques jubilado del Servicio Forestal de Estados Unidos, en virtud de la cual su hijo habría conseguido cubrir los sesenta o setenta metros que lo separaban de la cumbre del cerro de no haber sido por la negligencia del Servicio Forestal de Estados Unidos. A pesar del número de veces que aparece el nombre de «Estados Unidos» en esta frase, no tuvo mayores consecuencias.

El tribunal de apelación mantuvo en 1954 la decisión de la audiencia de Montana. Los dos tribunales fallaron, pues, que la Ley de Compensación de los empleados federales podía excluir constitucionalmente a los padres no dependientes de ser indemnizados por daños y perjuicios a costa de la administración federal, a excepción del subsidio para entierros. Se refrendó asimismo la constitucionalidad del carácter retroactivo de la enmienda de Mansfield, para que pudiera aplicarse a los muertos de Mann Gulch. Por lo tanto, después de haber enterrado a sus hijos, los padres recibieron otros doscientos dólares.

DURANTE UN tiempo pareció que los cuatrocientos dólares pondrían fin a la historia. Una decisión judicial basada en doscientos dólares más otros doscientos por cadáver silenció a los padres; no podían seguir con su acusación de negligencia a menos que la decisión del tribunal de apelación fuera revocada por nuestro más alto tribunal. Para el ciudadano medio, el Gobierno tiene casi todas las cartas y las jugará cuando sea tanto presunto culpable como juez de su propia culpabilidad.

Por ejemplo, a finales de 1951 (12 de diciembre) en Lewiston, Idaho, Robert Sallee hizo una segunda declaración sobre el incendio de Mann Gulch a «un investigador del Servicio Forestal de Estados Unidos», y menos de un mes después (1 de enero de 1952), Walter Rumsey hizo su segunda declaración al mismo investigador oficial en Garfield, Kansas. El Servicio Forestal estaba preparando a sus dos testigos clave por si acaso, llegando incluso a llevarlos de vuelta a Mann Gulch para un curso de actualización. Sus segundas declaraciones siguen de cerca a las primeras, que fueron tomadas solo unos días después de su regreso a Missoula desde el incendio (fechadas ambas el 10 de agosto de 1949). De hecho, sus segundas declaraciones siguen al pie de la letra las primeras, al menos en buena parte de las mismas, por lo que las alteraciones daban bastante el cante. Rumsey y Sallee estaban seguros de dos cosas: ahora afirmaban con firmeza que si los que murieron hubieran seguido las instrucciones de Dodge de tumbarse con él en su propio fuego (cosa que ellos dos tampoco hicieron), se habrían salvado, como Dodge. Además, insistieron en que en su huida hacia la colina habían avanzado barranco arriba bordeando el fuego de Dodge, «en línea recta» hacia la cumbre del cerro, por lo que el fuego de Dodge no habría podido atrapar a quienes murieron devorados por las llamas cerca de la cabecera del barranco, ya que estos y la quema de seguridad habrían formado aproximadamente un ángulo recto.

Algunos documentos oficiales sobre el incendio, por tanto, fueron retocados y se les dio el tono adecuado. Otros, probablemente, fueron enterrados sin más; algunos incluso fueron marcados como «confidenciales» y ocultados a la opinión pública,

como si estos informes sobre el incendio pusieran en peligro la seguridad nacional. Y los hubo, por fin, que acabaron dispersos entre diferentes oficinas del Servicio Forestal, desde la sede de la Región Uno en Missoula hasta la sede nacional en Washington D. C. El incendio de Mann Gulch se había diseminado tanto que, casi veinticinco años después, el primer misterio que tuve que resolver fue el de averiguar dónde había desaparecido. Es como un entierro en el mar; después se hace difícil encontrar los cuerpos entre el oleaje, y no podría haberlo hecho sin la ayuda de los hombres y mujeres del Servicio Forestal, que consideraron que el entierro había sido indecente. De todos modos, hoy el mundo es distinto al que existía antes de que en 1966 se aprobara la Ley de Libertad de Información, pero yo he vivido la mayor parte de mi vida antes de esa fecha, y aún recuerdo perfectamente la carcajada que resonó en la sede regional de Missoula cuando un periodista decidido y sin pelos en la lengua insistió en acceder a los documentos que allí hubiera sobre el incendio de Mann Gulch. Con ocho demandas en trámite por negligencia en la muerte de trece de sus mejores hombres del oeste, el Servicio Forestal no estaba dispuesto a abrir su corazón ni sus archivos para que los viera el primero que pasara. En lo tocante a los archivos marcados como «incendio de Mann Gulch», la consigna era no decir ni mu.

Las razones por las que los padres, los familiares y los amigos cercanos esperaban que se hiciera silencio eran, naturalmente, muy diferentes de las del Gobierno. El Servicio Forestal buscaba el silencio; los padres se vieron reducidos a él, y aunque resultara triste, tal vez también lo hubieran buscado. En general, se trataba de personas con pocos recursos que no podían permitirse apelar —de haber sido ese su deseo— ante el Tribunal Supremo, y salvo Thol, no debían de entender muy bien el caso, por lo que probablemente sentían reticencias a seguir adelante. Lo más importante de todo seguramente fuera la ocultación del dolor y el desconcierto moral sufridos por la muerte de uno de los suyos, un chico joven, que tenía un don especial, una osadía especial, un desprecio especial por la muerte, que parecía, tanto para nosotros como para él mismo, estar

al margen de la muerte, especialmente de la muerte que no dejaba tras de sí ninguna explicación, ni como secuencia de acontecimientos ni como acontecimiento moral en cualquiera-que-sea-el-mundo-que-nos-ha-tocado-vivir. Es la aflicción dolorosa y menguante que se sufre por alguien de quien uno esperaba que ni la muerte ni nada malo osaran tocarlo. Después, se vive con el temor a que algo altere el recuerdo de la persona y todo lo demás. Yo debería saberlo muy bien.

Hace unos pocos veranos, treinta años después del incendio, envié a través de un amigo común lo que consideraba una nota amable a la madre de uno de los fallecidos de Mann Gulch, en la que le preguntaba si podía hablar con ella. La mujer me respondió, a través de este amigo común, con una amable nota en la que me decía que incluso después de todos aquellos años era incapaz de hablar sobre la muerte de su hijo. A continuación pensé en probar con uno de los padres de los fallecidos, quien se revistió de dignidad, pues sin duda sentía que se trataba de un desafío que debía afrontar como un hombre, y se dirigió a mí con la misma dignidad hasta que me puse a hablar de la muerte de su hijo. Yo había dado por hecho que conocería ciertos pormenores de su muerte y que, como científico, le interesarían otros detalles que pudieran hacerle partícipe de las últimas decisiones tomadas por su hijo, muy meditadas, aunque trágicas. Cometí el error de seguir hablando, hasta que advertí que las manos empezaban a temblarle como si padeciese Parkinson. No podía controlarse, así que es imposible contar una historia, al menos una historia que tenga punto y final, entrando en contacto con los vivos que amaron a los jóvenes que murieron, al menos ninguna que esté en mis manos acometer. Una historia requiere, como mínimo, movimiento, y para las personas que amaban a quienes murieron, nada se ha movido. Todo se detuvo el 5 de agosto de 1949. De modo que si hay algo más en esta historia que pueda hallar, tendré que hallarlo en otra parte.

El silencio, por supuesto, nunca puede ser completo. Quedan algunas cosas; cosas desgastadas, cosas inconexas, cosas que no están en el lugar correcto o que pertenecen claramente a otro tiempo: una

cazadora de pescar raída, unas cuantas cartas escritas por él, unas cuantas cartas escritas a él, una fotografía de la infancia en la que cuesta reconocerlo, una imagen en la que tal vez algo sea correcto.

De vez en cuando pasan por la tele una película basada supuestamente en el incendio de Mann Gulch. En 1952, mientras el litigio seguía su curso, Twentieth Century-Fox estrenó *Cielo rojo de Montana*, rodada en la base de smokejumpers de Missoula y en un incendio a las afueras de la ciudad. En el reparto aparecen Richard Widmark, Constance Smith, Jeffrey Hunter y Richard Boone. Al principio de la trama, el jefe de un equipo de smokejumpers en un incendio forestal enciende una quema de seguridad, como hizo Dodge cuando las llamas iban a alcanzarlo; también al igual que este, se tiende sobre las cenizas, pero sus hombres «no lo necesitan» y es el único que sobrevive, aunque su vida se haya convertido en una desgracia.

Sin embargo, al final de la película hay otro incendio y el protagonista vuelve a encender una quema de seguridad. Esta vez su equipo le hace caso y todos viven felices y comen perdices.

Nuestra historia sobre el incendio de Mann Gulch, obviamente, se complica al tratar de encontrar su verdadero final. Ahí tenemos este filme, que revive varias veces al año en las reposiciones de la tele y que ha alcanzado una especie de inmortalidad añadiendo simplemente pequeños fragmentos de verdad a una vieja y manida convención literaria. Esta trama añadida y vivificante es la conocida «trama del oficial caído en desgracia», según la cual un jefe militar que ha caído en desgracia ante sus hombres, bien porque han malinterpretado sus acciones, bien porque ha tenido un momento de cobardía, vuelve a afrontar la misma situación, pero esta vez con heroísmo (por regla general como consecuencia de la influencia de alguna buena mujer). Dicho sea de paso, este argumento se ha utilizado a menudo en películas y relatos sobre el episodio de Custer Hill. Quizá se trate de un recordatorio para dejar abierta la posibilidad de que en realidad no haya ningún final para la historia del incendio de Mann Gulch. En ese caso, que así sea; hay muchas tragedias en el universo a las que les faltan elementos y no llegan a

ninguna conclusión, y esto probablemente incluya la tragedia que nos aguarda a usted y a mí.

LA SIGUIENTE parte de esta historia consiste, por lo tanto, en la búsqueda de la historia completa del incendio de Mann Gulch; de lo que en un momento se supo y luego se dispersó o quedó enterrado; de las partes que por el momento faltan porque la ciencia que estudia los incendios no ha sabido explicar el comportamiento de los *blowups* ni de la «quema de seguridad»; y del intento por imaginar los últimos instantes de quienes llegaron hasta esas cruces invisibles y solitarias. Es probable que en esta búsqueda no debamos dejamos guiar del todo por el sistema del caballero medieval que perseguía el Santo Grial sin tener una idea clara de qué buscaba ni dónde podía encontrarlo, de manera tal que erraba de un lado a otro, participando en torneos con otros caballeros que tampoco sabían qué andaban buscando, hasta descubrir que habían vuelto a casa y no eran muy distintos de como eran al principio, salvo por algunas magulladuras y una lanza rota. Muy pronto habría yo de recibir magulladuras en mis andanzas, pero traté de acortar la duración de la búsqueda llevando a cabo varias investigaciones a la vez. Cuando, en 1976, empecé a estudiar seriamente el incendio de Mann Gulch, procuré conseguir los documentos oficiales sobre el asunto y, al mismo tiempo, volver a familiarizarme con el terreno real donde había ocurrido la tragedia. Como primer paso hice por el Missouri una penosa travesía en barco hasta Mann Gulch. Ya antes había empezado incluso con los archivos de Missoula porque, tanto por ser la sede de la Región Uno del Servicio Forestal como por ser la ubicación de la base de los smokejumpers enviados al incendio, fue el centro de operaciones del Servicio Forestal contra el incendio de Mann Gulch. Mis primeras justas, tanto con los archivos como con el terreno, fueron a favor de mis oponentes, quienesquiera que fuesen. Mi cuñado, Kenneth Burns, que creció a pocos kilómetros de Mann Gulch y que por aquel entonces vivía en Helena, dijo que no tendría ningún problema en pedir prestado un barco y llevamos

por el Missouri desde el embarcadero de Hilger hasta la boca del cañón de Meriwether, donde, como se recordará, hay un sendero casi vertical hasta la cima del cerro entre Meriwether y Mann Gulch. Charles E. «Mike» Hardy, jefe de proyecto de investigación forestal en el Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del Norte, en Missoula, autor de un excelente estudio sobre los inicios de la investigación en el Servicio Forestal (*The Gisborne Era of Forest Fire Research: Legacy of a Pioneer*, 1983), había conseguido que me interesase desde el principio por el análisis científico del incendio, y tuvo la amabilidad de hacer el viaje con nosotros a fin de procurarme una visión cercana de la puesta en práctica de sus teorías. Aunque en este viaje no puede decirse que llegáramos exactamente a Mann Gulch, le estoy agradecido a Mike por haberme situado en el camino correcto.

En la cumbre del cerro ya nos estaba esperando un chaparrón desafiante. Desde el fondo del cañón de Meriwether podíamos ver y oír cómo se preparaba para enfrentarse a nosotros. Mientras intentábamos no acabar en nuestro punto de partida, oíamos el fragor de la tormenta y el retumbar de la tierra. Cuando nos aproximábamos a la cumbre, trató de hacemos retroceder de un golpe descargando rayos contra unas rocas gigantescas. Cerca de la cumbre había un árbol solitario, solo uno, y por si se nos hubiera ocurrido la loca idea de refugiamos debajo, un rayo lo tomó como diana y lo partió en dos; cayó como si hubiera sido golpeado por un hacha de guerra. En nuestro intento por alcanzar las rocas nos quedamos de pie inmóviles en el camino, contenidos por el viento. Solo pudimos movernos cuando este amainó un poco: entonces caímos de cara. Al amainar el viento, la lluvia se volvió fría, e incluso más intensa, obligándonos a abandonar el campo de batalla de la cumbre. El agua caía con tanta fuerza que parecía como si sobre nosotros se derrumbase una muralla fortificada. Para cuando llegamos al fondo de Meriwether, temblábamos de frío, desmoralizados, y era probable que mi cuñado hubiera ya contraído una neumonía.

Todo aquello parecía una especie de exhibición organizada para

hacernos saber que Mann Gulch tenía poder sobre la tierra, el aire y el agua, además de sobre el fuego. Mientras el viento seguía disminuyendo, la lluvia aumentaba y caía a plomo. Ahora era compacta por todas partes. El motor de nuestra barca prestada se estropeó y no había manera de volver a ponerlo en marcha; al cabo de un rato nos dimos por vencidos y emprendimos el viaje de regreso al embarcadero de Hilger valiéndonos de pértigas y palas, lo que nos llevó varias horas. Ya antes de llegar allí mi cuñado estaba bastante enfermo; nunca volvería a Mann Gulch. Así que, por un tiempo, podía tenerlo en exclusiva si lo quería; y por un tiempo lo dejé a merced de los elementos. Me dirigí a los archivos, porque sabía que allí estaría seco, no habría viento y el aire sería el mismo que cuando se habían construido las estanterías, sin que nada, a excepción de algún volumen, se hubiera movido desde entonces. Los carteles exigían silencio e incluso el silencio olía a viejo, y durante una temporada me sentí atraído hacia ese olor.

Conseguir algo de los archivos del Servicio Forestal en Missoula era casi tan difícil como conseguir algo de Mann Gulch. Aunque no había grandes dificultades para poder acceder a la Biblioteca Regional, no existía en aquellos archivos mucho material sobre el incendio de Mann Gulch, y lo que había era el material ya conocido. Y, sin embargo, parte de este material estaba clasificado como «Confidencial».

Yo no esperaba que hubiese mucho en los archivos, porque no es posible ahondar en la historia de Mann Gulch sin que a uno le asalte la sospecha de que se ha hecho todo lo posible por disipar y tapar la tragedia. Además, es imposible llegar muy lejos en las investigaciones sobre el Servicio Forestal si no se sabe de antemano que el Servicio Forestal es una organización bastante ahistórica, a veces incluso antihistórica. Así que cuando busqué por primera vez «Incendio de Mann Gulch» en los archivos, el fichero estaba prácticamente vacío. Sin embargo, no tardé mucho en conocer al gran guardabosques W. R. «Bud» Moore, que por aquel entonces dirigía la División de Aviación y Control de Incendios de la Región Uno del Servicio Forestal. Es un hombre franco y devoto del

Servicio Forestal, alguien que espera que todo estadounidense, salvo el presidente del país, también lo sea. Dio órdenes de que reunieran todos los documentos extraviados sobre Mann Gulch que pudieran hallarse en la región y los pusieran a mi disposición. Este material se sumó al pequeño pero interesante archivo que contenía la mayoría de los documentos de mi colección clasificados como «Confidencial». Pero, en su conjunto, el incendio de Mann Gulch había quedado reducido a cenizas sin apenas dejar rastro en las oficinas de la Región Uno del Servicio Forestal de Estados Unidos, y tuve que hacer tres visitas a la oficina de información del Servicio Forestal en Washington D. C. antes de disponer de una mínima colección sobre el incendio de Mann Gulch.

Resulta más difícil adivinar cómo te van a recibir los responsables de los documentos gubernamentales que adivinar lo que vas a encontrar en estos últimos. De antemano, había supuesto que me considerarían un personaje sospechoso que no andaba tramando nada bueno: estaba solo e iba metiendo las narices en los archivos del Gobierno y en el propio Mann Gulch, cuyos sucesos hacía tiempo que se habían perdido en el pasado, y así debía seguir siendo. Aunque creía que los empleados del Servicio Forestal siempre me estarían observando con ojo avizor cuando anduviera por allí, y más todavía cuando no, no había tantos espías como me había temido. La mayoría llevaban en el Servicio Forestal una eternidad, y algunos llevaban trabajando allí el tiempo suficiente como para saber que en la época del incendio de Mann Gulch hubo sus más y sus menos en las relaciones públicas. La mayoría de empleados del Servicio Forestal que me vigilaban de reojo pertenecían a ese estrato de la mayoría de oficinas de relaciones públicas que nunca goza de la importancia necesaria como para que se les confíen los verdaderos secretos de la organización; simplemente saben por razones genéticas que las grandes organizaciones tienen turbios secretos (por eso son grandes). Y también por razones genéticas gustan de los secretos turbios, y de guardarlos, pero no tienen ninguno. Tengo entendido que las organizaciones gubernamentales cuentan casi siempre con esta

minoría no organizada de «guardianes de secretos no guardados», y uno de ellos, según me dijeron, llegó al extremo de escribir una carta para que fuera leída en una reunión del Estado Mayor de guardabosques de la región en la que se informaba de que yo estaba llevando a cabo sospechosas visitas a Mann Gulch y que, al parecer, estaba organizando el regreso, igual de sospechoso, a Mann Gulch de los dos supervivientes del incendio. Según mi fuente de información, después de la lectura de la carta el jefe de los guardabosques de la región continuó con los asuntos que tenía entre manos como si nada hubiera ocurrido. Y, hasta donde yo sé, nada había ocurrido.

Por otra parte, muchos de los hombres del Servicio Forestal cuyo trabajo principal es el control de incendios tienen buenos motivos para ser ahistóricos. Ha habido millones de incendios forestales en el pasado; los indios incluso los provocaban en otoño para mejorar los pastos de la primavera siguiente. Lo que los bomberos quieren saber es el peligro de incendios para el día de hoy, y para ellos yo soy mucho menos importante que el porcentaje de humedad de los combustibles durante una tarde cualquiera. Son tipos duros y me caen bien, y me llevo bien con ellos, aunque me cuido mucho de contarles historias de los viejos tiempos, cuando en ocasiones se tardaba una semana o más en reunir a una cuadrilla en Butte, trasladarlos al final del ramal del ferrocarril que subía por el Bitterroot, y luego hacerlos caminar setenta u ochenta kilómetros a través de la división del Bitterroot para llevarlos a un incendio junto al río Selway, en Idaho. Procuraba ser cuidadoso y dócil y no terminar ninguna de esas historias con una observación general del tipo: «En aquellos tiempos los incendios eran muy grandes y difíciles de combatir». Los bomberos prefieren creer que nadie antes que ellos se las ha visto jamás con un gran incendio.

Aunque me llevó más años de lo que había previsto conseguir la información que deseaba sobre el incendio de Mann Gulch, solo conozco unos pocos casos en los que de manera consciente mis dificultades se vieron dificultadas. Para poder reconstruir lo que quedaba de este incendio, necesité que me ayudaran muchos más

miembros del actual Servicio Forestal de los que puedo mencionar en el curso de esta historia, tanto mujeres como hombres. No hay que olvidar nunca a las mujeres, incluso cuando se lleva a cabo una búsqueda sobre un incendio forestal, sobre todo si es en una gran institución. La nueva era de las mujeres todavía no ha logrado abrirse paso entre las paredes del Servicio Forestal; bueno, puede que un poco. Las mujeres con las que trabajé tenían a su cargo documentos, mapas y fotografías, y sin ellas no habría habido prácticamente ninguna ilustración en este libro, o, para el caso, prácticamente nada que ilustrar. Su actitud conmigo probablemente fuera una mezcla de la actitud que normalmente tienen las mujeres hacia los hombres matizada por el soplo de confianza en sí mismas que han aportado los viejos tiempos. Eran indiscutiblemente buenas, y lo sabían. Cuando entraba en sus oficinas, ya fuera en Washington o en Missoula, levantaban la vista y parecían decir, fusionando dos mundos: «He aquí un hombre en apuros. ¿Cómo podríamos ayudarlo?».

Desde que empecé a escribir esta historia he visto cómo las mujeres empezaban a hacerse cargo de algunos de los trabajos más duros del Servicio Forestal. No creí que fuera a verlo nunca, pero ahora hay incluso mujeres smokejumpers. Puedo dar fe de ello. Una de ella vive a pocas manzanas de mi casa en Chicago; su padre forma parte del claustro de su universidad: es un distinguido estadístico y uno de los mejores actores aficionados que he visto nunca. Ella es una joven extraordinaria: atractiva, dura e inteligente. En la base de Missoula de los smokejumpers, donde está destinada, me dicen que compite perfectamente con el resto de su equipo (lo que quiere decir hombres) en las carreras de entrenamiento que se realizan, llevando el equipo de salto completo, casco incluido.

Varias veces en esta historia del incendio de Mann Gulch he tratado de encontrar lugares donde fuera posible decir que la historia de la búsqueda de la tragedia del incendio de Mann Gulch ha sido distinta de la tragedia del incendio de Mann Gulch. La tragedia es la más exigente de todas las formas literarias. Nunca te permite alejarte demasiado de la tragedia, pero no quiero que nadie piense

que he pasado diez años de constante sufrimiento para escribir lo que quería escribir sobre el incendio de Mann Gulch. Por el camino pasaron muchas cosas buenas. Algunas mejoraron y he conocido a muchas personas buenas, algunas excepcionales.

No resulta nada sencillo decir cuándo empiezan y cuándo acaban los placeres y los pesares de escribir. Es indudable que empiezan antes de ponerse uno a escribir y parecen continuar durante algún tiempo después. Conocí a Bud Moore antes de ponerme a escribir, y se ha convertido en uno de mis mejores amigos. Los dos descubrimos muy pronto que ambos habíamos trabajado en el río Lochsa cuando éramos muy jóvenes, y cuando se consideraba que solo los mejores guardabosques podían acceder a esos puestos. Lewis y Clark casi mueren allí de hambre. Toparse con alguien que haya trabajado en el Lochsa a principios del siglo XX es algo así como encontrarte con un amigo tuyo que haya servido en el acorazado Missouri durante la Segunda Guerra Mundial en la época en que iba a bordo el general MacArthur. Quienes trabajamos en el Lochsa en aquellos tiempos nos sentimos un grupo aparte de los demás hombres de los bosques y del campo en general.

Yo había empezado a escribir esta historia antes de conocer a Laird Robinson, pero todavía andaba muy metido en mi investigación y rondaba por la base de los smokejumpers tras cualquier cabo suelto que pudiera habérseme pasado. Laird había liderado varias cuadrillas de smokejumpers y se había lesionado al aterrizar en un incendio; en dos ocasiones había intentado reincorporarse, pero finalmente se resignó al hecho de que sus días como smokejumper habían acabado. Lo nombraron guía provisional en la base de smokejumpers hasta que le asignaron un empleo que lo llevaría a lo más alto. Tenía poco más de treinta años y era capaz de hacer prácticamente de todo en los bosques, y entre otras cosas quería saber más acerca del incendio de Mann Gulch. Daba un gran valor a la amistad, y pronto nos hicimos íntimos; como se verá en el transcurso de esta historia, buena parte de la tarea de investigación en Mann Gulch la llevamos a cabo juntos. Es un gran privilegio contar con la amistad de un joven que es tan bueno o mejor que tú

en lo que tú querías ser cuando tenías su edad, justo antes de cambiar de rumbo, que en mi caso fue cuando tomé el camino que me llevó delos bosques a las aulas. Es como si la vejez hubiera enriquecido fortuitamente tu vida permitiéndote vivir dos vidas, la que finalmente elegiste vivir y un ensayo de la vida que habías empezado a vivir.

Procuré tener cuidado en que nuestra amistad no pusiera en riesgo el trabajo de Laird, aunque hubo momentos en que casi lo hizo. Habíamos avanzado mucho en nuestras investigaciones cuando las pruebas parecían indicar que el investigador del Servicio Forestal había persuadido a Rumsey y a Sallee para que cambiaran sus testimonios en lo relativo al curso del incendio en su fase crítica. Convencer a un testigo de que modifique su testimonio para decir cosas que él no cree que sean ciertas es una acusación mucho más grave que la de traspapelar o enterrar documentos que pudieran dar pie a demandas judiciales. De modo que cuando comprendí que tendría que intentar encontrar a ese investigador, si es que aún estaba vivo, le dije a Laird: «Si no te gusta por dónde están yendo las cosas, simplemente déjalo antes de que te perjudique. Creo que a ti puede perjudicarte, pero en mi caso no es una cuestión de ser valiente o no, porque no puede perjudicarme».

Laird respondió: «Ni hablar. En mi escalafón personal, la amistad es lo primero». Y añadió: «De todos modos, no te preocupes por mí. El Servicio Forestal y yo sabemos cuidamos solos».

Uno de los placeres de escribir esta historia ha sido el de poder escuchar a guardabosques extraordinarios, tanto jóvenes como viejos.

IX

DURANTE MUCHO TIEMPO, nuestra historia se convierte en la historia de tratar de encontrarla y como la mayoría de las historias que se desarrollan en los bosques, esta debe comenzar sobre el terreno y a partir de algunas preguntas que nos sirvan para saber en qué dirección mirar (puesto que las brújulas solo señalan direcciones, no la dirección que hay que seguir). Para los hombres de los bosques, no conocer el terreno probablemente lleve a estar equivocado en casi todo lo demás. Para ellos, el terreno es la base de la mayoría de las preguntas y de un buen número de las respuestas, y si no compartes su opinión, tú y tu historia andaréis perdidos la mayor parte del tiempo. A un hombre de los bosques que sea también un buen narrador probablemente le bastará con echar un vistazo a las cruces del cerro para que este le pregunte: «¿Por qué el resto del equipo, después de haber dejado atrás a su jefe, no siguieron a Rumsey y a Sallee hasta la cumbre en lugar de ir en diagonal por la ladera, que suponía recorrer una distancia que era el doble de la que los dos supervivientes tuvieron que cubrir para llegar a un lugar seguro?» El doble de distancia sobre el terreno indica que eso carece de sentido, y cuando algo no tiene sentido sobre el terreno, hay que seguir haciéndose la pregunta.

Tratar de mantenerse a la par de Rumsey y Sallee es, también, oír al terreno hacer preguntas sin parar, y en concreto una de la que dependen la historia y ocho demandas judiciales: ¿Van Rumsey y Sallee directamente a la cima, o el fuego de Dodge les empujan

barranco arriba y, por tanto, tal vez sea este el fuego que impide escapar al equipo situado ladera abajo, como argumentaba en su acusación el padre de Thol? Si Rumsey y Sallee corren siguiendo el fuego de Dodge directamente hacia la cumbre, surge otra pregunta: ¿Cómo es posible que esta quema de seguridad arda ascendiendo en línea recta por la ladera y se cruce con el incendio principal, al que un fuerte viento empuja barranco arriba? Por último, la propia grieta por la que Rumsey y Sallee se arrastran hasta ponerse a salvo lanza otra gran pregunta: ¿Qué ve Diettert en la grieta, o en el suelo más allá de esta, como para no gustarle y no querer arrastrarse dentro y ponerse a salvo? Sin esta pregunta, la historia del incendio de Mann Gulch perdería una de sus partes más conmovedoras. Diettert era un excelente smokejumper y un joven científico prometedor; sin embargo, decidió no atravesar la grieta y murió a unos doscientos setenta metros de donde se había separado de Rumsey y Sallee.

Cuando Laird y yo empezamos a investigar estas cuestiones, asumimos como algo casi evidente que pocos momentos después de que los dos supervivientes se arrastraran a través de la grieta, el fuego tuvo que ascender por el barranco y taparla, y que en una distancia fatídica no debía de haber ninguna otra abertura en la cresta. Nos habíamos empeñado en considerar la cresta situada inmediatamente por encima de las cruces como algo parecido a una Muralla China con una sola brecha por la que habían pasado los supervivientes, y, más allá, un risco inexpugnable. Deberíamos haber sido más perspicaces, pero el poder de la teoría sobre las rocas es tal que puede convertirlas en riscos compactos que, no obstante, si se observan más de cerca, presentan aberturas lo bastante anchas como para que pase un carro. En nuestro viaje de 1977 a Mann Gulch, Laird había descubierto que solo a trechos el risco era lo bastante compacto como para impedir que un escalador rápido lo superase o incluso saltara por encima.

De repente, sentimos la necesidad de algo que veníamos necesitando desde hacía tiempo, aunque no quisiéramos reconocerlo: llevar con nosotros a Mann Gulch a los dos supervivientes del incendio. Comprendimos también que

probablemente no supiéramos muchas cosas que creíamos saber, y que tal vez solo quienes habían perdido la vida supieran. Después de treinta años, los supervivientes nos parecían tan irreales como si estuvieran muertos y, hasta donde sabíamos en aquel momento, era posible que alguno de ellos hubiera fallecido, o incluso los dos. Nadie, ni siquiera en la base de smokejumpers de Missoula, sabía si eran leyendas vivas o si eran llamas extinguidas con el brillo de la leyenda.

SABÍAMOS, POR supuesto, que de los tres supervivientes del incendio, Wag Dodge había muerto poco después (en 1955), pero nos costó mucho averiguar si Walter Rumsey y Robert Sallee tenían una dirección en este mundo. Como el lector descubrirá si en el futuro tiene que realizar investigaciones sobre alguna tragedia colectiva, la gente suele creer que los pocos que consiguen sobrevivir mueren poco después. Existe siempre una fuerte conexión mental entre una catástrofe de primer orden y el «beso de la muerte», y, en el caso del incendio de Mann Gulch, parece que fue un beso duradero, ya que no solo Dodge, sino también el piloto Kenneth Huber había muerto poco después del incendio, como si ambos también hubieran sido víctimas del desastre. Cuando descubrí que no había nadie en la base de los smokejumpers que pudiera decirme si Rumsey y Sallee seguían aún con vida, empecé a pensar en un poema de Sandburg sobre un «guiñapo de mujer» que escribe una carta a Dios, pero la carta va a parar a la Oficina de las Cartas Muertas, «adonde van todas las cartas dirigidas a Dios que no indican el número de la casa en la que vive».

Por suerte, las herramientas básicas del trabajo académico son prácticamente las mismas en todo el mundo, tanto si uno está a las puertas del Museo Británico, con sus cornisas repletas de palomas, como en presencia de las cabras blancas montesas que revolotean por Gates of the Mountains. Dondequiera que sea, lo mejor que se puede hacer es empezar cuanto antes por las «fuentes de primera mano» y, a fin de descubrir cuáles son y dónde encontrarlas, lo

mejor es disponer de una buena «bibliografía». Los estudiosos de los bosques saben que una de las mejores obras de consulta es la encargada de cualquier oficina de Correos que esté emplazada cerca de un pueblo maderero. La encargada de la oficina de Seeley Lake, en Montana, donde estaba mi segunda residencia, es una especie de directorio de páginas amarillas de los leñadores del noroeste. Fue precisamente ella quien me dijo que un tal Sallee estaba emparentado con otro Sallee que a su vez era pariente de otro Sallee y que este otro Sallee podía ser el Sallee que yo andaba buscando; de ser así, este último trabajaba en un aserradero al oeste de Missoula, camino de Frenchtown.

Por allí está la fábrica de papel Hoerner Waldorf-Champion, que cuando llegué estaba funcionando a pleno rendimiento. Al menos por fuera parecía igual que las fábricas en las que había trabajado cuando era demasiado joven para trabajar en una fábrica. No encontré a nadie en las oficinas, y menos aún en la de personal, donde un letrero avisaba, como siempre, de que en ese momento no se necesitaba personal. Solo una de las oficinas, cuyo letrero decía «Enfermera», estaba ocupada. De manera que la estructura de un aserradero con buen volumen de negocio debía seguir siendo la misma que cuando, en mi primer trabajo en un aserradero, se me dijo que nunca sería un aserrador honesto hasta que no hubiese perdido un par de dedos en las sierras. La verdad en que se basa este antiguo adagio es que un aserradero es en un gran edificio lleno de correas y cadenas en movimiento que empujan hacia las sierras, de manera que si uno, o su ropa, se engancha en una cadena o en una correa, ya sabe dónde termina: en la enfermería. La estructura de un aserradero al que le van bien los negocios consiste, por tanto, en un letrero que dice: «No se necesita personal», en todo el personal trabajando en el interior del edificio rodeado de correas y sierras, y en una única oficina ocupada por una enfermera encargada de coser dedos.

Me sentí animado. Por su aspecto y por su acento, la enfermera parecía una francocanadiense de Frenchtown.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo.

—¿Sabe usted si trabaja por aquí un hombre llamado Sallee? —pregunté.

—¿Qué Sallee? —preguntó a su vez—. Si sacude usted todos los pinos que hay de aquí a Frenchtown, o incluso de aquí al Lago Superior, saldrán muchos Sallee. O un Deschamps, o LaCassse. ¿Cuál es el nombre de pila de su Sallee?

—Robert —dije.

—¡Qué curioso! —exclamó—. Tengo unos amigos, los Cyr, que acaban de volver de unas vacaciones por la Costa Oeste, y se han detenido a visitar a un tal Robert Sallee en Portland. Si espera un momento, telefonearé a los Cyr para pedirles las señas.

De modo que algunas lecciones sobre la bibliografía de los bosques son bastante sencillas, como la de la encargada de Correos. También resulta sencillo buscar a un francocanadiense en los bosques: lo único que hay que hacer es preguntar a otro francocanadiense.

Volé a Portland para tener una conversación con Sallee y me dijo estar seguro de que Rumsey estaba vivo, aunque hacía años que no lo veía. La última vez que lo había visto, Rumsey estaba al mando de alguna clase de obra de conservación del suelo y vivía en algún lugar del sudoeste, pero Sallee no recordaba dónde, aunque creía tener la dirección en casa. La dirección que me dio después no estaba en el sudoeste, sino en Boise, Idaho, y un mes o dos después Rumsey me contestó desde Lincoln, Nebraska, adonde habían ido a parar él y mi carta.

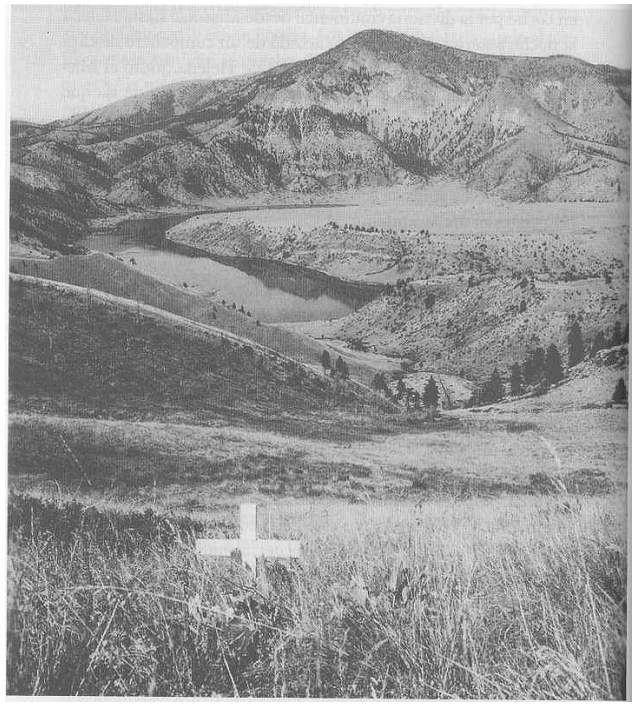
Cuando los vi en persona por primera vez, los dos supervivientes resultaron inesperadamente reales, y es sorprendente comprobar que los fantasmas son reales. Para ser fantasmas parecía haberles ido bien en la vida; ambos habían tenido mucho éxito en sus profesiones, y eso se notaba. Los dos seguían trabajando al aire libre, y eso también se notaba. Sallee se había quedado en los bosques y las montañas, y trabajaba para Sandwell International, una empresa de asesoría técnica. Rumsey regresó a las llanuras de las que procedía y se especializó en irrigación y conservación del suelo; moriría en un accidente de avión en 1981.

Después de conocerlos no tardé mucho en descubrir que eran hombres muy curiosos. Entre otras cosas, sentían curiosidad por mí. No sabían muy bien «qué pretendía» ni «a qué estaba jugando», así que tuve que pasarme el invierno intercambiando cartas con ellos para que me vieran como alguien real. Pero era algo que funcionaba en ambos sentidos. Laird y yo sentíamos curiosidad por ellos, como le habría pasado a cualquiera. Quería verlos en la hendidura de la tierra por donde habían escapado a la muerte. Como ambos me habían dicho que llevaban gran parte de sus vidas tratando de olvidar el incendio que solo ellos podían recordar, también me interesaba cada vez más saber qué recordaban y qué no. Pensé que, aunque solo fuera como ejercicio intelectual, sería interesante observar qué recordaban los fantasmas reales de la muerte de la que no habían muerto, pero que sí se había llevado por delante a quienes estaban a tan solo unos segundos por detrás de ellos. Y, por supuesto, sería emocionante ver juntos de nuevo a los dos fantasmas que en su primera vida habían compartido cuarto y que así se habían ayudado mutuamente a pasar a una segunda vida. No me sorprendió descubrir que mis posibilidades de devolverlos a Mann Gulch pasaban por que tuvieran la misma curiosidad que yo, y la tenían. Movidos por la curiosidad, pues, los cuatro acordamos pasar el día 1 de julio de 1978 en Mann Gulch.

La versión más corta de la larga historia de cómo logramos vernos todos por fin en Mann Gulch es que conseguimos hacerlo. Incluso esta versión abreviada debería incluir el detalle de que la lancha de Laird se negó a arrancar después de haberla remolcado en coche por la divisoria continental desde Missoula hasta Helena la noche anterior. Pero Laird se acordó de un compañero de caza que vivía a unos cincuenta kilómetros de Helena, junto al Missouri, y que tenía una lancha de propulsión a chorro, de las que pueden atracar en aguas poco profundas, y huelga decir que donde íbamos a desembarcar no había muelles. A las tres de la mañana, Laird volvió a Helena con la lancha prestada. Lo dejamos dormir un par de horas antes de echar la lancha al Missouri y poner rumbo a Gates of the Mountains.

ATRACAMOS LA gran lancha en la boca de Rescue Gulch, que para Rumsey y Sallee debía de ser uno de los barrancos más especiales sobre la tierra. Cuando se colaron a rastras por el barranco para salir de Mann Gulch, cruzaron a Rescue Gulch y cerca de la boca de este encontraron el desprendimiento de rocas donde esquivaron, yendo de un lado a otro, el incendio principal que se revolvía alrededor de ellos. Era la cabecera del barranco adonde había llegado Hellman después de que el fuego lo hubiera sorprendido al cruzar Mann Gulch, y subiendo por este barranco Jansson y Sallee condujeron al equipo de rescate la noche del incendio y se toparon con Rumsey, que bajaba al Missouri a media noche para llenar de agua la cantimplora de Hellman.

Entrar en Mann Gulch desde Rescue Gulch es hacerlo por un lateral, de modo que es imposible verlo hasta que uno no lo tiene debajo después de coronar la cumbre del cerro. No obstante, si uno sabe adonde mirar desde la boca de Rescue Gulch, distinguirá la cruz de Hellman cerca de la cima. Jansson condujo a Gisborne por este barranco y, al haber sido quien dirigía el equipo de rescate, sabía dónde estaba la cruz, y desde la boca de Rescue Gulch se la señaló a Gisborne, que tardó dos horas en llegar hasta allí, deteniéndose cada cien metros, según habían acordado. Probablemente debido a que Gisborne había fallecido de un ataque al corazón en el camino de vuelta, mis acompañantes insistieron en que no intentara acometer la subida, pues yo era veinte años mayor que Gisborne en el momento de su muerte, y, como él, también padecía del corazón. Incluso me confesaron que en Missoula les habían dicho que no me lo permitieran. Finalmente, tuve que recurrir a lo personal y les dije: «Mirad, río abajo, a no más de veinte kilómetros a vista de pájaro, hay una montaña que también domina el Missouri. Cuando aún era muy joven, mi mujer la llamó Monte Jessie en honor a sí misma, aunque por lo demás llevaba una vida modesta. Fue su deseo que sus cenizas descansen ahora allí. Que nadie se sienta mal si acabo quedándome en una de estas colinas que miran hacia donde está ella». Sallee se acercó a mí, me quitó la mochila de los hombros y empezamos a subir.



Cruz de William Hellman, Rescue Gulch.
Fotografía de Philip G. Schlamp, 1969. Cortesía del Servicio Forestal del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

Rumsey y Sallee se adelantaron hacia la cima de la colina. Parecían hacerse más grandes, en lugar de más pequeños, a medida que subían. Sallee, que a los diecisiete años era menor de edad para los smokejumpers, seguía teniendo un tamaño imponente. La tarde que hablé con él en Portland, en la sala de juntas de Sandwell International, se le veía alto y robusto aun estando sentado. Respondía a las preguntas de sopetón, sobre todo si no le gustaban. En cuanto se sentó, le pregunté: «¿Es cierto que mintió sobre su edad para poder entrar en los smokejumpers?». No movió ni un músculo. «¿Quién le ha dicho eso?», preguntó. Cuando dije: «Alguien de Frenchtown», respondió: «Sí».

Poco después le pregunté cómo explicaba el hecho de que Rumsey y él, los dos miembros más jóvenes e inexpertos de todo el

equipo, fueran los únicos que sobrevivieron. Esto le hizo dar un respingo. «¿Cómo que los más inexpertos? ¿Qué más da que fuera nuestro primer año como smokejumpers? Lanzarse en paracaídas no tiene nada que ver con lo que pasó en Mann Gulch. Mann Gulch no fue más que una carrera contra un incendio. Me crie en los bosques del norte de Idaho, donde para ir al colegio tenía que recorrer seis kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, y lo hacía corriendo. En todas las cuadrillas en que había trabajado siempre era el que tenía mejores piernas, y me gustaba hacer gala de ello, para que no pensaran que era menor de edad. Y Rumsey era de las llanuras y de un pueblo pequeño, y era un tipo duro. Éramos compañeros de habitación y, cuando las cosas no iban bien, procurábamos no separamos mucho».

Probablemente una de las razones por las que a Sallee le ha ido tan bien en los negocios es que no se anda con rodeos. Él mismo atribuía su posición en Sandwell a su pelo absolutamente blanco. Probablemente ambas razones tengan un peso parecido.

Rumsey era un larguirucho de Kansas a quien le gustaba tener tiempo para pensar y dudar de bastantes cosas, en parte porque, como buen oriundo de Kansas, encontraba antieconómico, peligroso incluso, pensar en muchas cosas al mismo tiempo. Fue el único que solo pensaba en «la cima del cerro, la cima del cerro».

Mientras caminábamos detrás de ellos, Laird y yo podíamos verlos en el mismo ángulo en cuyo final, a lo alto, se atisbaba la cruz de Hellman. Nos habría gustado hacer una foto de los dos ascendiendo hacia la cruz, pero se encontraba demasiado lejos como para apreciarse; solo en nuestros recuerdos aparecen los tres en el mismo marco, dos de ellos regresando y el otro allí para siempre. Nos preguntábamos de qué estarían hablando, aunque procuramos mantenemos lo bastante alejados para no oírlos.

Luego se detuvieron y aguardaron a que los alcanzásemos. «La cruz de Hellman no está donde debería», dijo Sallee. «Estoy de acuerdo», agregó Rumsey. La cruz se encontraba todavía a un kilómetro, y la hierba tenía más de un palmo de altura. «Tenemos suerte de poder verla desde aquí», dije yo, pero no les rebatí. Aquel

día había sido Rumsey quien, a medianoche, había empezado a descender por Rescue Gulch hacia el Missouri para llevar agua a Hellman, y a mitad de camino se había encontrado con Sallee, que estaba guiando a Jansson, los médicos y el equipo de rescate. Entre los dos, no habían tenido dificultad en dar con Hellman en aquel paraje que, en la oscuridad, se había vuelto irreconocible. Después de veintinueve años, iban a ponerse a prueba para determinar si, a diferencia de la mayoría de los mortales, podían encontrar su camino en este mundo y en el mundo que había muerto tras ellos.

—La cruz —dijo Sallee— está demasiado cerca del desprendimiento de rocas donde nos rodeó el fuego. —Luego, dirigiéndose a Rumsey, agregó—: ¿Lo recuerdas? Cuando pasó el fuego gritamos y Hellman respondió a unos treinta metros.

—No creo siquiera que la cruz esté en el lado correcto de la pendiente —dijo Rumsey.

—Estoy convencido —aseguro Sallee en una combinación de palabras muy de su gusto—. Cuando volvamos por la tarde, pasaremos por el desprendimiento de rocas y lo comprobaremos.

Más entrada la tarde, cuando al regresar miramos desde arriba, todavía bastante lejos, en dirección a la cruz, Rumsey dijo:

—Creo que tenemos razón. Debería estar más lejos del desprendimiento de rocas, al otro lado de la pendiente, y más abajo. Cuando nos respondió, su voz sonaba desde más abajo.

—Estoy convencido de que la cruz está mal puesta —insistió Sallee—. Había una gran roca plana más abajo, al otro lado de la pendiente, donde lo colocamos para que las cenizas no le tocaran las quemaduras.

—Eso es —dijeron cuando nos acercamos a la roca plana—. Su cruz debería estar aquí.

—Podríamos convencemos del todo si encontráramos la lata que le dejó Dodge cuando él y yo nos fuimos hacia el río en busca de ayuda —le dijo Sallee a Rumsey—. ¿Te acuerdas de que os dejó la lata de patatas blancas irlandesas y la cantimplora? Se había deshecho de todo lo demás.

Rumsey miró a sus espaldas y, como buen metodista, dijo:

—Santo cielo, hay una lata oxidada.

Eché a andar hacia la lata, pero Rumsey me detuvo.

—Espera, no la toques. Déjame pensar un momento —dijo. A continuación, añadió—: Evidentemente, yo no llevaba conmigo un abrelatas, solo mi navaja. Además, Hellman no quería las patatas, solo el líquido de la lata, aunque estaba salado y le daría aún más sed; de modo que clavé la navaja en dos puntos opuestos de la parte superior de la lata, uno para que entrara aire y otro para que pudiera salir el líquido.

Entonces Sallee se agachó, cogió la lata oxidada en cuya tapa había dos agujeros equidistantes hechos a punta de navaja, y se la entregó a Rumsey. Habían aprobado su propio examen.

Así que la cruz de Hellman no estaba bien situada, como supieron apreciar a un kilómetro de distancia dos fantasmas y hombres de los bosques. Debería haber estado a más de treinta metros al oeste del desprendimiento de rocas, al otro lado de la pendiente, más abajo y junto a una gran roca plana.

LA NOCHE anterior en Helena, mientras Laird se encontraba en algún lugar del Missouri tratando de encontrar a un amigo muy especial que poseía un tipo especial de lancha con un motor que funcionaba, Rumsey, Sallee y yo hicimos varias horas de sobremesa antes de retirar los platos. Estábamos seguros de que al día siguiente estarían en Mann Gulch los cuatro hombres que, en conjunto, más sabían sobre la tragedia que había tenido lugar allí, algo que nunca volvería a repetirse. Dos de ellos eran los únicos supervivientes de la tragedia que quedaban con vida, y ambos seguían trabajando al aire libre; el otro era uno de los mejores jefes de cuadrillas de los smokejumpers modernos y, en calidad de guía de su base de Missoula, respondía constantemente a todas las preguntas que se le ocurrían a los visitantes sobre cómo llegar a un incendio. En cuanto a mí, también había estado en varios incendios grandes, y aunque aquello había ocurrido antes de que los otros tres hubieran nacido y provocaba que caminara algo lento, lo compensaba habiendo

reunido el mejor archivo de documentos existente sobre la tragedia de Mann Gulch, incluyendo las declaraciones que habían hecho Rumsey y Sallee poco después del incendio y que tenía pensado llevar en mi mochila la mañana siguiente a Mann Gulch, donde celebraríamos un juicio en que nos repartiríamos los papeles: demandantes, acusados, testigos, abogados, jurado y juez. En tan distinguida compañía, mochila incluida, sería difícil que alguno de nosotros se equivocara demasiado. Al menos, no durante mucho tiempo.

Dado que para entrar y salir de Mann Gulch se necesita buena parte del día, escogimos los objetivos por adelantado a fin de no dispersarnos, como había ocurrido con la carga de los smokejumpers después de haber sido lanzada desde el avión. Inevitablemente, nuestras miras apuntaban todas al mismo objetivo: el escenario de la catástrofe y las cruces.

El lector habría elegido también el emplazamiento de las cruces; casi todo el mundo habría hecho lo mismo, pues las conexiones entre el drama, la religión y las cumbres de las colinas son atávicas y vinculantes. La escena cristiana del sufrimiento, donde la cumbre de la colina se une con el cielo, ha sido pintada tantas veces que debe de haber algo en nuestro interior que nos impulse a hacerlo.

En la fotografía posterior aparece buena parte de lo que ha quedado de la catástrofe de Mann Gulch en una composición serena, aunque no llega a ser la clásica composición sobre catástrofes. La encontré en un archivo del Servicio Forestal y por un momento sentí que la había compuesto la naturaleza; solo más tarde me di cuenta de que era obra de un fotógrafo parcialmente informado y con un ojo lo suficientemente bueno como para combinar los principios estándar del arte fotográfico con buena parte del espacio donde había ocurrido la histórica y dramática tragedia. Pero no se trata de una combinación perfecta de arte e historia, porque un error en el arte fotográfico le resta buena parte de la intensidad del objeto real y, lo que es peor, omite una franja del terreno adyacente que no habría sido difícil incluir y donde tuvieron lugar dos de los sucesos más importantes de esta historia.

Sin embargo, era la mejor de las fotografías históricas del escenario del sufrimiento que había encontrado, por lo que aquella fue la imagen sobre la que trabajamos Laird y yo cuando iniciamos nuestra búsqueda de las partes perdidas; el lector también debería partir de esta foto.

Cruz que señala el lugar en el que el smokejumper Stanley J. Reba perdió la vida durante el incendio de Mann Gulch.
Fotografía de Philip G. Schlamp, 1969. Cortesía del Servicio Forestal del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

A pesar de sus defectos, esta composición de la escena observa eficazmente la división tradicional en tres partes: primer plano, distancia media y parte alta del encuadre, y cada uno de estos tres elementos topográficos y estéticos deja ver una parte dramática e histórica separada de la tragedia, concediéndole a cada una lo que le corresponde.

En primer plano y por la parte baja de la fotografía, se extiende de un lado a otro la tierra ennegrecida de la muerte: árboles muertos, quemados, caídos y podridos, un tocón partido irguiéndose cerca de la cruz e igual de alto, exponiendo su muerte. Un cardo, el único ser vivo, se enfrenta a la cruz blanca de Stanley f. Reba, que es la que está situada más abajo y domina el resto de la fotografía,

explicando de qué trata lo demás. Topográfica, histórica y dramáticamente, el final de esta tragedia descansa en sentido estricto sobre este primer plano oscuro.

El encuadre superior de la tragedia también se compone de topografía, historia y drama. La cresta rocosa en la cima era la salvación probable, siempre que se llegase a ella. Cerca de la cima se encuentra el árbol más encaramado de la ladera (marcado con una X en la fotografía). Sobresale a media distancia, pero su extremo conecta visualmente con la cresta e incluso con el cielo, de forma sugerente justo a la izquierda de una abertura en la cresta que podría ser la grieta con un arbusto de enebro al otro lado. Asimismo, el árbol muerto podría ser el árbol junto al cual se quedó Dodge cuando encendió su quema de seguridad. En lo alto del encuadre hay una tenue nube semiárida, tal vez un recordatorio de que los smokejumpers tarde o temprano regresan al cielo desde donde se dejan caer, sin duda una señal de que la lluvia tardará días en llegar.

El espacio aparentemente anónimo que media entre la cruz de Reba y la cresta es donde ocurrió casi toda la tragedia; anónimo porque que nadie que continúe con vida vio lo que ocurrió allí al final, y anónimo también porque quienes murieron no vieron gran cosa de lo que les estaba ocurriendo, ya que en el último instante la temperatura era demasiado alta para respirar y no había suficiente oxígeno para que los cerebros siguieran vivos. Un error fotográfico, sin embargo, oscurece una causa de la fatalidad de este espacio intermedio: la inclinación de la ladera entre el primer plano y la cresta. Se trata de una pendiente de alrededor del 76 %, lo que significa que por cada tres metros que avanzas, asciendes también algo más de dos metros, con un ángulo de unos 45 °. Pero en la fotografía el espacio intermedio no se eleva como un risco, sino que más bien parece la ladera suave y herbosa de Custer Hill. Si el fotógrafo hubiera dispuesto del equipo apropiado, podría haber mantenido la cruz de Reba en primer plano sin allanar la escena del sufrimiento situada detrás. Cuanto más reduce la pendiente de la ladera erróneamente la fotografía, más hace lo propio con la verdadera velocidad e intensidad del fuego que ascendía, e incluso

con la longitud de sus llamas; cuánto más allana erróneamente el escenario, más elimina la dramática conciencia que tuvieron los jóvenes de que les sería imposible subir por la ladera tan deprisa como el fuego.

Como los cuatro habíamos trabajado en algún momento de nuestras vidas en equipos de cartografía, sabíamos que para trazar con exactitud los movimientos de los hombres y del fuego, teníamos que empezar como si fuéramos a cartografiar el curso de un arroyo: en un punto ya localizado con certeza en el terreno y en el mapa. Para empezar, tendríamos que localizar un «punto de referencia» cercano establecido por un equipo técnico que siempre parecen saber dónde están en los bosques, el Instituto Geológico de Estados Unidos. El punto de referencia suele ser un poste clavado en la cumbre de una cima prominente, con las siglas del Instituto y la altitud exacta grabados en él. Luego, tras haber localizado y recorrido el sistema de drenaje, seguiríamos nuestra línea hasta que pudiésemos conectarla con otro punto de referencia establecido. A menos que empezáramos y termináramos en puntos conocidos, podríamos haber trazado con precisión todos los recodos de un arroyo, pero ¿cómo sabríamos dónde estaba el arroyo?

Acordamos sin necesidad de discutir que necesitábamos localizar dos puntos clave de la ladera para trazar los movimientos finales de los que allí murieron. Solo por razones sentimentales y teológicas, el primer punto tenía que ser la abertura en la cresta por la que Rumsey y Sallee salieron de Mann Gulch. A última hora de la tarde del 5 de agosto de 1949, era la abertura hacia la salvación; ahora era el punto, a la manera del norte magnético, que había atraído a los dos supervivientes hacia Mann Gulch; el principal motivo por el que regresaban al escenario del incendio era volver a pasar por la grieta.

Lo segundo, y más importante de todo, era localizar con precisión el lugar donde Dodge había prendido la quema de seguridad. Una parte que faltaba de la historia, y que amenazaba con desaparecer para siempre, era el propio final trágico, fuera lo que fuese que ocurriera después de que los hombres de Dodge pasaran por ese lugar. Nadie que hubiera sido testigo de esta parte había

sobrevivido, y el narrador que quisiera encontrarla debía saber que la parte perdida de esta historia giraba en torno a un único punto. Como tampoco podría existir la cartografía de esta historia sin una localización exacta del punto donde se había iniciado la quema de seguridad.

Tal vez parezca que no merece la pena volver a mencionarlo ahora, pero el resto de esta frase se ha colocado aquí con sumo cuidado: Dodge dijo que desde su fuego hasta el punto donde encontró a Joe Sylvia aún con vida había entre cuarenta y cinco y sesenta metros hacia el este (barranco arriba), y aproximadamente unos treinta metros por debajo de donde se encontraba.

Además, yo tenía mi prioridad: la cruz de Henry Thol, Jr. Era la cruz más alejada hacia lo alto del barranco y la más próxima a la cumbre del cerro; esta cruz definiría un importante límite exterior de la tragedia. Además de ser útil para la cartografía de la tragedia, yo tenía un motivo personal: al tratar de relatar la tragedia de un buen número de personajes jóvenes y muy parecidos entre sí, descubrí que varios seguían resultándome anónimos y lejanos, que siempre habían estado muertos; solo unos pocos se me acercaron y me pidieron que visitara sus cruces cuando regresara a Mann Gulch, y les ofreciera un poco de consuelo. La cruz de Thol era una de las que siempre visitaba, y cuando lo hacía intentaba imaginar un poco cómo debió de ser encontrarse en la parte más alta del cerro, pero sin estar lo bastante arriba. También habría deseado poder servir de consuelo a su padre, pero el dolor lo había sumido en una exasperación tal que habría resultado inútil aun habiendo tenido la oportunidad. Sin embargo, aunque la muerte de Thol hubiera resultado inevitable, su padre podría haber encontrado un motivo para estar orgulloso al ver que su hijo se encontraba en el punto más cercano a la cima.

Cuando se suma todo lo anterior, el resultado equivale a una jornada de trabajo en Mann Gulch, habida cuenta de la cantidad de energía que se necesita únicamente para moverse por allí una vez que se ha llegado. Pero además, Laird y yo teníamos un asunto pendiente que esperábamos poder concluir en aquel viaje, aunque no se lo habíamos mencionado a Rumsey y a Sallee por miedo a dar a

entender lo que queríamos que dijeran. Seguíamos teniendo una única conjetura para responder a la pregunta que nos había impulsado a ir a buscar a los dos supervivientes y convencerlos de que regresaran a Mann Gulch con nosotros: ¿por qué el resto del equipo, que solo unos segundos antes estaba detrás de vosotros, no os siguió directamente hasta la cumbre del cerro y la salvación?

A pesar de una larga sobremesa, no fue posible pensar en todo, pero creímos tener un plan bastante bueno. No podíamos saber por qué parte del plan empezaríamos, ya que teníamos previsto entrar en Mann Gulch a través de Rescue Gulch, con lo que solo podíamos especular acerca de hacia dónde saldríamos desde la cumbre del cerro. Sin embargo, resulta indiscutible que, de entre todos los lugares posibles, había uno que Rumsey y Sallee querían ver en primer lugar al llegar a la cumbre y mirar hacia abajo: la abertura en la cresta por la que habían salido de Mann Gulch. Todos esperábamos estar cerca de ese lugar cuando llegáramos a la cima.

CERCA DE la cima del cerro, nos topamos con un sendero de cazadores que se dirigía hacia lo que probablemente fuera un paso ancho y despejado; lo seguimos porque el terreno era bueno, no porque buscáramos un paso ancho y despejado. Ya antes de que llegáramos, Sallee dijo:

—Es el mismo paso por el que el maldito investigador del Servicio Forestal intentó hacerme creer que Rumsey y yo habíamos salido de Mann Gulch.

Más de un cuarto de siglo después, Sallee seguía enfadado porque el investigador había tratado de hacerle creer que no sabía dónde se encontraba en el momento crucial de su vida.

Los francocanadienses no se toman a bien que les digan que no saben dónde están cuando se encuentran en el bosque.

—Ni siquiera quería pararse unos minutos para dejarme subir el cerro y mostrarle el cruce por donde habíamos pasado —dijo Sallee.

El paso del investigador era ciertamente ancho y bajo: la cima de la cresta se había desmoronado y desaparecido por completo a lo

largo de treinta o cuarenta metros.

—Pinta bien ese paso —le dije—. Por aquí podrían pasar perfectamente dos cosechadoras.

—Ese es uno de los grandes problemas que plantea —replicó—. Rumsey y yo tuvimos que metemos de uno en uno por la grieta de la cresta.

Yo sabía sin necesidad de consultar los documentos que llevaba en mi mochila (que Sallee seguía cargando) que los supervivientes se habían visto en aprietos en la cumbre. Los dos habían testificado con anterioridad que habían visto por primera vez la cumbre del cerro al acercarse a Dodge, cuando se encontraba encendiendo su fuego; Rumsey afirmó que al alejarse de su superior siguieron ascendiendo por el barranco bordeando la quema de seguridad hasta que en lo alto y a su derecha localizaron un montón de rocas y hacia allí se dirigieron; siempre habían estado de acuerdo en que Sallee fue el primero en meterse de costado por la grieta, y en que Diettert no lo siguió.

—¿Por qué no fuisteis hacia lo alto del cerro directamente desde el fuego de Dodge hasta este paso ancho, en lugar de desviaros barranco arriba por debajo de una cresta que tal vez no tuviera otra abertura en un buen trecho? —pregunté a Sallee.

—Porque para entonces este paso ya estaba ardiendo.

De modo que por fin se daba respuesta a una de las preguntas que solo los supervivientes podían contestar. En sus testimonios a veces habían insistido en que, tras dejar a Dodge con su fuego, habían ido directamente hacia la cumbre, pero otras veces no parecían estar tan seguros. Nos explicaron que les habría gustado ir directamente a la cima, y así lo hicieron un trecho, pero el fuego que ardía allí arriba había cerrado un paso ancho que había encima de ellos, obligándolos a desviarse de la línea recta hacia la siguiente abertura que hubiese, siempre barranco arriba, en las rocas de la cresta. Que vieran fuego o humo en la cumbre del cerro puede explicar también por qué Diettert se alejó de la grieta y por qué la mayoría de los miembros del equipo se desvió y continuó su ascenso barranco arriba. Pero la respuesta de Sallee planteaba otras

preguntas: ¿qué fuego era el que corría barranco arriba por la cumbre del cerro, cortando la huida a los que estaban más abajo? ¿Se trataba de un brazo del incendio principal, que los perseguía ascendiendo por el barranco? ¿O era la quema de seguridad de su jefe, que había girado barranco arriba después de alcanzar la cumbre del cerro?

No nos sentamos a recobrar el aliento durante la subida. Nos limitamos a seguir a Sallee barranco arriba en busca de la grieta. Por un lado, en la cumbre hacía demasiado frío y estábamos empapados de sudor, aunque era un 1 de julio a media mañana. El mundo de las alturas es difícil de creer desde abajo. Nunca es lo que la gente de las llanuras denominaría «normal». El primer verano que traté de llegar a Mann Gulch, un chaparrón nos heló el sudor y mi cuñado pilló una neumonía que puso punto y final a sus visitas a Mann Gulch. He de reconocer, sin embargo, que la mayoría de las veces que he estado allí hacía tanto calor durante el día que hasta las serpientes de cascabel permanecían en sus madrigueras, aunque tampoco puede decirse que el frío ande muy lejos. El calor de las montañas no es como el de las llanuras, que se mantienen calientes toda la noche. Recordemos que el día del incendio hubo en Helena una temperatura récord de 37 ˚C a la sombra, y que en el barranco hacía incluso más calor, pero esa misma noche, muy cerca de donde nos encontrábamos ahora, había hecho tanto frío que el equipo de rescate había dado a Hellman su única manta y se había apretujado alrededor de Joe Sylvia para mantenerlo caliente. Mientras ascendíamos desde el río, pronto dejamos el verano atrás y fuimos atravesando un mundo de hermosas flores primaverales, azules y amarillas: lupinos, arvejas y raíces de bálsamo que contemplaban con sus grandes ojos marrones a los fantasmas y a los intrusos. Pero hacia el final del día el frío aumentó, de modo que a pesar del cansancio que sentíamos, no nos detuvimos hasta regresar al barco y al nivel del agua.

Sallee y Rumsey solo tardaron unos minutos en anunciar que habían descubierto su grieta. A unos veinte o veinticinco metros del paso abierto, barranco arriba, la cresta vuelve a surgir, y durante unos cincuenta metros conforma un risco compacto, tras el cual

aparece la grieta. Los dos supervivientes pasaron dentro, primero uno y después el otro, arrastrándose por la hendidura como si estuvieran tomándole las medidas, como si descubrieran que el paso de los años la había encogido y vuelto más estrecha.

Supongo que les resultaba divertido comprobar lo difícil que les estaba resultando meterse por la grieta. Pero no era posible mirarlos sin tener sentimientos encontrados. A mí me costaba mirar la grieta y no pensar en Diettert alejándose de ella. Para Laird creo que estaba resultando más duro. Se acercó hasta donde yo estaba.

—Yo tampoco habría pasado por ahí. Desde aquí era imposible saber, sobre todo si estabas rodeado de humo, si al otro lado no te estaba esperando una nueva trampa de fuego —me dijo.

—Entre todo ese humo ningún lugar podía parecer seguro —repliqué.

—Yo me habría ido con Diettert —dijo él.

La conversación se quedó ahí. ¿Adónde iba a ir?

Cuando le llegó el turno a Rumsey de arrastrarse por la grieta, lo seguí. Luego fuimos a buscar el arbusto de enebro sobre el que había caído aquel día, tan cansado que a punto estuvo de tirar la toalla.

—¡Ese es, ese es! —exclamó—. Yo estaba agotado, y casi me quedo ahí. —Pero cuando nos acercamos, empezó a negar con la cabeza hasta que por fin consiguió decir—: No me lo puedo creer. No me puedo creer que haya estado equivocado todos estos años. No es un arbusto de enebro. Es un pino alpino enano y deformado. —Al cabo de un rato, repitió—: Es que no me lo puedo creer. No se puede creer en nada de lo que ocurre en un incendio forestal.

En aquel momento no se dio cuenta de la gran verdad que había dicho, sobre todo en lo referente al arbusto de enebro.

CUANDO ESTÁS en un terreno accidentado, un día no basta para hacer todo lo que has planeado, así que nos habíamos dividido el trabajo de localizar los dos puntos del triángulo que faltaban: el emplazamiento de la quema de seguridad de Dodge y el lugar donde había caído Thol. Naturalmente, Rumsey y Sallee, que habían visto

cómo su jefe encendía el fuego, querían encargarse de localizar el sitio donde habían tomado un atajo hacia la cumbre. Laird se fue con ellos porque había hecho de la quema de seguridad algo así como su especialidad. En ese momento, me alegré de tener por tarea visitar la cruz de Thol y, de camino, pasar por la de Diettert. Hay momentos del incendio que he tratado de revivir una y otra vez con Thol y Diettert, sobre todo aquel en el que estuvieron a punto de escapar pero comprendieron que no lo conseguirían.

Para el padre de Thol, el guardabosques jubilado, su niño nunca había dejado de ser un niño. Cuando en el Tribunal de Revisión alguien testificó que el equipo constaba de bomberos muy experimentados, su ira y su dolor resurgieron de las cenizas de su hijo. «Mi hijo pasó dos años en el distrito [de guardabosques] de Condon como vigilante de incendios. Yo lo conocía muy bien, conocía muy bien a mi hijo, y estaba muy lejos de ser un bombero muy experimentado. Apenas sabía manejar las herramientas. O sea, sabía manejar las herramientas, pero de ahí a manejarlas con eficiencia, bueno, pues… y la mayoría de aquellos chicos… pues otro tanto de lo mismo».

Este grito de rabia resulta aún más confuso que la propia estructura de la frase. Los jóvenes miembros del equipo no podían ser veteranos expertos en el manejo de las herramientas, pero debían de ser bastante buenos con las herramientas fundamentales necesarias para combatir el fuego, y el hijo de un guardabosques debía de ser la hostia de bueno. De todos modos, ¿qué tienen que ver las herramientas de los bomberos con el destino del equipo de Mann Gulch? Murieron en el fuego, pero no tuvieron la oportunidad de combatirlo. Lo único que hizo la cuadrilla con sus herramientas fue deshacerse de ellas por orden de su superior. La historia del incendio de Mann Gulch es el relato de una carrera contra el fuego y hacia la muerte. En esta carrera, la cruz que se alza casi tan cerca de la cumbre del cerro como la de Thol es la de Navon, y Navon tenía veintiocho años; había sido paracaidista militar durante cinco años y había luchado como teniente en Bastoña. ¿Qué se puede esperar de un chico de diecinueve años, que

solo había saltado ocho veces sobre incendios, y que sin embargo se había quedado un poquito más cerca de la cumbre que Navon?

Las cruces son sencillas e impresionantes, obra de los smokejumpers de Missoula. Como se aprecia en la fotografía de la cruz de Reba, son de hormigón, con el nombre en una placa de horizontal bronce. Eso es todo lo que hay, y provoca que allí arriba, por donde no va nunca nadie de paseo o de visita, luzca todo muy solitario. Además de las serpientes de cascabel, hay musmones y cabras de las Rocosas, que también tienen aspecto solitario, y como se puede ver en la fotografía, el incendio dejó muy pocos árboles vivos en pie, de manera que no existe ni el cobijo de una sombra.

La verdad es que me había acercado a la cruz de Thol para hacer dos cosas: además de ubicarla con exactitud, quería inspeccionar el estado en el que se encontraban esta y otras cruces cercanas. Laird y yo le habíamos prometido a Edward Hellman, director de aviación y control de incendios, que durante nuestra visita a Mann Gulch revisaríamos todas las cruces y les avisaríamos si alguna necesitaba ser reparada o reemplazada. Para aseguramos de cumplir la promesa, los cuatro que estábamos en esa colina el 1 de julio de 1978 nos habíamos repartido las cruces.

LEYENDA

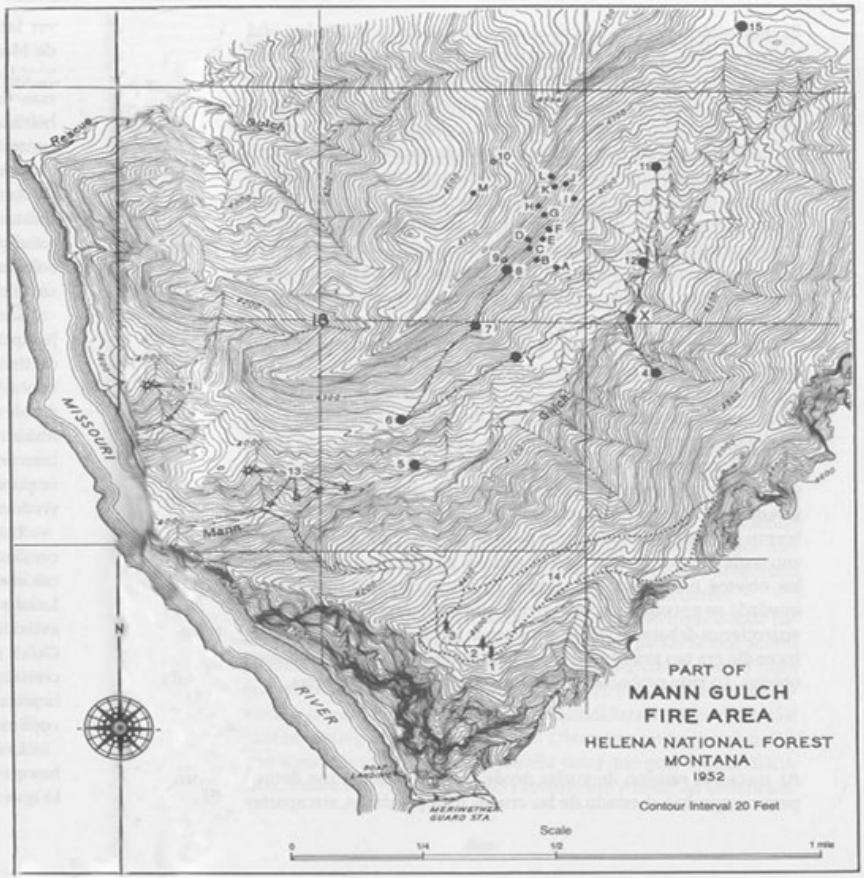
1, 2 y 3 Rayos caen sobre los árboles
4 Dodge se encuentra con Harrison
X Dodge envía al equipo a la cara norte del barranco
Y Dodge y Harrison se reúnen con el equipo; comienza la carrera del equipo
5 Jansson da media vuelta
6 Dodge y el equipo dan media vuelta
7 Dodge ordena que dejen las herramientas
8 Dodge enciende la quema de seguridad
9 Dodge sobrevive en este punto
10 Rumsey y Sallee sobreviven en este punto
11 Zona de salto (recogida de los paracaídas, quemados)
12 Lugar de recogida de la carga (quemada)
13 Focos secundarios
Perímetro aproximado del incendio en el momento del salto y del lanzamiento de la carga (15:30 horas – 16:30 horas)
15 Lugar de aterrizaje del helicóptero

CUERPOS ENCONTRADOS

A Stanley J. Reba
B Silas R. Thompson
C Joseph B Sylvia
D James O. Harrison
E Robert J. Bennett
F Newton R. Thompson
G Leonard L. Piper
H Eldon E. Diettert
I Marvin L. Sherman
J David R. Navon
K Philip R. McVey
L Henry J. Thol, Jr.
M William J. Hellman

** Los puntos X e Y han sido añadidos por el autor*

«Parte del área del incendio de Mann Gulch»
(mapa de curvas de nivel de 1952)
Departamento de Agricultura



Department of Agriculture

La cruz de Thol se encuentra justo debajo del paso ancho que hay en el cerro donde el risco se había desmoronado en parte, con lo que no constituía una barrera que impidiese alcanzar la cima. Es imposible decir con exactitud a qué distancia de la cumbre está la cruz de Thol, porque sin instrumentos no hay manera de situar el risco sobre la superficie amplia y lisa del cerro. Hace no mucho encontramos un mapa con curvas de nivel, «Parte de la zona de incendio de Mann Gulch» (véase mapa), elaborado por el Servicio Forestal en 1952, donde la distancia entre la cruz de Thol y la cumbre del cerro probablemente sea de menos de cien metros. Según el mismo mapa, desde su cruz hasta la de Diettert hay unos ciento cuarenta metros. La distancia desde la cruz hasta el lugar donde Dodge provocó su propio incendio variará según dónde se considere que encendió la cerilla. Si se acepta que los dos lugares están correctamente situados sobre el mapa de curvas de nivel de 1952, la distancia es algo menor de trescientos noventa metros.

No es seguro que la cruz de Thol señale con precisión el lugar donde cayó. Me había encontrado su linterna del Servicio Forestal, con las pilas todavía dentro, a siete u ocho metros por encima de la cruz, y muchas de las cruces deben de estar colocadas más abajo de donde cayeron los cuerpos. En esa pendiente con un 76 % de desnivel, compuesta de un despeñadero de rocas desmenuzadas y hierba seca y resbaladiza, es difícil trepar sin resbalar; aquellos jóvenes que corrían y se tambaleaban, agotados y aterrorizados, debieron de rodar ladera abajo después de caer. Recuérdese que Jansson tenía otra teoría, aún más espantosa. Al advertir que casi todos los objetos no inflamables (como relojes y carteras) que habían quedado se encontraron más arriba que los cuerpos (salvo cuando aparecieron debajo de estos), propuso la teoría de que la fuerza del incendio era tan grande que, a su paso, había arrastrado todos esos objetos. Lo más probable es que ambas teorías sean correctas.

AL HACER el camino de vuelta desde la cruz de Thol, me detuve para comprobar el estado de las cruces más próximas, sin apartaren ningún momento la vista de los supervivientes, que supuestamente trataban de localizar el punto donde Dodge había encendido su fuego. A aquella distancia parecían estilizados, como si se les hubiera asignado representar una obra de teatro de un solo acto con tres movimientos repetitivos: subían por la ladera hasta la grieta, gesticulaban allí hacia el cielo sin que pareciera que pronunciaban palabra alguna y sin que el cielo respondiera, y luego se retiraban colina abajo para volver a gesticular, ahora al parecer solo para sí mismos. La inmensidad del paisaje que engullía las palabras hace también que los gestos resulten muy pequeños, y que los propios seres humanos parezcan miniaturas de menos de un metro. Vistos desde lejos, parecían los gestos de dibujos animados que hubieran encontrado un guion entre las rocas y los repitieran hasta replicarlos bien. La identidad de los personajes solo se distinguía por los gestos. Los más amplios eran los de Sallee, por ser francocanadiense. Rumsey encamaba el espíritu metodista, con una mano levantada hacia el cielo. Se podía adivinar el significado de los gestos viendo hacia dónde se dirigía Laird a continuación.

Entonces me di cuenta de que cuando los gestos y los tres hombres regresaban colina abajo, no siempre regresaban al mismo sitio. Era una pista de que tal vez Sallee y Rumsey estuvieran discutiendo acerca del lugar donde Dodge había encendido su fuego. Desde luego no se los veía como en la grieta, por la que se habían arrastrado de un lado a otro, con dificultad pero en completo acuerdo.

Evidentemente, estaban discutiendo acerca del lugar donde habían dejado atrás a su jefe. Pero conforme las palabras que acompañaban a los gestos fueron haciéndose reconocibles, quedó claro que en lo básico estaban de acuerdo. Lo más importante era la convicción común de haber localizado la hendidura a través de la cual habían conseguido ponerse a salvo. Obsérvese en la conversación que sigue cómo la grieta es la estrella polar que guía toda la discusión, indica la dirección de cada movimiento y mide las

distancias.

El segundo acuerdo básico era la certeza de que un mapa del Servicio Forestal elaborado un mes después del incendio («Servicio Forestal Nacional de Helena, Incendio de Mann Gulch-N.° 35, 5 de agosto de 1949: Mapa del avance del incendio») localiza incorrectamente el origen del fuego de Dodge, convicción que, en esencia, derivaba de la primera: la situación del fuego de Dodge no era compatible con la ubicación de la grieta. Yo hacía tiempo que tenía mis dudas acerca del mapa número 35, porque fue elaborado inmediatamente después del incendio, de modo que había ido en busca de otro y había encontrado el mapa de curvas de nivel de 1952, que cada vez me iba mereciendo mayor respeto. Debo añadir que en el mapa de curvas de nivel de 1952, el origen de la quema de seguridad se sitúa cerca de donde figura en el mapa número 35.

Me uní al corrillo de gestos en el preciso instante en que Sallee hablaba.

—El mapa lo sitúa demasiado lejos, demasiado hacia la boca del barranco. De haber sido ahí donde Dodge se arrojó dentro de su quema de seguridad, entonces yo no habría podido ver cómo lo hacía ni cómo el equipo se desviaba monte arriba después de adelantarlo. Aquí hay una prolongación lateral del cerro que habría estado en medio, impidiéndome verlo todo desde la grieta.

El argumento de Sallee será más fácil de seguir si se visualiza sobre la fotografía de la cruz de Reba. Sallee acababa de decidir que el origen del fuego de Dodge se situaba en la base del árbol más alto de los que quedaban en pie (marcado con una X) entre la cruz de Reba y la cresta, tan cerca de esta, en realidad, que se encuentra a tan solo sesenta o setenta metros por debajo. Rumsey y Sallee habían decidido casi en el acto que la grieta era una abertura en la cresta justo a la derecha de la copa del árbol más alto. Recuérdese que Sallee siempre había afirmado que, al salir del bosque, había mirado hacia adelante y había visto a Dodge encendiendo el fuego cerca de un árbol que se alzaba solitario. En esta fotografía, por tanto, hay una línea casi tan recta como si se trazara con una regla y que va desde la cruz de Reba hasta los dos puntos más importantes

que tratábamos de localizar: primero, desde la cruz de Reba hasta el origen del fuego de Dodge localizado por Sallee (X); y segundo, desde allí hasta la grieta por la que se habían metido tanto Rumsey como Sallee. En consecuencia, Sallee renegaba de los dos mapas, tanto del número 35 como del de curvas de nivel de 1952, que situaban el fuego de Dodge fuera de la foto, algo más abajo en el barranco que la cruz de Reba.

Para esta fotografía tiene una importancia clara y drástica quién está en lo cierto: Sallee o los mapas. Si Sallee tiene razón, entonces en la fotografía aparece completo el escenario final, tanto el lugar donde se tomaron las trágicas decisiones finales (en el fuego de Dodge) como el espacio contiguo donde culminaría todo el sufrimiento. Sin embargo, si los mapas aciertan a la hora de situar el origen de la quema de seguridad fuera de la esquina superior izquierda de la foto, esta fotografía recogería la mayor parte del espacio del sufrimiento, pero no el lugar donde se tomaron las grandes decisiones.

Para seguir la argumentación de Sallee contra la ubicación del fuego de Dodge en los mapas, debemos concentramos en los cerros laterales que descienden casi en ángulo recto desde la cresta. Estas elevaciones se han formado por los barrancos secos que discurren a sus lados, y aunque estas hondonadas laterales solo suelen llevar agua en primavera, milenios de primaveras las han vuelto más profundas, mucho más de lo que cabe deducir por la fotografía. Sallee tiene razón al afirmar que uno de estos cerros laterales (que se puede distinguir en la esquina superior izquierda de la fotografía) les habría impedido ver desde la grieta el lugar donde el mapa sitúa el origen del fuego de Dodge.

Evidentemente, para Sallee el primer requisito que debe cumplir un mapa del incendio de Mann Gulch es que el origen de la quema de seguridad pueda verse desde donde él echó su última mirada al barranco, una condición cartográfica que debe respetar cualquiera que haya aprendido de la Biblia a respetar la última mirada hacia atrás.

—Además —dijo Rumsey—, la ubicación en el mapa del origen

del fuego de Dodge sitúa el lugar de donde arrancamos demasiado lejos de la grieta. Nunca habría conseguido llegar a la grieta si hubiéramos tenido que ir tan lejos.

—Es más —agregó Sallee—, fue junto a un árbol. Recuerdo que Dodge se había detenido muy cerca de un árbol y estaba encendiendo el fuego con un mechero.

—Con una cerilla de papel —lo corregí yo, porque me había tomado la molestia de averiguar qué era exactamente una cerilla de papel. Son tan poco de fiar que si un bombero quisiera encender un contrafuego con una, lo normal sería que tuviera que probar con una segunda cerilla.

—Yo no recuerdo que hubiera un árbol —dijo Rumsey.

—¿Pero cómo se te ha podido olvidar? —preguntó Sallee—. Todavía está ahí, en pie. —Y señaló el árbol muerto que en la fotografía aparece más cerca de la cumbre del cerro.

—Dodge no estaba cerca de ningún árbol —insistió Rumsey, con la compostura propia de Kansas.

Sobre la colina, la base del árbol más alto que aún continúa en pie está en una depresión mucho mayor de lo que se aprecia en la fotografía, y Rumsey creía que Dodge no había encendido el fuego en la depresión, detrás de un cerro lateral, sino cerca de la cima e incluso más cerca de la cresta de lo que Sallee afirmaba. Así estaban las cosas aun después de haber dedicado todo un día, y echamos a andar rumbo al río. Las diferencias entre Sallee y Rumsey no parecían ser grandes —solo de cuarenta o cincuenta metros—, pero podían ser importantes.

En el camino de regreso al río nos detuvimos en el desprendimiento de rocas donde entre los dos habían reubicado el emplazamiento de la cruz de Hellman. Habían hecho un trabajo brillante, y Platón, que considera que todo conocimiento depende de la memoria, habría estado encantado de verlos realizar esta hazaña cartográfica de reubicar la cruz de Hellman con el único recurso de recordar una roca plana y una lata con dos agujeros.

En la boca del barranco nos esperaba un barco desconocido con dos desconocidos. Según nos fuimos acercando pudimos

reconocerlos, y enseguida accedieron a ayudamos a beber la cerveza que habíamos traído para evitar deshidratarnos. Resultaron ser el dueño del barco que se encargaba de los recorridos por Gates of the Mountains y un amigo suyo al que había llevado para que pudiera ver a los supervivientes del incendio de Mann Gulch en carne y hueso. La excursión típica para el turista comenzaba en el embarcadero de Hilger y descendía por el río hasta la boca de Mann Gulch, donde daba una charla a los turistas sobre la tragedia que había tenido lugar allí. El hombre encargado de dicha explicación había descendido río abajo y nos había esperado en la boca del barranco con el fin de contemplar en vivo el tema de su charla. Logró que su amigo hiciera posar a Rumsey y Sallee en varias fotografías y se cuidó muy bien de no incluir nada que no figurara en sus charlas, concretamente a Laird y a mí.

Con un brazo alrededor del otro y una lata de cerveza en la mano que les quedaba libre, los supervivientes ya no tenían aspecto de fantasmas, como cuando habían ascendido por la colina; ahora su aspecto me impresionaba, y no dejaba de maravillarme. Entre otras cosas, seguía preguntándome si no nos habríamos equivocado en alguna de las grandes cosas que habíamos hecho allí arriba, aunque fuéramos los cuatro hombres que mejor conocían el asunto.

X

LLEGAR A RECONOCER QUE UNO SE HA equivocado es como llegar a reconocer que está enfermo. Uno se encuentra mal mucho antes de admitir que padece alguno de los síntomas y, desde luego, mucho antes de estar dispuesto a tomar medicamentos.

Sentí que se avecinaba otro viaje a Mann Gulch. Harry Gisborne había hecho un solo viaje a Mann Gulch y no había regresado. Yo tenía tres viajes en mi haber, uno en cada uno de los tres últimos veranos. De tener que hacer un cuarto, tendría exactamente veinte años más que los que tenía Gisborne cuando Jansson le dejó recostado de espaldas con la luna cruzando los cristales de sus gafas.

Aunque aquel viernes era reacio a acercarme a Missoula, en realidad llegué a la ciudad antes de lo habitual, para que Laird y yo pudiéramos informar a Edward Hellman acerca del estado de las cruces en Mann Gulch. Cuando estuvimos allí, el 1 de julio, todas habían sido revisadas por al menos uno de los miembros del grupo, y en ese momento se hallaban en condiciones aceptables. Manifesté la esperanza de que volviesen a revisarlas al cabo de otros cinco años, dado que el hormigón tiende a deteriorarse pronto si está expuesto en lo alto de un cerro a condiciones meteorológicas extremas. Me garantizó que así sería, y Laird prometió que haría la primera inspección quinquenal y después todas las que fuesen necesarias. Aquella mañana, cuando parecían estar desapareciendo algunas de las piedras angulares del pequeño monumento de conocimientos que

yo esperaba erigir a los muertos de Mann Gulch, fue un consuelo recibir la promesa de que al menos no permitirían que las cruces se desmoronasen.

Más tarde nos sentamos a comer.

—No está bien —dije.

—Lo sé —replicó Laird. Ninguno de los dos tuvo que preguntar a qué nos referíamos.

—La base del árbol alto que continúa en pie —continué— está demasiado cerca de la cresta, probablemente a no más de sesenta o setenta metros de la grieta, y eso significaría que Dodge habría encendido su fuego demasiado cerca de la cumbre. Según todos los testimonios, la cumbre estaba a unos doscientos metros. Eso es lo que aseveró el Tribunal de Revisión, que se limitaba a citar lo declarado por los supervivientes.

—Además —observó Laird, que había sido él mismo jefe de cuadrilla de smokejumpers—, eso no tiene sentido. Cuesta creer que un tipo tan duro como Dodge se rindiera cuando estaba a solo sesenta metros de salvarse.

Puede que Laird hiciera la pregunta, pero creo que fui yo quien la hizo, porque había ido a Mann Gulch con la esperanza no solo de descubrir más cosas sobre el incendio, sino también algo más acerca de la vida posterior de quienes habían estado a punto de morir en él. Así que creo que fui yo quien preguntó:

—¿Crees que han tenido éxito en su empeño por no recordar?

Por supuesto, yo sabía que Jansson había pasado buena parte del resto de su vida recordando. Incluso había oído que le había dicho al Tribunal de Revisión que solo respondería a las preguntas sobre la recuperación de los cadáveres si podía declarar de espaldas, para que no pudieran verle el rostro. El caso de los dos supervivientes podría ser muy distinto: eran jóvenes, uno de ellos incluso menor de edad, y habían visto de cerca la muerte cuando aún tenían toda la vida por delante. Es posible que cuando uno casi muere prácticamente antes de haber vivido, exista un mecanismo interior capaz de hacer que los recuerdos de la muerte se minimicen para que la mayor parte de la vida no se base en esta. Me vi erigiendo todo un mundo sobre meras

conjeturas.

—Lo raro —dijo Laird— es que recuerden el lugar exacto donde debería estar la cruz de Hellman cuando se encontraban como mínimo a un kilómetro de distancia. —Y añadió—: Te diré otra cosa que me parece rara sobre el árbol muerto que se mantiene en pie, en la ladera.

—Tú me dices lo tuyo y yo te digo lo mío, y luego nos ponemos a trabajar otra vez —repliqué yo.

—Si Dodge encendió su fuego en la base de ese árbol —dijo—, entonces cuatro o cinco miembros de su equipo, como mínimo Reba y Joe Sylvia, habrían muerto mucho antes de poder alcanzar a Dodge. Sus cruces no están tan lejos, barranco arriba, como donde Rumsey y Sallee dicen que Dodge se detuvo a encender su fuego. Pero él creía que todos sus hombres habían pasado por delante. —Consultó su reloj y preguntó—: ¿Qué ibas a decirme antes de volver a la oficina?

—Iba a decirte —respondí— que no creo que Dodge encendiera el fuego en una depresión, y la base del árbol más alto que quedaba en pie está precisamente en una depresión entre dos cerros laterales.

Tenía un motivo que respaldaba esta convicción, y consideraba que atañía a Laird por el cargo que había ocupado como jefe de equipo de smokejumpers: Dodge no habría encendido el fuego en una depresión, donde sus hombres no habrían podido verlo. Sus hombres se encontraban detrás, más abajo, y evidentemente acababan de salir de las lindes del bosque cuando encendió su cerilla. Sin duda, Sallee tiene razón en insistir en que el origen del fuego de Dodge ha de situarse donde él pudiera ver, desde la grieta de arriba, a su superior tendiéndose en el suelo, porque lo vio. Pero el argumento visual funciona en ambas direcciones: el fuego de Dodge también ha de situarse donde, desde detrás de él, los miembros de su equipo hubieran podido ver cómo lo encendía.

Laird llegaba tarde al trabajo. Los días se fueron volviendo más cálidos y secos. Luego vinieron las tormentas eléctricas y los incendios que se descubrían a la mañana siguiente. De manera que pasó mucho tiempo antes de que pudiéramos reunimos de nuevo,

aunque sé que entretanto había sido feliz. Lo habían levantado de su silla de oficina en la Sede Regional de Missoula para ponerlo al frente de un equipo de emergencia en un gran incendio en Scapegoat Mountain.

La siguiente vez que comimos juntos, le dije:

—He estado pensando en lo que mencionaste acerca de que las cruces de Reba y Sylvia deberían estar más arriba con respecto al fuego de Dodge, y ahora sé cómo podemos comprobar la localización de la quema de seguridad cuando volvamos a Mann Gulch el verano que viene.

—Fenomenal —respondió Laird—. Y yo tengo un plan mejor para entrar en el barranco que cualquiera que hayamos puesto en práctica antes. Creo que será más fácil. —Con esto quería decir que esperaba que resultase más fácil para mí.

En realidad, estábamos empezando de nuevo muy lejos de donde lo habíamos dejado. En el entreacto, cada uno proseguiría con sus reflexiones sobre todas estas cuestiones, bajo el supuesto de que el otro compartiría sus nuevas conclusiones. Los dos recomenzábamos asumiendo que volveríamos a Mann Gulch el verano siguiente, aunque no nos hubiéramos despedido con tal acuerdo, y el hecho es que ambos habíamos esperado que nuestro viaje a Mann Gulch en 1978 con los dos supervivientes fuera el último. Para nosotros, un viaje así significaba recorrer casi doscientos cincuenta kilómetros por la Divisoria Continental remolcando una lancha con un motor que podía no funcionar. Y luego había que subir una pendiente con un desnivel del 76 %, sin una sola sombra pero sí multitud de rocas rajadas por el calor y rápidas serpientes de cascabel. No obstante, nos pusimos a hablar de la nueva ruta que Laird había estudiado para regresar a Mann Gulch.

—Estoy pensando —dijo— que esta vez debemos entrar por la parte trasera, por la cabecera del barranco, cayendo desde Willow Creek, donde había antes una especie de carretera. Puedo llegar con mi furgoneta hasta cerca de la cumbre que separa Mann Gulch de Willow Creek, con lo que nos ahorraremos buena parte de la

escalada y podremos avanzar por la ladera desde la cabecera del barranco hasta las cruces.

—Suena bien —dije, hablando como si ya estuviéramos en el camino de vuelta. Y con algunos pequeños matices, que casi nos llevan a morir deshidratados, ese es el trayecto que seguimos llegado el momento.

MIENTRAS LAIRD había estado tramando una forma más eficaz de llegar a Mann Gulch, yo había estado trabajando en un nuevo método para localizar el origen del fuego de Dodge cuando llegáramos allí. Hasta que lo localizáramos, no tendríamos ningún punto común desde el que medir los tiempos y las distancias que convergían y divergían. El origen de la quema de seguridad era el único lugar del terreno por el que todos terminaron pasando.

Es posible recrear algunos de los pasos mentales que nos condujeron al fuego de Dodge. De todas las objeciones que teníamos Laird y yo para situar el origen de la quema de seguridad en la base del árbol más alto de los que quedaban en pie, la que más me convencía era la de que eso habría significado que los hombres cuyas cruces quedaban más abajo en la ladera habrían estado mucho más atrás que Dodge en el momento en que murieron. Yo no podía creerlo, y pronto comencé a preguntarme cómo encontrar pruebas sólidas en contra. Volví a pensar en la posición de las cruces, porque dicha posición se halla tan cerca de la verdad como el resto de elementos de esa ambigua montaña. En su día, las cruces habían sido colocadas donde fueron hallados los cadáveres, y el propio Jansson dejó un montón de piedras con una nota debajo que identificaba cada uno de los cuerpos y explicaba cómo se había llevado a cabo cada identificación. Probablemente solo la ubicación de la cruz de Hellman sea errónea, pero eso se debe a que Hellman murió en el hospital, y no hubo ningún montón de piedras con una nota debajo que indicara dónde debía colocarse su cruz.

Esta línea de razonamiento conduce enseguida a la siguiente pregunta: ¿Cuál de todas las cruces está colocada de forma más

fiable? La respuesta solo puede basarse en la evocación de los testimonios sobre el incendio. De modo que podemos buscar la respuesta partiendo de la fotografía de la cruz de Reba, y la respuesta es la cruz de Joe Sylvia, que se encuentra cerca de una gran roca plana, a unos doscientos metros ladera arriba de la cruz de Reba, levemente fuera del borde izquierdo de la foto.

La certeza exige que esa roca esté junto a la cruz de Sylvia. Sallee seguía teniendo algunas dudas respecto a su propia localización del origen del fuego de Dodge, porque no hay ninguna gran roca plana lo bastante cerca como para ser la roca donde encontraron a Sylvia, y Sallee es quien mejor debe de acordarse de ella. Agotado como debía encontrarse, se pasó toda la noche del incendio andando para guiar al equipo de rescate, primero de regreso hasta donde estaba Hellman y luego, cruzando la divisoria, hasta donde se hallaba Sylvia, que se tambaleaba sobre la roca plana, suplicando: «No me miréis la cara, es horrible».

Para algunos, pensar tal vez sea una actividad sin altibajos, pero en mi caso, en la medida en que soy consciente de ello, es más bien como esos pequeños géiseres de barro del parque de Yellowstone que alternan las burbujas de lodo con bocanadas de humo (y otra vez barro). Cuando me concentraba en la cruz de Sylvia, lanzaba bocanadas de humo, y según este se disipaba, la cruz de Sylvia se conectaba en mi cabeza con lo que llevaba tanto tiempo tratando de encontrar: el fuego de Dodge. Entre las burbujas me venía a la memoria el testimonio de Dodge sobre lo que había hecho después de que el incendio lo hubiese dejado atrás: se había puesto de pie sobre las cenizas de su propio fuego; había oído una voz que en apariencia procedía de muy lejos pero que resultó estar a muy poca distancia, barranco arriba y por debajo de él; siguiéndola, había encontrado a Sylvia, cuyo cuerpo tenía quemaduras tan graves que Dodge lo había colocado sobre una gran roca plana fuera del alcance de las cenizas. Los recuerdos de Dodge eran muy precisos, incluido el cálculo de la distancia que separaba el lugar donde había estado tumbado sobre su propio fuego y aquel donde había encontrado a Sylvia: «Al investigar, encontré a Sylvia aproximadamente treinta

metros más abajo y a unos cincuenta o sesenta al este de mi posición».

De manera que, cuando Laird hubo acabado su detallada descripción de cómo entraríamos en Mann Gulch a bordo de un 4x4, le dije:

—Y cuando lleguemos, iremos directamente a la cruz de Sylvia y nos aseguraremos de llevar con nosotros una cinta de cien metros de largo. Puesto que partiremos de la cruz de Sylvia para averiguar dónde se puso de pie Dodge, recorreremos marcha atrás las distancias que él calculó; primero cien metros ladera arriba desde la cruz, y luego cincuenta o sesenta metros hacia la izquierda, en dirección a la boca del barranco.

—Ahí debería haber una señal —dijo Laird.

—Puede que estuviera —contesté—, pero es posible que ya no esté.

Ambos sabíamos, por supuesto, que las cruces de hormigón se habían colocado para señalar el lugar donde estaban los cuerpos, pero también sabíamos que en un inicio, pocos días después del incendio, se habían colocado unas cruces provisionales de madera y que el origen de la quema de seguridad también había sido señalado. Casi con total seguridad esta localización había sido exacta. Dodge había regresado al escenario de la tragedia la tarde siguiente, recorrió el lugar y se quedó hasta que hallaron todos los cuerpos. Parte de ese tiempo lo empleó en enseñarle a Jansson el lugar donde había encendido su fuego, lugar que quedó entonces señalado con un montón de piedras y una cruz de madera. Laird y yo supusimos que esa cruz había desaparecido hacía mucho tiempo, y ciertamente no se veía por ninguna parte cuando recorrimos la ladera con Rumsey y Sallee.

—Pero si la cruz todavía está allí —dijo Laird—, sería una prueba segura.

La comida se alargó bastante, y tuvo lugar mucho antes de que regresáramos a Mann Gulch. En el camino que conduce a la verdad hay mucho barro de géiser, entre las burbujas y el humo.

REGRESAMOS A Mann Gulch más tarde de lo que habíamos previsto. Nuestra intención era ir allí para el 1 de julio, antes de que se alcanzaran temperaturas récord, pero esos planes se hicieron antes de que el antiguo jefe de cuadrilla de smokejumpers recordara que esa era la época del año en que los salmones ascienden por los ríos de la Columbia Británica. De modo que recorrió tres mil kilómetros de caminos de tierra por Canadá, machacando los amortiguadores de su furgoneta, solo para descubrir que a los salmones de veinte kilogramos de peso no les costaba nada romper sedales a prueba de treinta kilos. Me alegré de poder responderle: «Joder, ya eres mayorcito como para creer lo que dicen los fabricantes de artículos de pesca. En el Blackfoot, donde no suelo pescar truchas de más de un kilo, siempre utilizo sedales de cuatro kilos». Y añadí: «Y aun así, tengo que cambiar los sedales un par de veces al día».

Así que cuando finalmente partimos hacia Mann Gulch el 24 de julio de 1979, hacía 34 °C en Helena, no tanto como el récord de 37 °C del día del incendio, pero sí lo suficiente como para que nos dividiéramos las tareas hacia el final de la tarde y poder así llevar a cabo todo lo previsto. Yo fui por la ladera hasta las cruces y, al final del día, después de coronar la cumbre del cerro y seguirla, regresé a la cabecera del barranco, donde me reuní con Laird, cuya misión lo había llevado al fondo del barranco. En el camino de regreso dejó de preocuparme la posibilidad de morir a causa de un paro cardíaco. Ya desde antes de llegar a la cima, la muerte por deshidratación parecía una opción más plausible. Pero aun así sabía que, gracias a los vientos variables que pueblan las cumbres de los cerros, no podía hallarme en un peligro tan inminente como Laird: en el fondo del barranco, él era lo único que se movía. De modo que cuando nos reunimos en la cabecera del barranco, ambos a punto de morir de calor, le pregunté por pura curiosidad:

—¿Qué temperatura crees que hace en el fondo del barranco?

—Unos 50 °C —respondió.

—No, ahora en serio —dije—, y recuerda que 60 °C ya son letales.

—Unos 50 °C —insistió—. Y recuerda que la temperatura se

toma a la sombra y que en el fondo de Mann Gulch no hay ni una sombra.

En muchos aspectos el viaje vino a cumplir todas nuestras expectativas, en parte porque el calor nos dio una idea lo que debieron de sufrir aquellos hombres en Mann Gulch el 5 de agosto de 1949.

Nunca podríamos haber llevado a cabo nuestro plan de llegar a la cabecera de Mann Gulch a través de Willow Creek sin la amabilidad de la Comisión de Caza y Pesca de Montana. No solo nos dieron permiso para entrar por Willow Creek, que está en el antiguo rancho de Jim McGregor que la Comisión había adquirido para crear una reserva de caza, sino que nos proporcionaron caballos y los dejaron donde acababa la carretera y nuestro todoterreno ya no podía avanzar. Tal vez yo hubiera podido llegar al barranco sin necesidad de caballo, pero mi cuerpo habría tenido que esperar a que un helicóptero se lo llevara de vuelta.

Ya en el camino de entrada tuve una visión inquietante de lo que estaba a punto de sufrir por haber caminado tanto por la montaña con mis viejas botas Dunham; sin que me hubiera dado cuenta, los tacos de las suelas estaban demasiado desgastadas como para subir por una pendiente con un desnivel del 76 % cubierta de hierba seca. En el camino de ida, mientras me habituaba a mi yegua haciéndola pasar por un trecho pedregoso, resbalé y caí bajo las patas del animal. Vi cómo ocurría todo con detalle. Vi cómo rodaba por la colina bajo las patas de la yegua y me pareció que, por un instante, había intentado invertir la dirección y caer lejos del animal, y luego, rápidamente, tal y como estaba sucediendo, tuve tiempo de ver que sabía de la fuerza necesaria para tomar ninguna decisión y de darme cuenta de que no veía lo que estaban haciendo sus patas traseras, aunque por fortuna también vi que sus patas delanteras se doblaban como si tuviera los huesos blandos y que apoyaba los cascos en la pendiente después de pasar justo por encima de mi cabeza. Todo esto sirvió para que empezara a tomarle cariño al animal.

Aquello fue una mera premonición de lo que me esperaba por la tarde, cuando tuve que subir la pendiente del 76 %, aferrándome a

un puñado de hierba tras otro. Aun así, no padecí tanto por mis manos como por la sed.

Cuando llegamos a la cabecera de Mann Gulch, buscamos un árbol al que atar los caballos, pero casi todos habían ardido hacía treinta años, se habían podrido hasta las raíces y yacían en el suelo. Así que tuvimos que conformamos con un par de árboles caídos y podridos a los que atarlos, aunque me pasé todo el día vigilando a mi yegua desde lejos, porque temía que pegase un tirón y se fuera a casa. Era un caballo poderoso, y estoy seguro de que podría haberse soltado. Pero no lo hizo, y debió de ser terrible estar allí atada con ese calor.

Paul Lloyd-Davis había venido con nosotros para ayudamos a manejar la cinta métrica de cien metros. Es un bombero jubilado, un viejo amigo de Laird que en ese momento trabajaba como periodista en un canal de televisión de Missoula, así que nos alegró contar con otro antiguo experto en apagar incendios con quien compartir nuestros padecimientos.

Lloyd-Davis y yo partimos de la cabecera del barranco y avanzamos por la ladera hacia las cruces siguiendo lo que se había convertido en un plan de movimiento envolvente para abarcar desde el principio el origen de la quema de seguridad y que no cupiera ninguna duda al respecto. Uno de los brazos partiría desde la señal más fiable de la ladera, la cruz de Joe Sylvia, y desde ella mediríamos hacia atrás hasta el fuego de Dodge, empleando la distancia que, según este, había desde donde permaneció tendido hasta donde después encontró a Sylvia, junto a la roca plana. El segundo brazo se sumó a nuestro plan original de ataque durante el invierno. Yo había estado reordenando los archivos, como hago de vez en cuando para recordar su contenido. En una carpeta con el rótulo «Yonts, Susan: Washington D. C.», encontré una fotografía del escenario de la tragedia de Mann Gulch tomada el 16 de agosto de 1949, en la que aparecía señalado el lugar donde Dodge había encendido la quema de seguridad. Susan Yonts había encontrado esta fotografía durante su estancia en la oficina de información del Servicio Forestal en Washington, cuando yo acababa de empezar mi concienzudo

estudio del incendio de Mann Gulch. Antes de que pasara mucho tiempo, se me ocurrió mencionarle que era hijo de un pastor presbiteriano, y me dijo que ella también. Pronto supo tanto como yo acerca del incendio de Mann Gulch, o incluso más. Y, por supuesto, pronto encontró más documentos sobre el incendio de los que yo era capaz de comprender o utilizar, procedentes de diversos archivos. Esta fotografía que figura a continuación; tuve el suficiente instinto como para llevármela conmigo.

Quienquiera que hiciese las anotaciones que aparecen en la foto se las tuvo con la ortografía de «recibido» («*recieved*», en lugar del correcto «*received*») y estamos casi seguros de que la anotación «Rumsey-Sallee-Hellman cruzaron por aquí» no señala la grieta correcta. Pero suponíamos que la ubicación del fuego de Dodge en esa fotografía era exacta, puesto que en la misma carpeta había otra foto en la que la misma letra que había escrito mal «recibido» anotaba la misma fecha, 16 de agosto de 1949, con el rótulo: «En primer plano, varios hombres están colocando cruces». Así que el 16 de agosto de 1949 es el día en que se dispusieron las cruces de madera, una de las cuales fue colocada en el lugar donde Dodge había encendido la quema de seguridad.

Mann Gulch, 16 de agosto de 1949.
Fotografía cortesía del Servicio Forestal del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

Laird quedó atrapado de inmediato por la foto. Se le dan bien muchas cosas, entre ellas tomar buenas fotos. Pero antes que nada es un hombre de los bosques, y no se puede ser un hombre de los bosques sin poseer una sensibilidad para la topografía que permita, con solo mirar un paisaje, saber cómo sería si no tuviera árboles ni nada que lo cubriese. Es algo así como el don que todos los hombres desean tener cuando son jóvenes —o viejos— y que consiste en poder ver el cuerpo de una mujer a través de la ropa, y tal vez incluso un poco de su carácter. Esto tal vez ayude a explicar por qué hay tan pocos buenos conocedores de los bosques y muchos que querrían serlo.

«Déjame que estudie la fotografía», me dijo Laird. Y así nos hicimos con el segundo brazo de nuestro ataque. Mientras Lloyd-Davis y yo avanzábamos con la cinta métrica por la falda del cerro desde la cabecera del barranco hacia la cruz de Joe Sylvia, Laird atajaba directamente hacia el fondo del barranco, localizaba el punto desde el que había sido tomada la fotografía del 16 de agosto y hacía todo lo posible por trasladar la posición de la quema de seguridad en la foto a la topografía del terreno. Esperábamos que su ruta lo condujera al mismo sitio que a mí el testimonio de Dodge.

Los dos sabíamos que cuando Laird trasladara la foto a la topografía, si lo conseguía, no iba a ver nada que a primera vista se pareciese mucho a la imagen. En ella, muchos de los árboles arrasados por el fuego aparecen todavía de pie. Después de treinta años casi todos se habían podrido y caído, y prácticamente no había nuevos brotes. De manera que Laird estaría viendo un cuerpo casi desnudo, un cuerpo sin enterrar que llevaba mucho tiempo muerto.

Ahora debía ser posible que tanto Laird como yo, cada uno por su camino y guiado por diferentes pruebas, llegáramos al mismo lugar, o eso esperábamos. Si el lector quiere acompañar a Laird, primero ha de estudiar la fotografía como si fuera un patólogo forense dispuesto a identificar a una víctima ante un tribunal mediante la confrontación de dos visiones del cadáver. La primera visión (la fotografía) corresponde al cuerpo cuando aún estaba vestido, de modo que uno tiene que mirar a través de la ropa para

que la segunda visión, la de los restos óseos (el terreno tal y como está hoy), encaje.

Como guardabosques forense, uno se hará una idea bastante aproximada, después de haber estudiado la fotografía, de lo que debe buscar incluso antes de entrar en el barranco. Al menos puede intentar ponerse a prueba como guardabosques. Se trata de deducir a partir de la foto la ruta que habría que seguir para llegar —supuestamente— a la cruz de madera. Lo primero que hay que buscar en el suelo son las tres piedras blancas de la esquina inferior derecha de la fotografía marcadas como «punto donde estaba la carga»: se hallan al borde de un ramal del barranco y forman una línea paralela a él. Las tres rocas blancas, a diferencia de la mayoría de los árboles que en la fotografía están en pie, deben de seguir allí, y no tendría que ser muy difícil verlas. El lector tiene que considerarlas «puntos de referencia».

Las tres piedras blancas sirven de mira trasera para nuestro rifle. Para encontrar el objetivo hay que volver a la foto, trazar una línea desde las tres rocas blancas que pase por la cruz que marca el lugar donde «Dodge encendió el fuego» y luego continúe ascendiendo por el cerro hasta pasar cerca de algo que aparece en la fotografía y que aún sigue allí sobre el terreno, grande y muy visible.

Esta línea, cuando se prolonga, casi pasa entre dos piedras gigantescas de la cresta.

A continuación, hay que volver a guardarse la foto en la mochila, para evitar que se empape de sudor, y comenzar a ascender hacia las dos rocas. El lector sabrá si la cosa ha empezado bien si cruza dos ramales del barranco, uno recto y bastante profundo y el siguiente, un ramal curvo del primero. Poco después, si los recuerdos de Sallee eran correctos, debería haber un gran árbol solitario, ahora caído, pero si ha seguido la línea recta, al acercarse podrá localizarlo en la hierba. Más allá, debería haber muchos árboles caídos, al igual que hay muchos en pie en la fotografía, lo cual confirmaría el testimonio de Sallee de que, justo cuando Diettert, Rumsey y él salieron de un trecho de bosque después de deshacerse de las herramientas, miraron hacia adelante y vieron a Dodge inclinado sobre la ladera

herbosa dispuesto a encender su quema de seguridad.

Si a partir de ahí el lector se une a Laird y sigue la diagonal de los restos topográficos que va desde las tres piedras blancas de la ladera baja del barranco hasta el par de rocas gigantescas de la cresta, es de esperar que en el camino se tropiece conmigo, que estaré aguardando cerca del árbol muerto caído en una ladera cubierta de hierba. Con suerte, también habrá una cruz de madera en algún lugar próximo, entre la hierba.

YO ESPERABA. Veía a Laird ascender lentamente por la colina, más o menos en mi dirección. Había tres o cuatro razones obvias para que avanzara despacio, pero solo una por la que en ningún momento levantó la vista y me miró. Saber adonde debía conducirlo el trayecto que estaba siguiendo habría sido como hacer trampas por adelantado.

Lloyd-Davis y yo estábamos sentados donde nos había llevado nuestra cinta métrica desde la cruz de Sylvia. Habíamos hecho el trabajo juntos, en parte porque se necesitan dos personas para llevar a cabo una medición de cien metros con una cinta metálica en un monte cuando hay que emplear al menos una mano para agarrarse a la hierba. También porque si Lloyd-Davis se hubiese ido con Laird, tendría que haber cruzado el fondo del barranco sin fondo, mientras que conmigo iría siguiendo las cruces, desde los Cuatro Jinetes que corrieron más lejos y más rápido hasta los que se rindieron antes.

Yo seguí la hilera más baja de cruces, dirigiéndome hacia la cruz de Joe Sylvia tan derecho como me lo permitía la memoria; Lloyd-Davis iba de cruz en cruz muy cerca, ladera arriba. Las cruces son casi indistinguibles de los matojos secos y de la arenisca blanca y gris desmoronada y arrastrada desde la cresta durante milenios. A veces llegábamos a la siguiente cruz antes de damos cuenta de que nos habíamos saltado la anterior, y casi siempre había que apartar la hierba adherida a la cruz para encontrar el nombre grabado en la placa de bronce. Nos gritábamos los nombres el uno al otro, por regla general desde la hilera de arriba a la de abajo, y luego a la

inversa: si resonaba el nombre de David Navon, le respondía Marvin Sherman; si resonaba el nombre de Leonard Piper, la respuesta era Robert Benett. Cuando oí el de James Harrison, comprendí que ya casi habíamos llegado. Los nombres resonaban arriba y abajo en la colina, como si pasara lista en el Cementerio Nacional de Arlington: Navon (teniente primero de la 101.ª División Aerotransportada); Sherman (marinero de segunda clase, Armada de Estados Unidos); Piper (también de la Armada de Estados Unidos); Bennett (técnico sanitario del Ejército de Estados Unidos). Conforme la ladera iba adquiriendo un aire ceremonial, me vinieron a la cabeza viejos fragmentos poéticos: «En los campos de Flandes florecen las amapolas / entre las cruces dispuestas en hileras…»[33]. No pude continuar el poema. Solo las cruces encajaban. «Amapolas», ¡y una mierda! Todo estaba muerto en la ladera: cruces de hormigón medio desmoronadas, árboles podridos y hierba reseca.

En cuanto a las «hileras», había cruces donde un cuerpo se había quedado sin cerebro por falta de oxígeno y había rodado ladera abajo hacia la muerte negra; con suerte, después de haber muerto.

Ya me estaba deshidratando y temía no poder pensar con claridad. Sin embargo, mi cerebro recibía el suficiente oxígeno como para advertir que no habíamos visto ni una serpiente de cascabel en aquel terreno infestado de serpientes, y conjeturar que las serpientes de cascabel, al ser de sangre fría y por lo tanto sensibles a las temperaturas extremas, estarían en sus agujeros para no freírse. Fuera de ese cerro es imposible sentir el calor que hace allí; la temperatura era lo bastante alta como para que cada vez más temiera no poder pensar cuando lo necesitara. Me asustaba la idea de que ese sería probablemente mi último viaje a Mann Gulch, y mi última posibilidad de hallar la verdad de la tragedia. Me dije una y otra vez que el único poema que tendría ocasión de escribir sobre el incendio de Mann Gulch era el de la verdad sobre el mismo. Me repetía: «Recuerda, tienes que seguir pensando con claridad, aunque tengas la garganta tan seca que no puedas tragar». Añadí: «Ni escribir poemas». Y una última perogrullada: «Los verdaderos poemas son difíciles de encontrar».

Lloyd-Davis y yo nos reunimos en la señal de Sylvia junto a la gran roca plana. Incluso después de haberme dicho a mí mismo que no debía dejarme dominar por la memoria, seguía imaginando a Sylvia tambaleándose sobre la roca, pidiendo ayuda de vez en cuando y luego cayendo inconsciente, de modo que aquella noche el equipo de rescate habría tardado mucho en localizar sus gritos esporádicos conscientes. Solo nos quedaba agua para un breve trago cada uno, así que decidimos guardarla, convencidos de que más adelante la necesidad sería mayor. En lugar de beber, nos pusimos manos a la obra con la cinta metálica. Yo tomé el extremo delantero de la misma y fui directamente hacia arriba. Lloyd-Davis se quedó junto a la cruz de Sylvia para detener la cinta cuando yo hubiera caminado unos treinta metros.

Dado que estábamos midiendo las estimaciones de Dodge hacia atrás, primero ascendimos treinta metros desde la cruz de Sylvia y luego nos alejamos otros cincuenta en sentido lateral hacia la boca del barranco. Apilé unas cuantas piedras cuando Lloyd-Davis gritó «¡Treinta metros!», aguardé a que subiera hasta donde estaba el montón y luego me alejé lateralmente en dirección a la boca del barranco, manteniéndome tanto como pude en la misma curva de nivel durante los cincuenta metros, al final de los cuales apilé otras cuantas piedras y me senté. Lloyd-Davis permaneció en el primer montón de piedras a fin de que Laird pudiera ver dónde nos habían colocado las dos estimaciones de Dodge.

Mientras Laird proseguía su ascenso ladera arriba, en una dirección que más o menos apuntaba hacia nosotros, me pregunté cuál de los dos castigos sería más cruel y retorcido, si ascender en línea recta por la ladera o desplazarse lateralmente, y decidí que no había mucha diferencia en el grado de castigo, solo en la dirección desde la que procedía: cuando subía cuesta arriba por la ladera con mis botas de suelas desgastadas, me caía cuesta abajo, y cuando me caía de forma lateral, me caía ligeramente cuesta arriba. Debilitado por las caídas previas, me pregunté si sería capaz de regresar adonde estaba mi yegua. A estas alturas me daba miedo mirar para averiguar si el animal seguía en su sitio.

Por lo demás, nos limitamos a sentamos y esperar en lo que debía de ser una de las laderas más calientes de lo que, según recordaba, había sido descrito como uno de los territorios más duros al este de la Divisoria Continental.

Laird continuó acercándose, más o menos en dirección hacia mí, hasta que estuvo unos veinte o treinta metros más abajo, siguiendo siempre su diagonal, probablemente dirigiéndose aún a las dos rocas gigantescas de la cresta. Luego levantó la vista y me vio. Cuando lo hizo, cambió su curso y subió en línea recta por la ladera. No me gustó que tuviera que cambiar de dirección para llegara donde yo estaba. Finalmente, se sentó a mi lado y respiró hondo, sin poder tragar ni hablar.

Con un gran esfuerzo consiguió decir:

—No, no hemos acabado de coincidir. —Cuando se hubo recuperado lo suficiente para darme una explicación, añadió—: Para haber coincidido contigo siguiendo la dirección que llevaba, tendría que haber estado quince o veinte metros más hacia la boca del barranco.

—Puedo desplazarme otros veinte metros más en ese sentido —le dije—, y seguir dentro de las estimaciones de Dodge. Recuerda que Dodge dijo que la cruz de Sylvia estaba a unos cincuenta o sesenta metros barranco arriba con respecto a su fuego, pero como solo he avanzado cincuenta metros, aún podría continuar otros diez de ser necesario, y seguiríamos ateniéndonos a sus estimaciones.

Pareció aliviado solo en parte.

—Aunque fueras diez metros más allá, barranco abajo —replicó —, sigo pensando que estarías demasiado arriba en la ladera como para estar en la línea que yo venía siguiendo.

Yo no me apresuré a aceptar su objeción. En nuestros trabajos, Laird había tendido a designarme como guardián y especialista de los documentos, y yo había tratado de no defraudarlo; como mínimo, procuraba saberme de memoria los documentos más cruciales. Pese a que el calor hacía que todo pareciese extraño, fui por fin capaz de explicar el extraño motivo por el que estaba sentado quince o veinte metros más arriba en la ladera de adonde lo habría

conducido el ángulo de su ascenso.

—Sí —dije—, creo que los dos estamos en el mismo punto. La situación del fuego de Dodge en nuestra fotografía es, casi con total seguridad, la de la cruz de madera, que casi con total seguridad también señala el lugar donde encendió el fuego. Pero yo he seguido una estimación que hizo Dodge sobre la distancia que había entre Joe Sylvia y él cuando se puso de pie después de que el incendio principal lo hubiera dejado atrás. El lugar en que encendió el fuego y en el que permaneció tendido dentro de este son dos sitios diferentes, y en el mapa de curvas de nivel de 1952 están señalados como dos puntos distintos cuyos significados también lo son: el punto 8, donde Dodge encendió su quema de seguridad; y el punto 9, un poco más arriba, tiene la leyenda «Aquí sobrevivió Dodge».

Laird tenía sus reservas sobre el mapa de 1952, y yo también las tenía. Pero yo creía en sus puntos fundamentales, pese a que parte de mi fe se basara en un razonamiento apriorístico de que el mapa se elaboró en un momento en el que el Servicio Forestal se enfrentaba a las demandas de los padres por un delito de negligencia. Estaba seguro de que entre ellos, por lo menos Henry Thol habría sabido reconocer al instante cualquier error que hubiera podido cometer en dicho mapa el Servicio Forestal.

—En el mapa de 1952 —empecé a decir—, el punto donde Dodge encendió el fuego está tres curvas de nivel más abajo en la ladera que el punto donde se puso de pie después de que el incendio principal hubiera pasado de largo, y cada curva de nivel del mapa representa unos seis metros de altura.

—Santo cielo —dijo Laird—, ¿crees que puede haber allí alguna señal?

Los dos miramos hacia donde debería estar la señal de haberse mantenido en pie, pero solo vimos hierba. Aun así, ambos habríamos apostado que Dodge había prendido la cerilla a unos quince metros en dirección a la boca del barranco, más otros sesenta metros ladera abajo. Ninguno de los dos, sin embargo, hizo nada para tratar de averiguar si estábamos en lo cierto, y solo lentamente y de forma casi anónima nos revelamos el uno al otro qué era lo que

nos retenía. Con el tiempo, pero con toda claridad, ambos reconocimos que si estábamos en lo cierto en cuanto al origen del fuego de Dodge, Sallee no podría haber visto a Dodge ni al equipo desde la grieta que Rumsey y él habían localizado el verano anterior.

Estudiamos la cresta que teníamos encima. Directamente sobre nosotros había un paso despejado y, más hacia arriba, a poca distancia del paso, la cresta continuaba sin ninguna brecha; luego, después de un trecho, había una grieta. Sin movemos de donde estábamos, estudiamos la siguiente hendidura, que estaba un poco a la derecha y por encima de nosotros. Más allá se veía otro paso ancho, el mismo por donde el verano anterior habíamos coronado la cumbre del cerro procedentes de Rescue Gulch, y después estaba la grieta que Rumsey y Sallee habían determinado que era por la que habían conseguido ponerse a salvo.

—¿A qué distancia crees que está por encima de nosotros, casi en perpendicular, esa otra grieta? —preguntó Laird.

—A unos doscientos metros —respondí—. Entre cien y doscientos metros encajaría con la prueba documental que llevo en la mochila.

Laird asintió.

—Tal vez un poco menos de doscientos metros —dijo—. Vamos.

Una vez más nos repartimos las misiones. Laird iría «abajo» y yo «arriba»; ninguno necesitó más detalles. Lloyd-Davis y la cinta métrica me acompañaron; nuestra tarea principal al ir «arriba» consistía en medir la distancia desde el fuego de Dodge hasta la nueva grieta. Laird se alejó quince o veinte metros por la ladera hacia la boca del barranco antes de ir hacia «abajo», que era donde creíamos que Dodge había encendido su fuego: unos veinte metros más abajo.

He tenido que aprender muchas cosas para contar esta historia: una de ellas es cómo debió de ser morir en el calor del infierno. Dado que el infierno es también un foso, tuve que aprender cómo se muere en el infierno cayendo sin cesar, y caer sin cesar es una forma terrible de morir, porque la confianza se destruye antes que el

cuerpo, y debe de ser terrible morir sin que quede otra cosa que el cuerpo.

Mientras Lloyd-Davis y yo subíamos por el cerro hacia la cabecera del barranco, busqué a Laird con la mirada y lo vi a lo lejos, estirado a la sombra del único tronco que quedaba en pie en un cerro lateral hacia la cabecera del barranco.

Aun así, llegó a los caballos antes que nosotros y, pensando en mí, condujo mi yegua al menos cien metros ladera abajo; tuve que agarrar la brida de mi yegua para sostenerme. Para un tipo que aquel día había coqueteado con la muerte, parecía bastante animado.

—Si pudieras pedir un deseo, solo uno, ¿cuál sería? —me preguntó.

—Beberme un vaso de agua —contesté desesperanzado.

—Venga ya, dime —dijo profundamente decepcionado.

Un vaso de agua fresca seguía siendo mi única respuesta, pero parecía no ser la correcta. Me quedé ahí, apoyado en mi yegua y mirando a Laird. Él me insistió con la mirada. Al final no pudo esperar más a que yo lograra reunir suficiente oxígeno y seso para desear lo que debía desear.

—La cruz de madera —dijo, tratando de contenerse—. La cruz de madera. Se había caído y estaba oculta bajo la hierba, pero está exactamente donde suponíamos que estaría.

Me alegré de que siguiera hablando, porque yo aún no me sentía en condiciones de hacerlo. Afirmó que se trataba casi con total seguridad de una cruz de madera, y que la había encontrado prácticamente en el mismo lugar donde coincidían la fotografía y el testimonio de Dodge: en la base del árbol más grande de la ladera, y el único en un buen trecho.

—De modo —continuó— que estaba casi exactamente donde coinciden los tres pronósticos: la fotografía, el testimonio de Dodge y el recuerdo de Sallee, casi en la base de ese único y gran árbol, salvo que ahora el árbol se ha caído y la hierba está alta. La cruz estaba tirada y medio oculta entre la hierba, pero he despejado el sitio, la he levantado y he apilado algunas piedras a su alrededor. La verás cuando revele el carrete.

Hice que mi yegua diera la vuelta para que estuviera más abajo que yo. Necesitaba ese palmo de ventaja a fin de poder subirme a ella. El animal se dirigió de inmediato hacia la cumbre del cerro, y probablemente hacia la cuadra, así que tuve que frenarla para poder dar mi discurso.

—Hay unos ciento setenta y cinco metros desde el lugar donde Dodge encendió el fuego hasta la grieta —expliqué.

Laird pareció complacido, y dijo:

—Eso es más o menos correcto.

—Y Sallee asegura en su testimonio que estaba a unos doscientos metros, y esa misma sensación me dio a mí.

—El terreno es demasiado empinado y rocoso para que parezca más distancia de la que hay, sobre todo cuando uno sabe que va a tener que subir por él. Es probable que ciento setenta y cinco metros sea la distancia correcta.

Retuve un momento más a la yegua y le pregunté a Laird:

—Adivina qué hay al otro lado de la grieta, cuando te cuelas por ella.

—¡Venga ya! —contestó, ojiplático.

—Exacto —le dije—. Al otro lado de la grieta está el arbusto de enebro sobre el que pudo haber caído Rumsey.

Ambos creíamos en el arbusto de enebro, y ahora nos preguntábamos cómo era posible que hiciera de repente tanto frío, como había ocurrido en la noche de aquel día con récord de calor del 5 de agosto de 1949. Estábamos saliendo de un mundo extraño.

EN LA DIVISORIA entre Mann Gulch y Willow Creek hice que mi desganada yegua diese media vuelta para poder contemplar Mann Gulch. Desde aquel punto no me era posible ver todo el camino hasta el río a causa del recodo más próximo a la boca del barranco, desde donde el incendio se propagó, saltó el barranco y emprendió el ascenso del cañón para salir al encuentro del equipo que descendía. De manera que lo que se ve cuando se mira desde lo alto de Mann Gulch no es todo Mann Gulch, sino el marco del incendio

que allí tuvo lugar. Se trata de un mundo pequeño, autónomo y feroz, compuesto de muchos mundos que resaltan desde las abruptas laderas y las rocas. A cada lado hay un mundo distinto, montañas al sur y al oeste, llanuras al norte y al este, dos formas muy distintas de vivir y de morir. A estas alturas, los tres kilómetros que encerraban el mundo del incendio de Mann Gulch se habían transformado para mí en muchos mundos con sensibilidades muy distintas: la tierra románüca de los jóvenes que descienden del cielo para encontrar el fuego; la tierra brutal que ejecuta una tragedia en una sola frase; una tierra, cada vez más feroz, que se niega a revelar nuevos secretos sobre cómo ordenar las cosas; y siempre el mundo triste que los padres no pueden soportar visitar. Todos ellos eran mundos en los que podría haber vivido. Al contemplar los mundos del incendio de Mann Gulch por la que probablemente fuera la última vez, me dije: «Ahora ya lo sabemos, ahora ya lo sabemos». Seguí repitiendo este verso hasta reconocer que, en el ancho mundo de cualquier lugar, «Ahora ya lo sabemos, ahora ya lo sabemos» es uno de sus más hermosos poemas. Comoquiera que fuese, en aquel momento mi mundo se había transformado para mí en este poema de un único verso. Cuando descubrí que era un poema, confié en poder concluirlo en forma de tragedia; o mejor aún, en forma de historia de una tragedia; o mejor aún, en forma de tragedia de todo aquel mundo absurdo que probablemente tenga siempre su propio sentido y su propia belleza, aunque no siempre sean los nuestros.

Guarda turístico del Servicio Forestal en la colina de Mann Gulch mirando hacia el río Missouri.
Fotografía de Philip G. Schlamp, 1969. Cortesía del Servicio Forestal del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

No encontramos agua hasta llegar a Willow Creek. Lo sentí mucho por los caballos, pero ya no por nosotros. Tal puede ser el efecto de la belleza de un poema muy corto.

XI

PUEDE QUE LA CERVEZA NO SEA muy eficaz para evitar la deshidratación, pero facilita que admitas los errores. A la tercera botella, le dije a Laird:

—Creo que puedo explicar por qué nos equivocamos al localizar el origen del fuego de Dodge el verano pasado, cuando Sallee y Rumsey fueron con nosotros a Mann Gulch.

—Creo que yo también puedo —dijo Laird.

Habíamos vuelto al rancho de la Comisión de Caza y Pesca, y descargado los caballos del camión, y ahora estábamos apoyados en los guardabarros delanteros del camión de Laird, uno en cada guardabarros, ambos demasiado calientes para tocarlos pero no para servir de apoyo. Estábamos demasiado cansados como para sentarnos a la sombra, si es que había alguna, así que pusimos sobre el capó recalentado la bolsa de plástico con el resto de la cerveza. Pensamos que, ya que la cerveza no servía para combatir la deshidratación, lo mismo daba que nos la bebiéramos caliente.

—He pensado mucho en todo esto —le dije—. Quiero decir, he pensado mucho en esto antes de hoy.

—Ya somos dos —dijo Laird.

Para empezar, traté de señalar las diferencias entre los datos de partida para explicar cómo nos habíamos equivocado. Las rarezas lo explicaban: las rarezas del terreno y las rarezas de la psicología, aunque estas últimas no suelen ser tan raras como parecen a primera vista. Lo realmente extraño es cómo el terreno y la psicología se

unieron de forma insólita. Al cabo de un cuarto de hora, habíamos armado pieza a pieza una explicación con solo pequeñas diferencias entre nosotros.

La primera rareza que nos condujo al error fue que en 1978, por lo demás por buenas razones, nos habíamos acercado a Mann Gulch desde Rescue Gulch. Eso supone acercarse lateralmente, así que lo primero que vimos de Mann Gulch fue su cerro septentrional, lo cual supuso que, de los puntos clave del incendio que nos proponíamos localizar, el primero que buscáramos fuera la grieta, porque era lo que teníamos más cerca. La psicología también garantizaba que la grieta fuera el primer punto que localizáramos: Rumsey y Sallee le debían la vida.

Pero utilizar la grieta como punto de partida para reconstruir la tragedia ocurrida más abajo era un procedimiento peligroso. Tanto Laird como yo ya habíamos observado previamente una rareza en la cima de Mann Gulch, un patrón de terreno que se repite a lo largo del cerro: en primer lugar, hay un paso ancho y despejado donde no ha emergido la cresta o bien, más probablemente, esta ha sido desgastada por la erosión; luego emerge en forma de risco bastante compacto, después este se reduce y se divide en una o varias grietas, tras lo cual la cresta se ve erosionada para formar otro paso ancho y despejado al que sigue la cresta con aspecto de risco compacto, que de nuevo aparece erosionado con una grieta y más adelante presenta otro punto ancho y despejado; y así sucesivamente durante la mayor parte del cerro.

Dada esta pauta recurrente de paso despejado, risco y grieta, había sido poco precavido reconstruir nuestro mapa a partir de la primera grieta que encontramos, porque en el cerro de Mann Gulch hay bastantes grietas que a ojos de Rumsey y Sallee podrían parecerse a la que habían atravesado hacía casi treinta años entre el humo y el agotamiento.

El sendero de caza explica, al menos en parte, por qué fuimos por mal camino. Como es natural, seguimos el sendero; los animales buscan de forma natural el lugar más bajo para cruzar el cerro, y el lugar más bajo por ahí cerca era el paso ancho y despejado que había

más arriba en el barranco. De modo que llegamos a la cumbre del cerro ascendiendo por la ladera, y así fue como seguimos avanzando, aunque resultó que el sendero de caza hizo que pasásemos de largo por delante de la grieta correcta. Cuando llegamos a la cumbre, esta quedó detrás de nosotros.

Tal vez exista una mayor rareza que impregna todas estas pequeñas rarezas, una rareza que tal vez influyó en nuestros movimientos sobre el terreno de la catástrofe aquel día. Una parte de lo que yo quería descubrir en Mann Gulch aquel año era hasta qué punto dos hombres duros y competentes acostumbrados a la vida al aire libre habían podido olvidarse de la experiencia más inolvidable de sus vidas, y estaba convencido de que parte de la razón por la que los dos supervivientes habían vuelto a Mann Gulch con dos expertos *amateurs* en incendios era que buscaban respuestas a la misma pregunta. Querían ver si serían capaces de reconocer el armagedón sin estar en llamas.

Incluso el principio de la respuesta a la que llegué es complicado y contrario a las expectativas: i) Recordaron, al parecer perfectamente, un incidente ocurrido en la periferia de su experiencia durante el cual, después de ponerse a salvo, habían intentado salvar a uno de sus compañeros (Hellman). 2) Sus errores surgieron cuando trataron de vincular a la realidad los lugares más cruciales para su salvación, es decir, el origen de la quema de seguridad en la que se separaron de su jefe y tomaron sus vidas en sus propias manos, y la grieta donde salvaron sus vidas.

Casi con toda seguridad, las expectativas normales preveían las conclusiones contrarias: que recordarían con mayor precisión los dos incidentes más importantes en los momentos más cruciales de sus vidas, y que el recuerdo de los detalles se habría desvanecido. Pero el zorro salió por el otro lado, como suele hacer el zorro cuando es la psicología. Lo que recordaban con llamativa exactitud era lo ocurrido después de que el incendio pasara de largo y salieran arrastrándose del desprendimiento de rocas, sabiendo por fin que estaban a salvo. Su reubicación de la cruz de Hellman junto a la lata oxidada de patatas blancas irlandesas no es el único ejemplo.

Anduve con Rumsey parte del camino de regreso mientras dejábamos Rescue Gulch a última hora de aquella tarde del 1 de julio y, sin que nada de lo que hablábamos lo trajera a colación, me dijo: «Aquí es donde vi por primera vez al equipo de rescate la noche del incendio, cuando fui hacia el río Missouri para llevarle agua a Hellman».

Hasta la medianoche no se había topado con el equipo de rescate, y el saliente en el que estábamos no mostraba ningún rasgo distintivo y hay muchos salientes que no muestran ningún rasgo distintivo en los múltiples ramales del cerro que bajan por la ladera de Rescue Gulch.

«Fíjate en ese cerro —me dijo, y lo hice—. ¿Ves esa roca grande, con otras dos pequeñas al lado?». Pude distinguir algo así como unas rocas grandes doscientos metros más abajo. «Bueno —continuó—, ellos subían por esa ladera. Por supuesto, llevaban encendidas las linternas, pero no podía ver las luces porque estaban detrás de las rocas. Vi el resplandor de las luces reflejado en el cielo, pero supe que estaban detrás de las rocas cuando estas aparecieron de la nada en la oscuridad y comenzaron a brillar. De pronto, las luces de las linternas parpadearon entre la roca grande y las pequeñas, y yo grité en esa dirección».

Si puede hacerse alguna generalización de tipo psicológico a partir de aquel día en Mann Gulch, sería algo así: no recordamos con tanta precisión los momentos desesperados en los que nuestra vida estuvo en juego como los momentos posteriores, cuando la balanza se ha inclinado a nuestro favor y sabemos que estamos a salvo y nos hemos volcado en ayudar a los demás. Aunque esto tenga visos de explicación, deja sin explicar qué queremos decir con «recordar». En la memoria de Rumsey y Sallee, la experiencia de su huida de la muerte no está unida a vínculos narrativos o cartográficos: sería difícil hacer un mapa a partir de sus recuerdos y luego contar con encontrar un terreno que se adapte a él. Tiene más bien la coherencia de una gigantesca nube emocional que aúna las cosas por medio de la niebla, borrando el resto de la realidad objetiva o cambiando de sitio los detalles restantes de la realidad

hasta que, como los muebles, encajan en la habitación de nuestra pesadilla en la que solo algunas piezas figuran donde están en realidad.

En nuestros sueños siempre hay una buena cantidad de «limpieza»; a veces creo que el recuerdo de un solo detalle objetivo ubica en su lugar todo lo demás que se «recuerda» de la realidad exterior. Evidentemente, el día que pasamos en Mann Gulch estaba diseñado para encajar en la grieta.

ASÍ QUE HABÍAMOS tardado tres años en localizar dos lugares sobre el terreno: un verano para descubrir si los supervivientes seguían teniendo un domicilio en este mundo; luego un invierno para convencer a los dos que aún vivían de volver a la cima del cerro que habían estado intentando olvidar, seguido de un verano en el que regresaron y fueron fantasmas durante un día; y luego otro verano más para que Laird y yo comprobáramos que habían tenido éxito en su empresa de no recordar. Tres años para establecer dos puntos; no parece mucho, aunque durante ese tiempo habíamos seguido muchos otros rastros que conducían a otras partes de la historia del incendio de Mann Gulch: rastros de expertos en la muerte, especialmente en la muerte por fuego, y los múltiples rastros de Earl Cooley, que junto con su socio fue el primero en lanzarse sobre un incendio forestal en paracaídas y el encargado de darle un golpecito en la pantorrilla de la pierna izquierda a cada uno de los que estaban a punto de morir en Mann Gulch para que dieran su último salto. Más tarde, vería el triste rastro del otrora majestuoso C-47 que había dejado caer a su tripulación en Mann Gulch, después de que el gran pájaro del cielo sobrevolara la pista de aterrizaje de Missoula y desapareciera para siempre en el cielo, vendido como esclavo a una compañía aérea africana. Historias y más historias: un narrador tiene todo tipo de historias en marcha al mismo tiempo, de las cuales espera encontrar una que pueda contar en alguna ocasión.

Estaba decidido a que la búsqueda de la línea principal de esta historia múltiple incluyera un intento de determinar la velocidad de

los hombres y del fuego en su carrera entre puntos determinados y de relacionar la distancia decreciente entre los hombres y el fuego con la intensidad trágicamente creciente del calor del fuego. Y traté de avanzar en esta búsqueda mediante el meticuloso estudio del testimonio de los supervivientes en lo relativo al espacio decreciente entre ellos y el fuego. Pero como es natural en tales circunstancias, los testimonios carecen de exactitud e incluso de acuerdo, y al poco tiempo Laird y yo llegamos a un precipicio de dudas al descubrir que la versión oficial sobre el tiempo y la distancia de la carrera podría haber sido manipulada. Durante una etapa, pensamos que no había forma de seguir adelante con esta parte de la historia hasta que no se encontrara un método para precisar el tiempo, la distancia y la velocidad que no fuera el de medir los pasos y hacer cuentas como en el colegio. En mis visitas, a menudo sin objeto, a la base de los smokejumpers, tenía que pasar casi siempre por delante del Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del Norte, donde, sin ser yo consciente, estaban desarrollando dicho método. Ya había oído —por lo general, por boca de los más jóvenes del Servicio Forestal— que en ese laboratorio habían creado modelos matemáticos del fuego, y sentía una leve curiosidad, aunque no sabía mucho más sobre esos modelos matemáticos más allá del hecho de que se utilizan para confeccionar el Sistema Nacional de Evaluación del Peligro de Incendios y que, por lo tanto, tenían algo que ver con la predicción de la velocidad de propagación en un día determinado de incendios forestales reales o hipotéticos. De vez en cuando, me decía a mí mismo: «Algún día, cuando sea demasiado viejo como para ir persiguiendo incendios forestales reales, volveré aquí y trataré de averiguar qué es un modelo matemático de un incendio forestal, si para entonces no es ya demasiado tarde». Así que seguí pasando de largo junto al Laboratorio de Incendios hasta llegar donde un grupo de visitantes veía un partido de voleibol que disputaban con sorprendente ferocidad unos jóvenes que, para sorpresa de los visitantes, no eran el prototipo de jugador de fútbol americano. Cuando el partido terminaba, los jóvenes regresaban al «pajar» y, para sorpresa cada vez mayor de los visitantes, se sentaban frente a

las máquinas de coser y remendaban tranquilamente sus paracaídas. Eran muy hábiles con sus máquinas de coser, y más les valía que lo fueran, ya que sus vidas dependían de ello.

En mi búsqueda de la historia del incendio de Mann Gulch, muchos días no pasaba más allá del «pajar». Al final del edificio había una jaula de cristal donde estaba el encargado de todo aquello, Hal Samsel. Hal es hijo de un guardabosques, nació en una estación de guardabosques y toda su vida profesional ha transcurrido en el Servicio Forestal, en su mayor parte con los smokejumpers (de hecho, a principios de agosto de 1949 acababa de regresar a la base de los smokejumpers de un incendio anterior; de no haber sido así, lo habrían llamado para ir a Mann Gulch). No hay mucho que no sepa sobre los bosques, ya sea desde el cielo o a ras de suelo, y puede contar historias sobre ellos desde ambas perspectivas. Es un narrador magistral, el único que yo haya oído capaz de contar una historia completa valiéndose exclusivamente de dos sujetos gramaticales.

«Esos hijos de puta —decía comenzando con el primer sujeto— eran menonitas y no quisieron luchar en la última guerra; dijeron que no tenían miedo de trabajar o morir por su país, pero que no matarían a nadie, así que alguien, supongo que porque esa era la idea que ese alguien tenía de lo que es una broma, los envió a los smokejumpers. Y resultó que los muy hijos de puta eran tipos de campo y que, además, estaban en contra del uso de máquinas bajo cualquier circunstancia; para trabajar usaban solo sus manos y sus caballos. Así que los hijos de puta agarraron las palas, las sierras y las pulaskis, doblaron el lomo y no se pusieron derechos hasta la mañana siguiente, después de haber cavado una línea de defensa alrededor de todo el jodido incendio. Esos hijos de puta eran los mejores bomberos del mundo».

El segundo sujeto gramatical lo dejó para el final. «Los demás cabrones a medianoche ya estábamos muertos», dijo.

Muchos días, el principal propósito de mi investigación sobre el incendio de Mann Gulch no me llevaba más allá de alguna de las historias de Hal, pero un narrador nunca debe dar un día por perdido si ha aprendido algo acerca de cómo contar historias,

especialmente sobre cómo acortarlas.

Si bien por aquel entonces lo único que sabía de la historia principal de Mann Gulch era dónde estaban la grieta y el lugar de la quema de seguridad, ya conocía la mayoría de otra parte de la historia. Ya sabía que habría otra parte, y también que la buscaría cuando vi por primera vez el incendio y el fantasma negro y calcinado de un ciervo que sangraba donde se le había derretido la piel. Supe que escribiría sobre ello en el momento en que descubrí que no habíamos metido un rifle en el camión y, por tanto, solo nos quedaba esperar que el ciervo muriera cuanto antes. Fue en ese momento cuando supe también que en mi historia sobre el incendio de Mann Gulch habría una parte donde se plantearía esta pregunta: ¿Ha salido algo bueno, siquiera algo, de todo esto?

Mi padre se las apaña para estar presente en cualquier historia que cuento, aun cuando no sea un personaje de la misma. Era pastor presbiteriano y no me mandó al colegio, sino que se encargó él de enseñarme hasta que unos funcionarios del Departamento de Menores me echaron el guante. Retrospectivamente, creo que la experiencia de oírme recitar el Catecismo de Westminster influyó en su propio estilo literario, y quizá incluso en el mío posterior. Mi sospecha es que mi interés por la cuestión de si el incendio de Mann Gulch ha tenido alguna consecuencia positiva se remonta a una frase suya, que suena como si procediera del Catecismo de Westminster, aunque no sea así. Ya es más que suficiente con que parezca suya: «Uno de los grandes privilegios del hombre es poder defender al universo».

Es posible que nos hagamos esta gran pregunta casi antes que ninguna otra, porque la pregunta parece hacerse sola sin que nadie la plantee. Tiene que ser una de las primeras preguntas que se haga el hombre después de descubrir que tiene vínculos personales con la muerte, y en lo que se refiere al incendio de Mann Gulch, yo me la había planteado el tiempo suficiente para haber encontrado una respuesta bastante sólida, al menos para una parte de ella. El informe del Tribunal de Revisión la había dividido en dos subpreguntas, y yo había aceptado la división para facilitar la

respuesta. La recomendación final del tribunal era «continuar e intensificar los esfuerzos en el estudio del comportamiento del fuego, a fin de proporcionar bases más fiables con los que prever los *blowups*, y mejorar la formación de los responsables del cuerpo de bomberos en este sentido». Así que durante mucho tiempo me he preguntado: 1) ¿Ha contribuido este trágico incendio a aumentar el *conocimiento científico* sobre el comportamiento del fuego de manera tal que ayude a los bomberos modernos a eludir trampas mortales? Y 2) ¿Ha contribuido este trágico incendio a mejorar la *formación* de los bomberos de manera tal que contribuya a su seguridad? En mi interior abrigaba una esperanza más, una íntima, de que de la tragedia saldría algo que pudiera regresar allí y ayudara a explicar aquello que tenía de inexplicable.

El veterano del Servicio Forestal al que me siento más cercano, Bud Moore, había sido el hombre más importante en la lucha contra los incendios en la Región Número Uno del Servicio Forestal como director de control de incendios y de operaciones aéreas. Cuando se jubiló y dejó el Servicio Forestal, se construyó una hermosa cabaña de madera a orillas de Mission Glacier, a apenas cincuenta y cinco kilómetros de mi cabaña, así que voy a verlo a menudo. Una mañana me desperté con la sensación de que estaba preparado para escribir una respuesta a una de las primeras preguntas que habría hecho mi padre sobre el incendio de Mann Gulch. Esta sensación, al asentarse, te dice que estarás en condiciones de escribir si primero encuentras al amigo indicado para escuchar el primer párrafo. Conduje los cincuenta y cinco kilómetros hasta la cabaña de Bud.

Antes de empezar a hablar, bajamos con un cubo por la falda de la montaña hasta la fuente de la que surgía agua subterránea derretida del glaciar que había arriba, y yo saqué una botella de Ancient Age del maletero de mi coche. Cuando se mezclan el Ancient Age y el agua helada en una taza metálica, el agua está tan buena como el *whisky*.

Después, volví a mi cabaña para escribir sobre los efectos que había tenido la tragedia del incendio de Mann Gulch en las técnicas

de los bomberos. Esto es lo que escribí, y Bud Moore fue el primero en escucharlo.

EL INCENDIO de Mann Gulch es la única tragedia que han sufrido los smokejumpers en la línea de fuego. Desde entonces, han muerto otros dos miembros del cuerpo durante un lanzamiento en paracaídas, quedando atrapados y colgados de los cordones de sus propios atalajes. Pero el hecho de que los smokejumpers no hayan sufrido ninguna muerte debida al fuego desde Mann Gulch indica que aprendieron algunas cosas de la tragedia[34].

Los que sabían algo de bosques o naturaleza debieron de percibir muy pronto una alarmante brecha entre el casi único propósito de los primeros smokejumpers, claro pero restringido, y la realidad a la que sin duda tenían que enfrentarse, una realidad que en casi todas partes incluía de forma inherente el principio de que las cosas pequeñas pueden transformarse, súbita y literalmente, en algo tan grande como el infierno; lo ordinario, en algo monstruoso; y la brisa que asciende por el barranco, en asesinato. Dado que este principio es lo más parecido a un principio universal, cabría pensar que alguien, en los primeros tiempos de los smokejumpers, se habría percatado de que no podía pasar mucho tiempo hasta que ocurriera algo parecido al incendio de Mann Gulch. Pero parece que nadie reparó en este primer principio, debido a un segundo principio inherente a la naturaleza humana, a saber; que por regla general un primer principio no se puede ver hasta después de haber sido escrito en forma de tragedia, convirtiéndose entonces en un segundo principio.

En sus inicios, los smokejumpers eran todavía precavidos y se limitaban fundamentalmente a intervenir en los incendios lo antes posible, siempre que fueran pequeños y pudieran liquidarse rápidamente. Como hemos visto, el equipo que se lanzó sobre el incendio de Mann Gulch carecía prácticamente de experiencia en grandes incendios. Por ejemplo, según el *Informe del Tribunal de Revisión*, el segundo al mando, Hellman, había estado en 1947 en

cuatro incendios de clase A (menos de mil metros cuadrados), dos incendios de clase B (de mil metros cuadrados a casi cuatro hectáreas) y un incendio de clase C (hasta cuarenta hectáreas). En 1948, el año anterior a Mann Gulch, había estado en dos incendios de clase C. Casi la única experiencia como bomberos de cada uno delos miembros del equipo consistía en haber sido casi su propio jefe en casi su propio incendio, donde sobre todo por razones prácticas había sido el único en condiciones de cuidar de su pellejo. Una cosa es segura, ser prácticamente el jefe de tu propio cuerpo y ser por completo el capitán de tu propia alma hace que seas la leche de rápido y certero a la hora de tomar decisiones.

Sin embargo, no tardó en llegar la respuesta a esta pregunta: ¿Qué podría pasarle a un grupo de smokejumpers primerizos que se enfrentan a un pequeño incendio que, por las razones que sean, de repente se vuelve grande? La respuesta a la pregunta resulta casi inevitable cuando se formula de esta forma: ¿Qué podría pasarle a un grupo de smokejumpers primerizos que son lanzados sobre un incendio de determinadas dimensiones y que parece normal pero donde de repente se produce un *blowup*? La respuesta inevitable tiene que ser algo similar a la tragedia de Mann Gulch. Antes de que te des cuenta, la naturaleza siempre descubre el modo de encontrar el talón de Aquiles.

La tragedia de Mann Gulch se convirtió de inmediato en un símbolo controvertido para los smokejumpers y para los bomberos en general, especialmente los del noroeste. Por suerte, hay muchos guardabosques competentes que no esperaron a que el Servicio Forestal hiciera algo, y algunos me dijeron no mucho después del incendio: «Joder, ninguno de mis hombres irá a morir de esa manera». Las pequeñas fisuras no tardaron en taparse, sobre todo con mejoras técnicas. Por ejemplo, se prestó especial atención a las interrupciones del sistema de comunicaciones, como había ocurrido durante el incendio —la imposibilidad de realizar llamadas telefónicas o por radio— y se habló mucho del hecho de que la radio del equipo se hubiera hecho añicos en el salto porque su paracaídas no se había abierto. Como resultado de estos y otros fallos similares,

se introdujeron cambios inmediatos y, en general, útiles, como el simple requisito de que los equipos debían llevar una radio de repuesto. Pero hubo mejoras más profundas y que ponían de manifiesto la mala conciencia[35]. Entre los mandos, se afianzó la conciencia de que en un incendio en todo momento su principal responsabilidad debe ser la seguridad de sus hombres y que el control del fuego es secundario. Muchos jefes de cuadrilla de smokejumpers me han dicho que, desde la tragedia de Mann Gulch, no hacen ningún movimiento en un incendio sin preguntarse primero: «Si voy allí, ¿por dónde podré escapar en caso de que se produzca un *blowup*?». Y si no les gusta su propia respuesta, pues no van.

Para llevar adelante este compromiso, los mandos tienen que hacer algo más que preocuparse constantemente por la seguridad de sus equipos. En un incendio deben disponer en todo momento de un sistema de comunicaciones absolutamente operativo que les proporcione la mejor información disponible en que basar las decisiones que repercuten en la seguridad de sus hombres; hasta donde las circunstancias lo permitan, no debe haber fallos en la observación directa, en la exploración o en las comunicaciones por radio y teléfono.

La instrucción de los equipos también se mejoró en muchos aspectos. Se reforzó, por ejemplo, su preparación física, y se ampliaron los conocimientos sobre el comportamiento de los incendios, especialmente de los grandes. También se amplió su formación sobre las diferencias entre el comportamiento de los incendios que arden en los frondosos bosques al oeste de la Divisoria Continental y el de los que arden en la hierba seca y en los arbustos al este de la divisoria, donde queda poca lluvia en las nubes empujadas por el viento desde el Océano Pacífico a través de las cordilleras.

Todas estas cosas supusieron mejoras, pero donde mayor interés se puso fue en suprimir la contradicción entre, por una parte, preparar a los hombres para que actuaran con rapidez, seguridad y autonomía ante el peligro, y, por otra, para que obedecieran las

órdenes de sus superiores sin vacilar. En un gran incendio no hay tiempo ni árbol bajo cuya sombra el jefe y su equipo puedan mantener un diálogo platónico sobre los *blowups*. Si Sócrates hubiera dirigido un equipo de smokejumpers en el incendio de Mann Gulch, él y sus hombres habrían muerto calcinados mientras reflexionaban sobre el asunto allí sentados. El diálogo no es lo más adecuado cuando la temperatura empieza a acercarse a los letales 60 °C.

En esta delicada tarea de elegir y entrenar a los smokejumpers para que desarrollen cualidades casi opuestas, no servirá de nada elegir a hombres que acepten órdenes sin rechistar solo porque sean reservados o incluso lelos. Tienen que ser lo bastante inteligentes como para saber que hay momentos en los que su vida depende de no hacer preguntas. Elegir y entrenar a esos hombres es como tratar de convertir a civiles en marines, pero los smokejumpers lo han conseguido, y de hecho el ejemplo de los marines les ha ayudado a lograrlo. En 1949, muchos de los smokejumpers eran veteranos de la Segunda Guerra Mundial, y doce de los hombres que participaron en el incendio de Mann Gulch habían realizado el servicio militar durante la guerra. Los vivos y los muertos se habían unido para convertir a los smokejumpers en un cuerpo semimilitar. Ahora, si un smokejumper hace caso omiso de las órdenes de su jefe en un incendio, acaba de realizar su último salto en paracaídas, de luchar contra su último incendio, y puede pasar por el campamento para cobrar su última paga.

Merece la pena repetir que en los casi cuarenta años transcurridos desde la tragedia de Mann Gulch ningún smokejumper ha muerto en la línea de fuego. Algunos de los cambios en los sistemas de seguridad que han ayudado a lograr este meritorio récord son medidas de seguridad concretas y objetivas, como los entrenamientos destinados a adquirir experiencia para combatir los incendios de pasto, sobre todo en laderas muy empinadas[36]. Pero los mayores cambios son más de fondo, como el hecho de ser consciente en todo momento de que arriesgas tu vida luchando contra los incendios como forma de ganarte el sustento, y

de que en ocasiones salvar tu vida depende de ti, pero que en otras tu vida y la de otros deben ponerse por completo en manos del jefe de tu equipo; viejas lecciones que en todos los tiempos ha habido que aprender una y otra vez, solo para olvidarlas de nuevo.

El único invento que salió de Mann Gulch y que se incorporó inmediatamente a los cursos de formación de los bomberos es la quema de seguridad. Fue algo espectacular que había salvado la vida a Dodge y que pronto se convertiría en un elemento fijo de los conocimientos comunes de los bomberos forestales. Uno de los que se ha salvado gracias a esta técnica es Rod Mclver, en la actualidad decano de los smokejumpers en la base de Missoula, cuya historia aparece en el *Reader's Digest* (febrero de 1976) bajo el título de «¡Atrapado en un mar de llamas! Drama en la vida real».

En 1957, después de varios años de malos incendios, Richard E. McArdle, guardabosques en jefe por aquel entonces, designó un grupo de trabajo de alto nivel para «recomendar nuevas medidas necesarias, tanto en la administración como en la investigación, para reducir sustancialmente las posibilidades de que nuestros hombres perezcan mientras luchan contra los incendios». A fin de reunir datos científicos, decidieron partir de los dieciséis incendios trágicos que habían tenido lugar en los bosques del país desde 1936 y buscaron «los hilos conductores que unían todos o bien la mayoría de ellos». Para estudiarlos en profundidad, seleccionaron cinco ejemplos clásicos; entre ellos, el incendio de Mann Gulch.

El grupo de trabajo estaba compuesto por cinco miembros, destacados representantes de los mandos del Servicio Forestal, desde el guardabosques regional, siendo la región la mayor unidad administrativa, hasta el guardabosques, que es quien se encarga de la unidad más elemental del Servicio Forestal sobre el terreno: el distrito. Bud Moore, por aquel entonces guardabosques del famoso distrito Powell, en el río Lochsa de Idaho, fue el escogido para representar el punto de vista de los guardabosques sobre los incendios con víctimas.

El grupo elaboró una serie práctica de recomendaciones y, en una reunión celebrada en Washington D. C., se decidió que estas

normas debían ser modeladas con arreglo a las ordenanzas generales de los servicios militares. Dado que en la reunión nadie llevaba consigo una copia de las ordenanzas generales, Bud Moore, que había servido como marine en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, fue a buscar a un marine que casualmente estaba esperando el autobús y juntos reconstruyeron rápidamente las Ordenanzas Generales de los Marines, que pasaron a ser el modelo de las Diez Normas de Combate en Incendios Forestales del Servicio Forestal.

LAS DIEZ NORMAS DE COMBATE EN INCENDIOS FORESTALES

1. Meteorología de incendios. Manténgase informado de las condiciones y pronósticos del tiempo.
2. Instrucciones. Conozca exactamente sus instrucciones y sígalas en todo momento.
3. Lo primero es lo primero. Identifique los puntos clave de sus tareas y actúe en orden de prioridad.
4. Plan de escape. Tenga un plan de escape en mente y dirija a sus subordinados en caso de un *blowup*.
5. Reconocimiento. Reconozca minuciosamente las áreas del incendio de las que es responsable.
6. Comunicación. Establezca y mantenga una comunicación constante con los recursos, los subordinados y los oficiales superiores.
7. Atención. Identifique con rapidez las condiciones cambiantes y revise inmediatamente los planes que debe realizar.
8. Observación. Establezca un punto de observación para cada posible situación peligrosa.
9. Disciplina. Establezca y mantenga el control de todos

los hombres bajo su supervisión y sepa en todo momento dónde están y qué están haciendo.

10. Supervisión. Asegúrese de que los hombres a su cargo reciben instrucciones claras y adecuadas[37].

Estas normas se trasladaron al personal del Servido Forestal en forma de programa de formación; a fin de que sirviera de ilustración, cada uno de los diez puntos se basaba en el estudio de un incendio clásico con víctimas mortales. El incendio de Mann Gulch se utilizó para ilustrar una de estas normas, pero en realidad todas ellas podrían haberse deducido de él, salvo una o dos relevantes únicamente para dirigir equipos muy numerosos.

Sus cruces permanecen en silencio y están muy lejos, y desde esta lejanía su influencia es tranquila y en apariencia distante. Pero calladamente están presentes en todas las líneas de fuego, aunque aquellos cuyas vidas están ayudando a proteger conozcan solo la norma y no la fatalidad que representa. Para quienes anhelan la inmortalidad para sus nombres, evidentemente esto no basta, pero para muchos de nosotros significaría mucho saber que, como consecuencia de nuestra muerte, estaremos presentes en tiempos de catástrofe ayudando a salvar a los vivos de nuestra muerte.

XII

DESPUÉS DE ESPECULAR ACERCA DE LA influencia que había tenido el incendio de Mann Gulch sobre la posterior lucha contra el fuego, volví al trabajo. Me sentí mejor, sin embargo, durante el interludio. Es extraño tejer relaciones de amistad con los muertos olvidados, sobre todo cuando no has conocido a ninguno de ellos y, además, te has comprometido, como escritor, a no abandonarte al sentimentalismo con ellos, ni fingir que aún siguen vivos. Lo más cerca que me he encontrado de semejante fantasía fue cuando imaginé que todas las cruces de la ladera flotaban juntas y se convertían en una sola cruz, y esa única cruz se transformaba en una voz apenas audible que preguntaba cuándo iba a poder decirles de una vez por todas qué les había pasado. Lo más próximo que he estado de los confines de la amistad con los muertos fue cuando me juré a mí mismo que al final usaría todo lo que sé y siento para resucitar los pensamientos y los sentimientos de aquellos que estaban a punto de morir en un mundo que lanzó sobre ellos su bramido, pero que se ocultaba entre el humo y las llamas.

Este período de nuestra lucha por descubrir la historia del incendio de Mann Gulch fue un momento complicado para Laird y para mí. La historia de aquel incendio no seguía siendo más que un conjunto de historias que coincidían en el tiempo, algunas de las cuales nos guiaban un trecho antes de perder su propio rastro, otras que habían fallado antes pero que, con suerte, podían desvelar una nueva clave en otro intento, y de vez en cuando alguna historia

insospechada que surgía inesperadamente de un agujero, casi a nuestros pies, como si estuviéramos cazando conejos con un hurón. «Ir de sendero en sendero»: esa podría ser la descripción de lo que habíamos estado haciendo Laird y yo durante los tres años que nos había llevado localizar la grieta y el origen de la quema de seguridad.

En este proceso, algunos de estos senderos separados se fueron haciendo poco a poco más largos, pero lo extraño era que también parecían estar acercándose unos a otros. En cierto sentido, era algo similar al propio incendio. El barranco estaba al principio lleno de focos secundarios separados; luego comenzó a cubrirse de humo, que en buena medida apagó los focos y ocultó lo que estaba sucediendo, como si se avecinara el instante en que convergieran los fuegos de arriba y abajo con los que había delante y detrás; entonces, la convergencia de fuegos se hizo visible de repente y abarcó la cabecera del barranco; luego se produjo el estallido y arrasó el barranco totalmente. Desde entonces, prácticamente lo único que ha ocurrido es que Laird y yo hemos regresado por aquí de vez en cuando. Este es más o menos el modo en que debe avanzar la historia del incendio de Mann Gulch para seguir el rastro del fuego; todo debe converger en último término.

Como siempre supimos que el centro de la tragedia del incendio de Mann Gulch era una carrera, desde el comienzo mismo de nuestra historia decidimos trazar un mapa preciso de la carrera, como haría un narrador que procura hacer cuanto antes un esbozo del argumento. La presente es una historia en la que la cartografía y el argumento vienen a ser casi lo mismo; si la tragedia fue inevitable, fue debido al terreno. Al final confirmamos la exactitud del mapa de curvas de nivel de 1952 en sus detalles fundamentales. Pero la cartografía de la tragedia no estaría completa hasta que estudiáramos cada tramo de la carrera y analizásemos la velocidad comparativa de los hombres y el fuego entre los puntos establecidos.

El sentido común nos dice que lo ideal sería localizar en el mapa, lo antes posible, el principio y el final de la carrera, del mismo modo que al narrador le conviene tener alguna noción sobre el comienzo y el final de su argumento antes de construir lo que se

desarrollará en el medio, aun admitiendo que muchas historias resultan más agradables cuando se ignora adonde se dirigen y no llegando nunca al final. El punto en que acabó la carrera es fácil de localizar sobre el terreno, pues su posición la dan las pruebas más irrefutables: las cruces de hormigón.

Dónde empieza la carrera es mucho más incierto que dónde acaba, porque el lugar donde comienzan las cosas depende en gran medida de la definición previa y de la dirección general. Para el fuego, la carrera no empezó en el mismo sitio que para los hombres, y durante el primer tramo de la misma, casi iban en direcciones opuestas. Convendremos que, para el fuego, la carrera[38] se inició en el punto trece del mapa, donde el extremo inferior del fuego saltó al barranco hacia su lado norte y luego giró hacia arriba para enfrentarse a los bomberos.

En cierto sentido, el equipo empezó a huir del fuego ya en el punto X del mapa, donde Dodge decidió que el frente del incendio era demasiado difícil de manejar y ordenó a sus hombres que se dirigieran hacia la boca del cañón a fin de atacar el extremo más bajo del incendio, desde donde, de ser necesario, podrían saltar al río cercano. Descenderían por el barranco, sin bajar de la cota de altura, mientras Harrison y él regresaban rápidamente a la zona de carga para comer algo. Pero la verdadera carrera de los hombres comenzó más tarde. Desde la zona de carga, y ya al caer la tarde, Dodge vio que en el extremo inferior del barranco el incendio no se extinguía, sino que se avivaba. Temiendo que pudiera extenderse y bloquear la boca del cañón, Harrison y él se reunieron a toda prisa con el equipo en el punto Y, donde el jefe del equipo reagrupó a sus hombres y los puso en marcha en lo que iba a ser un rápido descenso por el barranco. En consecuencia, convendremos que la carrera del equipo comenzó en el punto Y.

Tramo i, equipo. El primer tramo de la carrera del equipo va desde el punto Y hasta el punto 6, una distancia que solo puede medirse aproximadamente y que consideraremos de trescientos cincuenta metros. Dodge quiso que sus hombres se apresuraran, pero la marcha era difícil: en realidad no había ningún sendero que

seguir, sino que iban por la ladera manteniéndose en la misma cota, y pendientes de vigilar el frente bajo del incendio que estaba en la otra orilla del barranco. Este era estrecho y tenían el fuego cerca. Pero el equipo consideraba muy interesante todo aquello y Navon iba incluso haciendo fotografías.

En el punto 6, Dodge vio que, delante, el frente inferior del incendio había saltado el barranco (en el punto 13 del mapa) y ascendía hacia ellos. De inmediato invirtió el rumbo y emprendieron la subida por el barranco. Dodge también invirtió su intención, cuando iban barranco abajo, de mantenerse en la misma cota; desde este momento trató de ir ganando ininterrumpidamente altura (sin disminuir drásticamente la velocidad), con la esperanza de alcanzar la cumbre del cerro y, presumiblemente, una mayor seguridad al otro lado.

Tramo 1, fuego. El primer tramo de la carrera del fuego se extiende desde el punto 13 hasta el punto 6, donde arrancó directamente tras los pasos de los hombres, a quienes siguió casi literalmente pegado a sus talones. En el punto 6, Dodge estimó que el fuego estaba a unos ciento cincuenta metros de distancia. En el momento en que Rumsey y Sallee dejaron a su superior detrás, en la quema de seguridad, y se lanzaron hacia la cumbre del cerro, Sallee calcula que el fuego solo estaba a unos cincuenta metros a sus espaldas.

Tramos 2, 3 y 4. Después del punto seis, la carrera pasó a ser prácticamente idéntica en trayecto y distancia para el fuego y para los hombres, y aunque en el primer tramo ambos iban en direcciones casi opuestas, veremos que la distancia cubierta en el primer tramo por cada uno de los contendientes fue aproximadamente la misma (trescientos cincuenta metros), y que en lo referente a la distancia total la carrera concluyó en tablas.

Los tramos finales de la carrera constituyen también divisiones de la tragedia desde tantas y tan distintas perspectivas que parecen divisiones naturales. Los tramos de la carrera son a la vez escenas de la tragedia, cada una de las cuales conduce a una estación que debe sobrepasarse para alcanzar las cruces que hay cerca de la cumbre del

cerro.

Tramo 2. En el punto 7, cuatrocientos metros más allá del punto seis, Dodge estaba tan alarmado por la velocidad a la que el incendio ganaba terreno en relación a sus hombres que les ordenó que se deshicieran de las mochilas y de las herramientas pesadas. Algunos lo hicieron. Otros ya lo habían hecho. Otros no querían deshacerse de ellas y sus compañeros tuvieron que quitárselas de las manos. Cuando a los bomberos se les dice que tiren sus herramientas, ya les tiene que dar igual cuáles son, o de qué tipo.

Tramo 3. Apenas doscientos metros más allá, en el punto 8, se encuentra el punto de ruptura. Ahí Dodge, una vez perdida la esperanza de que sus hombres pudieran alcanzar la cumbre del cerro, encendió su quema de seguridad y trató de convencer a sus hombres para que se metieran dentro con él. El punto 8 debe de haber sido la estación más importante para los miembros del equipo hasta alcanzar cada uno su grieta o su cruz. No lo sabían, pero para la mayoría de ellos la quema de seguridad de Dodge era el último lugar donde aún era concebible que pudieran salvarse. También a partir del punto en que Dodge encendió el fuego comienza buena parte de la controversia legal a la que el incendio de Mann Gulch debe en buena medida su posteridad. Casi inmediatamente después comienzan las cruces.

Tramo 4. Las cruces se extienden por una amplia zona y no hay dos que estén lo bastante próximas como para pensar que los hombres se mantuvieron muy cerca los unos de otros, ni siquiera en grupos pequeños. En el último tramo de la carrera, desde el punto ocho hasta las cruces, cada uno de los hombres fue por su cuenta, sin pedir ni recibir ayuda, aunque antes de que la carrera concluyese alguien debió de pedirla. De aquellos a quienes Sallee, una vez se hubo colado por la grieta, vio desviarse hacia la cima, Henry J. Thol, Jr. fue el que más cerca estuvo de coronarla. Su cruz (L) está a unos trescientos cincuenta metros del punto 8. Cuando se necesite una «cruz representativa», usaremos la de Leonard L. Piper (G), la más alejada del punto 8 de las pertenecientes al grupo intermedio: doscientos cincuenta metros más allá del lugar donde se originó la

quema de seguridad.

LA DISTANCIA total de la carrera desde Y hasta la cruz representativa G es de aproximadamente mil trescientos veinte metros y nos indica que, en tanto que carrera, se corrió en una de las distancias más dramáticas, una que exige el máximo de velocidad y resistencia. A comienzos de este siglo, las dos carreras más prestigiosas eran la que coronaba al «ser humano más rápido del mundo», los cien metros lisos, y el maratón, que ponía a prueba la resistencia humana. Siempre habrá unos laureles especiales para los ganadores de cualquiera de ellas, pero a medida que el arte y la potencia del corredor se han ido desarrollando en la época contemporánea, las carreras de distancia media han pasado a convertirse en carreras de velocidad. Primero, la carrera de cuatrocientos metros lisos se transformó en el *sprint* de los cuatrocientos metros lisos; a continuación, la carrera de los ochocientos metros lisos se transformó en el *sprint* de los ochocientos metros lisos; y por fin llegaron los mil quinientos metros lisos en cuatro minutos, y hoy cuatro minutos es una marca de la que no se puede presumir. En la actualidad, la carrera de mil quinientos metros lisos pone a prueba la combinación de máxima velocidad y máxima resistencia. Cuando termina, ningún participante se va trotando tranquilamente hacia los vestuarios; los compañeros de equipo esperan a los corredores al final de la pista para recoger a aquellos que no pueden mantenerse en pie. Resulta difícil imaginar cómo sería la meta de una carrera de mil quinientos metros si el último tramo se corriera sobre una pendiente con desnivel del 76 % cubierta de hierba resbaladiza y deslizamientos de rocas, en un día en que la temperatura registró un récord histórico de calor.

La cruz representativa de Piper es la que más cerca está de señalar el final de esta carrera de mil quinientos metros. La cruz de Henry Thol, la más cercana a la cumbre del cerro, se encuentra unos ciento cincuenta metros más allá. De ambas distancias, debe de

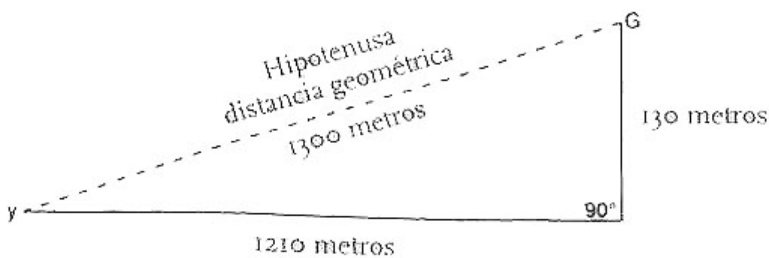
haber sido cierto lo que suele decirse: la última parte fue la más dura[39].

BUENA PARTE de lo que importa en esta vida es aprender, de una manera u otra, a representar la tierra. El modo más sencillo de medir distancias cortas sigue siendo el de contar los pasos, ayudándose (si es necesario) de una brújula, pero no es tan fácil de hacer como parece y nunca resulta muy exacto. Solo lo es si se ha practicado lo suficiente para saber controlar la extensión de los pasos que se dan (en centímetros por paso) y mucho más aún para mantener el paso igual sobre distintos tipos de superficie. El caminante experimentado solo necesitará un podómetro que cuente los pasos, aunque no hace falta decir que lo que más necesita es un terreno bastante uniforme y llano. En Mann Gulch, sobre todo cuando hay que moverse por las laderas (como tienes que hacer en todo momento si quieres seguir el trayecto de la carrera), resulta inútil: ni la brújula ni el paso sirven donde no se puede caminar y más le vale a uno gatear. El método más exacto es, por supuesto, la cinta o cadena metálica, pero hacen falta dos personas para manejar el instrumento, una en cada extremo, y mucho tiempo para realizar las operaciones; y solo si uno vive cerca de Helena o Wolf Creek, serían necesarios tres días para poder pasar una jornada en Mann Gulch. En nuestro caso, recurrimos a una cinta metálica de cien metros únicamente para medir las distancias cruciales, como la que separa el punto 8 de la grieta.

Cuando uno siente curiosidad por saber cuánto ha caminado, el mejor amigo suele ser un buen mapa del terreno, si es que se encuentra. Afortunadamente, Laird y yo habíamos dado con uno a gran escala, muy bueno: el mapa de curvas de nivel de 1952 denominado «Parte de la zona de incendio de Mann Gulch». Pero ¿cómo utilizar este mapa para medir la distancia de la carrera del equipo de smokejumpers contra el incendio? En realidad, no se puede obtener colocando la regla sobre el mapa, leyendo con cuidado el número de centímetros que hay entre el punto Y y la cruz

representativa y convirtiendo los centímetros en kilómetros mediante la escala que hay al pie del mapa y que dice que veinte centímetros representan un kilómetro en el terreno. Cuando se ha acabado la pequeña operación aritmética aparece la cifra de mil doscientos diez metros, la distancia de la carrera, pero eso solo porque se supone que la mayoría de los lectores han aprendido todo lo que saben sobre cartografía de los mapas que han comprado en las estaciones de servicio, y no de los mapas de curva de nivel. Quien dice que la distancia de la carrera fue de mil doscientos diez metros interpreta el fantástico mapa de curvas de nivel como si fuese un mapa corriente comprado en una gasolinera que no refleja las elevaciones del terreno.

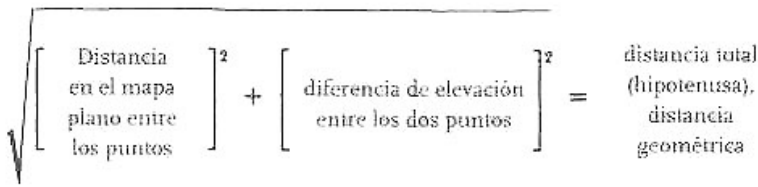
Buena parte de la luz que puede arrojar el incendio de Mann Gulch se debe, como veremos, a la moderna ciencia que estudia el comportamiento del fuego, pero para resolver el problema que sigue hemos de retroceder hasta seiscientos años antes de Cristo. Desde el punto Y, donde comenzó la carrera, hasta la cruz representativa G, hay veinte o veintiuna líneas de nivel, cada una de ellas representada a intervalos de seis metros, que multiplicados por veintiuno son unos ciento treinta metros.



Esto nos da cierta idea de la distancia que tuvo que recorrer el equipo en los mil doscientos diez metros, pero se trata solo de una idea general, porque los hombres no recorrieron esa distancia en línea recta sobre lo que sería la base del triángulo para luego girar en ángulo recto y trepar ciento treinta metros. Subieron algo aproximado a una hipotenusa entre los dos puntos, lo que entre los

cartógrafos se denomina «distancia geométrica».

La fórmula para obtener la distancia geométrica de mil trescientos metros parece a primera vista incomprensible, si no fuese porque genera respuestas que parecen correctas.



Si se quiere ir un paso más allá y saber por qué mil trescientos metros están cuarenta metros más cerca de la verdad de la carrera en Mann Gulch de lo que sugeriría un mapa plano, será necesario regresar al soporífero curso de bachillerato en el que aprendimos los rudimentos de geometría plana y vimos por primera vez los triángulos rectángulos y Pitágoras, quien al parecer los había inventado. También se le daban muy bien las frases llenas de ingenio, y la que mejor se recuerda es la que explica el funcionamiento de esta elegante fórmula: la suma de los cuadrados de los catetos de un triángulo rectángulo es igual que la hipotenusa al cuadrado. Se ve así cuando A y B representan los dos lados catetos del triángulo rectángulo, y C la hipotenusa:

$$A^2 + B^2 = C^2$$

Se cumple incluso en Mann Gulch.

Eso es lo que se quería demostrar.

RESULTA MUY difícil llevar a cabo descubrimientos sobre las cosas que el universo prefiere mantener ocultas sin que nuestro Gobierno, al que algunos de tus amigos deben de haber votado, encubra lo que ya se ha encontrado. A veces, por supuesto, oculta cosas para salvar

su propio pescuezo y otras parece que lo hace simplemente por el gusto de hacerlo. ¿Y dónde encuentra cosas que ocultar? En cualquier lugar donde se pueda encontrar la verdad y un perro pueda rascar y encontrar algo con lo que taparla. En cualquier lugar puede significar un lugar tan alejado de los confines del mundo como Mann Gulch.

La duración de la carrera de los smokejumpers contra el fuego fue más difícil de calcular que la distancia recorrida, y necesitábamos los dos datos para determinar la velocidad de ambos contendientes. Habíamos estimado que la duración de la carrera debía establecerse en dieciséis minutos, y al principio yo estaba bastante seguro de que la cifra era correcta. Aunque Dodge dijo no haber consultado el reloj, declaró que eran «alrededor de las seis menos veinte» cuando Harrison y él se reunieron con el equipo en el punto Y. Es cierto que el dato es impreciso, pero la hora que se tomó como aquella en que el fuego alcanzó al equipo parecía basarse en una prueba irrefutable, un artefacto técnico, y un artefacto es un artefacto, sobre todo cuando se encuentra en el cuerpo de un hombre muerto. Las manecillas del reloj hallado en el cuerpo de Harrison se habían fundido a las seis menos cinco, menos cuatro o menos tres minutos (el fuego había hecho imposible determinarlo con exactitud).

El Servicio Forestal utilizó casi desde el principio la hora fundida de este reloj para señalar el final de los hechos. Como señala de manera harto realista el *Informe oficial del Tribunal de Revisión*: «Segundos después de que Dodge se metiera en la zona quemada producida por el fuego que encendió, a eso de las seis menos cinco de la tarde, el incendio principal les pasó por encima. (Un reloj recuperado se detuvo a las seis menos tres minutos de la tarde)». De manera que, en esta historia, suele aceptarse que el trágico final tuvo lugar a las seis menos cuatro minutos.

Aunque mis sospechas hacia el valor que tenía el reloj de Harrison como prueba no empezaron de inmediato, me asaltó un creciente sentimiento de inquietud cuando descubrí que, a finales de I95I Y principios de 1952, se había pedido a Rumsey y Sallee que prestaran una segunda declaración sobre el incendio. De pronto, un

nombre comenzó a aflorar en mis investigaciones con tanta frecuencia como para que sintiera que debía averiguar a quién pertenecía; la segunda declaración había tenido lugar en presencia de un tal A. J. Cramer, el «investigador» del Servicio Forestal que había viajado a Garfield, Kansas, para obtener la segunda declaración de Rumsey, y a Lewiston, Idaho, para hacer lo propio con Sallee.

Mi inquietud creció cuando encontré (aunque no en los archivos del Servicio Forestal) una carta fechada el 23 de mayo de 1952 dirigida por J. R. Jansson al guardabosques regional de Missoula. La carta de Jansson es una retractación de una retractación anterior de su primer testimonio sobre la hora de la tragedia de Mann Gulch, al que se refiere como el «accidente». En esta segunda retractación comienza reconociendo educada pero dolorosamente que el investigador del Servicio Forestal, A. J. Cramer, lo había persuadido para que cambiara su primera cronología de la carrera entre los hombres y el incendio de modo tal que todas las descripciones coincidieran con lo que Jansson llama la «hora establecida». La hora establecida, según Jansson, coincidía con la establecida por Dodge para estos hechos. El devoto metodista había luchado entonces con su conciencia hasta que esta lo había obligado a retractarse una vez más y volver a su cronología original: «Me gustaría —escribe al guardabosques regional— aprovechar esta oportunidad para enumerar las razones para atenerme a mi primera declaración sobre la cronología y las pruebas que respaldan mi convicción de que mis cálculos eran razonablemente correctos».

Además, implícitamente da a entender que habían persuadido a Dodge para que cambiara su primera cronología, que asegura haber sido similar a la suya. Afirma que el día después de la tragedia habló con Dodge y, aunque estaba demasiado ocupado como para «ponerme a tomar notas detalladas de estas conversaciones», tuvo la «fuerte impresión de que no había ninguna diferencia esencial en nuestras cronologías».

En realidad, la diferencia en los tiempos que a Jansson le parecía tan importante puede parecer poca; como él mismo dice, un «ajuste temporal de veinte minutos en mi cronología me pondría bastante

de acuerdo con la "hora establecida"». A su modo de ver, «las muertes ocurrieron […] probablemente entre las seis menos veinticinco y las seis menos cuarto». Los cálculos de Jansson se remitían a los tiempos de los acontecimientos que había vivido en el extremo inferior del barranco cuando se produjo el *blowup*. En cuanto a las pruebas en las que se basaba para la «hora establecida», Jansson afirma: «Mi sincera opinión es que la investigación original tomó el reloj de Harrison como prueba *prima facie* para determinar la hora del accidente». La diferencia de veinte minutos entre Jansson y la «hora establecida» significaría, sin embargo, que la carrera por la colina entre los hombres y el fuego habría terminado, según Jansson, cuando todavía no había siquiera comenzado según la «hora establecida». A las seis menos veinticinco o seis menos veintitrés, cuando según los cálculos de Jansson todo había terminado, probablemente Dodge y Harrison aún no se habían reunido con el equipo en el punto Y.

A la acusación de que lo habrían presionado para cambiar su testimonio, Jansson añade la acusación de igual gravedad de que se eliminaron pruebas para dar la impresión de que el reloj de Harrison era la única prueba que podía indicar cuándo había alcanzado el fuego al equipo. Pero Jansson, encargado de los trabajos de rescate en Mann Gulch, había «examinado siete u ocho relojes» tomados de los cadáveres o cerca de ellos, y un año después del incendio tenía la profunda sospecha de que este hecho se estaba ocultando a la opinión pública. En consecuencia, telefoneó a la oficina regional de Missoula (el 27 o 28 de septiembre de 1950) y pidió un informe sobre los relojes que obraran en su poder. «Al preguntar a otros investigadores —informa al guardabosques regional—, entendí que solo se había encontrado el reloj de Harrison. Hasta que no me fue leído el expediente, solo había recibido negativas sobre la existencia de los otros relojes, que yo sabía que habían existido y podían consultarse».

Fue un tal «señor Kramer», guardián de los relojes en Missoula, quien informó por teléfono a Jansson de que tenía en su poder cuatro de aquellos relojes «cuya hora aún se puede consultar», uno a

las seis menos dieciocho, dos a las seis menos cinco y uno a las siete menos veinte, una variación que daba que pensar, sobre todo la hora temprana de las seis menos dieciocho, ya que siempre se podría argüir que los relojes cuyas manecillas se habían detenido más tarde eran aquellos que habían seguido funcionado durante algún tiempo tras el paso del incendio.

Parece casi seguro que el tal «señor Kramer», guardián de los relojes en Missoula, era el mismo señor Cramer que un año después viajaría a Idaho y Kansas para recabar de Sallee y Rumsey segundas declaraciones. Por el bien de todas las personas, incluido él mismo, supe que tenía que encontrarlo.

Entregué los documentos a Laird con el menor número posible de observaciones. Había estado dudando sobre si convenía ponerlo al corriente de que cabía la posibilidad de que hubiesen pasado cosas extrañas en lo que él y yo ya considerábamos como nuestro incendio. Laird llevaba camino de hacer una carrera brillante en el Servicio Forestal, y yo no quería bajo ningún concepto que su relación conmigo pudiera perjudicarlo; el lector ya ha oído lo que Laird tenía que decir al respecto.

La siguiente vez que me vi con Laird, me dijo:

—Tenemos que ver al señor Cramer.

—Tenemos que verlo, sí, si es que está vivo —repliqué—. Tiene derecho a ese privilegio personal.

—Está vivo —aseguró Laird—, o lo estaba cuando supe de él por última vez. Está jubilado y tiene una casa en Flathead Lake. No lo conozco, pero conocí a uno de sus hijos, que era smokejumper. Si el padre es como el hijo, debe de ser un tipo enorme y fuerte, capaz de mandarte a tomar por culo.

—Debe de ser tan viejo como yo, o incluso más —dije—, así que no puede estar muy fuerte.

—En todo caso, lo mejor es que lo llame yo. Puedo decirle que le debe una explicación al Servicio Forestal sobre esos documentos, un argumento que tú no puedes utilizar.

—De acuerdo —contesté—, pero primero le escribiré y se lo pondré bien claro. Prefiero ser rechazado a campo abierto que

acercarme a él traicioneramente con una sonrisa fingida.

Pocas semanas después, elaboramos un pequeño esquema de cuál sería nuestra estrategia para cuando nos viéramos con él. Aunque accediera a vemos, probablemente no nos concedería mucho tiempo, de modo que decidimos concentramos por completo en la carta de Jansson y en sus principales acusaciones: que se había presionado a Jansson para que alterara su testimonio en lo referente a la hora de la tragedia y que se habían eliminado pruebas para hacer que una cronología probable pareciera la única posible.

—Me interesa mucho descubrir qué pasó —le dije a Laird—. Pero si las acusaciones resultaran ser ciertas, me interesaría igualmente saber por qué era tan importante para algunas personas que las muertes de los miembros del equipo parecieran haber ocurrido más cerca de las seis que de las cinco y media, hasta el punto de querer ocultar otras pruebas que apuntaban hacia posibilidades distintas. Piénsalo bien. ¿Parecería el Servicio Forestal una organización mejor para la lucha contra los incendios por el hecho de que el equipo de smokejumpers hubiera muerto aproximadamente veinte minutos después de cuando murió?

—No —dijo—, ya había pensado en eso. No tiene ningún sentido, incluso si lo que buscaban era que la totalidad de los testigos coincidiera en sus testimonios, porque en una situación como esta no es necesario que los testigos coincidan para que las cosas tengan sentido. Dodge, por ejemplo, estaba en la cabecera del barranco, a menos de un centenar de metros del miembro de su equipo fallecido que más cercaba estaba. En el controvertido momento de la tragedia, Jansson se hallaba probablemente camino de Mann Gulch en el barco de Padbury. Las perspectivas y la situación de cada uno son muy distintas, lo que da pie a diferencias de opinión.

—Tal vez nuestro problema es que creemos que ellos pensaban que las diferencias importan —dije—. Quizá nos equivoquemos al pensar que el juego de ocultar cosas solo se practica cuando hay algo malo que ocultar y peces gordos implicados. Pero se trata de un juego que le gusta a mucha gente, no solo a Nixon; a personas de

todos los sexos, formas y tamaños.

»Y no te engañes —añadí a modo de conclusión—, es un juego al que también pueden jugar los hombres de los bosques. Hay muchísimos cabrones que salen del bosque para convertirse en pequeños administradores y en pequeños cabrones; los bosques no eximen del pecado original.

Laird procuraba siempre aparentar no oír este tipo de comentarios que yo hacía, y yo por mi parte siempre procuraba aparentar no haberlos hecho.

—Ya hemos esperado bastante para tener noticias de Flathead Lake. Llamaré a su casa esta tarde.

A última hora de esa tarde, me dejé caer de nuevo por casa de Laird antes de regresar a mi cabaña de Seeley Lake.

—Las cosas van bien y mal —anunció—. Está de acuerdo en vernos, pero poco rato, muy poco rato. Lo que menos me gusta es que parece estar viejo, y no creo que entienda muy bien lo que tengo que decirle.

A mí tampoco me gustó, de manera que antes de salir de la oficina de Laird revisamos nuevamente las cosas y redujimos y simplificamos las preguntas que le haríamos a Cramer.

Me reuní con Laird en Arlee, la agencia gubernamental de la reserva india de Flathead. Él había ido desde Missoula por la autopista 93 y yo había llegado en línea directa desde Seeley Take por una pista de tierra que, no sin que uno corra cierto peligro, craza Mission Mountains muy por encima del lago Jocko, desde donde casi se precipita en los lagos, y los reflejos de los glaciares blancos, todavía más altos, caen durante todo el día sobre aquellos. Al final de los lagos hay un cañón oscuro, tan encajonado que las aguas invisibles que allí se reúnen solo se perciben como vapor que asciende hacia las cumbres de los riscos, y donde el vapor se hace visible en forma de gotas que reflejan la luz del sol. Luego, lo invisible concentra el ruido y lo multiplica en un estruendo conforme avanza hacia el Flathead Valley. Por último, el estruendo se vuelve visible casi en forma de cascada y, una vez visto, su belleza no cesa.

Contemplado desde la entrada del oscuro cañón, Flathead Valley parece como si hubiera sido arrastrado en su conjunto por el agua. Se extiende como un delta de detritus, cada vez más amplio en su descenso hacia granjas doradas.

Si la fertilidad cuenta como belleza, el Flathead Valley es uno de los valles agrícolas de montaña más bellos de Montana, quizá de cualquier lugar. Los campos, aunque a estas alturas ya estaban todos cosechados, seguían siendo dorados y lo bastante ricos como para ser utilizados como pastizales. El ganado había bajado de los pastizales de verano y la sombra de las montañas y se había volcado sobre los campos, de tal modo que los habrían esquilmado de no ser porque estos se regaban durante todo el estío con el agua procedente de los embalses situados al pie de los glaciares, así que por todas partes las cosas seguían el precepto bíblico de «creced y multiplicaos».

Vimos poco de Flathead Lake hasta que casi estuvimos en la cabaña de Cramer, porque la carretera que bordea la orilla occidental del lago solo se acerca a aquella en ciertos puntos. Pero lo que vimos no se parecía mucho a mis recuerdos de medio siglo atrás, cuando mi familia barajaba la posibilidad de construir allí una casa para pasar allí los veranos. En Montana se dice que es el mayor lago de agua dulce al oeste del Mississippi, y lo cierto es que es grande. Pero aun así resulta difícil verlo debido a la cantidad de casas de veraneo que hay en la orilla, y me alegré de que mis padres decidieran no construir una. Nos costó encontrar la casita de Cramer entre tantos buzones alineados junto a la carretera, pero Laird iba en cabeza, pues entendía que Cramer era cosa suya. Finalmente seleccionó una casita roja entre otras tantas casitas rojas parecidas a sus buzones, y entró y salió con Cramer, medio tambaleándose, en cabeza. Los años probablemente lo habían encogido un poco, pero seguía siendo corpulento. Y estaba claro que intentaba mantener su promesa y ser breve. Se dejó caer en una silla del porche junto a la mía y, sin más dilación, me dijo, sospechando que yo era el sabueso que andaba siguiéndole el rastro:

—No sé mucho sobre el incendio de Mann Gulch. En aquel momento yo estaba en otro incendio, más al norte, en Canadá. No

deberían importunarme; a quien deberían ver es a mi hijo mayor, Albert. Fue smokejumper, y sabe mucho más que yo.

—Conozco a su hijo Albert —dijo Laird—. Hemos estado juntos en un par de incendios.

Cramer pareció feliz de poder apartar de mí la vista mientras Laird hablaba con él sobre su hijo y procuraba que fuera relajándose. Cramer era lo que quedaba de un hombre enérgico, y se lo veía muy tenso, convencido de estar bajo amenaza, pero no tan seguro del motivo. Se sintió aliviado de hablar con Laird sobre su hijo, pero solo durante unos instantes, porque enseguida, sin que guardara relación alguna con la conversación que mantenía con Laird, me hizo saber que llevaba todo ese rato pensando en mí.

—Yo no sé nada sobre el incendio de Mann Gulch —dijo sin girar la cabeza—. En aquel momento estaba casi en Canadá. —Se suponía que eso debía sonar muy lejos, pero en el norte de Montana no es el caso.

No se volvió en ningún momento para decir esto, y siguió hablando con Laird de los smokejumpers. La verdad es que yo aún no había abierto la boca, porque no quería dar la impresión de estar atosigándolo, así que dejé que me dijera un par de veces más, sin mirarme, que se encontraba cerca de Canadá cuando tuvo lugar el incendio de Mann Gulch. Entonces, dije en dirección a su nuca:

—No queremos hablar con usted sobre el incendio de Mann Gulch, sino sobre lo que pasó después.

Cramer había partido del supuesto de que, si lograba demostrar que no había estado en el incendio de Mann Gulch, eso significaría que no habría podido estar involucrado en nada malo relacionado con aquel asunto.

Cuando se olvidó de dicho supuesto, dejó de hablar con Laird.

—No lo sé —dijo sin dirigirse a ninguno de los dos. Luego agregó—: Ya no me acuerdo bien de nada. Me han tenido que operar.

Echando la vista atrás, diría que estaba asustado tanto de mí como de sí mismo, que nos encontraba a Laird y a mí sumamente sospechosos y que confiaba en que su esposa acudiera pronto para

salvarlo de mí. Consciente de que el tiempo se acababa, le pregunté:

—¿Se acuerda usted de los dos supervivientes del incendio de Mann Gulch, Rumsey y Sallee?

Su temor aumentó ostensiblemente, pero era probable que ni siquiera él supiera por qué.

—No, no me acuerdo de nadie que se llamara así.

—¿Se acuerda usted del hombre al mando de los smokejumpers ese día en Mann Gulch, Wag Dodge? —le pregunté.

—No —respondió, visiblemente más asustado—. No me acuerdo muy bien.

Yo no podía estar seguro de si su miedo se debía a que sí recordaba aquellos nombres, o a que no los recordaba, como probablemente le ocurriera con otras muchas cosas.

—¿Se acuerda usted del guardabosques de Canyon Ferry, Bob Jansson, y de la visita que le hizo para que aceptara cambiar su primera versión acerca de la hora en que había tenido lugar la tragedia de Mann Gulch?

Cramer miró hacia Laird como si buscara ayuda, y luego se giró hacia mí y me dijo:

—Mire usted, esto tiene que ser breve. Yo no sé nada de Mann Gulch. Yo en aquellos momentos estaba en otro sitio, cerca de la frontera de Canadá.

Hubo un silencio tan largo que no podía menos que entenderse como una insinuación a que nos marchásemos de ahí. Entonces llegó en coche la señora Cramer, que había estado de compras, se apeó y rodeó la parte frontal de mi automóvil para ver la matrícula. Al darse cuenta de que era de Illinois, se apresuró a subir los escalones del porche, se presentó y tomó asiento al lado de Laird, probablemente porque era yo quien tenía aspecto de ser de Illinois, no Laird. Debió de sentirse profundamente angustiada por que la hubiéramos pillado fuera de casa, dejando a su marido sin protección frente a un intruso de otro estado. Al principio se limitó a escuchar, con la intención, tal vez, de deducir de la conversación si, en su ausencia, le habíamos hecho decir a su marido algo que pudiera perjudicarlo. Después de llegar a la conclusión de que toda

la conversación había sido acerca de los smokejumpers y un incendio, el de Mann Gulch, que había tenido lugar cuando él estaba por Canadá, se relajó y conversó con Laird, protegiendo a su marido solo de vez en cuando, pero con maña. Su habilidad en este sentido consistía en no exagerar dicha protección y en mostrarse franca y realista con respecto a cosas que eran casi las mismas que nosotros queríamos saber.

La oí volverse y decirle a Laird, después de que su marido hubiera repetido de nuevo su «Yo-estaba-en-un-incendio-cerca-de-Canadá»:

—Sí, fue investigador en el incendio de Mann Gulch. —No se apresuró a retirar lo admitido, sino que aguardó hasta tener otra oportunidad de decirle inofensivamente a Laird—: Lo que ocurre simplemente es que ya no se acuerda muy bien de nada.

Continuó diciéndole a Laird que su marido había tenido «problemas cerebrales» y que en ese momento estaba bajo los efectos de la medicación y que, como acababa de decir ella, no se acordaba muy bien de nada. Laird comprobó que yo lo había oído, como probablemente era la intención de la señora Cramer, de modo que los dos comprendimos que había llegado el momento de marcharse.

Una bandada de gansos canadienses voló en círculos y se posó en el agua justo ante de la casita de los Cramer. Procedían sin duda de la reserva de aves de Nine-Pipe, que no está muy lejos del lago.

Los gansos alternaban la majestuosidad con la estupidez y luego combinaban ambas cosas. Se mostraban majestuosos cuando volaban en círculos y mientras horadaban el agua al posarse sobre ella e incluso al elevarse sobre las olas que ellas mismas creaban y palmeaban el agua con las alas. Luego se posaban otra vez y, precisamente cuando uno esperaba que recuperaran la solemnidad de los movimientos aéreos, estallaban en un coro de graznidos sin sentido. Todos prorrumpían en ruidos sin sentido al mismo tiempo. Se dirigían directamente hacia la costa y la casita de los Cramer, dando media vuelta de vez en cuando para impresionarnos con el extremo blanco y majestuoso de las colas, y luego volvían a girar directos hacia la orilla, más escandalosos y absurdos conforme se

acercaban. Pronto el sinsentido se volvió algo estridente y perentorio, dedicado directamente a nosotros. Miré a la señora Cramer, y mi cara sin duda tuvo que mostrar sorpresa, como si le estuviera pidiendo alguna explicación, porque pronunció las únicas palabras que recuerdo que me dirigiera:

—Mi marido suele dar de comer a los gansos.

—Ya lo veo —respondí, y poco después nos fuimos, habiendo sobrepasado holgadamente los tiempos de nuestra visita. Hasta los gansos parecieron sentirse aliviados; en todo caso, al marchamos se apaciguaron un poco. Cramer había bajado a la orilla a darles de comer. Cuando él y los gansos estuvieron juntos, la histeria pareció desaparecer de la escena. Muy pronto estuvieron hablando tranquilamente entre ellos en su extraña jerigonza.

Para cuando llegamos a Arlee, la noche había suprimido el brillo, pero no el tono dorado de las tierras de cultivo. La noche estaba entrando rápidamente en el valle.

—Gracias por el día que hemos pasado —le dije a Laird—. Hacía mucho tiempo que no venía a Flathead Valley.

Como esos jovenzuelos que quieren que todo les vaya bien a sus amigos mayores, Laird se sintió culpable por que yo no hubiese descubierto nada, pero lo cierto es que si nos habíamos lanzado a aquella misión había sido por mí, de modo que no dejé que se disculpara.

—¿De qué estás hablando? —dije—. Ha sido un día estupendo.

—¿Qué ha tenido de estupendo? —preguntó. Y al instante, agregó:

—Nunca olvidaré los gansos.

—Ni yo tampoco —repuse—. Los estudios no siempre nos llevan a encontrar una cruz de madera oculta entre la hierba.

Tanto Laird como yo nos habíamos preparado para lo peor antes de ir a ver a Cramer. Incluso nos habíamos puesto de acuerdo —en realidad solo en algunos detalles— acerca de qué hora daríamos por buena para el incendio de Mann Gulch en caso de que Cramer no nos resultara de ninguna utilidad para solucionar las diferencias al respecto, pero nos llevó varios días poder recordar todos los

pormenores de nuestros acuerdos, así como un almuerzo entero para volver a poner en orden las piezas.

En lo primero en lo que nos pusimos de acuerdo fue en que, hasta donde sabíamos, Cramer era el último testigo vivo capaz de arrojar nueva luz sobre la credibilidad de las pruebas relativas al momento de la muerte de los miembros del equipo. De manera que si él no tenía nada que agregar por la razón que fuese, tendríamos que hacer una elección práctica entre el testimonio de Jansson, por una parte, y el de Dodge y la prueba que constituía el reloj de Harrison, por la otra. Tal elección tenía que decantarse a favor de las pruebas más cercanas al escenario de las muertes, y no del testigo que se había retirado hacia el río y que a la hora de la tan discutida hora en cuestión probablemente se hallaba remontando su curso en barca. Además, el testimonio de Dodge encajaba mucho mejor con las horas asignadas por Rumsey y Sallee a los acontecimientos de Mann Gulch.

La elección práctica de las seis menos cuatro minutos como hora aproximada de la muerte de Harrison no pasa por alto, sin embargo, la acusación de que Jansson fue presionado para alterar su testimonio original sobre la hora del clímax de la tragedia. Tampoco pasa por alto su acusación implícita contra los miembros de la oficina regional, que buscaron crear la falsa impresión entre la opinión pública de que la «hora establecida» se basaba en el único reloj encontrado entre los cadáveres de los smokejumpers. Es impensable que Jansson hubiera hecho semejante acusación en falso. De ser así, resulta aún más impensable que hubiera podido acabar sus días en el Servicio Forestal. Tanto Jansson como Dodge eran buenos hombres y buenos guardabosques. Recuérdese también que el Servicio Forestal es un organismo burocrático, el mayor del Departamento de Agricultura, lo cual hace que sea demasiado grande para jueguecitos.

De modo que, en realidad, antes de que partiéramos hacia Lake Flathead, habíamos completado la tarea práctica de resolver la anticuada fórmula de la distancia dividida por el tiempo igual a los kilómetros por hora a fin de obtener la velocidad media de los

smokejumpers en su carrera contra el fuego. Se resolvió de la siguiente manera.

La distancia de la carrera la determinamos mucho antes y con tanta exactitud como pudimos. Era una distancia geométrica de mil trescientos metros desde el punto Y, donde se inició la carrera, hasta la cruz representativa G, que en estos cálculos se usó para señalar el trágico clímax. En cuanto al tiempo en cuestión, hicimos lo que hay que hacer cuando uno por fin admite que nunca puede estar seguro de la verdad: se obliga al propio orgullo a presenciar el espectáculo de verse a sí mismo haciendo las cosas lo mejor que puede, aunque eso no sirva para quedar muy bien ante los gansos ni ante uno mismo. El inicio de la carrera en el punto Y, por todo lo que sabemos, tuvo lugar a las seis menos veinte. También sabemos que el final fue a las seis menos cuatro. Así es que para la mayoría de los miembros del equipo, la carrera había concluido al cabo de dieciséis minutos y, ahí, el error solo puede ser de pocos minutos.

Cuando se dividen mil trescientos metros entre dieciséis minutos y el resultado se pasa de metros por minuto a kilómetros por hora, la aritmética antigua dice que la velocidad representativa del equipo en su trayecto hacia las cruces se desarrolló a cinco kilómetros por hora. El E dividido por el T y transformado en kilómetros nos dice que Thol, cuya cruz es la que está más cerca de la cumbre y que es uno de los miembros del equipo que más lejos llegó y que probablemente se movió más deprisa, alcanzó una media de 5,3 kilómetros por hora; y que Joe Sylvia, que según estos cálculos se contaba entre los más lentos, a una media de 4 kilómetros por hora.

Estos resultados me sorprendieron un poco, pero Laird dijo que a él no; en su opinión, eran más o menos lo que esperaba. «Conforme se suman individuos —dijo—, el grupo se vuelve cada vez más lento. En una situación así, al cabo de poco tiempo, un equipo apenas si se mueve, sobre todo si nunca antes han actuado juntos en un incendio». Guardó silencio, devolviéndome la mirada a través de años de humo. Por último, temeroso de la tierra, agregó: «Un equipo cargado con mochilas de dieciséis kilos en un terreno

abrupto hará una media inferior a dos kilómetros por hora».

Estuvimos hablando un poco acerca de las diferencias entre las personalidades de Dodge y Jansson, que podrían explicar algunas de sus divergencias en lo relativo a la hora de la catástrofe, así como la acusación hecha por Jansson de que Dodge había cambiado la hora que al parecer habrían acordado juntos, mientras el incendio aún ardía. Nos sentíamos algo avergonzados de nuestra conversación, y tal vez también de nuestra vergüenza. Ninguno de los dos había conocido a Dodge ni a Jansson, y sin duda alguna nos avergonzaba hablar a espaldas de dos miembros del exclusivo club de los buenos guardabosques, incapaces de poder defenderse por sí mismos.

En cualquier caso, después de nuestro viaje para ver al señor Cramer sabíamos que habíamos hecho todo lo posible, lo cual significa que no se nos ocurría nada más que pudiéramos hacer, y que nos encontrábamos en un callejón sin salida.

En busca de otro punto de partida, volví dando un rodeo a los propósitos generales que me había hecho sobre mi vejez. Retrocedí hasta mi septuagésimo cumpleaños, pues al parecer son setenta los años que la Biblia asigna al hombre sobre la tierra. Me instalé en mi estudio para aclarar conmigo mismo, posiblemente incluso con gestos, mi filosofía casera sobre qué hacer cuando, según las Escrituras, uno es lo bastante viejo como para estar muerto; filosofía que no concebía como pasarme los días jugando a la petanca. Deseaba que esta posible extensión de mis días fuese tan dura como siempre, pero también nueva, que pasara por algo que nunca hubiera hecho antes, como escribir historias. Sería una empresa ardua, sin duda, y para escribir nuevas historias necesitaba encontrar una nueva manera de ver todo aquello que había conocido a lo largo de casi toda mi vida, como son los estudios y los bosques. Si uno piensa con suficiente viveza en los propósitos generales que se ha marcado, a veces la conciencia proporciona casos concretos con los que ejemplificarlos, y yo adquiría nuevamente conciencia del hecho, por lo demás extraño, de que en muchos de mis viajes a la base de los smokejumpers en Missoula no había hecho mucho más que echar un vistazo al Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del

Norte, que está al lado. Me había pasado varias veces para ver el cuadro de Harry Gisborne que cuelga de la pared en la escalera. Siempre me daba la sensación de que aquel hombre encontraría la ocasión de ensayar algo nuevo, aunque no le funcionase, y de que me miraba para ver si yo pensaba del mismo modo. Lo único que sabía de ese laboratorio era que allí se estaba desarrollando un proyecto que utilizaba modelos matemáticos de los combustibles para predecir el peligro de incendios forestales y su velocidad de propagación.

Los veteranos del Servicio Forestal con quienes había hablado no tenían muy buena opinión de este proyecto científico, pero tampoco sabían mucho sobre él y se sentían un poco nerviosos, hasta tal punto que no cabía abrigar muchas esperanzas de que descubrieran mucho más del porqué de su nerviosismo. Me dije a mí mismo: «Más te vale obrar conforme a tu edad y aprender algo al respecto». Pensé que una nueva forma de analizar la propagación de los incendios podría, entre otras cosas, librarme de pasar mis días dando de comer a los gansos. Además, consciente de mis limitaciones con las matemáticas así como de las de Laird, estaba convencido de que sería, como mínimo, un trabajo duro. Y así fue.

XIII

Lo que recuerdo claramente a continuación es volver a estar delante del retrato de Gisborne en el laboratorio. No tengo inconveniente en evocar algunos pasos previos a fin de explicar cómo llegué hasta allí. Había entrado por segunda vez en el vestíbulo del laboratorio y, una vez más, no había encontrado a nadie en el mostrador de información, pero explorando el vestíbulo igualmente desierto acabé por descubrir un despacho cuya puerta estaba abierta; allí me dijeron, de una forma casi irreal, que los dos matemáticos estaban en una conferencia en Ogden, Utah, si no recuerdo mal, y el hombre que me informó de ello hablaba como si también él estuviera lejos, en algún otro sitio. Más adelante, descubrí que estar fuera en una conferencia es una característica fundamental de los matemáticos, independientemente de donde se encuentren. Muchas personas tienen dos lugares de trabajo, dos lugares muy distintos entre sí. Cuando uno entra en la sede regional de Missoula del Servicio Forestal en busca de alguien a quien necesita ver, ocurre a menudo que esta persona se ha ido de repente a luchar contra un incendio forestal en Idaho. En el Servicio Forestal da la sensación de que en algún lugar de la naturaleza esté escrito: «¡Ay del hombre que tenga un solo lugar de trabajo!». En realidad, parece tratarse de un mandamiento bastante generalizado, y que conviene respetar.

Regresé al vestíbulo vacío y reparé por primera vez en una mesa de conferencias, pero no se me ocurrió pensar que Laird y yo

acabaríamos ocupándola durante largos períodos de tiempo. Luego me acordé del retrato de Gisborne y subí hasta el primer piso para verlo. Para mi sorpresa, observé una vez más que Gisborne tenía casi el mismo aspecto que yo creía, aunque más tarde me dijeron que los ojos de Gisborne habían sido azules, en lugar del marrón escogido por el artista para pintarlos. Pero quienquiera que lo pintase supo representarlo en esencia: como un observador convencido de que uno no estaba vivo a menos que también observara. Por supuesto, está pintado de frente, mirando directamente como si esa fuese su ocupación: el rostro y la nariz tan afiladas como la mirada (independientemente de su color), muy concentrado y consciente de su capacidad de concentración, así de cómo la tuya puede mejorar.

Me alegré de pasar parte de aquel día con Gisborne y su retrato. A través de su muerte, me mantenía en contacto con Mann Gulch y con el trabajo que debía hacer; podía conectarme con las grandes líneas de los primeros conocimientos científicos sobre los incendios forestales, ya que fue el pionero más importante en el desarrollo de la ciencia del comportamiento del fuego. Algunas de estas primeras líneas de estudio se relacionarían más adelante con los conocimientos sobre la propagación de los incendios, que en buena parte se dedujeron a partir de la tragedia de Mann Gulch. Parte de estos conocimientos en desarrollo me ayudarían a llegar hasta los matemáticos, en quienes confiaba para devolverme a Mann Gulch con una descripción moderna y exacta de la gran catástrofe sufrida por los smokejumpers. Sería como encerrar el incendio de Mann Gulch en un círculo explicativo.

Permanecí en el rellano de la escalera hasta que me di cuenta de que el silencio del Laboratorio de Incendios se veía perturbado por unos pasos que bajaban del segundo piso. En realidad, tanto los pasos como yo nos alegramos mutuamente de encontramos en el rellano. Yo sencillamente me alegré de ver a alguien en aquel preciso momento y, al parecer, él se alegró de ver a alguien que a su vez miraba a Gisborne.

—Yo fui alumno de Gisborne —me dijo al pasar.

—¿No? —contesté como preguntando.

Y ese «¿No?» en forma de pregunta valía por todo un puñado de cosas que no acertaba a pronunciar de improviso, como: «No puede ser verdad», «¿Tiene un momento para hablar conmigo?» o «Espere un momento». Todo lo que respondió a mí «¿No?» fue un «Sí».

De esa manera conocí a Arthur P. Brackebusch, que resultó ser no solo un antiguo alumno de Gisborne, sino el antiguo director del Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del Norte. El universo solo a ratos parece estar empeñado en impedir que descubramos cualquier cosa acerca de él. De hecho, el exdirector del laboratorio siempre se ha mostrado afable conmigo cuando me he topado con él y, además, lo pillé en un momento en el que disponía de unos minutos para hablar. Había estado enfermo y le habían aconsejado que abandonase sus obligaciones laborales a jornada completa y se retirara a California, pero como no quería vivir allí había buscado hasta dar con un médico que le dijo que California podría resultar perjudicial para su salud. En Montana hay dos tipos de médicos: los que te dicen que debes mudarte a California por tu salud y los que te dicen que morirás si lo haces; así que Brackebusch no tuvo que buscar mucho para conseguir el consejo que necesitaba. Dijo que estaría encantado de hablar conmigo al día siguiente por la mañana, y cuando le advertí que después de hablar con alguien sobre una historia necesitaba un segundo encuentro con la misma persona para comentar qué pensaba respecto a lo que habíamos hablado, replicó que le parecía muy bien, que estaba seguro de que eso no entraría en conflicto con ninguna de las recomendaciones médicas que hubiera recibido.

Las páginas que siguen, por tanto, corresponden a mi diálogo con el antiguo director del Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del Norte antes de ponerlo por escrito; y tras hacerlo, él lo leyó, motivo por el cual le estoy muy agradecido.

Fue bastante natural que Brackebusch y yo nos pusiéramos a hablar casi inmediatamente de Gisborne: era lo que teníamos en común. A mi admiración por la forma en que Gisborne había muerto, pronto añadí una buena cantidad de datos que conocía sobre su vida. Yo sabía incluso algunas cosas sobre Gisborne que

Brackebusch ignoraba, cosas que provenían principalmente del informe para la póliza de seguros que Jansson había escrito sobre la muerte de Gisborne, y que incluía sus últimas treinta y siete «paradas de descanso». Gisborne tenía una personalidad tan llamativa que no pudimos evitar dejarnos llevar por los coloridos recovecos de su vida, pero Brackebusch comprendió, en realidad sin necesidad alguna de que yo se lo dijera, que Gisborne y la ciencia que había creado formaban parte fundamental de esta historia debido a la luz que podrían arrojar sobre el incendio de Mann Gulch.

Aunque Gisborne se convirtió en un modelo del observador y especulador científico que trabaja en el bosque, sus especulaciones científicas tenían casi siempre un fin muy práctico. En última instancia, la mayoría de sus proyectos tenían como objetivo salvar del fuego el mayor número posible de pies tablares[40]. Más concretamente, la mayoría de sus proyectos estaban pensados, directa o indirectamente, para predecir el comportamiento de los incendios forestales incluso antes de que se iniciaran y, sin duda alguna, después. Más concretamente todavía, la mayoría de ellos consistían en estudios para predecir la velocidad de propagación del fuego y su intensidad, medida en BTU[41] o unidas térmicas británicas.

En la medida en que se puede asignar una fecha al inicio de una ciencia, se suele considerar 1922 como el comienzo del estudio científico moderno del comportamiento de los incendios, ya que fue entonces cuando Harry Gisborne fue nombrado supervisor forestal con un salario anual de 1.920 dólares, siendo destinado a la Estación Experimental de Priest River, en el norte de Idaho, en calidad de director. Las razones que llevaron al Servicio Forestal a establecer esta gran estación experimental indican claramente los objetivos y las direcciones de las primeras investigaciones del Servicio Forestal, direcciones que nunca habrían llevado a Gisborne a su muerte en Mann Gulch. La estación estaba emplazada en unos terrenos cercanos a Priest River porque allí crecían todas las principales especies arbóreas del noroeste y en aproximadamente las mismas

proporciones que en los terrenos madereros representativos de toda esa región, y porque además contaba con zonas quemadas donde podrían plantarse especies experimentales, pudiendo constituir por tanto un buen vivero de árboles; además, hasta ese momento, el principal y casi único campo de investigación forestal llevado a cabo por organismos gubernamentales había sido la silvicultura. De hecho, en los primeros tiempos del Servicio Forestal, la investigación era responsabilidad de lo que se denominaba Departamento de Silvicultura. Así se llamaban por aquel entonces las cosas, y aunque resulte extraño, el gran año de los incendios de 1910 contribuyó menos a promover la futura ciencia del comportamiento del fuego que a intensificar la investigación tradicional de mejores variedades de árboles a fin de repoblar zonas quemadas lo bastante grandes como para merecer las consideraciones estatales.

Pero cuando Gisborne llegó a Priest River, estaba mucho más interesado en encaramarse al «árbol meteorológico» que en sembrar plántulas en el vivero, un interés que significaba que habría un futuro cambio en la orientación de las investigaciones del Servicio Forestal hacia lo que se llamaría la ciencia del comportamiento del fuego. El «árbol meteorológico» era un alerce de cuarenta y cinco metros de alto podado hasta cerca de la copa, con plataformas a todo lo largo del tronco a las que podía accederse con ganchos de acero. Como dijera uno de sus amigos científicos, a Gisborne le encantaba encaramarse a ese árbol, y serían las prescripciones médicas las que se lo impedirían finalmente, y no tanto la inutilidad de los ganchos cuando el árbol empezó a pudrirse. En el camino hacia la copa, Gisborne se interesaba por el comportamiento del viento a diferentes alturas y entre las diversas densidades del ramaje. En la copa había un anemómetro que registraba las velocidades, una veleta y un transmisor de la duración de la luz solar, todo ello conectado a una vieja batería, pues la estación aún carecía de electricidad. Con su equipo poco menos que elemental, Gisborne se puso a perseguir uno de sus principales objetivos científicos: predecir el comportamiento de los incendios forestales. Este empeño dio lugar a lo que se ha

convertido en una de las contribuciones prácticas más útiles para el estudio del control del fuego: el Sistema Nacional de Evaluación de Peligro de Incendios, que entró en funcionamiento en 1934. Tener presente este sistema nos ayudará a pasar de Gisborne y la primitiva ciencia sobre el comportamiento de los incendios a los modernos matemáticos y sus modelos de combustible[42], para regresar luego una vez más a Mann Gulch.

Una versión simplificada de los resultados de este complicadísimo sistema puede verse a menudo a la entrada de cualquiera de nuestros bosques nacionales. En el arcén de la carretera hay un gran cartel del Servicio Forestal que indica a los conductores cuál es el último índice de riesgo de incendio registrado. El cartel situado en el arcén reza peligro de incendios en la línea superior y hoy en la de abajo. En la línea intermedia se coloca una señal desmontable que un guarda del Servicio Forestal debe cambiar según las condiciones reinantes, y que va desde máximo, alto, moderado, bajo, etc., hasta, presumiblemente, nulo. Sin embargo, cerca de mi cabaña, por una u otea razón, el riesgo de incendio nunca baja de moderado, y en agosto se queda durante días en alto, tal vez porque el guarda del Servicio Forestal que se supone que lo cambia de vez en cuando se queda varado en una brigada de incendios de emergencia; sea como sea, nunca lo he visto en bajo. Otea manifestación simplificada de este complicado sistema ha sido utilizada con anterioridad en la historia que nos ocupa, cuando se dijo que el día en que en el incendio de Mann Gulch se produjo un *blowup*, el baremo del peligro de incendios era en Helena de 74 sobre un máximo de 100. Es decir, de mucho peligro.

Como descubriremos cuando nos encontremos a nuestros matemáticos, el Sistema Nacional de Evaluación de Peligro de Incendios[43] sigue mereciendo la atención de algunos de los mejores científicos dedicados al estudio del comportamiento del fuego. Los usos prácticos a los que puede aplicarse son cada vez mayores, y la exactitud e importancia de sus resultados están en constante mejora, ya que los resultados dependen de la observación minuciosa de los complejos factores que intervienen en los

incendios: temperatura, combustible, humedad, grado de pendiente y velocidad del viento, todo ello seguido de la cuantificación de los mismos con ordenadores. Cuando hablamos de cuantificar los factores del incendio mediante el uso de ordenadores, nos estamos acercando a los matemáticos a los que todavía no hemos llegado.

Podemos hacernos una idea de la cantidad de trabajo científico que se necesita para que todo el sistema funcione si intentamos imaginar la cantidad de estudios (y equipos) que hubo que hacer para poder afirmar que «un incendio que arde en suelo llano (del 1 al 5 %) se propagará dos veces más rápido cuando alcance una pendiente del 30 %. La velocidad volverá a duplicarse si la pendiente alcanza el 55 %». Parece como si hubiera por aquí cerca un ordenador al lado de un túnel de viento.

Gisborne parecía situarse siempre en el lado opuesto al que parecía estar tomando. Lo espectacular y vistoso le gustaba tanto como lo práctico, y cuando iba a los bosques siempre llevaba elegantes polainas de cuero. Uno de sus variopintos intereses que lo condujeron a Mann Gulch fue el de los rayos, causa del gran incendio que allí tuvo lugar. A Gisborne le gustaban los rayos, como le gustaba trepar a los árboles altos para medir el viento, en parte porque era un pionero de la ciencia y en parte porque era ostentoso, pero también porque era hijo del propietario de un aserradero y quería resultados que pudieran medirse en pies tablares. Su interés por los rayos, y más aún por la distinción entre rayos rojos y blancos, debía de tener algo de asombro infantil, pero fue él quien más o menos resolvió la cuestión de si eran los relámpagos rojos o los blancos los que provocaban los incendios forestales; se decantó a favor de los rojos[44]. De manera que, incluso en este caso, su interés primordial era el conocimiento que pudiera predecir el comportamiento de los incendios; en el caso de los rayos, meticulosas observaciones que, correlacionadas matemáticamente, permitirían saber a los vigías y a quienes envían a los bomberos cuándo cabe esperar fuertes tormentas eléctricas, y en qué lugar de las montañas y a qué hora del día es más probable que caigan.

Otro interés fundamental de Gisborne era el desarrollo de

máquinas que sirviesen para mejorar la observación de las condiciones de los incendios o que correlacionaran las observaciones con mayor exactitud y rapidez para predecir cuáles podrían ser los efectos de un incendio. Le gustaban las máquinas igual que al operario de un aserradero, que sabe que su vida depende de ellas, y sentía incluso un cariño extra hacia ellas, porque consideraba que una máquina que funcionase era una obra de arte. Se mostró particularmente interesado en construir un túnel donde provocar incendios bajo condiciones cuidadosamente controladas de viento, combustible y demás factores. Pese a la importancia de la Estación Experimental de Priest River para el progreso de los estudios sobre el comportamiento del fuego, esta sufrió graves escaseces de las que Gisborne se quejó, porque limitaban sus investigaciones. Su «árbol meteorológico» tenía sus cualidades, además de algo de propuesta deportiva, pero en la práctica apenas servía para observar los factores de los incendios en condiciones controladas. También es probable que la creciente gravedad de su enfermedad cardíaca volviera aún más imperativa la creación de un túnel de incendios. Cuando su médico le prohibió que volviera a encaramarse a su «árbol meteorológico», Gisborne replicó: «¿Qué me está pidiendo? ¿Qué dimita?». Por supuesto, nunca dimitió. Ni siquiera está claro hasta qué punto obedeció las prescripciones del médico, pero lo que sí está claro es que antes de fallecer había construido un túnel de incendios en el sótano de su oficina en la sede de la delegación federal en Missoula. La estancia tenía una chimenea independiente para dispersar el humo de los incendios con que experimentaban. Los grandes túneles de viento del Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del Norte cumplen casi con exactitud los requisitos que exigía Gisborne a un túnel. Cuando por fin pudimos conocer a los matemáticos, había dos túneles de viento en su laboratorio, con ordenadores a ambos lados para captar al instante cualquier cambio en la intensidad y la velocidad de propagación del fuego. Todo el dispositivo es mucho más sofisticado de lo que era el de Gisborne, pero indudablemente había soñado con algo así. Y probablemente soñó, aunque no pudiera entreverlo bien, con algo como el gran

Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del Norte, que acoge como uno más de sus proyectos a los expertos en matemáticas y sus estudios sobre modelos matemáticos de combustibles.

El laboratorio fue construido en i960. En realidad, los tres laboratorios de investigación sobre incendios del Servicio Forestal se aprobaron y construyeron aproximadamente al mismo tiempo y, como es lógico, en tres de las mayores regiones madereras del país: el sur y el este (en Macon, Georgia, 1959), el noroeste (en Missoula, Montana, i960) y el suroeste (en Riverside, California, 1962). Todos estos laboratorios trabajan en problemas de importancia nacional, pero cada uno de ellos está también especializado en problemas particulares de su región. Así, el laboratorio que abarca el sur y el este se concentró originalmente en los problemas propios de las maderas duras; el laboratorio de Missoula, en problemas relacionados con los incendios causados por rayos e incendios en terrenos accidentados; y el laboratorio de California, en los incendios que estallan en chaparrales y zonas semiáridas o, como se decía por aquel entonces con una fórmula más elegante, en «ambientes mediterráneos».

Los objetivos originales de los laboratorios de investigación de California y Georgia han cambiado considerablemente a lo largo de los años, pero los dos objetivos del laboratorio de Missoula siguen siendo básicamente los mismos: estudiar los incendios provocados por rayos y los incendios en terrenos accidentados. Son los dos problemas que Gisborne consideraba centrales para el estudio del comportamiento de los incendios.

Brackebusch y otros antiguos guardabosques con inclinaciones científicas creen que la muerte de Gisborne frenó, al menos a corto plazo, el avance de la ciencia del comportamiento del fuego y la creación de los tres centros de investigación del Servicio Forestal. Además, el empeño puesto por algunos de sus miembros en enterrar el incendio de Mann Gulch en una fosa solitaria y olvidada de un cañón perdido, y rebajar por tanto los efectos positivos que se podrían haber desprendido de la tragedia, dio durante muchos años bastante buen resultado. Hasta la naturaleza pareció favorecer este

silencio. Una vez enterrado el incendio de Mann Gulch, se sucedieron lo que el Servicio Forestal denomina «buenos años de incendios», esto es, años con menos incendios de lo habitual y menos víctimas que enterrar a causa de ellos. Por un tiempo, fue como si los propios bosques desearan que no se siguiera hablando de cosas tan tristes, y el universo, sintiendo incluso miedo de sí mismo, parecía formar parte de una conspiración para ocultar su propio terror.

Pero, como no podía ser de otro modo, luego vinieron los años malos. Tal vez no sea una regla fija, pero es una convención de las tragedias públicas el que deban repetirse a fin de que los gritos se oigan lo bastante fuerte como para que algo bueno salga de ellas. En lo tocante a las tragedias, al universo le gusta que se repitan las catástrofes y no necesita hacerse de rogar para repetirlas. Los años malos de incendios tardaron algo menos de una década en volver, teniendo como punto álgido 1957. Para colmo, California resultó la zona más afectada, y cuando California sufre, hacen falta políticos para atenderla.

Los tres laboratorios pasaron simultáneamente de ser un rumor a un hecho merced a unos pocos políticos; dos, para ser exactos. En este sentido, al menos, los políticos son como los smokejumpers: nunca se lanzan menos de dos en un incendio, y muchos proyectos de ley son secundados por otros diputados. Otro tanto suele ocurrir en el teatro: dos personajes importantes parecen el número mínimo básico. De hecho, una vez vi una obra de teatro en la que de principio a fin solo aparecían dos personajes en escena. Por supuesto, utilizaban mucho el teléfono para hablar con otros personajes que no aparecían en escena, pero eso también lo hacen los políticos.

En 1957, Richard B. Russell era senador por Georgia, estado al que representaba desde 1933. Después de formar parte del Senado durante casi un cuarto de siglo, era uno de sus miembros más reputados y miembro de uno de sus comités más influyentes, el Comité de Asignaciones, que despacha el dinero en la dirección en la que se va a gastar. En algunos aspectos fundamentales, gobernar

es algo tan sencillo como determinar en qué se va a gastar el dinero, y Georgia es un estado maderero con muchos árboles que pueden ser presa del fuego.

También en 1957, Mike Mansfield era miembro del Senado desde hacía cinco años, después de haber sido miembro de la Cámara de Representantes desde el 78.º hasta el 82.º Congreso. Mansfield llegó a ser líder de la mayoría del Senado, cargo que convirtió en uno de los más influyentes en el funcionamiento de nuestro Gobierno y que conservó hasta su jubilación del Senado. Tras su jubilación fue nombrado embajador en Japón por el presidente Carter, cargo que posteriormente el Gobierno sediento de sangre de un renacido Partido Republicano le pidió que mantuviera. Pocos políticos en los tiempos modernos han sido más respetados que el senador por Montana debido a su conocimiento sobre el gobierno federal y por el silencioso y juicioso ejercicio del poder para influir en su orientación.

En nuestro estado de Montana le votaríamos para cualquier cosa (en orden ascendente), desde perrero hasta presidente de los Estados Unidos o reina del Rodeo de Helena.

En este punto de la historia basta con retroceder apenas unos cuantos pasos en el tiempo para ver cómo surgen las conexiones con el incendio de Mann Gulch. Antes de ser elegido para el Congreso, Mansfield había sido profesor de Historia en la Universidad de Montana, lo que lo puso en contacto con Japón y Mann Gulch. En la Universidad de Montana, el futuro embajador de Japón había impartido clases sobre la historia del Lejano Oriente. La conexión con Mann Gulch aparece claramente cuando recordamos que la Universidad de Montana está en Missoula, y por tanto la ciudad natal del senador Mansfield era la sede de la Región Uno del Servicio Forestal de Estados Unidos y la base de los smokejumpers que se lanzaron sobre Mann Gulch.

La conexión directa entre el senador Mansfield y Mann Gulch debió de coincidir con el incendio. ¿Por qué no? Seguramente el muchacho que en otro tiempo había trabajado en las minas de Butte se sintió tan conmocionado como el resto de nosotros por el destino

de los muchachos que se lanzaron sobre Mann Gulch. Eran dos lugares peligrosos para que trabajaran muchachos tan jóvenes.

En cuanto a la conexión con Mann Gulch, la acción había sido casi tan rápida como el pensamiento. La última víctima en llegar a Helena con vida había muerto antes del mediodía del 6 de agosto de 1949, y el 14 de octubre, apenas dos meses después, Mike Mansfield había aprobado a toda prisa en el Congreso su enmienda a la Ley de Compensación de los Empleados Federales, que duplicaba la cantidad que se concedía a los padres no dependientes de hijos heridos o muertos mientras trabajaban para el Gobierno federal de unos míseros doscientos dólares a cuatrocientos. Una cláusula adjunta a esta enmienda le otorgaba retroactividad para incluir a los fallecidos en la tragedia de Mann Gulch.

La parte de esta historia que nos lleva de Mann Gulch a los tres laboratorios de investigación sobre incendios forestales acaba de este modo:

1. El primero de los tres laboratorios fue construido en Macon, Georgia, ciudad natal del senador más longevo.
2. El segundo laboratorio se construyó el año pasado en la ciudad natal del senador Mansfield. Está a escasos veinte metros de la base de los smokejumpers que volaron a Mann Gulch.
3. El tercero se construyó en Riverside, California, el estado que más había sufrido en el último año de incendios graves.

De modo que los laboratorios dedicados al estudio de los incendios forestales se establecieron donde estaban los bosques y los políticos, y eso es algo que costaría mucho cambiar.

MIS ENTREVISTAS con Brackebusch provocaron que mis deseos de

verme de inmediato con los matemáticos se apaciguaran un poco. Mientras hablaba con él, empecé a hacerme una idea acerca de cuánto necesitaría saber para explicar el incendio de Mann Gulch a la luz de los más recientes avances de la ciencia sobre el comportamiento del fuego. Cuando Laird y yo estábamos en los bosques, supongo que nos considerábamos hombres cultos, si es que había ocasión de pensar en tal cosa, pero yo al menos sabía que mi formación, empezando por la que recibí de mi padre, nunca había incluido muchas matemáticas, así que empecé a pensar que, antes de reunirme con los matemáticos, era mejor que me retirara a mi cabaña de Seeley Lake e hiciera los deberes. No me costó mucho esfuerzo reunir un pequeño montón de artículos escritos por los dos matemáticos o sobre ellos. A menudo es mucho más fácil averiguar cosas sobre personas importantes que descubrirlas a ellas; sobre todo, no es difícil averiguar de dónde procede un hombre si su último empleo ha sido en un proyecto para determinar si un avión impulsado con energía atómica podría funcionar. Dicho experimento se había llevado a cabo cerca de Idaho Falls, Idaho, en lo que significativamente resultó ser Lost River[45]. Cuando el experimento se echó a perder, o lo que quiera que ocurra con un experimento atómico cuando el Gobierno ya no tiene interés en él, varios jóvenes científicos muy capaces volvieron a quedar libres, y Jack Barrows, que había sido uno de los alumnos preferidos de Gisborne y era en ese momento el primer director del Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del Norte, se movió rápido y consiguió a cinco de ellos, uno de los cuales era Richard C. Rothermel, que incluso como estudiante en la Universidad de Washington había trabajado en ingeniería aeronáutica. Sin embargo, pasarían unos siete años antes de que Rothermel pasara de hacer modelos de aviones propulsados por energía nuclear a idear modelos de incendios forestales.

Hicieron falta otros seis o siete años de pruebas y correcciones en los nuevos equipos, especialmente en los túneles de viento, para que los jóvenes científicos pudieran confiar en los resultados de sus experimentos. Una de las cuestiones constantes y cruciales consistía

en averiguar si en las instalaciones realmente se estaban llevando a cabo experimentos controlados; si, cuando los equipos daban cuenta de cambios en los resultados, estos se debían únicamente al factor del incendio que los científicos estaban estudiando, o si existían también otros factores que no habían conseguido eliminar. Una dificultad pareja radicaba en el problema de lograr que los incendios ardieran bajo condiciones controladas con la coherencia y la continuidad suficientes como para permitir que los resultados se midieran con precisión. De modo que hubo que esperar hasta 1968 para que Rothermel y su grupo estuvieran lo bastante seguros de lo que hacían como para trasladarse al terreno de la predicción y asumir la responsabilidad de lo que Barrows perseguía desde hacía tiempo, una revisión exhaustiva del Sistema de Evaluación del Peligro de Incendios.

Incluso entonces hubo problemas, incluyendo, por supuesto, el problema de conseguir la aceptación de los veteranos, para quienes los incendios forestales eran la realidad decisiva, y los túneles de viento y los ordenadores, solo trastos. Dado que los viejos guardabosques evolucionaban aún más despacio que el equipamiento, fueron necesarios al menos otros siete años, ya estaba bien entrada la década de 1970, para que los organismos y empresas que viven de los bosques empezaran a solicitar los modelos matemáticos de los incendios forestales y sus predicciones.

Desde el punto de vista administrativo, Rothermel dirige en la actualidad el Proyecto sobre el Comportamiento del Fuego en el Laboratorio de Ciencias del Fuego de Intermountain (como ha sido rebautizado el Laboratorio de Incendios del Servicio Forestal del Norte). Desde el punto de vista científico, su historia es casi un sinónimo de la introducción y el desarrollo de modelos matemáticos de incendios en el Servicio Forestal. En 1981, en Washington D. C., recibió uno de los más altos honores concedidos por el Departamento de Agricultura, el premio de Honor por Servicios de Primera Categoría. Se alababa su «sobresaliente creatividad en el desarrollo de la tecnología de predicción del comportamiento de los incendios y los programas de instrucción, que permitieron la puesta

en marcha de una nueva política sobre incendios por parte del Servicio Forestal». La «nueva política sobre incendios» que había hecho posible la «tecnología de predicción del comportamiento de los incendios» consistía en pasar de la política de apagar un incendio tan pronto como fuera posible (el objetivo al que aludía el lema «incendios de las diez en punto») a la teoría cada vez más predominante, llamada «gestión de los incendios», de dejar que un cierto número seleccionado de incendios ardan hasta extinguirse por sí mismos. Aunque esta nueva política sigue desconcertando a algunos guardabosques, ha demostrado tener un gran valor práctico siempre que se ponga en práctica con prudencia, que es lo que ha venido a significar basándose en gran medida en el Sistema de Evaluación del Peligro de Incendios. Una estimación aproximada del beneficio económico que podría suponer combatir únicamente algunos incendios forestales podría conjeturarse a partir del dato de que a mediados de los años setenta, el gasto anual del Servicio Forestal había aumentado a trescientos millones de dólares y seguía subiendo. Al ahorro resultante de la política de dejar que algunos incendios ardan hasta apagarse solos, deben añadirse los abundantes beneficios ecológicos, pues de lo contrario los indios no habrían provocado antiguamente tantos incendios en las praderas en agosto para mejorar los pastos primaverales. Al valor del incendio «que proporciona un hábitat adecuado para la vida silvestre o forraje para el ganado», debe añadirse el control de insectos y de enfermedades de las plantas. El Servicio Forestal, además, no ha sido el único beneficiario de dejar arder algunos incendios e incluso de provocar algunos. Los bosques de administración estatal y los terrenos madereros privados también prestan mucha atención al Sistema de Evaluación del Peligro de Incendios y, por supuesto, también lo hacen las empresas madereras, sobre todo en otoño, cuando tienen que quemar los montones de broza acumulados durante el verano[46].Hasta 1985 el físico Frank Albini trabajó en el laboratorio, al que se incorporó en 1962, cuando uno de los principales problemas pendientes allí era el de ganarse la confianza del sector maderero. Además de ser un científico brillante, demostró

poseer un estilo literario tranquilo y persuasivo que lo ayudó a convertirse en un eficaz vendedor, de forma medio encubierta, del uso generalizado de los modelos matemáticos en los bosques. Como científico, ya desde sus días de doctorado en el Instituto Tecnológico de California elaboraba modelos matemáticos, ya fuera para Hughes Aircraft, el Instituto de Análisis para la Defensa o la General Research Corporation. Como estudiante, se había especializado en la física del plasma y, aunque este campo tiene objetivos y temas sumamente específicos, en último término refleja la etimología griega de la palabra «plasma», que está relacionada con formar o modelar. De manera que Albini siempre había sido plasmador de modelos.

La expresión «elaborar modelos matemáticos» aparece ahora de modo bastante recurrente, así que lo mejor es que nos detengamos a analizarla. Para muchos, la frase «elaborar modelos» evoca a un chico brillante que utiliza su mecano para hacer un modelo del puente de Brooklyn como una estructura de vigas y luego lo deja encima de la mesa para que su madre lo desmonte. Esto no es del todo erróneo, desde luego, salvo por el hecho de que un modelo matemático del fuego es una estructura mental científica y, como dice Albini, un «sucedáneo de la realidad»; sus vigas son generalizaciones cuantitativas sobre las cosas que arden en los bosques y en campo abierto, generalizaciones cuantitativas, por lo tanto, sobre las distintas clases de combustibles y sobre la influencia que ejercen en ellos factores ambientales tan poderosos como el viento, la temperatura y la humedad.

Estas vigas del conocimiento científico son los resultados cuantitativos de observaciones controladas de incendios experimentales y de auténticos incendios forestales. El desafío consiste en escoger las generalizaciones analíticas correctas sobre las cosas que arderán o que ayudarán a que algo arda, y encajarlas de modo tal que describan un incendio del que puedan predecirse la intensidad, la velocidad de propagación, el tamaño de las llamas y otras características. Los modelos cuantitativos de incendios forestales tienen, por tanto, aspectos prácticos así como aspectos

estéticos. Elaborar modelos matemáticos de incendios forestales se convierte en un doble placer, y Rothermel y Albini, que obtienen gran placer de la construcción de estos modelos, recibieron el encargo de perfeccionar el Sistema de Evaluación de Peligro de Incendios; una cosa va con la otra y es de suponer que los placeres prácticos no están reñidos con los placeres estéticos.

Albini nos ayuda a modelar una imagen de la creación de modelos señalando que «el origen de esta manera de enfocar la toma de decisiones y la planificación es la técnica de "diseño preliminar" que se sigue en la industria aeronáutica. No es en absoluto casual que los ingenieros aeronáuticos participen a menudo en los trabajos de creación de modelos». Luego añade: «Hasta que obtuve la licenciatura, mis estudios fueron sobre ingeniería aeronáutica». Y, como hemos señalado, el caso de Rothermel fue similar.

Albini me contó en una ocasión uno de sus proyectos, que fundamentalmente tenía que ver con la predicción de la velocidad de los misiles, tanto de los fabricados por otros, que solo había visto, como de los que él recomendaba construir. Su comentario posterior fue que «es mucho más fácil predecir la velocidad de un misil que la velocidad de un incendio forestal». Por regla general, dijo, «es más fácil predecir el comportamiento de los objetos hechos por el hombre que el de los objetos naturales». Yo ya había vivido lo suficiente como para haber encajado un buen número de golpes de eso que revolotea a nuestro alrededor bajo el nombre de «naturaleza», y le dije:

—Eso no debió de ser ninguna sorpresa para ti.

—No —respondió—, no fue ninguna sorpresa. Hace mucho tiempo, un profesor de ciencias me dijo: «El universo es un cabronazo».

Desde entonces, he recordado a menudo esta frase. Probablemente sea cierta.

CUANDO NOS sentamos por primera vez en la larga mesa de conferencias del vestíbulo, me sentía perplejo: ¿Qué había hecho yo

en el pasado como para acabar mi jubilación enfrentándome a dos matemáticos y a dos túneles de viento? Parte de la explicación tenía que ser personal. En mi juventud tuve que hacer frente en el bosque a peligros que desde entonces me han dejado la sensación de hallarme en una línea de defensa que el fuego está a punto de saltar, y lo hará si me despierto, de modo que procuro no hacerlo. Las cenizas de mi mujer, esparcidas por la montaña que ella había bautizado con su nombre, me devolvían indudablemente a la escena del trágico y gigantesco incendio forestal que abarca su campo de visión, si es que aún puede verme. Probablemente sea menos importante que cuando vi por primera vez el incendio de Mann Gulch, aún ardía entre las rocas como serpientes en llamas. En mi sueño, del que todavía no puedo despertar del todo, a veces veo un ciervo con todo el pelaje quemado, salvo lo que bordea sus párpados. De nada sirve querer eliminar todo lo personal con el objeto de ser científico. La larga mesa de conferencias a la que estábamos sentados los cuatro era lo bastante grande como para que a su alrededor pudieran sentarse dieciocho o veinte personas. Tal vez los espacios vacíos estuvieran reservados para Gisborne y los smokejumpers muertos. Pertenecían a aquel lugar y, aunque no estuvieran ahí, nunca se marchaban demasiado lejos.

Aunque he cursado pocas asignaturas de ciencias, siempre he procurado ser preciso con los hechos. En mi familia se esperaba que lo fuéramos y, además, descubrí que ser preciso con los hechos era una especie de juego, y me gustaba jugar. Más tarde, cuando conocí a científicos eminentes, descubrí que para ellos la ciencia era una especie de juego a gran escala, y el juego al que Laird y yo esperábamos jugar con los matemáticos era el de encajar nuestros análisis sobre la fatídica carrera entre los hombres y el fuego con su estudio matemático de la misma carrera. Como mínimo, el resultado podría decimos qué posibilidades habían tenido los smokejumpers de vencer. Los críticos siempre han hablado a la ligera de esta o aquella tragedia calificándola de «inevitable», pero en mi opinión una tragedia rara vez lo es, y también considero que habría sido muy distinto para todos los implicados de si esta tragedia

lo hubiera sido.

Los matemáticos son escritores muy claros, como cabría esperarse; su único hándicap en la prosa, que también cabría esperarse, es que escriben para otros matemáticos. De modo que resultó útil imaginar por adelantado en qué consistirían algunos de sus movimientos principales, porque así no hacía falta comprender, al menos de inmediato, el significado de todas las palabras. Como teóricos, empezaron por encontrar curioso que, aunque los hombres hayan luchado contra el fuego antes incluso de saber encenderlo, no hayan elaborado una teoría sobre el motivo por el que se propaga. Yo también pensé que era curioso, y que curiosamente podía aplicarme el cuento, de modo que hice un esfuerzo por informarme sobre algunos de los primeros matemáticos que se ocuparon del problema. Sin duda fue W. R. Fons, que en 1946 basó su trabajo en la teoría de que la propagación del fuego consiste en realidad en una serie de igniciones, el primero en elaborar un modelo matemático de los incendios. Todos los demás creadores de esta clase de modelos matemáticos sobre los que he leído también comenzaron por buscar una definición de la propagación del fuego que no se hubiera dado con anterioridad, y terminaron con una definición que, al reducirla a sus principales términos simples, dice que un fuego que se propaga consiste en una serie de fuegos pequeños. Precisamente para no pasar por alto el meollo de este análisis, sustituyéndolo por visiones en exceso simplistas por mi parte, le pregunté a Albini si podría poner por escrito una explicación del proceso de propagación del fuego para mí y para todo aquel que hubiera leído algo sobre el incendio de Mann Gulch:

> Al arder el combustible en su punto de ignición exacto, libera la energía que la planta ha acumulado del sol y almacenado en forma de tejido vegetal. Cuando el fuego lo calienta, el tejido se descompone (lo que se denomina «pirólisis») y libera gases combustibles que arden como una llama libre. Esto a su vez calienta el resto de la materia sólida, que suelta más gases combustibles […]. Buena parte del calor escapa en forma de gases calientes y asciende por la columna de humo que flota sobre el incendio. Pero también escapa en gran cantidad como energía

que irradia la llama luminosa, recuperando la forma en que fue liberada por el sol y capturada por la planta viva. Bajo forma de radiación, la energía vuela a la velocidad de la luz y se mueve en rayos que van en línea recta hasta que los absorbe la materia. Cuando es absorbida, esta energía aumenta la temperatura de la materia que la captura. De este modo, los componentes secos de la planta que están más cerca de la llama se calientan muy deprisa hasta alcanzar la temperatura de descomposición, soltando gases inflamables que a su vez son encendidos por la llama cercana. De esta manera se añade al fuego nuevo combustible que sustituye al que acaba de consumir en la llama. Con lo que se propaga el fuego.

Por lo tanto, cuando Dodge decía que detrás de él había una «muralla de llamas» compacta de unos setenta y cinco o noventa metros de profundidad, hablaba en sentido figurado, como hacen los poetas y como hacemos la mayoría de nosotros. Lo que había a sus espaldas era centenares de miles de pequeños fuegos que se multiplicaban tan deprisa que solo un ordenador podría contarlos.

Tuve que darle varias vueltas a esta explicación del proceso de propagación de los incendios forestales antes de estar en condiciones de seguir adelante, porque todo lo que venía después derivaba de ello. El análisis matemático de los incendios forestales no solo exige una atenta observación del humo y de la llama, sino una verdadera estructura mental que los matemáticos llaman «filosofía». En tanto que filosofía, posee un centro del que fluye todo, y el centro es una definición, y la definición resulta ser esta explicación de la propagación del fuego. Si el fuego que se propaga es un puñado de fuegos pequeños que se transforman en otros muchos fuegos pequeños, entonces hay que hacer muchas cuentas para poder estudiarlo. Piénsese en la cantidad de cuentas que deben hacerse sobre un montón de acículas de pino para llegar a la siguiente conclusión:

Estas ecuaciones demuestran que la tasa de propagación en nuestros lechos de combustible de acículas de pino ponderosa disminuyó en un 4,23 % por cada aumento del 1 % en su grado de humedad. La tasa de propagación en los lechos de combustible de acículas de pino blanco

> disminuyó en un 4,55 % por cada 1 % de aumento en la humedad del combustible. Si el efecto de la humedad se mantiene lineal a medida que aumenta el contenido de humedad, las acículas de pino ponderosa no mantendrían una tasa de propagación con una humedad de combustible del 24 % en un entorno de aire tranquilo. Del mismo modo, el límite para las acículas de pino blanco sería del 22 %.[47]

Lo anterior también ayuda a recordar el aspecto de esta definición cuando se aplica en el Laboratorio de Incendios: un túnel de viento con un ordenador cerca. Lo que no se ve es lo que está instalado en tu ordenador; allí dentro está esbozada la estructura mental, incluida naturalmente, y como pieza central, la definición cuantitativa de la propagación del fuego. Los «datos» que Laird y yo proporcionamos a los matemáticos acerca de Mann Gulch que parecieran merecedores de ser tenidos en cuenta ser introducirían en el ordenador, que los examinaría dentro de la estructura mental de que disponía. Era semejante a una lechería: en su interior se baten muchas cosas y se supone que algunas saldrán a la superficie en forma de nata.

Así como la estructura mental tiene como pieza central una definición, la definición de la propagación de los incendios forestales tiene como pieza central los combustibles. En el análisis de la propagación del fuego con los combustibles como pieza fundamental, los combustibles se analizan primero como partículas, siendo algunos de los factores más importantes su tamaño («la relación entre la extensión de la superficie y el volumen»), el calor de la combustión y el contenido de las cenizas. Nada es más importante en la disposición de las partículas que su densidad, con las limitaciones de estar tan juntas como para detener un incendio o tan separadas como para no dejar que se inicie. Sin embargo, una vez iniciado, estos combustibles son «sacudidos», «sofocados» o «avivados» por factores ambientales como la velocidad del viento, la pendiente del terreno y el contenido de humedad. Solo con saber que el punto álgido de la temporada de incendios forestales en Montana es agosto, cuando el tiempo es seco, caluroso y ventoso, ya sabemos algo de la influencia variable que estas fuerzas pueden tener

en cualquier incendio o sector del mismo.

Los pioneros en la investigación sobre incendios, incluido el propio Gisborne, partían de la base de que la ciencia de la propagación del fuego podía descubrirse mediante repetidos incendios experimentales con muestras de combustible procedentes de todos los rincones del país. Este método tenía dos fallos que impedían que se convirtiera en una verdadera ciencia e información útil. Como ya se ha dicho, no se producían «experimentos controlados», con controles que garantizaran que lo que se pretendía poner a prueba estaba siendo en realidad puesto a prueba, y por lo tanto podían repetirse y utilizarse para hacer deducciones estadísticas. Otra dificultad consistía en que, a menos que se tenga una idea aproximada de lo que se busca y de cómo encontrarlo, pueden hacerse infinitos intentos sin conseguir más que un revoltijo de esas pequeñas cosas que uno sabe acerca de muchas pequeñas cosas; nada, con toda seguridad, que pudiera introducirse en una calculadora manual que, lanzada con Wag Dodge a Mann Gulch, hubiera evitado la tragedia.

Es en este punto cuando los «modelos de combustible» se vuelven necesarios. Se diseñan más o menos como los trajes hechos a mano. Se trata de elegir el modelo de combustible que uno cree que será más adecuado según las necesidades, una vez hechos algunos ajustes en las mangas y en los hombros, y siempre en las piernas, introduciendo luego las modificaciones en la calculadora y observando a continuación las predicciones que se obtienen casi al instante, generalmente con cierto margen de error. Pero los sastres matemáticos mejoran con la práctica, y el experimento que estábamos realizando nosotros era una especie de demostración de hasta qué punto es así.

Transcurrieron veintiséis años entre la primera noción científica de la propagación de los incendios forestales y su disponibilidad general como campo de pensamiento con aplicaciones prácticas (los resultados, en 1972 del *Modelo matemático para predecir la propagación e intensidad del fuego en los combustibles forestales*, de Rothermel). Siete años más tarde, Robert Burgan, del Laboratorio

de Incendios, desarrolló un programa de calculadora manual que podía predecir la propagación del fuego sobre el terreno[48]. Cuando el pensamiento pasa del concepto general y la definición a la aplicación práctica sobre el terreno, el pensamiento toma forma y se convierte en un campo de pensamiento.

En el momento de nuestras charlas en torno a la mesa de conferencias del vestíbulo, ya había trece modelos de diferentes combustibles forestales listos para su uso en el campo: tres para pastos, cuatro para matorrales, tres para bosques y tres para restos y broza.

En cuanto a los factores ambientales que influyen en que ardan los combustibles, se han desarrollado coeficientes para medir sus efectos en el comportamiento del fuego. Un coeficiente muestra la relación entre dos factores. He aquí, por ejemplo, uno que ya había establecido Rothermel y que sin duda se trasladará a Mann Gulch para una comprensión tanto científica como simplemente humana de su tragedia: «El aumento porcentual de la velocidad de propagación [uno de los factores de un incendio] varía en proporción al cuadrado del porcentaje de pendiente [un factor ambiental que influye en los incendios]». Se trata de una afirmación trágica; el lugar donde habían muerto los smokejumpers era muy empinado.

CERCA DE este punto empezó a producirse un cambio en nuestro proceder en torno a la larga mesa de conferencias. La estructura gramatical de nuestras frases fue cambiando de lugar en la mesa. Había empezado con ráfagas de frases interrogativas que terminaban con inflexiones crecientes por parte de Laird y mía, a las que seguía, en un tono mucho más bajo, una paciente monotonía de frases explicativas por parte de los matemáticos, que sabían que tendrían que repetir y desglosar sus respuestas. La primera alteración de esta estructura gramatical puso de manifiesto los intentos de Laird y míos por metemos en la cabeza, aunque fuera de modo efímero, lo que ya estaba asentado sólidamente en el ordenador: «una filosofía

de los incendios forestales». Pero mientras la estructura gramatical se desviaba, Rothermel y Albini hacían preguntas pacientemente y Laird y yo las respondíamos, todavía con un apresurado intercambio de prosa anodina antes de que uno de nosotros pronunciara la respuesta que habíamos acordado. Buena parte de esto sería volcado al ordenador para que lo cotejara con lo que sabía sobre la propagación del fuego. Creo que el nombre que se da a esto es «alimentar», un verbo que imagino que viene a la cabeza cuando se piensa en el fuego. Pero que también puede interpretarse como una señal de que estábamos acercándonos al último paso de regreso a Mann Gulch: aportando los «datos» exactos a fin de elegir los modelos de combustible y los conjuntos de factores ambientales correctos, y efectuando luego los ajustes necesarios para que todo «encajara».

Muchas veces, los meros problemas prácticos de recopilación de datos precisos sobre las condiciones locales de los incendios pueden ser tan difíciles y complejos como las operaciones matemáticas posteriores. En esta búsqueda de las causas tanto científicas como humanas de una tragedia, la velocidad del viento era muy importante, por lo que no es una digresión considerar aquí el tipo de información que intentamos desenterrar y poner sobre la mesa para determinar la velocidad probable (o velocidades) del viento que impulsó al fuego en su trágico curso. Los datos que necesitábamos procedían de tres fuentes distintas: los informes meteorológicos oficiales, los testimonios de las personas presentes en el incendio o estrechamente relacionadas con él, y nuestro conocimiento general sobre el comportamiento de los vientos en los grandes incendios, especialmente en los incendios donde se produce un *blowup*. Sabíamos, por el despachador de la base de Missoula y por los supervivientes, que las condiciones del aire en el momento en que el avión salió de Missoula eran turbulentas y que el viaje en avión hasta el barranco fue tan duro que uno de los paracaidistas se mareó tanto como para no saltar y los demás también se sintieron indispuestos; que la velocidad del viento en el barranco era tan intensa que el avión dejó caer su carga desde una altura inusualmente alta para

evitar entrar en el estrecho cañón barrido por el viento; y que la carga, cuando cayó, se dispersó por una zona más grande de lo normal y tardó un tiempo en recogerse que resultó fatal. Conocíamos la velocidad oficial del viento en Helena a la hora aproximada de la tragedia (a las seis de la tarde era de treinta kilómetros por hora), pero Helena está a más de cuarenta kilómetros de distancia, en la ladera de un amplio valle, mientras que Mann Gulch es un estrecho desfiladero que conecta con el retorcido cañón de riscos del Missouri, donde los vientos se comprimen y suelen ser sustancialmente más altos. Partiendo de nuestra experiencia común sobre los incendios forestales, sabíamos mucho antes de Mann Gulch que los grandes incendios aumentan la velocidad de su propio viento por el movimiento de remolino que se genera cuando el aire más frío se precipita hacia la parte inferior del incendio para reemplazar el aire más caliente y ligero que asciende y escapa. Sabíamos por varias fuentes que este incendio en particular era un *blowup*, con torbellinos de fuego que lanzaban piñas y ramas incandescentes a través del barranco y que iniciaban focos secundarios que pronto corrían barranco arriba en dirección al equipo de bomberos.

Todos los supervivientes coinciden en la enorme intensidad del calor del fuego y su fuerte viento, pero ninguno dejó estimaciones precisas, a excepción de Jansson. «Las condiciones finales de viento […] fueron las de uno fuerte que soplaba a una velocidad de entre treinta y sesenta y cinco kilómetros por hora», y deberíamos saber lo suficiente sobre Jansson y el lenguaje de los bosques como para comprender que el hombre no estaba queriendo decir que era incapaz de distinguir entre un viento de treinta kilómetros por hora y otro que sopla a sesenta y cinco kilómetros por hora. Está diciendo, con la misma precisión que un observador adiestrado e implicado, que las condiciones del aire en Mann Gulch a última hora de la tarde del 5 de agosto de 1949 eran muy turbulentas y que la velocidad del viento *fluctuaba* entre treinta y sesenta y cinco kilómetros por hora. En este relato, estas cifras serán consideradas como las más precisas que hemos podido encontrar en los

documentos históricos, pero cuando la velocidad del viento a la hora de la trágica carrera tenga que convertirse en un factor aritmético, se utilizará la cifra de cuarenta y ocho kilómetros por hora, bajoel sobreentendido de que seguramente osciló, como dijo Jansson que ocurría.

Con sus preguntas, los matemáticos fueron recopilando datos sobre las condiciones del incendio en Mann Gulch, tan detallados que pudieron elaborar mapas de las condiciones del fuego sobre las franjas críticas del terreno en la carrera entre el fuego y el equipo de smokejumpers. Cada uno de los mapas mostraba los cambios críticos en los factores del incendio a los que el equipo tuvo que enfrentarse mientras corría de una clase de terreno a otra. Como quien no quiere la cosa, estas franjas de terreno vienen a ser las mismas divisiones o escenas que un narrador establecería para mostrar el progreso de la trama de su tragedia.

El verano estaba tocando a su fin y también la temporada de incendios, lo que puso fin provisionalmente a nuestras reuniones en el laboratorio. Pero todavía había tiempo, después de que los otros tres regresaran de los incendios, para trabajar un poco antes de que yo abandonara Montana por un año; aunque estábamos separados, el trabajo continuó y ese invierno completamos un primer borrador. Laird estaba en Missoula y continuaba con las reuniones, y yo podía aportar mi parte de las respuestas por carta o teléfono. Era incapaz de caminar al mismo ritmo de Laird cuando estábamos en el terreno, así que tendimos a especializamos: él recorrió con denuedo Mann Gulch hasta aprenderse de memoria la situación de cada árbol que se pudría en el suelo, y yo traté de corresponder cargando con la mochila de datos históricos y recordando la mayor parte de los demás datos. No creo que cometiéramos muchos errores, aunque me resulta difícil, incluso en la vejez, o quizá especialmente en la vejez, admitir hasta qué punto puede escapar la verdad.

XIV

LA PRIMERA VEZ QUE OÍ HABLAR de combatir los incendios con matemáticas en lugar de pulaskis fue por un antiguo bombero. Él no había pensado demasiado en aquella cuestión y ciertamente no sabía mucho sobre el tema, pero dijo que aquello era lo que nos esperaba, y que venía de un gran edificio justo al lado de la base de smokejumpers en Missoula, y también que los ordenadores hacían la mayor parte del trabajo, que consistía en contar. Explicó que allí contaban las ramas encendidas y que algunas las encendían en el laboratorio con métodos caseros. Evidentemente, no le veía mucho futuro a la cosa, y sin embargo, lo curioso es que se le había metido en la cabeza que yo debía ir y echarle un vistazo, y eso hice, pues era uno de los mejores bomberos de los viejos tiempos del Servicio Forestal y, en lo tocante a los incendios forestales, yo casi siempre hacía lo que él decía que había que hacer.

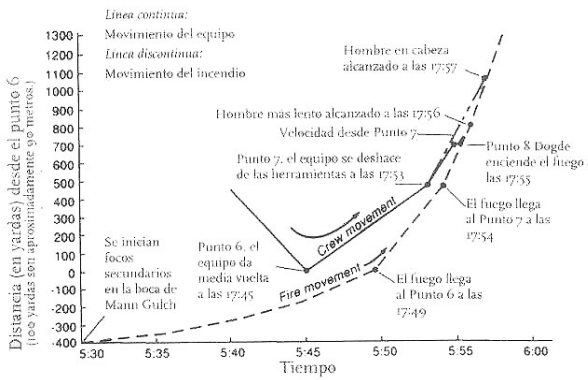
Incluso antes de ir al Laboratorio de Incendios tenía una idea o lo que en último término resultó ser una idea. Tenía la forma de una pregunta un tanto oscura: si se pueden utilizar las matemáticas para predecir la intensidad y el ritmo de propagación de los incendios forestales del futuro (ya sean incendios hipotéticos o incendios que ya están ardiendo pero cuya evolución aún es incierta), ¿por qué no podía invertirse la dirección del análisis con el objeto de reconstruir las características de los incendios importantes del pasado? O ¿por qué no podía invertirse la dirección, pasando de la profecía a la historia? La única gran tragedia sufrida por los smokejumpers se

esfumaba de la memoria antes de que se hubiera despejado el humo de la controversia que la envolvía, antes de que las partes desaparecidas, algunas de ellas tal vez fruto del autocultivo, hubieran quedado recubiertas, antes de que su juicio aplazado hubiera tenido lugar ante un tribunal público, y antes de que tanto sufrimiento hubiera quedado por fin al alcance de la opinión pública que quisiera recordar y honrar con comprensión y empatía. No puedo decir que la idea prendiera como un incendio de copas. Más bien se puso en marcha como un foco de fuego, algo que ardía sin llama e iba creciendo, por supuesto no sin cambiar varias veces de dirección.

A la hora de llevar a cabo el análisis de un incendio acaecido en el pasado es fundamental acometerlo con un método que combine dos métodos, el predictivo y el reconstructivo. La predicción, por su propia naturaleza, depende en gran medida del método científico, que, citando a Rothermel, «suele conjurar una expectativa para dar respuesta a un problema al que se ha llegado de alguna manera por deducción lógica. En el caso del comportamiento de los incendios, la lógica la proporcionan los modelos matemáticos». Cuando se pasa de la predicción a la reconstrucción, se combinan los trece modelos de combustible con toda la información extraída de la observación, la medición y el registro histórico. No creo que hayamos sido los primeros en realizar un esfuerzo serio por utilizar este método de dos en uno, el predictivo y el reconstructivo combinados, para tratar de afirmar con la mayor precisión posible lo que ocurrió en las fases críticas de un incendio complicado y trágico, pero como equipo tuvimos la fortuna de diversificar nuestras especializaciones, y ninguna combinación de investigadores volverá a tener acceso a los dos únicos supervivientes del incendio, a los que Laird y yo pudimos convencer de que vinieran desde muy lejos para pasar un día con nosotros en Mann Gulch. Ahora solo queda Sallee, y dudo que vuelva allí. Aun así, tardamos varios años en analizar la tragedia del incendio de Mann Gulch, tanto en la predicción como en la reconstrucción, porque solo recientemente la ciencia del comportamiento del fuego se ha desarrollado hasta un grado tal que es posible analizar un incendio legendario con cierta precisión.

Probablemente fueron muchas las razones que me atrajeron de nuevo al trabajo, y sin duda una de ellas fue que, cuanto mayor era la exactitud con que se analizaba la carrera entre el fuego y el equipo de smokejumpers, más tomaba la forma de la trama de una tragedia que emerge de lo oculto a la inevitabilidad más absoluta.

La trágica convergencia del fuego y los hombres en Mann Gulch se ofrece como un modelo trágico para un gráfico, el medio favorito del científico moderno para representar lo que desea mostrar con la mayor claridad posible. A lo largo de los ejes de tiempo y distancia se traza una línea que representa el curso del fuego y otra que representa el curso de los hombres, y donde hay una convergencia de los dos, gráficamente hablando, está la conclusión trágica de la historia de Mann Gulch; las dos líneas que convergen en esta conclusión constituyen la trama. A lo largo de cada línea hay números que son puntos de inflexión en la carrera entre los hombres y el fuego, y si las líneas se ven como una carrera, los números marcan las etapas de la carrera; si también tienen un significado religioso, son estaciones del viacrucis; y si tienen un significado literario, marcan los actos del drama. Si se trata de un drama, tiene los mismos cinco actos que el drama tradicional, pero los actos son mucho más cortos, posiblemente porque el fuego salvaje moderno no deja tiempo para los soliloquios.



Tiempo y posición del incendio y del equipo en Mann Gulch el 5 de agosto de

1949. Gráfico de Richard C. Rothermel.

Los tramos en los que parece dividirse la carrera parecen ser siempre los mismos, como si la naturaleza hubiera dejado allí marcas naturales. Los tramos de salida del fuego y del equipo son diferentes, en distintos extremos del cañón y en direcciones opuestas. Los tres tramos restantes, sin embargo, son casi una superposición de cada uno: ahora el fuego va por detrás de los hombres y se acerca cada vez más a ellos.

El relato que sigue de la trágica carrera de principio a fin se basa en un trabajo inédito de Richard Rothermel[49], que a su vez se basa en treinta y dos páginas de hojas de cálculo. A estas alturas el lector ya debería saber lo bastante sobre cómo hacen las cosas los matemáticos del Servicio Forestal como para poder predecir en qué partes están divididos estos cálculos. La primera gran división se compone de cuatro secciones, una página más o menos sobre cada uno de los factores más significativos para el fuego que determinan la propagación y la intensidad del incendio de Mann Gulch: «Combustibles», «Viento», «Pendiente» y «Humedad de los combustibles». «Combustibles» porque el combustible es la pieza central de cualquier incendio y seguramente lo fue de este; «Viento» porque un gran vendaval prácticamente asegura focos secundarios y un *blowup*; «Humedad del combustible» porque la trágica intensidad del incendio fue posible gracias a los combustibles y el aire extraordinariamente seco, consecuencia de un largo período de sequía y un calor récord; «Pendiente» porque el abrupto aumento de la pendiente cerca de la cima del cerro fue una de las razones por las que el equipo no llegó a ella.

La segunda gran división de las treinta y dos hojas se titula «Secuencia del incendio principal», y es aquí, cerca del final, donde un análisis científico del fuego y un análisis literario del mismo como tragedia se acercan hasta casi confundirse. En esta sección, cada uno de los cinco tramos tiene al menos un comentario de media página en el que se señala el cambio o los cambios principales que se producen en esa parte de la carrera, y cada comentario va

seguido de una «Ficha sobre el comportamiento del incendio» de una página completa con veintitrés entradas disponibles para caracterizar las condiciones cambiantes de ese tramo.

Afortunadamente, no es necesario descifrar las veintitrés entradas para darse cuenta de que, escena tras escena, se acerca la tragedia. En lugar de eso, aceptemos la palabra de nuestros expertos, que afirman que los combustibles son el centro de la tragedia; si lo son, deberíamos estar en condiciones de percibir una continuidad trágica que encadene escena tras escena y que crezca en intensidad a medida que seguimos los cambios en los combustibles que encontró el equipo mientras intentaba escapar.

1. El arranque de la carrera para el incendio (desde el punto 13 *hasta el punto 6)*. El incendio había saltado el barranco cerca del fondo, donde era estrecho y estaba «muy poblado de arbustos y coníferas jóvenes». Los dos modelos de combustible que más se adaptan a las condiciones del fondo del barranco son el modelo 10 (restos leñosos, sotobosque, etc.) y el modelo 12 (coníferas diversas, maleza algo compacta). La abundancia de estos combustibles, en las condiciones de sequedad y viento que se daban en Mann Gulch, habrían creado un incendio de muy alta intensidad, «del orden de entre 1.500 y 3.500 kW/m», con llamas en los combustibles superficiales de entre dos y tres metros de altura. Estas condiciones habrían producido por regla general un incendio muy intenso, aunque no de rápida expansión, pero el fuerte viento de superficie del momento «indudablemente dio lugar a que el fuego subiera a las copas y a nuevos focos, y los incendios de copas, si el viento es fuerte, suelen propagarse más deprisa que los incendios de superficie en broza de bosque». La dirección principal del incendio también habría amenazado al equipo que descendía por el barranco. No solo el viento haría que el incendio se dirigiera barranco arriba, sino que la pendiente lo haría ascender de modo que, trazando una diagonal sobre la ladera, avanzase hacia la cabeza del equipo, que aún no lo había visto. Lo que en realidad vio el equipo al acercarse al punto 6 fue el humo negro que «borbotaba» sobre una loma lateral situada debajo y delante de ellos. Humo negro y borboteante es lo que suele

verse antes de distinguir el incendio de copas que lo causa.

La distancia desde el punto 13 del mapa, donde el incendio saltó el barranco, hasta el punto 6, donde dio media vuelta, solo puede estimarse aproximadamente; ya hemos redondeado una vez a trescientos cincuenta metros. La localización del punto 13 implica varias conjeturas, aunque solo sea por el hecho de que nadie ha sabido nunca cuántas pavesas saltaron el barranco y prendieron. Pero la ubicación de los focos no es tan importante en este momento como la estimación de Dodge de que el fuego estaba todavía a unos ciento cincuenta metros del equipo cuando este ordenó a sus hombres que invirtieran el rumbo. Valiéndose de modelos de combustible y del dato de que el fuego había prendido en las copas, Rothermel estima que el fuego se desplazaba a treinta y seis metros por minuto hacia el punto 6. Si asumimos que el fuego estaba avanzando a treinta y seis metros por minuto y todavía estaba ciento cincuenta metros por detrás del equipo cuando pasó por el punto 6, el fuego habría alcanzado el punto 6 en cuatro o cinco minutos. Esta debió de ser la ventaja de que dispuso el equipo en la carrera.

2. *El arranque de la carrera para el equipo (desde el punto Y hasta el punto 6).* La localización del punto Y solo puede conjeturarse; trescientos cincuenta metros barranco arriba con respecto al punto 6 sería una cifra aproximada y facilitaría los cálculos. Dodge estaba algo preocupado, como es lógico, pero se trataba de un cerro despejado y los hombres se iban desplazando despacio y mantenían la altura, de modo que podían vigilar el flanco del incendio que había en la otra cara del barranco. No sería incorrecto suponer que avanzaron a unos cinco kilómetros por hora entre los puntos Y y 6, donde se dieron cuenta de que el incendio estaba a ambos lados del barranco. Desde el punto 6 en adelante, el tiempo se reduce a pocos minutos; las seis menos cuarto sería una buena estimación de la hora en que dieron media vuelta en el punto 6. Existen firmes pruebas de que a las seis menos cuatro minutos algunos hombres ya agonizaban, y conforme se fueron acercando el resto de smokejumpers, es posible calcular con mayor precisión tanto el

tiempo como la distancia. En un tiempo aproximado de once minutos la carrera había terminado.

3. La media vuelta (desde el punto 6 al punto y). Este tramo de la trágica carrera, en que el fuego se acercaba por detrás, fue el más lento. Siempre se pierde tiempo en la operación mecánica de hacer dar media vuelta a un grupo para que arranque en otra dirección. Pero la mayor pérdida fue la que se produjo en la moral y en la organización al invertir el sentido de la marcha y alejarse del fuego. El programa formativo de los smokejumpers no incluía clase alguna sobre cómo huir de un incendio lo más rápido posible.

El incendio no tenía problemas para organizarse. Ganaba velocidad sin cesar. Conforme enfiló pendiente arriba, saliendo dela maleza y de los árboles jóvenes del fondo del barranco, las condiciones cambiaron, de modo que para analizarlas también hay que cambiar los modelos de combustible. Al alejarse del fondo del barranco, el incendio entró en un terreno más despejado, con algunos árboles en pie, ya fuera aislados o en pequeños grupos. Según los supervivientes, la hierba tenía por los menos entre medio metro y un metro de altura, y en agosto estaba muy seca, por lo que produciría llamas lo bastante altas para prender las copas de los árboles. Utilizando el modelo 3 (hierba alta seca), Rothermel calcula que el fuego se había acelerado hasta alcanzar una velocidad de ochenta y cinco metros por minuto, y que la intensidad había aumentado de 9.000 a 15.000 kW/m, con llamas que se elevaban a cinco o seis metros de altura.

La distancia geométrica entre los puntos 6 y 7 es de unos cuatrocientos metros, y Dodge afirma que en el punto 7 el fuego estaba solo setenta y cinco metros por detrás de sus hombres. Rothermel estima lo que sigue sobre los datos fundamentales relativos al punto 7: «Si el fuego avanzaba a ochenta y cinco metros por minuto, el equipo habría llegado al punto 7 con un minuto de ventaja sobre el fuego, es decir, a las seis menos siete minutos. El tiempo transcurrido entre los puntos 6 y 7 fue el comprendido entre las seis menos cuarto y las seis menos siete, es decir, ocho minutos, a una velocidad de ciento setenta y seis pies por minuto o bien tres

kilómetros por hora». Es el tiempo más lento que registra el equipo en cualquiera de los tramos de su carrera contra el fuego. Pero no es sorprendente si se tiene en cuenta la pérdida de precisión que se produce cuando un equipo tiene que dar media vuelta y emprender la retirada.

Mientras que el equipo solo avanzaba a una media de tres kilómetros por hora entre los puntos 6 y 7, el fuego se acercaba ya de manera ominosa. Según las estimaciones de Dodge, en estos cuatrocientos metros el incendio había reducido a la mitad la distancia que los separaba. No es de extrañar que en el punto 7 Dodge ordenara a sus hombres que se deshicieran de sus herramientas más pesadas, y cuando a un bombero se le pide que haga semejante cosa para combatir el fuego, lo que en verdad se le está diciendo es que se olvide de que es bombero y que corra para salvar el pellejo.

4. Dodge *enciende ante sí un fuego (del punto 7 al punto 8).* El tramo de la carrera desde donde Dodge ordenó a sus hombres que tiraran las herramientas más pesadas hasta donde encendió la quema de seguridad es de poco más de doscientos metros cuando se calcula como distancia geométrica. Se trata de la distancia más corta entre dos estaciones del viacrucis, pero es la más crítica para determinar que la carrera acabaría en tragedia. Esta es la escena que hace inevitable lo que viene a continuación, aunque no fue vista de este modo por las víctimas ni, durante algún tiempo, por quienes la estudiaron después.

Al salir los hombres de un grupo de árboles y ver que su jefe estaba encendiendo un fuego delante de ellos, también tenían ante sus ojos una ancha extensión de algo, pero no llegaron a entender qué significaba: el combustible había cambiado y las posibilidades en su contra habían aumentado considerablemente. Por delante de donde estaba encendiendo el fuego Dodge, e incluso más allá y al otro lado de la cumbre del cerro, había un claro de hierba con pocos árboles. Fue el final de la tierra para la mayoría de quienes lo miraron. Habían salido del bosque disperso, con hierba alta debajo, a una ladera despejada cubierta de los combustibles de montaña más

conspicuos que hay, hierba y pasto de montaña, una mezcla de hierba alta y corta sin árboles (modelos 1 y 3). El viento que iba barranco arriba era probablemente el que Jansson había calculado un poco antes —con una velocidad de unos treinta kilómetros por hora —, pero el bosque había impedido que actuara con toda su fuerza sobre el incendio. Ahora, al llegar a terreno despejado, lo hizo. Como consecuencia, en el claro, las llamas debieron de alcanzar los nueve metros de altura. No hay que extrañarse deque Dodge describiera lo que vio a solo cuarenta metros detrás de él como «una muralla de llamas».

En el gráfico, el efecto de los vientos superficiales sobre los combustibles ligeros queda ilustrado por la creciente inclinación de la línea que representa el curso del fuego. De los puntos 7 a 8, Rothermel estima que el fuego se desplazaba entre dos y tres metros por segundo con una intensidad de 20.000 y 30.000 kW/m. A esta velocidad, pudo cubrir los doscientos metros en uno o dos minutos y llegar al punto 8 a las seis menos cinco o seis menos cuatro minutos.

Los hombres cubrieron los doscientos metros entre los puntos 7 y 8 en dos minutos, una marca que significa que casi habían duplicado su velocidad media entre los puntos 6 y 7. Seis kilómetros por hora era una velocidad tremenda para que el equipo pudiera mantenerla en esa pendiente. En el punto donde dan media vuelta, Dodge había estimado que el fuego estaba a unos ciento cincuenta metros por detrás del grupo; en el punto 7, a unos setenta y cinco metros. Ahora, en el punto 8, solo doscientos metros más lejos, el fuego había reducido la ventaja a cincuenta metros. El testimonio adicional de Rothermel es que, a partir del punto 8, el fuego debía de ir unas cinco veces más rápido que en el punto 6, esto es, a más de tres metros por segundo, o doce kilómetros por hora.

Sobre el punto 8 quedan demasiados interrogantes para los que es necesario encontrar una respuesta. La central y más amarga de estas preguntas es: ¿Murieron los smokejumpers calcinados por el incendio principal, o bien la quema de seguridad de su jefe mantuvo su ventaja de partida y alcanzó primero a los smokejumpers? Ante todo, acompañemos primero hasta donde podamos a los que

morirían antes de someter a juicio a la quema de seguridad, como sin duda debe hacerse, antes de que encuentren su última morada en la historia.

5. *Desde la quema de seguridad hasta la cruz más alejada*. Al medir las distancias y los tiempos que quedan, podemos dividir nuestros problemas, al igual que las marcas de las tumbas, en dos categorías diferenciables: la de los hombres que iban delante, liderados por los Cuatro Jinetes, que estaban a menos de un minuto de llegar a la cima, y los que estaban en el nivel inferior, que, después de pasar a Dodge y su fuego, al parecer siguieron avanzando por la ladera sin fuerzas para ascender mucho más. Sin embargo, no había diferencias fundamentales en las condiciones del incendio a las que se enfrentaban los dos grupos.

La transcripción oficial describe los combustibles de la zona situada alrededor del punto 8 como principalmente hierba y pasto de montaña. Explica Rothermel:

> Supongo que se divide por igual entre los modelos de combustible 1 y 3. El modelo 1 es el modelo de combustible ligero que describe muy bien el pasto de montaña; el modelo 3 es un modelo de hierba más voluminosa que debería responder a la hierba alta, los matojos y la maleza de la zona. La humedad del combustible se calcula que estaba cerca del 3 %, un valor muy bajo. Probablemente el problema principal fue el fuerte viento que soplaba a sesenta kilómetros por hora en campo abierto. Probablemente estaba frenado más cerca del suelo, dando vientos a media llama de treinta kilómetros por hora[50].

La descripción de Rothermel de las condiciones del incendio continúa hasta desembocar en su proyección sobre el tiempo que tardaron en morir los hombres que iban por el escalón más bajo y, presumiblemente, los más lentos de quienes iban en cabeza:

> En estas condiciones, y estimando que el combustible se dividía por igual entre los modelos 1 y 3, se estima que el fuego se propagaba a doscientos metros por minuto con llamas que oscilaban entre tres y doce metros de altura. A esta velocidad, calculo que los hombres más lentos se vieron atrapados en cuarenta y cinco segundos, a las seis menos cuatro

> minutos, a menos de cien metros de Dodge. La velocidad de estos hombres en estos últimos cien metros parece haber sido casi de dos metros por segundo, o más de siete kilómetros por hora.

Se trata de una velocidad notable para que la mantuvieran los más lentos de los más rápidos, sobre todo si perdieron algún tiempo en la quema de seguridad tratando de entender qué les decía Dodge. Para llegar a este cálculo de la velocidad se utilizó otra prueba documental: la declaración de Dodge al Tribunal de Revisión de que el fuego no tardaría más de treinta segundos o cien metros en alcanzar a la cola del equipo que lo adelantó corriendo por la ladera.

Los que iban en cabeza de la fila y llegaron a estar a menos de un minuto de la cima del cerro están cerca de llevarnos al borde de la realidad. Nos hemos referido a ellos como los Cuatro Jinetes; dejémoslos así hasta el final. La distancia media entre sus cruces y el fuego de Dodge es de trescientos treinta metros. Rothermel teoriza que para poder llegar tan lejos es imposible que estuvieran junto a Dodge cuando este encendió su fuego, «sino que debieron de iniciar el esfuerzo final en el punto 7». Hay pruebas directas de que así fue en el caso de uno de ellos. En su segunda declaración oficial, tomada el 12 de diciembre de 1951, Sallee dice que «me había dado cuenta de que Navon iba acortando hacia lo alto del cerro, alejándose de los restantes miembros del equipo desde antes de que saliéramos del bosque, y no vi que volviera a reunirse con ellos». Sin duda, por lo que hemos visto antes, cuando al exparacaidista de Bastoña no le gustó el cariz que estaban tomando las cosas para el Servicio Forestal de los Estados Unidos, se hizo cargo de sí mismo. Pero no encuentro en las declaraciones de los supervivientes del incendio ninguna mención a la conducta individual de los otros tres corredores que iban en cabeza, y me siento inclinado a pensar que se quedaron con el grupo pero lo adelantaron y que uno de ellos, Henry Thol Jr., adelantó a Navon.

Si Rothermel está en lo cierto al afirmar que quienes iban en cabeza iniciaron el esfuerzo inicial en el punto 7, entonces recorrieron unos quinientos cincuenta metros hasta donde se

encuentran las señales de sus tumbas. Rothermel destaca que la velocidad a la que avanzaron a partir del punto 7 debió de ser de una media superior a dos metros por segundo, o sea, más de siete kilómetros por hora. No obstante, si la posibilidad que me siento inclinado a considerar es correcta, si los otros tres dejaron a Dodge en el punto 8 y les concedemos quince segundos más o menos para verlo iniciar su fuego, entonces tuvieron que recorrer aproximadamente trescientos cincuenta metros en unos dos minutos antes de que el fuego los alcanzara. «Eso quiere decir tres metros por segundo, o sea, más de diez kilómetros por hora». Como seguía diciendo Rothermel: «Eso es un ritmo de carrera moderado», y habría sido casi imposible de mantener durante trescientos cincuenta metros en una pendiente por la que yo tuve que arrastrarme provisto de guantes una calurosa tarde de agosto.

Todos tenemos el privilegio de elegir lo que deseamos visualizar como el límite de la realidad. Los dos escalones de cruces nos permiten imaginar a las víctimas muriendo con las botas puestas. En algunos de los cuerpos todo estaba carbonizado a excepción de las botas. Si el lector ha vivido de tal modo que a menudo se ha encontrado en brazos de la naturaleza, ya habrá descubierto que en ocasiones solo es posible tratar con ella permitiéndole que haga retroceder lo que hasta entonces él y otros consideraban sus límites.

NINGUNO DE los supervivientes vio qué les ocurrió a quienes se convirtieron en cruces sobre aquella ladera. Hasta que el incendio hubo pasado, Dodge permaneció tumbado bocabajo sobre las cenizas de su fuego, resollando contra el pañuelo mojado. Rumsey y Sallee testificarían más tarde que, mientras escapaban subiendo por la ladera de la colina después de dejar a Dodge, había grandes llamas y una humareda que cubría la mayor parte del trayecto, salvo en dos o tres momentos en que el humo se disipó. Es probable que al final de nuestra historia de Mann Gulch nos ocurra algo parecido. La realidad solo aflorará en forma de destellos, como les llegó a Rumsey y a Sallee, pero por mi parte yo sé qué es lo que he esperado ver

durante todo este tiempo. En los informes del Servicio Forestal publicados después del incendio apenas hay un «hasta más ver» para despedirse de los trece hombres que murieron. Cuando en el tribunal se le preguntó a Dodge si alguno de los que estaban a punto de morir miró al pasar en la dirección en que se encontraba él, respondió: «No parecieron prestarme mucha atención. Esa es la parte que no entendí. Parecían tener algo en la cabeza: todos iban en la misma dirección». La última vez que Sallee recordaba haberlos visto «iban desviándose pendiente arriba por la hierba sin quemar y muy cerca del borde del fuego que Dodge había provocado». Luego se impusieron el humo y la Gran Ambigüedad. Pero yo cuento con ver algo más. Llevo mucho tiempo esperando poder verlos por un segundo hasta donde llegaron. ¿Qué cabría esperar de un chico criado en los bosques y que por envejecer como maestro se ha pasado la mayor parte de la vida cerca de los jóvenes que constituyen una élite selecta y que, por definición, a menudo tienen problemas? Vine a Mann Gulch con la esperanza de poder verlos por un segundo hasta donde pudieron llegar. Por eso vine / El fuego había ido ganando al equipo de bomberos en todas las etapas de la carrera, hasta el punto de que incluso los más rápidos cayeron. Por un momento, solo los Cuatro Jinetes quedaron en lo alto de la colina, aún con vida, y solo durante una fracción de segundo vieron que la tragedia estaba entre ellos. Cuando eres viejo, la tragedia se ve venir desde una distancia considerable, pero cuando eres joven la tragedia no es algo que te toque, y ciertamente nunca podrá alcanzarte. Hay fragmentos de premoniciones de la tragedia flotando alrededor, pero aún no se suman a tu tragedia. Son punzadas sueltas de miedo, de piedad, de autocompasión, pero hasta cierto punto desperdigadas por distintas partes del cuerpo. Luego, de repente, se confunden en una única sensación: la sensación de inevitabilidad que lo abarca todo. La sientes por todas partes conforme se va convirtiendo en el conjunto esencial de lo que se está preparando para ser tu tragedia. Se convierte en la causa de un miedo, una piedad y una autocompasión cada vez mayores, y te dice que, pase lo que pase, no sirve de nada ser orgulloso, bueno y joven. Entonces, casi al final,

vuelve posible el triunfo que puede llegar al término de la tragedia para esos jóvenes que constituyen una élite selecta: el triunfo de conservar tu orgullo cuando sabes definitivamente que has perdido antes de haber tenido la oportunidad de hacer algo bueno en la vida, salvo esto.

DESDE LAS alturas de la retrospectiva podemos ver antes y con más claridad que quienes estaban allí, corriendo, los elementos que están a punto de confluir. Para nosotros, son muchas las señales de que en cuestión de minutos el *blowup* conllevará una absoluta convergencia del cielo, los jóvenes y el fuego, y después la oscuridad; en la cumbre del cerro, sin embargo, el humo rara vez se disipaba, las propias llamas eran cegadoras y los que estaban dentro del humo y las llamas ya no podían ver lo que les estaba sucediendo y les sucedería a continuación. No habríamos podido empezar a seguir el curso del incendio forestal sin el supuesto de que todos nosotros, cuando se nos pide, podemos ver una escena terrenal desde la perspectiva de la imaginación, algo así como los espíritus del cielo en el drama poético de Thomas Hardy, *The Dynasts* [Las dinastías], que comentan las tragedias del hombre desde un horizonte distante. El título de otros de los mejores poemas de Hardy, «La convergencia de dos», sugiere convergencias que aún están por ocurrir en Mann Gulch. La convergencia de Hardy ocurre entre el buque más selecto, mejor iluminado y más rápido de su época, el Titanic, y un iceberg que yace inexorable «en una soledad de mar / muy lejos de la vanidad del hombre». Podemos pasar por alto la diferencia entre el hielo del poema y el fuego de la historia; desde el principio de los tiempos, ambos se han considerado como el modo en que puede acabar el mundo, y seguramente existan pocas diferencias filosóficas entre la convergencia del fuego y la del hielo.

> Ajenos aparentaban ser:
> ningún ojo mortal pudo ver
> la soldadura íntima de su postrera historia,

o señal de que fueran orillados
a un mismo sendero abocados
a ser presto las mitades gemelas de un evento augusto,

hasta que la Hilandera de los Años
dijo: «¡Ahora!».

Existe, no obstante, una diferencia matemática entre la perspectiva desde un horizonte lejano y la vista a ras de suelo. A ras de suelo nuestra tragedia en ciernes, como la del Titanic, había sido lineal, aritmética, en dos dimensiones. A ras de suelo había ocurrido en una única línea cuando Lo de Atrás alcanzó a Lo de Delante, pero la Hilandera de los Años, viendo el fuego salvaje y a los jóvenes desde un horizonte aún más distante que el nuestro, vería Geometría y Aritmética en lo que estaba ocurriendo a tan baja altura.

No solo Geometría, sino Geometría Sólida: líneas que se cierran en curvas y curvas que se cierran en círculos y círculos que explotan en un *blowup* monstruoso y esférico que lanza hacia el cielo ramas encendidas; y durante un tiempo muy corto, una fina línea que se mueve entre los cuerpos tridimensionales en expansión.

En el momento oportuno, cuando la Hilandera de los Años dijo: «Ahora», Sallee se arrastró por una grieta situada ciento setenta metros por encima de donde había dejado a Dodge y echó un largo vistazo tras de sí. Fue el único superviviente que se detuvo a mirar. Aunque Sallee no se encontraba en un horizonte lejano y no tenía la visión global de la Hilandera de los Años, vio tres y posiblemente cuatro geometrías de fuego: Debajo y por Encima de él, estando ese Encima casi Detrás de él; y posiblemente Delante de él, en la cabecera del barranco que ya estaba llenándose de humo.

Y desde luego Detrás de él había dos fuegos, los dos famosos incendios de Mann Gulch, el principal, que ahora estaba a solo cincuenta metros o menos barranco abajo, y delante de este, la quema de seguridad. En realidad, vio todas las condiciones previas de una tragedia a pocos segundos de ocurrir, sin darse cuenta de que

era inminente, inevitable y trágica. Tanto él como Rumsey pensaron, después de que el fuego rebasara el desprendimiento de rocas donde se habían refugiado, que el resto del equipo probablemente se encontraba a salvo como ellos. Tal vez haya que nacer con un sentido especial de lo inevitable para verlo venir.

En un gran incendio, el fuego puede estar por todas partes, pero uno no puede buscar en todas partes, o el problema se vuelve inmanejable. Rumsey simplificó el problema limitándose a mirar únicamente hacia la cumbre del cerro y hacia ningún sitio más, y logró llegar; solamente Sallee vio el flanco inferior del incendio principal pasando por debajo del extremo inferior del fuego de Dodge, pero sin duda pensó que debía de tratarse de un brazo extraviado del incendio y no dejó que lo importunara pensando que podría resultar un fuego asesino. El incendio, tal como existía en su mente, era algo que estaba a sus espaldas, que había saltado por el extremo inferior del barranco al lado opuesto y que seguía estando detrás de ellos.

Poco importa el tipo de persona que uno sea, es difícil hacerse a la idea de que un incendio forestal es algo más que el gigantesco bramido acercándose a ti por detrás; una parte peligrosa del incendio es muy sigilosa y puede habernos adelantado rastreramente o bien tratar de hacerlo y no bramar hasta que se encuentra a punto de encerramos. El fuego que había saltado al lado norte del barranco también se había escabullido por el denso bosque del lado sur donde había comenzado, haciendo rodar piñas encendidas pendiente abajo y provocando nuevos focos secundarios, hasta que en la semioscuridad algo invisible toca otro algo invisible, y de repente allí está el frente del incendio rodeando la cabecera del barranco. En pocos minutos, la cabecera del barranco descendió a los círculos inferiores de su propio Infierno y el *blowup* fue total en Mann Gulch.

Fue más o menos en ese momento cuando el guardabosques Jansson, mirando hacia Mann Gulch desde el río, vio que el extremo superior del barranco había desaparecido dentro de una inmensa llamarada. Para entonces, el fuego que pasaba por debajo del

extremo inferior de la quema de seguridad de Dodge, el que Sallee pensaba que estaba Detrás, había avanzado en línea recta barranco arriba confundiéndose con los focos secundarios que habían convertido Lo de Delante en una gran llamarada, e iba desapareciendo en una sola llamarada salida del barranco. Abajo pronto sería Arriba, así como Detrás y Delante. No se trataba de una simple convergencia de dos, sino de cuatro, pues lo cierto es que Arriba estaba dejando rodar sus antorchas colina abajo para encontrarse con el incendio principal que se expandía subiendo desde Abajo.

Estamos más allá de lo que la aritmética puede explicar que estaba ocurriendo en el fragmento de naturaleza que había sido la cabecera de Mann Gulch. Las geometrías convergentes habían creado algo tan invisible como la succión, para ofrecer una explicación natural de la mutua atracción de las geometrías. En medio de estas y durante algo así como cuatro minutos, una fila avanzó penosamente y sus piezas fueron cayendo hasta que llegó un final para la biología. Luego fue pura geometría, y aún más tarde, la geometría sólida de las cruces de hormigón.

AÚN NO se ha llevado a cabo un análisis definitivo de la quema de seguridad provocada por el jefe de la cuadrilla de smokejumpers del Servicio Forestal; ha llegado el momento de hacerlo. Cerca del final de muchas tragedias parece oportuno que la historia se detenga un instante y vuelva la vista hacia algo que ha dejado atrás, y lo encuentre, y lo haga gracias a las cosas que ha aprendido, como si dijéramos, por haber vivido toda la historia. Las cosas encontradas pueden ser relativamente pequeñas, como es este caso, aunque también pueden ser grandes; sin embargo, suelen venir anunciadas por personajes menores, y por lo general tiene que ver con la naturaleza. Nos equivocamos tan a menudo respecto a la naturaleza que es casi un alivio acertar en ocasiones, en especial después de sufrir un trastorno grave. Esos momentos de alivio próximos al final de la tragedia deben de ser partes importantes de lo que en los

tiempos clásicos se denominaba la catarsis de la tragedia. En ocasiones parece como si la tragedia al final tratara de suprimir una parte de sí misma, y si bien algunas tragedias nunca restauran nuestra estabilidad, al menos muchas nos permiten cierto éxito en la lucha por alcanzar algo de estabilidad por nosotros mismos. En mi familia, se otorgaba muchísimo valor a la frase «salvado por la gracia». Las páginas que siguen de esta tragedia son su catarsis, y vienen por la gracia. En mi familia, lo que sucede los domingos está predeterminado. Lo que llega con los días laborables procede de algo que está en nuestro interior y de lo que somos responsables, y si procede de las profundidades de nuestro ser se le llama «gracia», y lo es.

EL INCENDIO de Mann Gulch nunca habría alcanzado su preeminencia en la historia de los incendios forestales si el jefe de la cuadrilla de smokejumpers, Wag Dodge, no hubiera provocado su quema de seguridad. Esto hizo del incendio de Mann Gulch una historia de misterio perpetuo, a diferencia de otros incendios forestales trágicos de mayor envergadura que resultaron casos sencillos, enterrados para siempre con una sola interpretación. Con una sola interpretación, un incendio forestal pronto se convierte en un dato estadístico. Pero el incendio de Mann Gulch no solo fue una tragedia, sino una historia de misterio de dimensiones materiales e intelectuales que presentaba identificaciones y explicaciones erróneas acompañadas de preguntas científicas aparentemente sin respuesta.

Las identificaciones y las explicaciones erróneas comienzan por el fuego de Dodge. Sallee y Rumsey, los primeros en toparse con él, se equivocaron al creer que se trataba de un «fuego de contención». Para Dodge, en efecto, su verdadera pretensión era proteger a la cuadrilla del incendio principal, pero su intención era que los hombres se tumbaran con él bocabajo sobre las cenizas y dejar que el incendio principal ardiera sobre ellos y los rebasara. Para aquellos a quienes trató de convencer, su fuego les resultó incomprensible.

Desde un punto de vista estratégico, lo único que veían era que su superior había provocado un fuego que estaba aún más cerca de ellos que el incendio principal. ¿Quién puede saber lo que pensaron de su jefe? Tal vez que había entrado en pánico y se había vuelto loco, o que como mínimo había perdido las agallas y se había vuelto un gallina; y encima a apenas doscientos metros de la cima.

Ya hemos tropezado con algunas de las amarguras provocadas por la llamada quema de seguridad en los corazones de aquellos que, en el mundo exterior, habían estado muy unidos a quienes murieron junto a las cruces. Como sabemos, quien peor padeció esa amargura fue Henry Thol, el padre del smokejumper cuya cruz está más cerca de la cima, quien consideraba que el hecho de que Dodge hubiera encendido un fuego delante del frente del incendio principal había constituido una incompetencia homicida. Aquello había matado a su hijo y a otros compañeros que se encontraban cerca de la cumbre, impidiendo a los que se hallaban más abajo poder escapar por el único camino que tal vez aún tuvieran abierto.

Creo que es legítimo permitir que Henry Thol exponga de nuevo su caso contra el Servicio Forestal y contra Dodge, y cabe recordar que, en tanto que guardabosques jubilado, Thol era el único de entre los demandantes que conocía profundamente los bosques: «Cuando [Dodge] encendió su fuego no sabía lo que estaba haciendo. Los indicios sobre el terreno muestran con toda claridad que su fuego alcanzó a algunos de los muchachos que estaban más arriba que él, e impidió que quienes estaban más abajo llegaran a la cumbre. Los pobres chicos quedaron atrapados: no tenían escapatoria».

Entre las acusaciones de Thol hay una prueba cuya validez podría haberse demostrado, aunque tendría que haberse llevado a cabo sin dilación, cuando el rastro del incendio aún estaba fresco y podía reconocerse. Tanto Thol como Carl A. Gustafson, jefe de la División de Control de Incendios de Washington, argumentaron —por razones opuestas— ante el Tribunal de Revisión que era fácil seguir el perímetro del fuego de Dodge en la ladera, ya que había ardido con mucha menos intensidad que el incendio principal. Una

prueba poderosa, si es que en la ladera de la colina podía apreciarse con tanta claridad como ante el tribunal. Entonces, ¿por qué no tomó la iniciativa ninguno de los que sostenían esta tesis y desafió a los otros a volver de inmediato a Mann Gulch con un jurado de guardabosques experimentados e imparciales para que estudiaran el perímetro del fuego de Dodge antes de que las lluvias otoñales y la nieve invernal redujesen las pruebas a lodo? Mucho ruido y pocas nueces; tal vez aquel perímetro del fuego de Dodge no estuviera tan claro sobre el terreno como afirmaban haberlo visto los testigos.

Hay otra prueba, por supuesto, que podría permitir a la ladera revelar el papel desempeñado por el fuego de Dodge en la tragedia. Gustafson, que había sido designado por el guardabosques en jefe para llevar a cabo la primera investigación del incendio de Mann Gulch, y que antes incluso de haber visto el barranco estaba preocupado por la posibilidad de que el fuego de Dodge hubiera matado a los hombres, supo casi de inmediato cuáles eran las dos preguntas que, respondidas adecuadamente, podrían exonerar al Servicio Forestal de la acusación de negligencia. Ambas preguntas fueron dirigidas una y otra vez a Rumsey y Sallee: 1) «¿Os mantuvisteis en la parte superior del barranco con respecto a la quema de seguridad en vuestra carrera hacia la grieta después de haber dejado a Dodge?»; 2) «La grieta por la que os pusisteis a salvo, ¿estaba directamente encima, o casi directamente encima, de donde dejasteis a Dodge?». Si Rumsey y Sallee se encontraban delante del fuego de Dodge y aun así pudieron correr casi en línea recta hasta la cima del cerro, eso significa que este fuego tampoco habría alcanzado a los miembros del equipo que subía por el barranco en diagonal.

En su testimonio, Rumsey y Sallee estuvieron cada vez más de acuerdo en que el fuego de Dodge subió perpendicularmente por la ladera, pero eran jóvenes y fueron presionados por los funcionarios del Servicio Forestal para que su testimonio concordase con lo que Jansson había denominado con desprecio la versión «oficial» de lo que había sucedido. Su principio de acuerdo necesitaba el apoyo de otra prueba y, por supuesto, de las pruebas sobre el terreno. De

manera que, casi desde el principio mismo de nuestro concienzudo estudio sobre el incendio de Mann Gulch, Laird Robinson y yo comprendimos que localizar de manera indiscutible la grieta, así como el lugar donde se habían separado Dodge y su cuadrilla tras encender este su quema de seguridad, sería fundamental para determinar buena parte de lo ocurrido en los actos finales de la tragedia, incluido el papel desempeñado por el fuego de Dodge. La correcta localización del extremo inferior de este fuego no solo era esencial para reconstruir la historia del incendio de Mann Gulch, sino que se convirtió en una especie de historia en sí misma, una historia de búsqueda, obstruida por un calor sofocante y las serpientes de cascabel en pos de agujeros donde refrescarse. Esta historia de búsqueda terminó felizmente cuando una fotografía olvidada desde hacía tiempo nos había guiado a Laird y a mí al punto entre la hierba muerta donde yacía una cruz de madera. Además, la cruz de madera nos había dirigido a una nueva grieta en la cresta superior y, al salir al otro lado, a un arbusto de enebro. Desde esa grieta era posible hacer lo que había hecho Sallee: girarse, mirar hacia atrás y ver que había subido, si no siguiendo del todo la vertical, sí lo bastante cerca de esta como para considerar la ubicación de la grieta y del lugar donde Dodge había encendido su fuego como una prueba de peso que sostenía el testimonio de los supervivientes, a saber, que la quema de seguridad no había envuelto en llamas a los hombres del equipo.

En realidad, los testigos fundamentales —Rumsey, Sallee, la cruz de madera y la grieta— parecían estar hasta tal punto lo bastante de acuerdo que no cuesta imaginárselos exigiendo indignados: «¿Qué más quieren? ¿Por qué nuestro acuerdo no es una prueba concluyente?». Sin embargo, seguía quedando un problema importante: el acuerdo entre los testigos parecía contradecir a la naturaleza. ¿Cómo es posible que dos grandes incendios situados a apenas cincuenta metros de distancia ardieran en direcciones distintas, uno casi atravesando directamente el frente del otro? La cuestión se complica aún más por el hecho de que uno de los fuegos debía de estar aproximándose a una velocidad e intensidad casi

máximas, con el *blowup* generando su propio viento, haciéndolo ascender por el barranco a una velocidad lo bastante sostenida como para rebasar a los miembros del equipo, mientras que el otro fuego hacía solo unos minutos que se había iniciado y no podía estar ardiendo con mucha intensidad; sin embargo, este fuego más nuevo y débil parecía tener la suficiente fuerza como para liberarse de las fuerzas que controlaban el incendio principal y marchar por su cuenta, atravesando desafiante el frente del incendio principal. ¿Por qué, cuando los dos incendios eran casi uno, las fuerzas que controlaban el fuego más poderoso no controlaron también el más débil?

Nos encontramos ante uno de esos puntos difíciles en los que o bien nuestros datos son erróneos, o bien no sabemos lo suficiente sobre el asunto para explicarlos. Por deferencia a nuestros testigos y a nosotros mismos, y porque a nadie le gusta empezar admitiendo que está equivocado, permítasenos suponer que no hay ningún error grave en lo que «conocemos», es decir, los testimonios y el terreno, y que por tanto para explicar lo que sabemos tenemos que dejar de lado parte de lo que creemos saber acerca de la naturaleza (que no es contradictoria en sí misma, sino que simplemente es, aun cuando implosione y vaya en dos direcciones distintas a la vez). La naturaleza es, en este caso, la acción de dos incendios forestales que se acercan el uno al otro, siendo uno mucho más fuerte que el otro.

Por lo tanto, es posible que no sepamos lo suficiente sobre los factores naturales que determinan la dirección y la velocidad de los incendios forestales, principalmente los combustibles, la dirección y la velocidad del viento, y la pendiente o inclinación del terreno. No obstante, una buena ojeada al terreno de la zona donde ocurrieron estos fenómenos reduce a una estas tres posibilidades. No había ninguna diferencia apreciable entre los combustibles con que ardían los dos incendios capaz de hacer que ardieran en direcciones distintas. Por ejemplo, el fuego de Dodge no tenía ningún desprendimiento de rocas delante ni barranco arriba que lo obligara a ascender verticalmente por la ladera, ni ningún grupo compacto de árboles ni nada parecido; ambos incendios ardieron sobre hierba

seca que llegaba a la altura de la cintura, es decir que, a efectos prácticos, era la misma hierba. Asimismo, no hay ninguna diferencia apreciable en el grado de la pendiente. El fuego de Dodge no ardía sobre un repecho de la ladera ni el incendio principal había llegado a ninguna depresión o meseta, cuyo efecto combinado podría haber dirigido el fuego de Dodge más en línea recta hacia la cumbre que el incendio principal. La ladera donde ardían los dos fuegos era muy empinada y desde luego debió de favorecer que ambos ascendieran, pero aunque tuvo la misma influencia tanto sobre uno como sobre el otro fuego, no era lo bastante grande como para impedir que el incendio principal avanzase rápidamente barranco arriba y pronto superase y rebasara la cabecera del barranco.

Eso deja al viento como principal sospechoso, aunque no resulta fácil imaginar que el viento empujara al incendio principal en una dirección y al nuevo insolentemente contra el frente del primero cuando ambos se encontraron. Sin embargo, esta es la imagen con la que, al parecer, tendremos que quedarnos.

Si el viento fue el responsable de este hecho, sería natural pensar que el viento principal, que ascendía por el barranco, cambió repentinamente de dirección y se puso a arder pendiente arriba, luego volvió a girar y de nuevo prosiguió su trayectoria ascendente. Y esto es lo que Sallee pensaba que debió de ocurrir. En su declaración ante el investigador del Servicio Forestal, dijo: «Aparentemente, cuando Dodge encendió el fuego había un viento bastante fuerte que soplaba ascendiendo verticalmente por la ladera, porque el fuego se extendió rápidamente pendiente arriba y solo muy despacio cuando siguió lateralmente la ladera». No cabe duda de que el grado de conocimientos sobre el comportamiento del fuego era en aquellos tiempos tal que casi ninguno de los bomberos familiarizados con el incendio de Mann Gulch habría podido ofrecer otra explicación. Pero es harto improbable que una racha repentina de viento controlara completamente la dirección del fuego de Dodge y no afectara al incendio principal, a pocos metros de aquel, que al cabo de pocos segundos pasó por el borde inferior de la quema de seguridad para proseguir barranco arriba.

Es mucho más probable que la razón por la que el fuego de Dodge se dirigió directamente a la cumbre del cerro sea también una de las razones, no comprendidas en general en la época en que tuvo lugar esta tragedia, por las que cuando los incendios convergen pueden dar lugar a un *blowup*. De acuerdo con esta explicación moderna de las causas de estos dos fenómenos naturales —un *blowup* y dos incendios que se mueven en direcciones distintas—, con el paso del tiempo el incendio de Mann Gulch ha llegado a explicarse a sí mismo e incluso a explicar otras cosas parecidas.

La explicación del *blowup* que cruzó el extremo inferior del barranco y persiguió al equipo de bomberos barranco arriba precisa que se conozca no solo el comportamiento de los vientos dominantes cuando se acercan a un promontorio, sino también el efecto que tienen sobre el viento dos masas de aire de desigual temperatura que se acercan la una a la otra. Será más fácil recordar ese efecto si volvemos a llamarlo «efecto de convección». Un incendio puede desencadenar un torbellino al absorber el aire más frío y pesado que lo rodea hacia el vacío que deja el propio aire más caliente y ligero que se eleva y escapa de manera constante. En caso de que al lector esto le parezca una mera construcción teórica y exagerada, puede acercarse a la caldera de su sótano cuando esté en pleno funcionamiento y abrir la puerta, poner la cara delante y sentir, sobresaltado, que está a punto de ser succionado por la propia caldera.

El problema, por tanto, de la dirección que tomó el fuego de Dodge desemboca en última instancia en la pregunta de en qué dirección o direcciones sopla el viento cuando se acercan entre sí dos incendios, siendo uno de ellos mucho más intenso que el otro. Debió de producirse una especie de tira y afloja entre dos vientos que pugnaban por controlar el fuego de Dodge: el viento dominante que empujaba el incendio principal barranco arriba y un viento opuesto, en la dirección contraria, generado por el incendio principal al atraer el aire más pesado y frío para llenar el vacío dejado por el ascenso y huida del aire más caliente y ligero de su interior.

Si los dos fuegos hubieran estado a una cierta distancia el uno

del otro, este viento secundario que soplaba barranco abajo habría tenido poco efecto sobre la quema de seguridad, pero a medida que el incendio principal se acercaba a Dodge y a sus hombres, el efecto habría aumentado hasta llegar un momento en que los vientos que ascendían y descendían por el barranco tendrían una fuerza aproximadamente similar. En ese momento de relativo equilibrio entre vientos opuestos, se habría producido un instante de calma igualmente relativa en la ladera donde Dodge prendió la cerilla, y una cerilla puede arder lo suficiente como para provocar un incendio. Podemos apostar con toda seguridad a que en el lugar y el momento en que Dodge encendió su fuego valiéndose de una única cerilla, no había ningún viento que soplara a cincuenta kilómetros por hora.

En ese instante de calma en el que los dos vientos enfrentados se neutralizaban mutuamente y por lo tanto casi eliminaban el viento como principal factor determinante de la dirección del fuego de Dodge, se impuso la fuerza hasta entonces relativamente menor de la gran pendiente de la ladera, y la quema de seguridad, sometida ahora a la influencia de esta, prendió de manera vertical o casi vertical en dirección ascendente. En aquel momento, los supervivientes, el terreno, los fuegos y los vientos estuvieron todos de acuerdo, es decir, los testigos y la naturaleza estuvieron de acuerdo, y esta, que en apariencia actuaba de forma antinatural, en realidad lo hizo de acuerdo con todas sus partes.

Pero el momento del equilibrio de los vientos opuestos no pudo durar mucho. ¿Qué pasó luego? La respuesta es que la convergencia de todas estas convergencias en pocos minutos culminó en un gran incendio total en la cabecera de Mann Gulch. El brazo inferior del incendio principal ya había barrido el borde inferior del fuego de Dodge y, bramando barranco y ladera arriba, estaba encerrando a los hombres del equipo por abajo. La amenaza que se cernía sobre el equipo desde arriba era el fuego que ardía en la cumbre del cerro. Ahora bien, detrás de ellos había dos fuegos a punto de converger, el incendio principal que los perseguía barranco arriba, y el fuego encendido por Dodge que, por el momento, ardía aproximadamente

en ángulo recto con respecto a la dirección del incendio principal, pero que pronto quedaría absorbido por el incendio principal e impulsado junto con él hacia la cabecera del barranco, indistinguibles ya el uno del otro. No es de extrañar que ni Gustafson ni Thol se ofrecieran a llevar al otro, o a un jurado imparcial, a Mann Gulch para buscar el rastro más leve del fuego de Dodge. Con los dos fuegos saltando del uno al otro, rodeándose o superponiendo sus fuerzas, a esas alturas no debía de quedar prácticamente rastro alguno.

El fuego que ardió a lo largo de la cumbre del cerro seguramente lo hizo al ritmo de los miembros del equipo que avanzaban en diagonal por abajo y obligándolos a alejarse teniendo que ascender más y más por el barranco. Es posible que fuese el frente de la quema de seguridad, girando hacia la cabecera del barranco tras alcanzar la cumbre del cerro, pero lo más probable es que fuera el brazo superior del incendio principal, o bien, poco antes de que la convergencia llegara a su fin, los dos fuegos combinados. Cuando, en 1978, Laird y yo estuvimos con los supervivientes de Mann Gulch, nuestros votos se repartieron entre estas tres alternativas, y todos admitimos de buena gana la posibilidad de estar equivocados y de no llegar a estar nunca seguros de tener razón. Pero en el vasto estallido que estaba a punto de ocurrir, ninguno de los componentes tenía ya ninguna responsabilidad individual por la sencilla razón de que en ese momento no existían componentes individuales. Únicamente un incendio colosal. Lo que estaba ocurriendo sucedía más allá de la legalidad y de la moral, y al parecer más allá de las leyes naturales, en un mundo donde al parecer las leyes naturales ya no contaban. Momentos como estos pueden darse en cualquier rincón del mundo, tanto en nuestra casa como en la falda de una montaña.

El incendio de Mann Gulch se estaba convirtiendo, más allá de las preguntas y las respuestas, en un mundo de imágenes; o tal vez, dicho con mayor exactitud, en pensamientos que se transforman en imágenes y sienten, y no pueden reducirse a cifras. Son imágenes hechas en gran medida por nosotros, artistas aficionados que no

dejamos de crear nunca imágenes en nuestras mentes (que emanan de nuestros corazones).

TERCERA PARTE

XV

AL ACERCARNOS AL DESENLACE SERÍA natural eximir al incendio de cualquier responsabilidad personal para con quienes murieron y pasar a ser momentáneamente espectadores distantes y despreocupados. Quizá así fuese posible ver el incendio con algo parecido a una perspectiva total en el momento en que se convirtió en un estallido total. Si el lector supiera algo de incendios forestales, ya habría visto cómo los focos secundarios se retuercen hasta formar torbellinos y converger. Pero el estallido total es literalmente cegador, pues la visión se convierte en ruido y el bramido del incendio sale de la cabecera del barranco y se pierde más allá, muy lejos. Lo último que vemos en el suelo es a un tipo que surge entre el humo, un poco más aterrado que nosotros, dudando sobre qué camino tomar y poniendo punto final a la discusión consigo mismo regresando hacia el interior del fuego impenetrable. Así son las cosas cuando ya no se ve a causa del humo, cuando la visión se convierte en ruido. El incendio suena como el rugido de un animal sin que haya animal, o como el estallido de un ejército al saltar por los aires su propio polvorín.

Así pues, las imágenes de un gran incendio corresponden a muchas realidades concebidas de tal modo que unas se transforman en otras y finalmente encajan en una única imagen de un único monstruo que poco a poco se convierte en otro monstruo. Pero las imágenes y los monstruos no se inmutan ante las matemáticas. El monstruo se transforma en uno solo conforme se expande

simultáneamente como monstruo y como auténtico animal, o, más probablemente, solo como una parte de un auténtico animal: después de haberse vomitado a sí mismo, lo único que se ve en la distancia son sus intestinos fritos de color gris. Es curioso, pero cuando la destrucción se aproxima a ser total, por unos breves instantes adquiere un carácter sexual y rápidamente vuelve a sumergirse en sí misma. Los intestinos se extienden hasta alcanzar las curvaturas del cerebro. Ambas cosas no parecen muy distintas, no lo son y sí lo son.

De este modo, las imágenes que un incendio salvaje crea de sí mismo son, como mínimo, bivisuales, forman parte del proceso mediante el cual el incendio genera sus significados. Así, conforme el fuego fue colándose en la cumbre del cerro entre las rocas, se extendió hasta convertirse en una serpiente que alzaba la cabeza para ver que no se desviaba, usando la lengua como una antorcha para abrirse paso entre los obstáculos. Así, también, un poco más abajo en la ladera, cuando el incendio principal se detuvo por un instante delante de la quema de seguridad, las llamas rojas se amontonaron hasta convertirse en devastadores monstruos militares, rabiando por la precocidad del obstáculo que les hacía frente; luego, por un momento, estos enloquecidos monstruos, bloqueados en su avance, buscaron enfurecidos por los flancos, arriba y abajo, un camino por donde pasar: quedaron a sus espaldas pequeños fuegos cuando la falange de llamas lanzó otras antorchas hacia adelante y rebasó las líneas, dejando atrás algo así como un humeante monstruo en minas.

Debido a sus múltiples significados, los incendios forestales pueden ser trivisuales o incluso más. Algunas de las cosas que puede llegar a ver un bombero experimentado nunca parecen reales.

Después de haber avanzado el desquiciado frente militar, las piezas del incendio principal seguían ardiendo ferozmente en pequeños segmentos de bosque. Los árboles muertos que aguantaban en pie, en especial los pinos ponderosa, repletos de resina, se convirtieron en gigantescos candelabros que ardían para los muertos. Luego reventaría alguno, desapareciendo del aire donde

se alzaba, detonado por su propio calor. La desaparición del árbol no sería visible; sería una desaparición teológica. Inmediatamente después de estallar, su caída transmutaría en ondas terráqueas expansivas generadas por su propio terremoto, y una vez las ondas se hubieran agrandado y fragmentado pasando por encima y por debajo, el estallido volvería con forma de sonido y concluiría con los ecos de su propio terremoto rodando estrepitosamente por las vertientes y la cabecera del barranco. El mundo, pues, fue más que nunca teológico, y lo nuclear nunca estuvo lejos.

A estas alturas, si no antes, el incendio se había vuelto total: estaba arriba, abajo y detrás, y ahora también delante, en la cabecera del barranco. Los focos secundarios debían de arder ya allí, iniciados en la hierba por piñas encendidas y cenizas llevadas por el viento desde las llamas que se acercaban. De repente, en la penumbra brotarían de la tierra, bivisuales como pequeñas setas venenosas. Las setas bivisuales se alimentaron enseguida, hinchándose por impregnación por encima y por debajo del suelo hasta crear una inmensa cabeza bulbosa con un tallo gigantesco. El vasto incendio forestal continuó su camino bivisual; a veces las setas bulbosas parecían fecundadas por una serpiente entre la hierba y a veces parecían sesos grises que salieran hirviendo de una grieta de la tierra. Entonces, los propios sesos se volvieron bivisuales y se transformaron nuevamente en sufrientes intestinos de color gris.

En nuestra época, el hongo atómico se ha convertido en el símbolo exterior de nuestro miedo interior a la fuerza explosiva del universo. Es el símbolo de toda una época, e hizo falta un artista para expresar el significado que los hongos tienen para nosotros. Henry Moore, uno de los escultores más expresivos de su tiempo, conmemoró el acontecimiento que condujo a la Era Atómica —la primera reacción nuclear autoalimentada— en el lugar de la Universidad de Chicago donde había tenido lugar. Su hongo atómico de bronce, con los ojos vacíos, es intencionadamente bivisual desde cualquier punto de vista. Se sitúe uno donde se sitúe, el bronce parece tanto un hongo atómico como una calavera, y eso es precisamente lo que pretende.

Cuando en Mann Gulch se produjo el *blowup* y su humo se mezcló con el chorro de la corriente, fue como una explosión nuclear en Nevada en su camino cancerígeno hacia Utah. Cuando fue vista por última vez, la figura trivisual se había extendido y se alejaba, lejos, lejos, muy lejos, con aspecto de muerte, volviendo la vista hacia sus muertos y mirando adelante hacia sus muertos futuros. Tal vez nos viese a todos.

Nadie podía conocer su poder. Se expandió hasta convertirse en partículas en el horizonte, donde tal vez se reuniera con los Espíritus del Cielo en forma de partículas, sabiendo lo que nosotros no sabemos, probablemente algo de naturaleza nuclear.

Ahora, al cabo de casi cuarenta años, han comenzado a crecer arbolitos en el fondo de los secos ramales que descienden por las laderas de las colinas de Mann Gulch, donde el subsuelo retiene la humedad de la lluvia y de la nieve. Dado que incluso ahora estas pequeñas plantas perennes tienen apenas veinte centímetros de altura, hay que apartar la hierba para encontrarlas. Pero yo busco esas cosas. Veo mejor lo que pasa en la hierba que en el horizonte. Nos pasa a la mayoría de nosotros, y probablemente sea mejor así, pero lo que se encuentra enterrado en la hierba no nos dice cómo hacernos a un lado.

AL FINAL, nuestro punto de vista sobre el incendio cambia radicalmente, de modo que ya no miramos desde el lejano horizonte y vemos en el humo cegador únicamente imágenes hechas a partir de nuestra historia primitiva y nuestro futuro nuclear. En lugar de eso, ahora nos quedamos lo más cerca posible de la tierra, guiados por nuestra compasión y acompañando a jóvenes excelentes que nunca se dieron cuenta, ni una sola vez, de que tal vez fuesen mortales mientras se dirigían hacia la tierra que todo lo abrasa. Sin embargo, al tratar de identificamos con ellos, debemos confiar en ser capaces de conservar nuestra propia identidad, tanto por su bien como por el nuestro. Dado que somos mucho mayores de lo que ellos lo fueron nunca y hemos vivido en una época con un

conocimiento científico mucho más avanzado que el que existía en la suya, deberíamos saber muchas cosas que ellos no supieron y que deberían ser valiosas en este viaje motivado por la compasión. En un viaje de compasión, lo que nos guía en última instancia es la comprensión que hayamos obtenido a lo largo de nuestro camino y del de otros, sobre todo el de quienes están más cerca de nosotros, tan cerca como para haber vivido a diario sus sufrimientos. A partir de aquí, por tanto, en el humo cegador ya no hay un «mundo que ve» sino un «mundo que siente»: el dolor de los otros y nuestra compasión por ellos.

Los acontecimientos se desencadenaron rápidamente después de que el equipo dejara a Wag Dodge con su quema de seguridad. Poco importa si el equipo entendió o no, en medio del bramido del incendio principal, lo que su superior estaba tratando de decirles, o si pensaron que la idea de tumbarse sobre las cenizas calientes de su fuego era una locura. En cualquier caso, aquellos hombres estaban entrando en Tierra de Nadie, aislados en la penumbra ardiente del incendio principal, que para entonces debía de estar menos de cincuenta metros a su espalda. Rumsey y Sallee, que iban en cabeza, declararon que el humo solo se disipó lo suficiente en dos o tres ocasiones como para poder distinguir la cumbre del cerro. Si a nosotros nos cuesta ver al resto de los hombres, a ellos les costaba verse a sí mismos. El calor y la soledad estaban convirtiéndose en lo único que les quedaba. Su soledad apareció de improviso: eran jóvenes y no estaban acostumbrados a estar solos, y como smokejumpers no se les estaba permitido estar solos, excepto en ese peligroso momento posterior a ser lanzado desde el cielo y anterior a tocar tierra.

Desde que fue analizada por primera vez, de la tragedia se ha dicho que se rige por dos emociones: el miedo y la piedad. Cuando los smokejumpers ascendieron por la ladera de la colina después de dejar a Dodge, fue como si saltaran de espaldas en el cielo: de repente, se encontraron sin ningún mando en absoluto, y sin estructura, y libres para desintegrarse, y libres para por fin tener miedo. Las pruebas dicen que antes de ese momento no parecían

estar asustados, pero entonces un miedo inmenso se apoderó de los espacios vacíos.

Más allá del mundo de la visión y muy pronto incluso más allá del miedo, esos elementos no humanos que son el calor y los gases tóxicos fueron convirtiéndose en los dos únicos elementos, y pronto el calor comenzó incluso a quemar el miedo. Encontrar un lugar fresco era la única intención humana que quedaba. Conscientes al menos de cómo funcionan el fuego y la condición mortal, es fácil imaginar por qué la mayoría de aquellos jóvenes muertos aparecieron en depresiones de la ladera; supusieron que eran los lugares más frescos, de modo que allí fueron a parar casi todos antes de desplomarse.

Por lo que sabemos de otras personas cercanas a nosotros, podemos percibir en parte cómo es estar cerca del final. En la primavera del año en que mi mujer murió a consecuencia de un cáncer de esófago, me comentó: «Me siento como si hubiera pasado todo el invierno con la cabeza debajo del agua». Más tarde, cuando le pregunté a un médico cómo creía él que debía de ser morir en un incendio, no quemado sino por asfixia y por falta de oxígeno, el hombre respondió: «No debe de ser tan terrible». Y entonces añadió, pero no con ánimo de corregirse: «Es algo así como ahogarse». Si se compara el comentario de mi mujer con este intento más científico de hablar de la muerte por asfixia, se puede apreciar el cuidado que ponía mi mujer, cuando se permitía hablar de tales asuntos, en hablar con precisión.

Por lo tanto, para la mayoría de ellos no fue una muerte horrible. Muchos de los cuerpos tenían quemaduras espantosas cuando fueron encontrados, hasta tal punto que más tarde se pensó que no se deberían haber llevado los ataúdes a las capillas donde se celebraron los funerales. Aun así, no murieron calcinados. Los cuerpos se quemaron después.

Para imaginamos sus últimos pensamientos, será necesario ser sensibles a un tipo especial de muerte: la muerte repentina entre el fuego de unos jóvenes de élite, con toda la vida por delante y en apariencia invencibles. En cuanto que élite, estaban más seguros que

la mayoría de los jóvenes de ser inmortales. De modo que para ponemos en su lugar, debemos sentir que somos distintos del resto del universo e inmunes a los incendios, que estarán extinguidos a las diez en punto de la mañana siguiente a que los smokejumpers se lancen sobre ellos. En cuanto a lo que sintieron con respecto a esta muerte repentina, podemos empezar por sentir lo que los que tienen toda la vida por delante siempre han sentido sobre ella, y dado que los que tienen toda la vida por delante son muchos, el Libro de la Oración Común[51] clama por todos ellos y por nosotros cuando mega que se nos libre a todos de la muerte repentina.

Líbranos, Señor.

Del rayo y la tempestad; del terremoto, el fuego y las inundaciones; de la peste, la enfermedad y el hambre; de la batalla y el asesinato, y de la muerte repentina.

Líbranos, Señor.

Una cosa es cierta respecto a estos pensamientos finales: no dispusieron de mucho tiempo. El tiempo y el lugar no permitieron siquiera que estos jóvenes selectos que murieron de forma repentina «viesen pasar ante sus ojos toda su vida», aunque en los libros se diga que quienes van a morir ven una especie de película sobre su propia vida. Sin embargo, todo se empequeñece cuando va camino de volverse eterno. También es posible que los últimos pensamientos de aquellos jóvenes de élite no fueran visuales ni escénicos, sino que fueran gritos, o un único grito de pasión y en muchos casos de autocompasión, justificable si quienes gritan tienen razones para ser orgullosos. Los dos supervivientes del incendio de Mann Gulch que aún viven me dijeron que, mientras trepaban por la última ladera, solo recuerdan haber pensado: «Dios mío, ¿cómo puedes hacerme esto a mí? No merezco morir tan joven y tan cerca de la cumbre». Ambos aseguraron haber oído sus voces pronunciando estas palabras en voz alta.

De las dos grandes emociones trágicas ya tan próximas al final,

el miedo se había consumido y la piedad era lo único que quedaba. No solo el calor consume el miedo; el final de la tragedia purga su propio miedo. Antes del final de la tragedia, los héroes más famosos pueden sentir miedo en presencia de fantasmas y estremecerse ante la aparición de aquellos a los que han asesinado, pero al final la propia tragedia purga el miedo de estos mismos héroes trágicos, como dejaron claro para la eternidad los últimos versos de uno de los héroes trágicos más famosos: «¡Ponte en guardia, Macduff, / y que la maldición caiga sobre el primero que diga basta!»[52].La piedad que permanece es tal vez la última y única emoción que se siente si quien sufre la tragedia es un joven con toda la vida por delante. Es una piedad en forma de autocompasión, pero la piedad que siente por sí mismo el joven trágico es una autocompasión transformada en una especie de desconcierto divino, una de las pocas emociones que comparten en exclusiva los jóvenes y el universo. Aunque el desconcierto divino dirige su aflicción hacia el universo, lo único que hace es gritarlo a voz en cuello. Tiene que encontrar su respuesta, si acaso, en su propio acto final. Una respuesta que no se encontrará entre las respuestas que Dios dio a Job en medio de un torbellino.

La expresión más elocuente de este grito la pronunció un joven que vino del cielo y al cielo regresó, y que mientras estuvo en la tierra supo que estaba solo y más allá de todos los demás hombres, y que, cuando murió, lo hizo en un monte: «Alrededor de la hora nona, Jesús gritó con fuerza: "*Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?*" (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?)».

Aunque solo indirectamente podamos adentramos en sus últimos pensamientos y sentimientos, estamos seguros de lo último que hicieron muchos de estos jóvenes. El doctor Hawkins, el médico que fue con el equipo de rescate la noche en que los hombres murieron calcinados, me contó que, después de que sus cuerpos se hubieran desplomado, la mayoría de ellos se levantó de nuevo, dio unos pocos pasos, y cayó de nuevo, esta última vez como peregrinos en posición de rezo, de cara a la cumbre del cerro, que en aquella ladera casi corresponde al este. El guardabosques Jansson, al mando del equipo de rescate, hizo la misma observación (sin saber

que Hawkins ya la había hecho).

Todo indica, por tanto, que en el mismísimo final, más allá del miedo y del pensamiento y más allá incluso de la autocompasión y del divino desconcierto, pervivía alguna firme intención de continuar haciendo para siempre lo último que esperábamos hacer en la tierra. Mediante este acto postrero llegaron a estar tan cerca como pueden estarlo el cuerpo y el espíritu de establecer su unidad con la tierra, con el fuego y, tal vez, con el cielo.

Esto es lo más lejos que hemos podido acompañarlos. Cuando el fuego alcanzó sus cuerpos, hizo que sus relojes salieran volando. Las dos manecillas de un reloj recuperado se habían fundido entre sí a las seis menos cuatro minutos. Puede considerarse que para ellos esta hora fue el final del tiempo.

Placa conmemorativa, camping de Meriwether.

Fotografía de Philip G. Schlamp, 1969. Cortesía del Servido Forestal del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

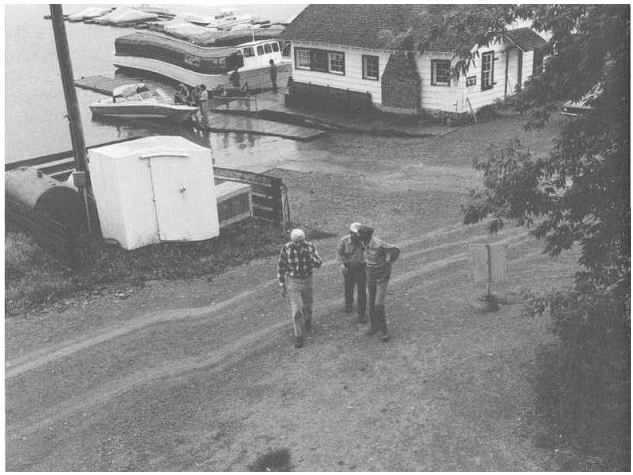
Eran las seis y diez en el reloj de Dodge cuando este se levantó de las cenizas de su propio incendio. A partir de ese momento, tuvo que hacerse cargo de su tragedia, breve y personal, que en cierto modo también puede considerarse parte de esta tragedia.

Dejamos a los muertos en la ladera con la promesa que me hicieron en la Oficina de Operaciones Aéreas y Control de Incendios de la Región Número Uno del Servicio Forestal de Estados Unidos: que sus cruces siempre serán renovadas.

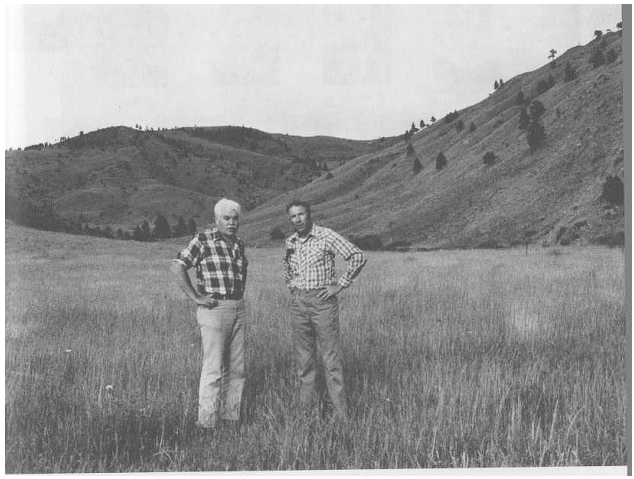
YO, UN anciano, he escrito este informe sobre el incendio. Entre otras cosas, ha sido importante para mí como ejercicio conveniente para la vejez y como método para ensanchar mis conocimientos y mi espíritu a fin de poder acompañar a los jóvenes cuyas vidas podría haber vivido yo en su camino hacia la muerte. He trepado adonde ellos treparon y en mis tiempos luché contra el fuego y me pregunté por su naturaleza. Además, he vivido para conseguir comprender mejor a quienes he tenido más cerca, muchos de ellos ya fallecidos, y a mí mismo. Quizá no sea extraño que al final de esta tragedia, en que de la élite caída del cielo no quedó nada salvo su valor por buscar oxígeno, a menudo me haya sorprendido acordándome de mi mujer, cuando se encaminaba solitaria y valerosa hacia la muerte.

CUADERNO DE FOTOGRAFÍAS

(© Forest History Society,
Durham, nc, usa)



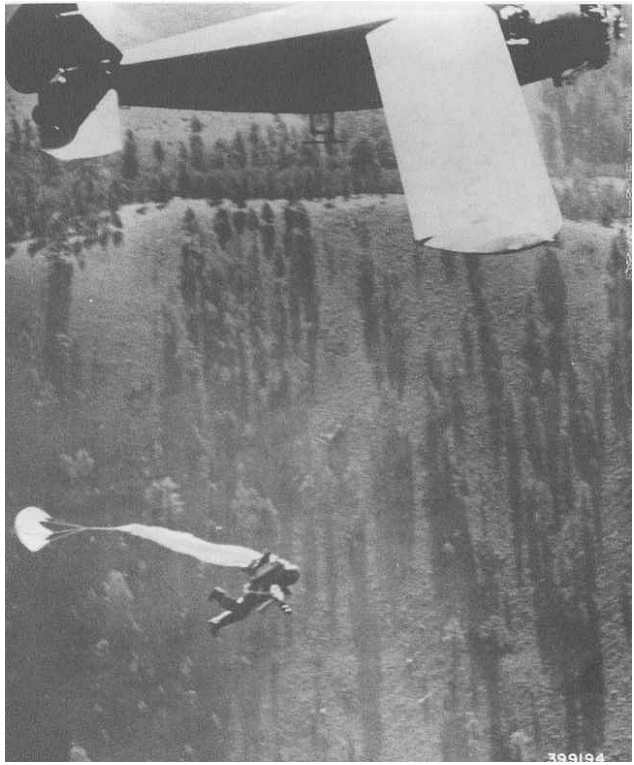
Los dos supervivientes visitaron la zona del accidente en 1978, casi treinta años después, a petición del autor de este libro para completar su estudio. Aquí vemos a los tres Bob Sallee (izquierda), Norman Maclean (centro) y Walter Rumsey (derecha), alejándose del puerto deportivo de Gates of the Mountains.



Y posando con el barranco a sus espaldas: Bob Sallee (izquierda) y Walter Rumsey (derecha).

Memorial con los retratos de las trece personas que fallecieron en el incendio de Mann Gulch.

En 1949, cuatro smokejumpers del Servicio Forestal hicieron el primer salto jamás realizado en el Parque de la Elipse: entre el Monumento a Washington y la Casa Blanca. El salto incluso fue televisado. En la foto el comisionado de DC, John Russell Young, da la bienvenida a los paracaidistas a la capital de la nación. De izquierda a derecha: Bill Hellman (uno de los fallecidos en Mann Gulch), Skip Stratton, Bill Dratz y Ed Eggen. La Casa Blanca es visible en la esquina superior izquierda.



Un smokejumper nada más saltar del avión, sobre el Lolo National Forest en Montana, con su paracaídas aún desplegándose (junio 1940).

Smokejumpers del Servicio Forestal saltando sobre Sherman Gulch, Lolo National Forest, Montana (17 de junio de 1954).

Un smokejumper saltando sobre Lolo National Forest, Montana (julio de 1956).

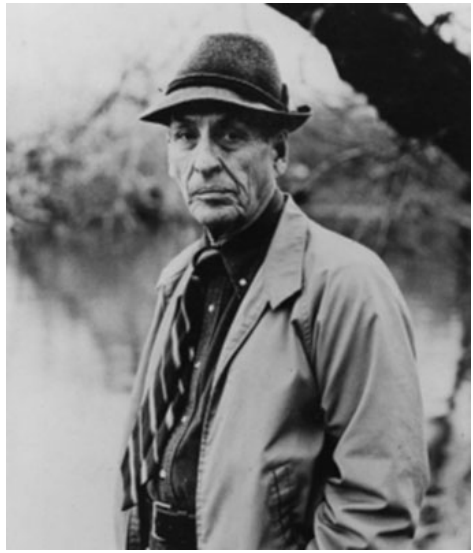
Un grupo de smokejumpers a punto de despegar en un avión Ford Trimotor en el aeropuerto de Missoula (Montana) para un salto de práctica (30 de junio de 1941).

Un smokejumper de Missoula (Montana) perpetrado para la acción (1954).

Harry Gisborne nació en 1893 y murió investigando in situ *el incendio de Mann Gulch en 1949.*

Harry Gisborne operando un heliógrafo de doble trípode (Tip Top Lookout, Bosque Nacional Wenatchee, Washington, 1915).

Aquí vemos a Harry Gisborne estudiando las impresiones de los factores de riesgo de incendio (Priest River Forest Research Station, Idaho, 1937).



NORMAN MACLEAN (1902-1990), leñador, maestro y contador de historias, creció en las Montañas Rocosas del oeste de Montana. Durante la Primera Guerra Mundial trabajó como leñador en el Servicio Forestal de los Estados Unidos, y posteriormente se graduó en Artes en el Dartmouth College y en Inglés en la Universidad de Chicago, donde ejerció como profesor de Literatura durante la mayor parte de su vida. Cuando se jubiló en 1973 comenzó a escribir, ante la insistencia de sus dos hijos, las historias semiautobiográficas que tanto le gustaba contar. Así fue como nació *El río de la vida* (1976), un conjunto de tres relatos que pasó a ser la primera obra de ficción publicada por The University of Chicago Press. Al final de su vida escribió la historia de la tragedia de Mann Gulch de 1949, que se publicó póstumamente con el título de *La montaña en llamas* y fue galardonada con el National Book Critics Circle Award en 1992.

Notas

[1] Se ha optado por usar el romántico término «guardabosques» para traducir tanto *woodsmand*, como *ranger o forest ranger*. De la misma manera, se ha dejado como «bombero» la traducción *de firefighter* (a pesar de que en España se usa principalmente para referirse a los bomberos urbanos); indistintamente del puesto que desempeñe, el autor utiliza *firefighter* para nombrar a cualquier persona que trabaje en la extinción de incendios forestales en un momento dado. (N. de los e.) <<

[2] Término con el que se conoce en inglés a los bomberos forestales paracaidistas, cuerpo que sirve de avanzadilla para combatir incendios en entornos de naturaleza salvaje. Estados Unidos tiene a su servicio a varios centenares de smokejumpers entre el Servicio Forestal y la Oficina de Administración de Tierras. (Todas las notas son del traductor, a menos que se especifique lo contrario). <<

[3] Se han convertido todas las unidades expresadas en el sistema anglosajón utilizado por el autor, típico de los Estados Unidos —basado en pulgadas, pies, yardas, millas, acres…—, al sistema métrico internacional —centímetros, metros, kilómetros y hectáreas —. (Nota de los editores) <<

[4] *The boy who stood on the burning deck*: primer verso de «Casablanca» (1826), poema en memoria de la muerte del hijo adolescente de un capitán de la marina francesa. El niño se niega a abandonar el barco en llamas durante una batalla durante las guerras napoleónicas, a espera de recibir órdenes de su padre. El poema adquirió una enorme celebridad, y fue objeto de estudio recurrente en las escuelas de Inglaterra y Estados Unidos hasta bien entrado el siglo XX. <<

[5] Se ha optado por no traducir el término *blowup*, referido al proceso en el que se produce un repentino cambio en la velocidad de propagación del incendio en un intervalo de tiempo muy corto. Existen distintas teorías al respecto y no hay unanimidad científica a la hora de admitir una sola explicación para estos acontecimientos. (N. de los e.) <<

[6] Se llaman focos secundarios a aquellos fuegos que se originan fuera del perímetro del incendio principal a causa de la emisión de partículas combustibles incandescentes (material rodante, hojas ardiendo empujadas por el viento, etc.). Son muy peligrosos porque pueden producir *atrapamientos* de los bomberos forestales. (N. de los e.) <<

[7] Este fenómeno sorprende y no es normal que se produzca en nuestros bosques. En algunas coníferas americanas de grandes dimensiones puede ocurrir que el tronco arda por dentro y acabe rompiéndose, entrando aire repentinamente y saliendo disparado en trozos como si se tratase de una explosión. (N. de los e.) <<

[8] Hay una consecuencia negativa en el aumento de la eficiencia de la extinción: la progresiva acumulación de vegetación en masas forestales, haciendo estas más espesas y cerradas, que provocan incendios de elevada magnitud muy difíciles de apagar (actualmente en España el 1 % de los incendios son los responsables de más de la mitad de las hectáreas quemadas). Este hecho es conocido como «la paradoja de la extinción». (N. de los e.) <<

[9] Shriners en el original. Los Shriners son una fraternidad masónica masculina, anteriormente conocida como la Antigua Orden Árabe de los Nobles del Santuario Místico, que ofrecen servicios a la comunidad y han puesto en marcha diversos proyectos en los Estados Unidos. (N. de los e.) <<

[10] Localidad belga famosa por la batalla de las Arderías, ofensiva nazi contra las líneas aliadas durante el invierno de 1944-1945, durante la cual la división paracaidista 101 resultó clave para la derrota alemana. <<

[11] Los incendios forestales se clasifican, según el horizonte por el que se propaguen, en tres tipos: incendios de suelo (consumen la materia orgánica que se encuentra entra la superficie y la capa mineral del suelo: hojarasca, humus, etc.), incendios de superficie (queman todo el material entre la superficie y las copas de los árboles: ramas muertas, sotobosque, matorral, etc.) e incendios de copas (el fuego se propaga de copa en copa). (N. de los e.) <<

[12] Un antorchamiento es cuando se quema la copa de un árbol de manera aislada, por la propagación del fuego desde los combustibles superficiales, sin transmitirse de copa a copa. Es decir, se queman copas individualmente sin que se genere un fuego de copas. (N. de los e.) <<

[13] Una pavesa es una partícula incandescente que se desprende de un cuerpo en combustión. Estas pueden ser muy ligeras y ser transportadas por el viento, cayendo fuera del incendio principal y provocando focos secundarios. (N. de los e.) <<

[14] Para que se produzca la combustión deben coincidir en el tiempo y en el espacio los tres elementos de lo que se conoce como «triángulo de fuego»: oxígeno, combustible y calor. (N. de los e.) <<

[15] Un contrafuego es una técnica que consiste en generar un fuego voluntariamente. Apoyado en una línea de defensa suficientemente segura, se inicia el contrafuego, que, atraído por el poder de succión del incendio que se combate, se propaga en dirección contraria al avance natural de este, quemando todo el combustible intermedio. (N. de los e.) <<

[16] La expedición de Lewis y Clark, de mayo de 1804 a septiembre de 1806, fue la primera llevada a cabo por estadounidenses que cruzó el oeste del actual Estados Unidos. Los expedicionarios partieron cerca de San Luis, Missouri, pusieron rumbo oeste y atravesaron gran parte de Norteamérica hasta alcanzar la costa del océano Pacífico. <<

[17] Se conoce con el nombre de divisoria continental de América o Gran Divisoria a la divisoria hidrológica, que en parte sigue el recorrido de las Montañas Rocosas, que separa las cuencas que desembocan en el Pacífico de las que lo hacen en el Atlántico, y, más al norte, las que desembocan en el Ártico. <<

[18] A mediados del siglo XX, la población de osos grizzly se había reducido a apenas mil ejemplares en toda Norteamérica. Diferentes esfuerzos por la conservación de la especie, sobre todo a partir de la década de 1980, han propiciado que en la actualidad su número se estime en unos cincuenta y cinco mil. <<

[19] Gigantesco leñador de leyenda, es un importante personaje en el folclore de Canadá y Estados Unidos. <<

[20] Se llama «vuelo instrumental» al que realizan los pilotos guiándose solo por sus instrumentos (velocidad, altitud…), debido a condiciones de mala visibilidad, situaciones meteorológicas adversas, operaciones delicadas, etc. (N. de los e.) <<

[21] Se refiere a un paracaídas que se lanza primero para, como explica el autor, ver la acción del viento y calcular el punto de lanzamiento y de caída. (N. de los e.) <<

[22] Biblioteca 451 publicará próximamente un librito con el texto en el que el propio Edward Pulaski relata su hazaña durante aquel incendio, que además incluirá una pequeña reseña biográfica y la historia de la herramienta. (N. de los e.) <<

[23] En la guarda de la portada de este libro aparece una fotografía con el recorrido que realizaron los bomberos y un croquis del incendio. (N. de los e.) <<

[24] En el original, *second-growth*, que hace referencia a bosques regenerados naturalmente tras incendios, talas, etc. Por el contrario, el término *old-growth* se refiere a los bosques vírgenes primarios. (N. de los e.) <<

[25] A orillas del río Potomac, en Washington D. C, se encuentra el cementerio militar de Arlington, cuyos orígenes se remontan a la Guerra de Secesión (1861-1865). Es famoso además por albergar la «tumba al soldado desconocido». <<

[26] *Wilderness Área*, en el original. En Estados Unidos, las actividades humanas quedan severamente restringidas en estas zonas. <<

[27] Se refiere a bombas portátiles de la empresa Pacific Marine Supply of Seattle, célebre en aquel entonces. Es básicamente una herramienta para bombear agua desde una balsa de agua, de río… e impulsarla a través de las mangueras. (N. de los e.) <<

[28] En el original se da un juego de palabras. «*No paddle*» (sin remos) significa asimismo «estar en un lío», «en aprietos», «con la soga al cuello», etc. <<

[29] Se trata en realidad de una práctica desaconsejada, porque el agua contenida en el pañuelo se puede evaporar instantáneamente con el calor (como agua hirviendo) al pasar el frente de llama, pudiendo abrasarte la cara. (N. de los e.) <<

[30] Los cumulonimbos son las nubes típicas de tormenta, propias de sitúaciones de inestabilidad atmosférica. Son nubes densas de color gris muy oscuro en la base y con forma de montaña, torre o coliflor. Producen gotas de lluvia de gran tamaño, copos de nieve y/o granizo, acompañadas en ocasiones de aparato eléctrico y asociadas a vientos fuertes y racheados. (N. de los e.) <<

[31] Alusión al célebre verso «¿Dónde están las nieves de antaño?», del poema «Ballade des dames du temps jadis», compuesto por François Villon en el siglo XV. <<

[32] En las guerras entre los Lakota (sioux) y el Gobierno de Estados Unidos, destaca la batalla de Little Bighorn (1876), en la que una coalición de las tribus lakota, cheyennes y arapahóe aplastó al 7° Regimiento de Caballería, al mando del general Custer, provocando más de doscientos muertos entre sus soldados. En el lugar de la batalla (sito también en el estado de Montana donde transcurren los hechos narrados en este libro), se extienden las correspondientes lápidas blancas de las bajas estadounidenses. <<

[33] «En los campos de Flandes», poema escrito por el teniente coronel médico John McCrae, de nacionalidad canadiense, durante la Primera Guerra Mundial, que alcanzó enseguida una fama extraordinaria. <<

[34] Posteriormente a la redacción de este texto, sí que ha habido smokejumpers víctimas del fuego. Concretamente, el 6 de julio de 1994, en South Canyon Fire, también conocido como «Storm King» Fire, 2 smokejumpers murieron junto con otros 12 bomberos. John Maclean —hijo de Norman— recogió este hecho en su libro *Fire on the Mountain: The True Story of the South Canyon Fire*. En la página web de los smokejumpers puede consultarse un documento que constituye un homenaje a todos sus fallecidos en servicio: https://smokejumpers.com/index.php/killedintheli-neofduty/get
(N. de los e.) <<

[35] En trabajos de emergencias y de alto riesgo es muy utilizado el término «conciencia situacional», esto es: saber en todo momento dónde estoy, qué ocurre a mi alrededor y cómo va a evolucionar en un futuro cercano. (N. de los e.) <<

[36] Ver nota página 291. (N. de los e.) <<

[37] Estas normas son conocidas y utilizadas por todos los dispositivos de extinción del mundo (y muy similares a las que aparecen en el texto). En concreto, en España, El Comité de Lucha contra Incendios Forestales (clif) recomienda actualmente la siguiente versión:

1. Manténgase informado sobre las condiciones meteorológicas y los pronósticos.
2. Manténgase siempre enterado del comportamiento del incendio. Observar personalmente o emplear un observador.
3. Cualquier acción contra el incendio debe ser según el comportamiento actual y futuro de este.
4. Mantenga rutas de escape para todo el personal y délas a conocer.
5. Mantenga un puesto de observación cuando exista posibilidad de peligro.
6. Manténgase alerta y con calma, piense claramente y actúe con decisión.
7. Mantenga comunicación con el personal, jefes y fuerzas adjuntas.
8. Dar instrucciones claras y asegurarse de que todo el personal las entienda.
9. Mantenga el control del personal en todo momento.
10. Combatir el incendio manteniendo la seguridad como la primera consideración. (N. de los e.) <<

[38] Nombrar «carrera» al recorrido del fuego no es solo un recurso literario; el concepto «carrera de fuego» es utilizado en la terminología de incendios forestales para designar el desarrollo potencial que puede tener un incendio (en función de la topografía, principalmente). (N. de los e.) <<

[39] En inglés es habitual la expresión «*The last mile is the hardest*» («la última milla es la más dura»), en sentido figurativo, para destacar la dificultad en alcanzar un logro en sus últimos pasos. <<

[40] Pie de tabla o pies tablares, unidad de volumen utilizada en Estados Unidos y Canadá para medir la madera aserrada. Como mencionará el autor enseguida, el padre de Gisborne era propietario de un aserradero. <<

[41] 41 La Unidad Térmica Británica (BTU) es la medida básica de la energía térmica en el sistema imperial. Una BTU se define como la cantidad de calor necesaria para elevar 1 libra (0,45 kg) de agua 1 °F (-17 °C). Equivale a 1055 julios. (N. de los e.) <<

[42] Rothermel y Albini hicieron una clasificación de los ecosistemas —en función de las características de la vegetación (especie, tamaño, densidad, etc.) y del estrato por donde se propagaría el fuego— en 13 modelos de combustible, que aún hoy se sigue utilizando. (N. de los e.) <<

[43] El riesgo de incendio normalmente se refiere a la probabilidad de ignición, es decir, a la posibilidad de que se inicie un incendio, y suele utilizarse para hacer mapas de riesgo. En cambio, el peligro de incendio es la suma de los factores que afectan el inicio, la propagación y la resistencia al control en un área determinada. Normalmente se expresa como un índice semicuantitativo de muy alto a muy bajo. (N. de los e.) <<

[44] Creemos que aquí hay un error, desconocemos si del autor o de interpretación inicial de Gisborne. En general, el color de los relámpagos —fracción visible de los rayos— suele ser: blanco en aire seco, amarillo con polvo atmosférico, rojo en presencia de lluvia y azul con granizo. Así que, en realidad, los relámpagos blancos están más asociados a la generación de incendios, por producirse sin precipitación. (N. de los e.) <<

[45] En el desierto de Lost River («Río perdido») tuvo lugar en 1961 el primero de los «accidentes» nucleares de Estados Unidos, cuando en una planta de investigación atómica se produjo la fusión y explosión del núcleo. Murieron tres trabajadores. <<

[46] El fuego es un elemento más de los ecosistemas y ha desempeñado un papel decisivo en su evolución durante millones de años. Cada ecosistema está adaptado a su régimen de incendios propio (según frecuencia, intensidad, estacionalidad, etc.). La ecología del fuego es la ciencia que estudia el papel del fuego en la naturaleza, y estas técnicas de gestión de los incendios y modelado del paisaje que menciona el autor se basan en ella. (N. de los e.) <<

[47] Richard Rothermel y Hal E. Anderson, *Características de la propagación* del fuego establecidas en el laboratorio, publicación de estudios del Servicio Forestal de Estados Unidos. (N. del a.) <<

[48] Se refiere al programa: *Fire Danger/Fire Behavior Computations with the Texas Instruments TI-59 Calculator: User's Manual*, de Robert E. Burgan, 1979. (N. de los e.) <<

[49] Rothermel publicó este estudio en 1993 (un año después de la primera edición en Estados Unidos de este libro): *Mann Gulch Fire: A Race That Couldn't Be Won*, United States Department of Agriculture Forest Service. https://foresthistory.org/wp-content/uploads/2017/02/Mann_Gulch_Fire_A_Race_That_C0uld_N0t_Be_W0n_May_1993.pdf. (N. de los e.) <<

[50] En meteorología, el viento se mide a diez metros de altura, sin obstáculos; pero realmente la fricción del suelo y los objetos producen en él un efecto de frenado. En incendios forestales, se llama «viento a media» a la velocidad del viento estimada a la altura media de las llamas, y se determina mediante el uso de la tabla de ajuste en función de la vegetación. (N. de los e.) <<

[51] Libro fundacional de la iglesia anglicana, compendio de usos o ritos en latín que fueron reunidos en el siglo XVI. Recuérdese que el padre del autor era pastor de la iglesia presbiteriana. <<

[52] La cita es de *Macbeth* tragedia de William Shakespeare. (N. de los e.) <<